Las fotos de Alegra



BILOGÍA

ALEGRA

(PARTE I)

EMMA BENNET

UNIVERSO de LETRAS

Las fotos de Alegra

BILOGÍA
ALEGRA
(PARTE I)

EMMA BENNET

UNIVERSO de LETRAS

Las fotos de Alegra
Bilogía Alegra (Parte I)
Emma Bennet

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Emma Bennet, 2026

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras
www.universodeletras.com

Primera edición: 2026

ISBN: 9791388010088
ISBN eBook: 9791387716837

A MIS AMIGOS DE TODA LA VIDA.
Gracias por acompañarme en un sinfín de aventuras,
que han servido de inspiración para escribir esta historia.

PRÓLOGO

Dicen que el primer amor nunca se olvida. Que se queda grabado en la memoria con más intensidad que todo lo que viene después. No sé si eso es del todo cierto, pero sí sé que hay veranos que se quedan contigo para siempre, y que algunas personas, por mucho que pasen los años, siguen apareciendo en los recuerdos con la misma nitidez que en una vieja fotografía.

Aquel verano yo tenía catorce años y muchas ganas de todo, aunque no supiera muy bien de qué. Mis veranos siempre habían sido especiales, con mi hermana, mis primos y mis amigos en aquel camping al lado del mar. Era como vivir en una burbuja perfecta, donde los días parecían eternos y la realidad no tenía tanta prisa. Pero ese año fue distinto. Ese año conocí a Jaime.

Fue inesperado. Como esas olas que te pillan desprevenida, que no sabes si te arrastrarán o te empujarán a la orilla. A veces me pregunto si todo lo que sentimos entonces fue tan grande porque

éramos pequeños, o si fue grande de verdad. Recuerdo el cosquilleo en el estómago cuando lo veía acercarse, la emoción torpe de nuestras primeras palabras, y cómo un simple «hola» podía cambiarme el día. No teníamos planes, ni promesas, ni certezas. Solo ganas. Solo presente.

Y entre ese presente fugaz se colaban las fotos. Una cámara Polaroid y muchas ganas de detener el tiempo. A veces pienso que hacíamos esas fotos porque sabíamos, sin decirlo, que todo eso no iba a durar. Que aquel lugar, aquella libertad, aquella versión de nosotros mismos eran demasiado efímeros como para confiarlos solo a la memoria. Nos convertimos en imágenes, en miradas congeladas, en momentos que aún hoy puedo tocar con los dedos.

Con Jaime aprendí a mirar a alguien y sentir que el mundo se encogía. Pero también aprendí que el amor no siempre tiene forma de «para siempre», y que no por eso es menos importante. Él fue mi primer amor, sí, pero también fue mi primer adiós. Y ese adiós, en su momento, dolió mucho más de lo que yo estaba preparada para soportar.

Ahora lo entiendo mejor. Entiendo que a veces las personas llegan a nuestras vidas para enseñarnos algo que solo se puede aprender con el corazón abierto. Y eso fue él. Un suspiro de verano que me enseñó a querer, a caer, a esperar… y a seguir adelante.

Con los años, entendí que crecer no siempre duele, pero siempre deja cicatrices suaves, como la sal del mar en la piel. Y porque aún hoy, cuando miro aquellas fotos, puedo verme a mí misma por primera vez sintiéndolo todo. Y no cambiaría ni un solo segundo de aquel verano por ninguna promesa futura.

Alegra

1

Alegra siempre hizo honor a su nombre. Aunque algo reservada al principio y muy observadora de lo que ocurría a su alrededor, siempre se caracterizó por ser una niña extrovertida y amigable, muy charlatana y dicharachera. La gente que la observaba, ya fueran conocidos o no, era incapaz de no quedarse prendada mirando a esa niña pequeña que actuaba con tanto desparpajo.

Era delgaducha, con el pelo muy liso color trigueño y una nariz pequeña y redondita, llena de pequeñas pecas que se marcaban más en los meses de sol. Sus ojos verdes con forma achinada portaban una mirada intensa y penetrante que hablaba por sí sola. Tenía un lunar característico en el extremo inferior del ojo derecho y unas pestañas largas y rubias, que amplificaban un poco su mirada.

Sus padres vivían en un pequeño barrio, que habían construido no hacía muchos años y en el que había mucha gente joven con hijos pequeños. Ella y, unos años más tarde, su hermana Aitana, solían bajar a la calle a jugar y a merendar con otros niños y niñas de su edad. Había unos vecinos del edificio donde vivían que tenían una niña de la misma edad que Alegra. Se llamaba Elena y no tenía nada que ver con ella. Elena era menuda, muy tímida e introvertida, le costaba mucho relacionarse. Tenía unos ojos azules enormes y una nariz ancha y redonda. Aun siendo tan diferentes, siempre se entendieron y terminaron siendo inseparables, mejores amigas, de las de verdad, de las que siempre están la una para la otra.

Alegra, Aitana y sus padres pasaban todos los veranos en un camping a pocos kilómetros de la ciudad. Allí, también veraneaban sus tíos y sus primos. Uno de ellos, Álex, era un poco más mayor que Alegra y Aitana, por lo que siempre estaban juntos. Sus padres iban allí desde antes incluso que aquello fuera catalogado como camping.

Los dueños les cobraban poco dinero por dejarles poner las tiendas de campaña en aquel trozo de terreno al lado de la playa. Había más parejas como ellos, que pasaban allí los veranos. Todos los matrimonios se fueron haciendo amigos y con el paso del tiempo, tuvieron también hijos.

Las tiendas de campaña se convirtieron en caravanas con avances y el terreno fue parcelado, construyeron baños y duchas, pusieron unos columpios, había un pequeño bar en el que vendían también algún que otro producto de supermercado y cada año había más campistas.

Los niños, al igual que los adultos, tenían su círculo de amigos. Alegra, Aitana y Álex compartían los meses de verano con Tomás, Yaguito, Adrián y Fabiola. Eran todos de edades similares y se entendían bien, aunque cada uno tenía su propia personalidad.

Aitana era muy guapa, tenía mofletes y sus ojos, color miel, eran bastante achinados como los de Alegra. También tenía pecas en la zona de la nariz y llevaba el pelo corto con flequillo. Alegra y Aitana se llevaban poco tiempo. No era tan habladora como su hermana, pero era una niña extremadamente espabilada e independiente, teniendo siempre la necesidad de aprender cosas nuevas y hacerlas de manera autónoma. Alegra la envidiaba, ya que ella era más miedosa en ese aspecto y le costaba más dar ciertos pasos. Tenía mucho carácter, demasiado, y a veces le costaba controlarlo.

Álex era un niño tranquilo. Le gustaba jugar a la consola y pintar, aunque en verano no había tiempo para eso. Se despertaba temprano y solía ver la tele mientras desayunaba, haciendo tiempo hasta que Adrián y los otros se despertasen para jugar por el camping o bajar a la playa. Se sabía la letra de todas las canciones y le encantaba rebozarse en la arena cuando salía del agua del mar al terminar de bañarse.

Yaguito y Tomás siempre estaban pensando en hacer trastadas. Ambos eran de la misma edad y vecinos de parcela. Cada vez que se les ocurría alguna locura convencían a los otros para que los acompañasen, hasta que alguno terminaba con alguna herida de guerra.

Una vez, les pareció divertido coger las bicicletas y lanzarse por una cuesta asfaltada que había en un monte cercano al camping.

La cuesta era muy empinada y al llegar abajo, la bicicleta de Álex derrapó con la gravilla que había en el suelo y terminó sangrando por la cabeza, las rodillas y las manos. Cuando llegaron a contarles a sus padres lo que había pasado, más que apenarse por él, le echaron una buena bronca por inconsciente.

Adrián era el más mayor de los siete. Era un niño muy inteligente al que siempre le interesó todo lo que tuviera que ver con la faceta artística. Tenía talento para la pintura, escribía textos e historias para representar junto al resto y también tenía oído para la música.

Tocaba ritmos con las manos, hasta que a alguien se le ocurrió regalarle un timbal. Su padre solía raparle el pelo al cero al principio de verano y siempre andaba descalzo. Su caravana estaba colocada en la parcela de al lado de la de Álex, y se puede decir que, entre ellos, la relación era más cercana.

Fabiola era la prima de Adrián. Nació unos meses después que Alegra y un año antes que Aitana y siempre estaban juntas. Era una niña guapísima, con una mirada muy dulce y una voz tranquila y suave. Cuando era pequeña no pronunciaba la *r* y resultaba muy gracioso escucharla hablar. Le encantaba coger moras y bañarse en el mar, aunque era friolera y nunca aguantaba mucho tiempo seguido en el agua.

Así pasaban los veranos, todos juntos, de sol a sol; jugando a juegos de mesa, actuando o representando historias, haciendo presas en el riachuelo que atravesaba la playa, pescando en las rocas, haciendo carreras de pulgas o cogiendo olas los días en los que la marea estaba más brava.

Por las noches solían ir al parque y jugar con otros niños que no pertenecían a «la pandilla», pero con los que solían jugar a polis y cacos o al escondite.

De vez en cuando, los padres organizaban alguna fiesta en la playa, donde cenaban y bebían, ponían música y bailaban y luego se bañaban todos juntos en el mar a altas horas de la noche. Esos días eran mágicos, sobre todo para los niños, porque podían acostarse tarde, pasarlo bien al lado de toda esa gente adulta y ver cómo ellos también hacían alguna que otra travesura.

Alegra era feliz disfrutando de los veranos con sus padres, su hermana, sus tíos y primos y sus amigos. En ese camping crecía durante tres meses al aire libre, aprendiendo cosas nuevas, riéndose, formando, entre todos, una gran familia.

Cuando llegaba mediados de septiembre, todos recogían sus cosas y regresaban a sus casas. Comenzaban las clases y la vida

rutinaria. Alegra volvía a quedar a diario con su amiga Elena y con los otros niños y niñas que vivían en el barrio y que solían bajar a la calle a pasar la tarde.

2

Los años fueron pasando y de pronto Alegra tenía ya catorce años. Empezó a hablar menos con sus padres e intentar pasar más desapercibida. Seguía siendo una niña extrovertida y charlatana, pero reservaba esta faceta para sus amigas. Su madre no dejaba de repetir que la adolescencia y sus no siempre agradables consecuencias habían florecido en su hija de manera arrolladora antes de tiempo.

Hacía un par de cursos que Alegra había empezado el instituto y había tenido que hacer nuevos amigos, ya que sus antiguos compañeros no fueron al mismo que ella. Cuando sus padres tuvieron que decidir el colegio en el que matricularían a la niña, tuvieron que sopesar varios aspectos. Su padre trabajaba en una

oficina con jornada partida y su madre era profesora en un colegio público. Estaba destinada en un pueblo a 50 km, en el que los alumnos tenían clase por la mañana y por la tarde. Al no poder ninguno de los dos recogerla del colegio, sus abuelos, que se quedaban también con Aitana, la recogerían a la salida para darle la comida y atenderlas a ambas hasta que su madre llegase para recogerlas. Por este motivo, decidieron que, en lugar de ir al colegio del barrio, Alegra iría a otro que quedaba más cerca de casa de sus abuelos.

Cuando comenzó el instituto, ya podía ir y venir sola y su padre había cambiado de trabajo, por lo que tenía las tardes libres. Sus abuelos seguían recogiendo a Aitana en el colegio, pero en lugar de ir a casa de los abuelos, la acercaban a su casa y esperaban a que llegara Alegra para comer. Cuando el padre llegaba del trabajo, los abuelos regresaban a su casa dando un paseo.

Los primeros días había estado un poco nerviosa y echaba de menos a sus amigos del colegio, con los que había compartido nueve años de su vida.

Al no vivir cerca, no solía quedar con ellos fuera del cole, pero aun así, le resultaba raro no verlos todos los días. Sin embargo, no le costó nada relacionarse y enseguida hizo amigas. Susana, Irene y Laura habían sido muy agradables con ella desde el principio y fue fácil que la relación entre ellas prosperase. A Susana ya la conocía del barrio, no eran amigas, pero habían jugado muchas veces juntas, lo que sin duda ayudó para que todo fuera más fácil.

También entabló amistad con Aarón, un chico al que todos llamaban Pérez. Vivía un par de edificios más arriba que ella y solían ir juntos a clase. Pérez era alto, moreno y tenía más pelo de lo habitual en un chico de su edad, especialmente en la cara. Parecía más mayor, pero solo en apariencia, porque era bastante infantil y siempre tenía algo gracioso que decir.

Elena no iba a ese instituto. Sus padres trabajaban a turnos y decidieron meterla en un colegio concertado con horario partido en el que también podía estudiar educación secundaria, por lo que no la cambiaron de colegio al terminar primaria. Alegra pronto empezó a quedar con las niñas del instituto y se las presentó también a Elena y a Aitana. Por la semana tenían que estudiar, por lo que solo hablaban por teléfono a la hora de hacer el descanso para merendar. No tenían mucho de qué hablar, pero pasaban un rato charlando de cosas que, aunque podían parecer poco interesantes, a ellas les llenaban. Solían quedar los viernes por la tarde y el fin de semana. Iban a pasear o se sentaban horas y horas en un banco del parque a cotillear mientras comían pipas y chucherías o veían a los niños jugar al fútbol.

Así se pasaban el otoño, el invierno y la primavera, hasta que terminaban las clases y cada una se iba de vacaciones a diferentes destinos.

3

Susana solía ir a su aldea todo el verano con su hermana y sus primos. Sus abuelos eran mayores y su madre los cuidaba. Irene iba unos días de vacaciones con sus padres y su hermano pequeño y luego pasaba el resto de verano en la aldea. Laura lo tenía más complicado porque sus padres trabajaban. Solía pasar la semana con una vecina algo más pequeña y los fines de semana iba a un apartamento que tenían sus padres.

Los padres de Elena seguían trabajando a turnos, por lo que los padres de Alegra la invitaban a pasar con ellos el verano. Al principio a sus padres les costó un poco decir que sí, y cuando iban los domingos a comer intentaban llevársela de vuelta con ellos, por supuesto, sin éxito. Finalmente entendieron que estar con Alegra y

Aitana disfrutando de la playa y pasando el verano con niños de su edad era bueno para Elena.

Ese verano fue diferente desde el principio. Los tíos de Alegra habían comprado una casa allí al lado y ya no estaban con ellos en la caravana, aunque estaban prácticamente allí todo el día, solo subían a comer y a dormir. Yaguito y sus padres tampoco veraneaban ya en el camping. Los padres de Fabiola habían decidido mover su caravana para la parcela que ellos dejaron libre y una pareja con un chico más o menos de su edad había ocupado la antigua parcela de Fabiola. Nadie los conocía, venían de otro camping de la zona que había tenido que cerrar.

La «pandilla» había crecido considerablemente. Rita, una niña un año más mayor que Alegra que había llegado al camping un par de años antes, pasó a ser una más del grupo cuando, una tarde que estaban en el parque, Aitana se acercó a ella porque estaba comiendo pipas y le pidió un puñado. Desde entonces Alegra y ella se hicieron muy buenas amigas. Además, David y Daniel, dos chicos con los que solían jugar de críos en los columpios, también empezaron a pasar los días con ellos.

Por último, estaban Lucas y Pedro, aunque al último todo el mundo lo llamaba Pumuki, porque se parecía al personaje de unos dibujos de antaño. Se conocían de toda la vida, pero no fue hasta hacía un par de años que empezaron a llevarse mejor con él.

Una mañana, bajaron todos a la playa, a pesar de que el día no estaba muy soleado. No había apenas gente, solo estaban ellos, una pareja que se dedicaba a pasear a un ritmo considerable por la orilla de la playa y dos chicos que parecían tener más o menos su edad. Alegra se quedó pasmada mirando a uno de ellos. El chico tenía el pelo largo de color trigueño como el suyo y los ojos grandes y marrones. Llevaba un collar de cuerda negra de estilo surfero, del que colgaba una concha. Tanto él como su amigo llevaban puesta una sudadera del equipo de fútbol más importante de la ciudad, y

estaban haciendo ejercicios de entrenamiento. Los dos eran muy guapos, pero ella se quedó prendada del chico de la melena. Su amigo tenía el pelo rubio y unos ojos azules preciosos y a Rita le pareció extremadamente guapo.

Adrián y Álex se acercaron a ellos y les preguntaron si querían jugar al balón. Los dos chicos aceptaron y estuvieron entretenidos durante casi una hora. Mientras jugaban, Aitana, Rita, Elena y Alegra se quedaron tiradas en las toallas, jugando a las cartas y comentando sus impresiones sobre aquellos dos.

Cuando terminaron de jugar, los chicos se acercaron. El que había llamado la atención de Alegra se llamaba Jaime y su amigo se presentó como Rubio.

—Encantado —dijo Jaime dirigiéndose a todas, pero mirando fijamente a Alegra.

Rubio también saludó. Alegra no dijo nada, solo miró a Jaime y sonrió tímidamente, apartando la mirada en cuanto pudo.

—¿Queréis jugar una partida al Cabrón? —preguntó Rita animada.

Los chicos aceptaron y todos se pusieron a jugar a las cartas hasta que fue hora de subir a comer. Resultó que Jaime y sus padres eran los que habían ocupado la parcela que había quedado libre tras el cambio de los padres de Fabiola. Cada uno se dirigió a su caravana y quedaron en verse más tarde.

Alegra había pasado toda la comida distraída, observando desde lejos lo que hacían Jaime y Rubio. Su caravana estaba enfrente y desde la silla donde estaba sentada los veía perfectamente. Elena y Aitana hicieron algún que otro comentario intentando vacilarla, pero ella les hizo gestos para que se callaran, no quería que sus padres se dieran cuenta de que a ella le gustaba el nuevo, porque sí, le gustaba Jaime, y le gustaba mucho.

Rubio solo estuvo con ellos un par de días, sus padres vinieron a recogerlo y se marchó.

4

Jaime no conocía a nadie en ese nuevo camping al que sus padres habían decidido ir cuando el otro, en el que llevaban años veraneando, tuvo que cerrar. Por eso, había invitado a su amigo Rubio a pasar unos días con él.

Ambos se conocían del fútbol, habían jugado desde pequeños en el mismo equipo y sus padres también se llevaban bien. Al final de la última temporada los habían llamado del mejor equipo de fútbol de la ciudad para jugar en el equipo de su categoría. Los entrenamientos de pretemporada no empezaban hasta mediados de agosto por lo que habían decidido bajar a entrenar un poco a la playa que había justo al salir del camping. El tiempo no acompañaba y la playa estaba desierta, solo estaban un par de señores paseando.

De repente, vieron bajar por las escaleras a un grupo de chicos y chicas que parecían tener su edad.

Jaime miró curioso y se fijó en una chica rubita con el pelo largo que parecía también estar mirándolo a él. Era bastante alta y muy delgada, llevaba un bikini azul y un short de color negro que le quedaba bien. Parecía algo más pequeña que él, pero no mucho más. Le pareció guapa. Los chicos que iban con ellas los invitaron a jugar al fútbol y les pareció una buena idea para pasar el tiempo. Además, Jaime pensó que tal vez después les presentarían a sus amigas y eso le pareció todavía mejor, no quería irse sin hablar con aquella chica.

Cuando terminaron de jugar se acercaron a las chicas, que estaban jugando a las cartas, se presentaron y él no pudo evitar clavar la vista en la chica rubia. Adrián dijo en alto sus nombres mientras las señalaba. Ella también lo miró y sonrió, esquivando rápido su mirada. Le gustó. Alegra, la chica rubia, de sonrisa tímida, se llamaba Alegra.

Jugaron un rato a las cartas y cuando terminaron la partida todos subieron al camping, era la hora de comer. Cuando se despidieron, Jaime se quedó parado y observó a Alegra sin que ella se diese cuenta. Quería saber a dónde se dirigía para poder tenerla controlada. Enseguida se dio cuenta de que su caravana estaba prácticamente enfrente de la parcela que les habían dado. Eso le gustó.

Mientras sus padres terminaban de hacer la comida, Jaime y Rubio se sentaron delante del avance en unas sillas plegables y se pusieron a charlar de fútbol. De vez en cuando, a Jaime se le escapaba la vista hacia la parcela de enfrente, donde vio a Aitana y a Elena riéndose, mientras Alegra les decía algo.

5

Tomás llevaba veraneando en aquel camping desde que tenía memoria.

Cada año, el mismo olor a sal, el mismo sonido de las gaviotas por la mañana, los mismos rostros conocidos. Pero para él el verano no empezaba de verdad hasta que veía bajar por las escaleras a Alegra, con su toalla al hombro y esa sonrisa que parecía traer la luz del día.

De todos los amigos del grupo, ella siempre había sido su favorita. No porque fuera la más guapa —que para él lo era—, ni la más divertida, sino porque era distinta. Alegra tenía esa manera de mirar las cosas como si todo tuviera algo bueno, incluso los días de lluvia o las tardes tontas en las que no había nada que hacer. Era capaz de

reírse de cualquier cosa y de convertir lo más corriente en un recuerdo.

Desde niños, Tomás había sentido algo por ella. Nunca lo dijo, ni siquiera a Álex, que era el que más lo conocía. No veía el sentido. Era una de esas cosas que se guardan porque al decirlas se romperían. Le bastaba con verla reír, o escucharla llamarlo por su nombre desde la playa, para que el mundo se le pusiera del revés.

Su familia la adoraba. Sus padres decían que Alegra era «una joya de niña», pero el que más disfrutaba de su presencia era su abuelo. Un hombre grande, de voz ronca y ojos siempre llenos de picardía. Le encantaba gastarle bromas: esconderle las chanclas, hacer como que la llamaba con voz seria para luego contarle un chiste malo o fingir que se quedaba dormido con las gafas puestas. Alegra se reía con él hasta que se le saltaban las lágrimas, y Tomás se quedaba mirándolos desde la mesa, sin decir nada, sintiendo que no había escena más perfecta que esa.

Alegra solía pasar mucho tiempo en su caravana. Entraba sin llamar, como si fuera parte de la familia. A veces se sentaba con la abuela a ayudarle a pelar patatas o a ordenar las cartas de la baraja. Otras veces se tiraba en el sofá con Tomás a leer revistas viejas, comentar tonterías o escuchar música con el altavoz del móvil.

—¿Sabes que mi madre dice que si sigo viniendo al camping acabaré empadronado aquí? —le dijo él un día, mientras intentaba arreglar la cuerda del toldo.

—No le falta razón —contestó ella—. Si por ti fuera, vivirías aquí todo el año.

—Podría hacerlo. Pongo un fuego en invierno, cierro la puerta y ya está.

—Claro —dijo ella, riéndose—. Y te alimentas de galletas y batidos de chocolate.

—Y de tus risas —añadió él, medio en broma, medio en serio.

Ella le lanzó una servilleta, sin sospechar lo que aquella frase escondía.

Cuando eran más pequeños, jugaban a las escondidas entre las caravanas o a ver quién aguantaba más tiempo bajo el agua. Alegra siempre perdía porque se reía antes de tiempo, y él fingía no darse cuenta para dejarla ganar. Pero conforme fueron creciendo, algo cambió. Ya no se buscaban para jugar, sino para hablar. Había tardes enteras en las que simplemente se sentaban uno al lado del otro, sin hacer nada. Y eso, para Tomás, era suficiente.

A veces, mientras ella le contaba alguna historia del instituto o de sus amigas de la ciudad, él se quedaba observando los gestos de su cara, la forma en que movía las manos cuando se entusiasmaba, el brillo que le aparecía en los ojos cuando recordaba algo gracioso. Lo sabía todo de ella: los chicles que más le gustaban, el miedo absurdo que le daban las arañas, las canciones que escuchaba cuando estaba triste. Y aunque ella nunca le había dicho nada que sonara a amor, él tenía la absurda esperanza de que, algún verano, las cosas cambiarían.

Pero ese verano había empezado distinto. Apareció Jaime y Tomás lo notó enseguida, el primer día en la playa. Vio cómo Alegra lo miraba. Fue una de esas miradas que no necesitan palabras, que ya lo dicen todo. Y supo, en ese instante, que ya no había sitio para él en ese sentido.

Aun así, no se iba a alejar. No podía. Seguiría estando allí, cerca, fingiendo que no pasaba nada. Jugando con ellos, riendo, escuchándola hablar de Jaime con ese brillo en los ojos que le dolía y le gustaba a la vez.

—Tú siempre estás aquí, ¿eh? —le dijo un día ella, sentándose junto a él en el avance mientras su abuelo dormía la siesta.

—Claro. Soy como una parte del mobiliario. Si me quitas, se cae el camping.

Ella rio.

—Tonto.

Tomás la miró de reojo. Le encantaba cuando se reía así, con la cabeza hacia atrás y los ojos medio cerrados. Pensó que no había sonido más bonito en el mundo.

—Mi abuelo dice que eres su nieta adoptiva —comentó él.

—Pues dile que yo encantada. Tiene mejor humor que muchos de mis amigos —respondió ella, sonriendo.

—Le caes bien porque siempre le ríes los chistes.

—Es que son buenos.

—Son malísimos —replicó Tomás.

—Por eso son buenos —dijo ella, y ambos estallaron en carcajadas.

El abuelo, desde la cama, fingió despertarse.

—¿Se puede saber de qué os reís, par de vagos? —gruñó, pero con una sonrisa escondida bajo el bigote.

—De ti, abuelo —contestó Tomás.

—¡Ah, bueno! Mientras no sea de mí a mis espaldas… —respondió el viejo, y volvió a hacerse el dormido.

Cuando la tarde se fue apagando y Alegra se marchó a su parcela, Tomás se quedó sentado un rato más, mirando la puerta abierta de la caravana. En el suelo, había quedado una de las pulseras que ella llevaba en la muñeca. La cogió sin pensarlo, la apretó entre los dedos y sonrió.

Le gustaba pensar que, aunque ella no lo supiera, él también formaba parte de sus veranos. No como el chico del que se enamoraba, ni como el protagonista de sus historias, sino como ese amigo que siempre estaba, que conocía sus manías y sabía cuándo callar.

El cielo se había vuelto rosa, y el olor del mar entraba por la ventana. A lo lejos, escuchó la risa de Alegra mezclada con las voces del grupo. Cerró los ojos un momento, dejando que ese sonido lo

envolviera, como si quisiera guardarlo dentro para cuando llegara el invierno.

Porque, al final, eso era ella para él: el sonido del verano, la risa que llenaba los huecos del silencio, la certeza de que, aunque el tiempo pasara y las cosas cambiaran, siempre habría un trozo de su corazón que seguiría esperándola junto a aquellas rocas, con el mar al fondo y las manos llenas de recuerdos.

6

Alegra estaba lavándose los dientes cuando de repente notó que alguien abría la puerta de los aseos. Se giró para ver quién era y saludar, cuando se dio cuenta de que la persona que había entrado era Jaime. Él la saludó con una sonrisa y ella hizo un gesto con la cabeza y notó cómo sus mejillas se enrojecieron. Pensó que la imagen no era la más romántica, con la boca llena de pasta de dientes.

Se enjuagó y, mientras se secaba la boca, se despidió advirtiendo una ligera sonrisa en la cara de Jaime, que se encontraba en la misma situación en la que ella estaba hacía apenas unos minutos.

No les dijo nada a Aitana y a Elena, porque sabía que se iban a reír de ella. Al poco rato llegó Rita a buscarlas para ir a la playa.

—Moved el culo, chicas. Hace buen día y quiero ponerme morena —dijo Rita meneando los brazos para que las chicas apurasen.

—Ya estás morena, tía, si no mírame a mí… —dijo Elena riéndose —. ¡Parezco un cadáver!

—Venga, vamos todas a morenear un rato. Como siempre digo: «Morena se vive mejor» —dijo Alegra mientras salía de la parcela con la toalla y un neceser en la mano.

Alegra era la que más morena estaba de todas. A pesar de ser la más rubia, y de que su piel era más blanquecina en invierno, conseguía ponerse realmente morena muy rápido. Le gustaba tomar el sol y no solía bañarse mucho en el mar. Su madre siempre decía que parecía un lagarto tomando el sol, vuelta y vuelta en la toalla.

Al rato, vieron venir a Tomás, Adrián y Álex, que extendieron las toallas junto a ellas, dejando el balón que traían en la arena, junto a las chanclas.

—Vamos a construir una portería en el fondo del arenal, allí no suele ponerse mucha gente porque da la sombra y así podremos jugar más tranquilos —dijo Adrián—. David y Dani están bajando unos troncos que encontramos para poder construirla.

Los chicos se pusieron manos a la obra en cuanto llegaron los troncos y Aitana, Rita y Elena fueron al agua. Alegra no tenía suficiente calor en el cuerpo todavía como para entrar al agua, que solía estar bastante fría, así que se quedó en la toalla medio adormilada.

Jaime se decidió a bajar a la playa también. Cuando llegó a la última escalera miró hacia su izquierda y vio a los chicos al fondo de la playa. Avanzó hacia donde estaban las toallas y se dio cuenta de que solo estaba Alegra. Se acercó y le preguntó si podía poner la toalla a su lado. Alegra levantó la cabeza y se sonrojó cuando lo vio.

—Sí, claro, ponla donde tú quieras. Los chicos están haciendo una portería con unos troncos. A juzgar por lo que están sudando, apuesto a que no les vendría mal un poco de ayuda.

—Estoy de acuerdo, pero a mí no se me dan nada bien esas cosas, prefiero quedarme contigo charlando un rato —afirmó Jaime sin pensárselo mucho.

A Alegra le dio algo de vergüenza. Jaime parecía seguro de sí mismo y, sin embargo, ella estaba nerviosa, era la primera vez que le gustaba un chico y no sabía bien cómo actuar ante esas situaciones.

—¿Cuántos años tienes, Alegra? —preguntó Jaime.

—Cumplo quince en septiembre.

—Ya me parecía que eras algo más joven que yo. Yo cumplí dieciséis hace unos meses —dijo Jaime dándose cuenta de que había acertado en cuanto a la edad—. Y, ¿tienes móvil? Si quieres podemos intercambiarnos los números para poder escribirte de vez en cuando.

—No, no tengo móvil. Mis padres se niegan a comprármelo. Son un poco anticuados para eso, la verdad —dijo Alegra, sintiéndose como una niña pequeña al no poder compartir eso con él—. Pero Rita sí que tiene, como siempre estoy con ella, podría darte su número y, si quieres hablar, podemos hacerlo por ahí —se le ocurrió de repente.

Jaime la miraba absorto. Mientras más la miraba, más guapa le parecía. Estaban sentados bastante cerca, ella permaneció tumbada, pero lo miraba mientras hablaban. Él estaba sentado en la toalla con las piernas cruzadas como los indios. Se dio cuenta de que tenía los ojos muy verdes y las pestañas largas, y el lunar que tenía bajo el ojo destacaba mucho con la piel bronceada que tenía. También le parecieron graciosas las pecas que se superponían por su nariz. Sonrió y continuó haciéndole preguntas, necesitaba saber más cosas sobre ella.

—¿Por qué no te bañas con tus amigas? —preguntó.

—Soy bastante friolera, noto el agua muy fría y prefiero cocerme al sol —respondió Alegra sonriendo—. Por lo que parece a ti

tampoco te gusta mucho el agua, ¿no?

—Bah, ni fu ni fa. Me meto de vez en cuando, pero me apetecía conocerte un poco más —Jaime le guiñó un ojo y se dio cuenta de que ya volvían las chicas del agua.

—Ya deben estar arrugadas que salen del agua —dijo Alegra.

—Qué pena, podían haberse quedado un poco más —añadió Jaime.

Alegra sintió algo en el estómago. Parecía que Jaime quería estar a solas con ella y eso le provocó un cosquilleo intenso. Ella creía que le gustaba, pero en ese momento terminó de confirmar que así era.

Fueron pasando las semanas y cada vez hablaban más. Por el día solían bajar a la playa. Cuando el sol se ponía, todos subían a ducharse, se preparaban un bocadillo o algo que no necesitase ser servido en un plato e iban hacia la arboleda que estaba enfrente del camping. Era un terreno grande, con árboles frondosos y algún descampado. Pertenecía a los dueños del camping, que habían puesto mesas de madera con bancos, separadas entre ellas, y que alquilaban los fines de semana a familias que venían a comer de picnic y pasar el día en la playa.

A esas horas ya no estaban ocupadas, por lo que la pandilla se reunía allí. Se sentaban todos alrededor de la mesa, ponían música y charlaban de cualquier cosa. Se reían, lo pasaban bien. En ese momento, Jaime y Alegra aprovechaban para conversar y seguir conociéndose. Jaime se sentía muy a gusto con ella. No tenía muchas cosas en común con el resto de los chicos, solo el fútbol. De vez en cuando se animaba a jugar con ellos a la pelota en aquella portería que habían construido, pero prefería coquetear con Alegra, para qué engañarse.

Una tarde, Alegra se sentó en el banco al lado de Rita, mientras Aitana estaba de pie charlando con Fabiola, Elena y Pumuki. Jaime llegó y se sentó en la mesa, detrás de Alegra con las piernas

abiertas. Se inclinó hacia ella y a Alegra se le aceleró el corazón al sentirlo tan cerca.

—Tenía ganas de verte —susurró Jaime en el oído de Alegra, y le plantó un beso en la mejilla.

Alegra no supo cómo reaccionar, solo miró para Rita de reojo, que sonreía tímidamente para que Jaime no se diera cuenta, y se quedó callada. Siguieron hablando y Rita incluyó a Jaime en la conversación.

—Hoy no te vimos el pelo. ¿Fuiste a entrenar? —preguntó Rita.

—Sí. Iba a avisarte, pero me di cuenta de que nunca grabé tu número en el móvil.

Se intercambiaron los teléfonos y continuaron pasando el rato hasta que decidieron que ya era hora de irse a dormir.

Había pasado casi un mes desde que se conocieron, pero Alegra tenía la sensación de que lo conocía desde hacía mucho más tiempo.

Se había dado cuenta de que Jaime era un poco chulito.

Era guapo y lo sabía.

Las chicas lo miraban, ella incluida, y eso le agradaba.

Le gustaba gustar.

No era la primera vez que coqueteaba con alguien; de hecho, le había dicho que ya había besado a alguna chica del colegio.

Alegra, por el contrario, nunca había besado a ningún chico, pero últimamente no dejaba de preguntarse cómo sería besar a Jaime.

Vinieron unos días un poco nublados, así que decidieron que al día siguiente irían todos al cine.

Había un bus que salía hacia la ciudad y tenía una parada en la carretera general.

Se marcharon por la mañana temprano; iban a comer por el centro y dar un paseo, y por la tarde irían al cine.

Jaime le pidió a Alegra que se sentara con él en el bus y ella aceptó.

Se sentaron delante de Elena y Rita y al lado de Fabiola y Aitana.

—Cuando lleguemos, podríamos ir a dar una vuelta los dos solos, si te apetece. Somos muchos y va a costar ponernos de acuerdo sobre adónde ir antes de comer —soltó Jaime, cogiendo a Alegra un poco desprevenida.

—Vale, le diré a Rita al bajar del autobús que te envíe un mensaje cuando decidan dónde comer y así podemos ir luego —añadió Alegra.

Jaime sonrió y continuaron hablando de otras cosas hasta que llegaron a la parada.

Alegra se acercó tímidamente a Rita y Elena.

—Chicas, Jaime me ha pedido que vayamos a dar una vuelta los dos solos —comentó Alegra bajito mientras las dos amigas empezaron a dar saltos de alegría y a hacer ruidos raros.

—¡Parad, por favor, se va a dar cuenta!

—Vete tranquila, Alegra. Luego te mando un mensaje y te digo dónde quedamos para comer.

Alegra y Jaime se marcharon.

Fueron caminando hacia la playa, uno al lado del otro, charlando.

Se detuvieron en un paso de peatones esperando para cruzar y cuando la luz se puso verde, Jaime la agarró de la mano.

El corazón de Alegra se aceleró.

Miró a Jaime sin decir nada y él le sonrió.

Se sintió cómoda de su mano.

—¿Bajamos al arenal o prefieres que busquemos un bar para tomar algo? —preguntó Alegra.

—Podemos bajar y sentarnos un rato en la arena.

Bajaron y se sentaron uno al lado del otro.

Alegra estaba contándole algo; ya había cogido confianza y no paraba de hablar.

Jaime la miró y sonrió.

Apoyó la mano en la arena por detrás de Alegra, se acercó lentamente a ella y paró a escasos centímetros.

Alegra se calló de repente y él la besó.

7

Aquel fue, sin duda, un día muy importante en la vida de Alegra, uno de esos días que no se olvidan jamás.

Uno de esos días que con los años puedes narrar con lujo de detalles.

Jaime la estaba besando; estaban muy cerca, conociéndose más con ese primer beso, haciéndose saber el uno al otro que se gustaban, experimentando nuevos sentimientos.

Alegra notaba que el corazón le iba a salir del pecho; latía muy rápido, pero le gustaba esa sensación que nunca antes había sentido.

Estaba contenta, emocionada, e incluso nerviosa, pero no quería que Jaime se diera cuenta: él era un chico mayor que ella y no era la

primera vez que besaba a una chica.

Para él no era nada nuevo, y no quería que pensara que para ella era algo especial.

Era su primer beso y jamás olvidaría ese momento, pero era algo que prefería guardarse para ella.

Cuando por fin se separaron, Alegra no era consciente de cuánto tiempo había pasado.

Estaba acalorada; notó que su cara estaba colorada.

Jaime no apartó la vista de ella y le sonrió.

Le sonó el teléfono y miró el mensaje.

Se levantó suavemente, se sacudió el culo para quitar las arenas y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Es Rita. Dice que van a ir a comer al italiano de la plaza del ayuntamiento, que es el único sitio donde consiguieron mesa para todos. Tenemos que estar allí en quince minutos, así que deberíamos ir —dijo Jaime.

Alegra le cogió la mano y se levantó.

Caminaron hacia el restaurante uno al lado del otro, cogidos de la mano, charlando de cualquier cosa como solían hacer desde aquel día en la playa cuando Jaime se quedó con ella en la toalla.

Al llegar al restaurante ya estaban todos sentados.

No se pudieron sentar juntos porque ya estaban todos acomodados y las dos sillas que quedaban libres estaban bastante lejos.

Jaime se sentó con los chicos y a Alegra le habían guardado una silla al lado de Rita.

Se sentó y Rita la miró y le preguntó muy discretamente qué tal les había ido.

—Nos besamos… —confesó Alegra tímidamente.

—¿En serio? —preguntó Rita con una leve sonrisa—. La verdad es que ya lo suponíamos.

Jaime estaba al lado de Álex.

Cuando se sentó, los chicos hicieron algún comentario en alto metiéndose con Jaime y con Alegra, pero Alegra estaba lejos, entretenida hablando con Rita y no los escuchó.

Jaime sonrió, pero no les dijo nada al respecto.

Todos pidieron y enseguida sirvieron los platos.

Jaime no podía evitar mirar a Alegra a cada rato y mientras lo hacía pensaba en el beso, ese primer beso que se dieron.

Sintió que fue diferente a aquellos besos que les había dado a las chicas del colegio, que no le gustaban demasiado, pero que andaban detrás de él. Alegra le gustaba, le gustaba mucho, y no solo por el hecho de ser guapa, que lo era, le gustaba por algo más.

Le gustaba su forma tierna de mirarlo con aquellos ojos verdes achinados, le gustaba cómo se ponía colorada cuando le decía alguna cosa que ella no esperaba o cómo se le aceleraba el corazón cuando él se acercaba a ella despacio.

Cuanto más pensaba en ella, menos le costaba entender que sí, realmente, le gustaba mucho Alegra.

Cuando terminaron de comer pagaron, y todos se dirigieron a la puerta.

Alegra y Elena fueron al servicio antes de irse, y Jaime las esperó.

Tenían que llegar al centro comercial con tiempo antes de que empezara la película, ya que tenían que comprar las entradas, pero era pronto y decidieron ir caminando. Mientras caminaban, Adrián y Tomás iban contando anécdotas y riéndose de tonterías.

Jaime y Alegra caminaban juntos, cogidos de la mano, observando y escuchando lo que iban hablando los otros.

Tardaron alrededor de una hora en llegar, pero a Alegra le pareció mucho menos tiempo.

Estaba a gusto con Jaime.

Le encantaba que él la cogiera de la mano y no podía dejar de pensar en el beso, su primer beso, y en las ganas que tenía de darle muchos más.

Una vez en el centro comercial, compraron las entradas y las palomitas y esperaron a que empezara la película.

Eran muchos y no pudieron sentarse todos juntos.

Elena, Rita, Fabiola y Aitana se sentaron juntas en la fila tres, Tomás se sentó con David y Daniel en la fila cuatro, y Pumuki, Lucas, Álex y Adrián en la fila seis. Alegra y Jaime quedaron aparte y tuvieron que sentarse en la fila catorce.

Ninguno de los dos tenía mucho interés en ver la película, por lo que el número de fila o quién estuviera cerca no era importante. Alegra llevaba pensando en el siguiente beso que le daría Jaime desde antes de que le diera el primero.

—Me gustas mucho, Alegra —susurró Jaime al oído de Alegra—, me encantaría que fueras mi novia.

Alegra no respondió. Su corazón iba tan rápido en ese momento, que pensó que se le iba a salir del pecho. Sonrió y ambos se acercaron para darse un beso. No era capaz de saber si el beso había sido largo o corto, pero sabía que cuando Jaime la besaba, ella lo sentía todo.

—Me encantan tus besos, Alegra, pero no me has contestado… —añadió Jaime con una risa nerviosa.

—Claro que quiero ser tu novia —respondió tímidamente—. Pensé que con el beso había quedado más que claro.

Se dieron la mano y fueron viendo la película a ratos. Constantemente se buscaban y se besaban, como si no hubiera nadie más en aquella sala.

Cuando terminó la película, salieron y se encontraron con los demás en la puerta de la sala. Las chicas fueron al baño y los chicos las esperaron en el salón de máquinas. Las chicas aprovecharon para cotillear un rato antes de volver con los chicos, que se pusieron a jugar al futbolín.

Estuvieron allí un rato más hasta que varios padres los recogieron a todos para llevarlos de vuelta al campin.

8

El sol del mediodía caía con fuerza sobre el campin. Desde la finca de los tíos de Alegra se olía el humo del churrasco, mezclado con el aroma del pan recién hecho y el sonido de las risas de los adultos. La casa nueva quedaba justo detrás del campin, con un jardín enorme y una barbacoa de ladrillo donde el tío de Alegra se movía como si fuera el rey del fuego.

—¡Alegra, dile a tu tío que se le están quemando los chorizos! —gritó su madre, riéndose desde el porche.

—¡Yo no me meto! —contestó Alegra desde la mesa, con una servilleta en la mano—. Luego dice que los hace así a propósito.

La mesa era larguísima. En un extremo, los adultos, con vino, risas y conversaciones cruzadas. En el otro, los cuatro adolescentes:

Álex, Aitana, Elena y Alegra. Tenían los platos llenos de patatas, pan y trozos de churrasco. El mantel se movía con la brisa y las avispas rondaban cerca de la jarra de agua.

—Mi padre cocina bien, pero se pasa con la sal —dijo Álex, metiéndose un trozo de panceta en la boca.

—Pues cómetelo igual, que no te oí quejarte cuando repetiste —bromeó Aitana.

Elena se rio bajito. Era la más tranquila del grupo, pero se la veía cómoda allí, entre bromas y humo.

En la mesa de los mayores se oía todo. Y, de repente, la voz del padre de Alegra se impuso entre el bullicio:

—¿Y ese tal Jaime? —preguntó con tono travieso, mientras pinchaba un trozo de carne—. Dicen por ahí que lo ven mucho por vuestra parcela…

El silencio en el otro extremo fue inmediato. Alegra levantó la vista, con el tenedor a medio camino, y sintió que se le encendían las orejas.

—Papá… —murmuró, intentando sonreír como si no pasara nada.

Aitana, que no podía perder oportunidad, se echó hacia ella con una sonrisa maliciosa.

—Vaya, vaya… parece que las noticias vuelan…

—¡Cállate, pesada! —susurró Alegra, colorada como un tomate.

—¿Jaime el del pelo largo? —preguntó Álex, fingiendo pensar—. Sí, el que juega al fútbol, ¿no? Ese que te mira como si fueras el postre del verano.

Elena le dio un codazo suave a Álex y lo miró con una sonrisa cómplice.

—Déjala —dijo bajito—. No hagas que se ponga todavía más roja delante de todos.

—Gracias —susurró Alegra, lanzándole una mirada de gratitud.

Pero los adultos siguieron riéndose un rato más.

—Tranquila, hija —dijo su tío desde la barbacoa, con la pinza en alto—. Todos hemos pasado por esto alguna vez.

Las risas estallaron. Aitana aplaudió de pura maldad y Álex se dobló sobre la mesa.

Alegra escondió la cara entre las manos.

—Voy a morirme aquí mismo —dijo entre dientes.

—Tarde —susurró Aitana—. Ya es demasiado tarde para salvar tu reputación.

—No os soporto —dijo Alegra, intentando no reírse, aunque las lágrimas le saltaban de la risa contenida.

Elena, sin dejar de sonreír, le pasó la jarra de agua.

—Toma. Bebe, que el rubor también se apaga con hidratación.

Cuando el calor del momento pasó, la conversación cambió de rumbo. Álex se puso a hablar de la casa nueva y de que su padre quería construir una canasta en el jardín. Aitana se ofreció a ayudar a pintarla y Elena asentía, sonriendo. Alegra los escuchaba sin dejar de pensar en cómo era posible que el verano se le estuviera escapando tan rápido.

El sol entraba por entre las ramas, los adultos reían, y el olor a carne y carbón se mezclaba con el aire salado que venía del mar. Había algo en esa tarde que olía a familia, a casa, a cosas que se quedaban sin que uno se diera cuenta.

Cuando terminaron de comer, Álex levantó su vaso de refresco.

—Por los veranos que hacen que pasen estas cosas —dijo, mirando a su prima con media sonrisa.

—Y por los primos pesados —añadió Aitana.

Alegra levantó también su vaso, entre divertida y resignada.

—Y por los que prometen no volver a mencionar a Jaime delante de mis padres.

—Eso no se promete —dijo Álex, chocando su vaso con el suyo—. Se negocia.

Las risas volvieron a llenar el porche. El sol ya bajaba, y el aire empezaba a oler a noche. Pero en aquel momento, rodeada de su gente, con la cara aún encendida y el corazón ligero, Alegra sintió algo muy parecido a la felicidad.

9

Jaime conocía una cala escondida, a la que casi nadie iba, porque el acceso no era sencillo. No estaba muy lejos y pensó que le encantaría ir solo con Alegra. Sin dudarlo mucho, un día se lo dijo, y ella aceptó.

Después de comer, Jaime y Alegra caminaban por un sendero de tierra, rodeado de matorrales y ramas bajas. Él llevaba una mochila en la espalda y ella una toalla enrollada bajo el brazo. Cuando por fin llegaron, Alegra se dio cuenta de que aquella cala era todo lo que Jaime le había prometido y más: pequeña, cerrada por las rocas, con el agua tan clara que se veían las piedras en el fondo. No había nadie. El murmullo del mar lo llenaba todo.

Tiraron las toallas en la arena. Jaime sacó una botella de agua congelada, un táper con sandía y una bolsa de patatas fritas. Se rieron de lo poco romántico del picnic, pero para ellos era perfecto.

— ¿Te apetece un baño? —preguntó él, ya sacándose la camiseta.

Alegra asintió. Se quedó en bañador, aún con el pelo húmedo de la ducha rápida que se había dado antes de salir del camping. Se metieron en el agua sin pensarlo, salpicándose, zambulléndose de cabeza. Gritaban tonterías, se sumergían para agarrarse por los tobillos, se retaban a ver quién aguantaba más tiempo bajo el agua. Eran como dos niños grandes jugando a que el verano fuera eterno.

En uno de esos juegos, cuando salieron al mismo tiempo a la superficie, quedaron frente a frente. Las gotas les resbalaban por las mejillas. Jaime la miraba con esa forma suya de mirar, como si no existiera nadie más en el planeta. Le acarició la mejilla y luego el cuello, despacio, y la besó. Fue un beso largo, cálido, lleno de sal. Sus cuerpos estaban mojados, temblaban un poco, no por el frío, sino por el momento. Sus labios se buscaban con una ternura urgente. Jaime la abrazó por la cintura y la atrajo contra sí. Alegra sintió que el mundo giraba muy despacio.

Pero también sintió otra cosa. Algo que no había sentido antes con esa intensidad: una mezcla de miedo y desconcierto. No sabía si estaba preparada para lo que parecía venir a continuación. Lo quería, lo deseaba… pero no ahora. No así. No en una cala escondida, a solas, mientras todo se aceleraba sin que pudiera pensar con claridad.

Se separó suavemente, riéndose, fingiendo que había sentido algo en el pie.

— ¡Creo que algo me rozó! —dijo, exagerando la reacción.

— ¿Un pez? —preguntó él, confuso.

— O un monstruo marino. Igual viene a por ti también. —Y sin darle tiempo a responder, salió corriendo del agua, salpicándolo, jugando a escapar.

Jaime la siguió entre risas, corriendo hasta la orilla. Ella se envolvió en la toalla y se dejó caer sobre la manta, fingiendo que jadeaba.

— Casi muero, ¿eh? — Casi.

— Qué dramática —dijo él, tirándose a su lado. — ¿Estás bien?

— Perfectamente.

Estuvo un rato tumbada de lado, mirando al horizonte. Jaime se giró también. Le cogió la mano, entrelazando los dedos con los suyos. Ella sonrió, agradecida por que él no dijera nada más. Por su tacto suave y su presencia tranquila.

Pasaron un rato así. Él sacó una libreta vieja que siempre llevaba encima y le propuso un juego: escribir una carta en silencio, sin decir nada, solo lo que pensaran en ese momento. Ella aceptó, divertida, y se concentró.

Cuando intercambiaron los papeles, leyeron en voz alta lo que el otro había escrito. La carta de Jaime era intensa, dulce, desarmante. Hablaba de cómo la veía: con el sol en la cara, con los ojos brillantes, con la risa escandalosa y hermosa que lo volvía loco. Alegra tuvo que tragar saliva para no llorar. En la suya hablaba del miedo bonito que sentía al querer a alguien por primera vez. De lo increíble que era sentirse mirado de verdad. De cómo cada vez que Jaime le rozaba, le daban ganas de escribir una canción, aunque no supiera componer.

Se quedaron en silencio, mirándose. Y otra vez, sin decir nada, se besaron. Pero esta vez fue más tranquilo. Más breve. Más agradecido que deseoso.

Ya estaba anocheciendo, y el cielo tenía un tono violáceo que no parecía real. Recogieron en silencio, sin prisa. Mientras volvían por el sendero, Jaime le acariciaba la mano con el pulgar. Ella pensaba que ese día iba a recordarlo para siempre. Y lo hizo.

10

El sol ya empezaba a calentar con fuerza cuando Alegra, Aitana y Fabiola bajaron por las escaleras que llevaban a la playa. Era media mañana y el camping todavía estaba medio dormido. A lo lejos, se oía el sonido metálico de alguien arrastrando una silla plegable y el murmullo de las olas, suave, constante, como un telón de fondo.

Elena se había ido unos días con sus padres porque se había puesto mala y Rita había marchado a la aldea a pasar el fin de semana con su abuelo, que vivía solo. Así que, por primera vez en mucho tiempo, eran solo ellas tres.

Fabiola llevaba un sombrero de paja que se había comprado el verano anterior y un pareo azul claro que el viento le movía de un lado a otro. Era más callada que las demás, pero cuando hablaba,

solía decir cosas que hacían reír incluso a los más serios. Esa mañana parecía especialmente contenta.

— ¿Sabéis qué? —dijo, mientras extendía su toalla junto a las de sus amigas—. Creo que me he enamorado… del chico del chiringuito.

Aitana soltó una carcajada.

— ¿De Dani, el de los helados?

— No —respondió Fabiola, sonriendo. — Del otro. El moreno, el que pone la música por las tardes.

— ¡Pero si te saca un porrón de años! —exclamó Alegra, mirándola divertida.

— Ya, pero tiene un aire de cantante de los de antes. Y cuando sonríe… — Hizo una pausa, como si quisiera dejarlo en el aire. — No sé, me dan ganas de pedirle un batido solo para que me hable.

Aitana fingió abanicarla con la mano.

— Ay, por favor, qué drama adolescente.

— De drama nada —replicó Fabiola, riéndose—. Si supierais lo aburrido que es el invierno en mi casa, entenderíais que un verano sin tonterías de amor no es un verano.

Alegra sonrió.

— Eso sí te lo compro.

Fabiola se tumbó boca arriba, con los brazos detrás de la cabeza.

— Además, no pienso hacer nada, ¿eh? — Solo me gusta mirar. — Está bien eso de tener un pequeño secreto, algo que solo sepas tú.

Alegra la miró con cariño. Fabiola siempre parecía vivir las cosas a su manera, sin ruido, sin necesidad de que todo el mundo lo supiera. Tenía una dulzura tranquila que contagiaba calma.

— Cuando éramos pequeñas, tú ya eras así —dijo Alegra—. Te gustaba observar más que hablar.

— Y tú eras justo al revés —contestó Fabiola con una sonrisa—. Siempre querías saberlo todo de todos.

— Eso se llama curiosidad —replicó Alegra, divertida.

— Eso se llama cotilleo —dijo Aitana, soltando una carcajada.

Las tres se echaron a reír.

Pasaron un rato así, hablando de cosas sin importancia, mirando cómo el mar iba subiendo despacio. A esa hora, la playa estaba casi vacía, salvo por un par de niños jugando con cubos de colores y una pareja mayor caminando por la orilla.

De repente, escucharon voces detrás de ellas. Al girarse, vieron a Adrián, Álex y Tomás bajando por las escaleras, descalzos y cargando con las toallas.

— ¡Pero bueno! —gritó Adrián desde lejos—. ¡Estamos solos los originales!

Tomás levantó los brazos y añadió: —Los fundadores del camping.

Álex se echó la toalla al hombro y sonrió. — Esto parece un reencuentro histórico.

Fabiola se incorporó, sonriendo.

—La verdad es que cada día somos más en la playa, parece que el verano se ha vuelto una convención.

Alegra asintió.

—Qué recuerdos. Parece cuando éramos pequeños.

Adrián dejó su mochila en la arena.

—Exacto. Sin altavoces, sin mil grupos de por medio, sin tener que esperar a que alguien decida si jugamos al fútbol o a las cartas.

—Aunque a mí me encantan las cartas —dijo Fabiola, arqueando una ceja.

—A ti te gusta ganar —bromeó Tomás.

—Eso también —respondió ella, riendo.

Se metieron todos en el agua, uno detrás de otro. El agua estaba fría, pero enseguida empezaron las salpicaduras, los gritos y los intentos fallidos de tirarse unos a otros.

Aitana chillaba, Tomás hacía el payaso zambulléndose de espaldas, y Adrián, con la calma de siempre, intentaba organizar una carrera de natación que nadie quería seguir.

Fabiola se reía tanto que apenas podía nadar. Álex le salpicó un poco de agua y ella le devolvió la jugada con un empujón que acabó con ambos sumergidos. Cuando salieron, los dos estaban riéndose a carcajadas, empapados y con la arena pegada a la piel.

—Esto es la guerra —dijo él, fingiendo ponerse serio.

—Entonces prepárate… —contestó ella, esquivando la siguiente ola.

Alegra los observaba desde unos metros más allá. Verlos así, juntos, le recordaba lo mucho que habían crecido todos. Había algo en esa mañana que olía a pasado y a presente al mismo tiempo, como si el verano les diera una tregua para volver a ser los de antes, aunque solo fuera por unas horas.

Salieron del agua cuando el sol empezaba a picar. Se tumbaron sobre las toallas, mojados, con la piel ardiendo y el cabello lleno de sal.

—Deberíamos hacernos una foto —dijo Adrián—. Solo los de siempre, para recordar que seguimos aquí.

Álex se levantó, sacó su móvil y los colocó a todos en fila. Fabiola, entre Alegra y Aitana, se pasó una mano por el pelo y sonrió.

—¡Vamos, rápido, que me derrito! —gritó Tomás, agitando las manos.

El clic de la cámara sonó entre risas.

Años después, cuando alguno volviera a mirar aquella foto, recordaría ese momento: el sol alto, la arena caliente, el agua fría, y la sensación de que nada malo podía pasarles mientras siguieran juntos, los de siempre.

11

Aquella noche el camping estaba en calma. Los grillos cantaban, el aire era cálido y olía a pino seco. Habían pasado el día entero juntos, con el grupo, entre juegos de cartas, baños en la playa y risas eternas. Pero cuando se acercaba la medianoche, cada quien fue retirándose a su tienda.

Alegra estaba tumbada en una hamaca de tela que habían colgado entre dos árboles. Llevaba un pantalón corto y una sudadera, y tenía la cabeza apoyada en un cojín. Jaime llegó con dos vasos de chocolate frío y le ofreció uno sin decir nada y se sentó en el suelo, al lado de la hamaca.

—Gracias —dijo ella, con una sonrisa tierna.

Él le dio un sorbo al chocolate y se tumbó boca arriba sobre el césped, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, mirando al cielo. Alegra, desde arriba, lo observó.

—¿En qué piensas cuando te quedas mirando las estrellas así? —preguntó Jaime.

—En muchas cosas. Pero ahora mismo… en ti. —Alegra se giró en la hamaca, con cuidado de no caerse, y apoyó la mejilla en la mano.

—¿En mí?

—Sí. En lo raro que es esto. En lo rápido que ha pasado todo. En lo mucho que me gusta estar contigo —dijo ella y se quedó callada. En su pecho, algo se removía. Una mezcla de calma y euforia, de certeza y vértigo.

—A veces tengo miedo —confesó él.

Jaime giró la cabeza para mirarla.

—¿Miedo de qué?

—De que no sea de verdad. De que esto se acabe. De que tú te vayas y te olvides.

—No voy a olvidarte —dijo Alegra con una firmeza dulce—. No podría, ni aunque lo intentara.

Ella bajó de la hamaca con torpeza y se tumbó a su lado. Las estrellas los miraban desde arriba, silenciosas. Él le cogió la mano y empezó a acariciarle los dedos, uno a uno. Alegra se quedó unos segundos en silencio. Luego se giró de lado y se acercó un poco más.

—¿Y tú? —le preguntó en voz baja—. ¿En qué piensas cuando estás conmigo?

—En que me haces sentir que todo está bien. Incluso cuando todo no lo está. En que tu forma de mirarme me da seguridad. En que… no sé. Siento que me ves de verdad.

Luego se inclinó y la besó despacio. La besó como quien está agradeciendo algo. Como si acabara de recibir el regalo más valioso del mundo.

Cuando se separaron, ella apoyó la cabeza en su pecho. Escuchaba su corazón. Se concentró en ese latido y pensó que no había mejor lugar donde estar. Se quedaron así largo rato. No decían nada. No hacía falta.

Antes de volver a su caravana, Jaime la abrazó muy fuerte y le susurró al oído:

—No soy perfecto, Alegra. Pero voy a intentar hacerlo bien contigo.

Y ella, sin abrir los ojos, respondió:

—Eso es lo que me da más miedo. Que lo intentes y que no funcione.

Él no respondió. Solo apretó su mano, como si con eso pudiera prometerle que todo iba a ir bien.

Alegra se fue a dormir con esa mano todavía temblándole en el pecho.

12

El camping tenía su propio ritmo, marcado por los chapuzones en el mar y las partidas a las cartas durante el día y las conversaciones interminables en la arboleda cuando caía la noche. Pero aquella velada de finales de agosto no era como las demás.

Adrián, uno de los chicos más ingeniosos y entusiastas del grupo, llevaba días preparando algo especial. Con la complicidad de algunos, había organizado una gincana nocturna que no tardó en despertar la curiosidad de todos. Las reglas eran sencillas, pero la emoción estaba garantizada: pruebas, pistas escondidas entre la arena y la espuma del mar, y una buena dosis de risas y rivalidad amistosa.

Alegra y Jaime, que ya habían compartido incontables momentos durante aquel verano, no podían faltar. La idea de recorrer la playa de noche, con la luna iluminando las olas y el eco de las voces mezclándose con el rumor del mar, tenía algo de mágico, casi irrepetible. Era una de esas experiencias que no se planean demasiado, pero que acaban quedando grabadas en la memoria como un tesoro.

Y así, con linternas improvisadas, zapatillas llenas de arena y el corazón dispuesto a dejarse llevar por la aventura, todos se reunieron junto a las dunas, esperando la señal de Adrián para comenzar. La noche prometía.

Adrián lo tenía todo perfectamente planeado. Había estado dos días preparando pruebas. Había rescatado una vieja pizarra, y escrito con rotulador las normas y las puntuaciones. Aquello parecía una gincana de programa de televisión.

—¡Chicos, venga, atención! —gritó Adrián con un megáfono de juguete—. Esta noche se decide quién será el equipo campeón del camping. No hay premio, pero sí mucha honra y chocolate. ¡Vamos a repartir los equipos!

Alegra se quedó junto a Rita, esperando ver si les tocaba juntas. Adrián era quien había organizado también los equipos. Cuando dijo el nombre de Jaime, lo emparejó con ella, y le guiñó un ojo cuando pasó por delante.

—Equipo azul: Jaime, Alegra, Elena, Tomás y Rita. Equipo rojo: Fabiola, Alex, Aitana, Pumuki y Lucas.

Alegra soltó una risa nerviosa. Jaime se acercó y le tendió una cinta azul para el pelo, que ella se colocó a modo de pulsera. Él la llevaba en la muñeca. Se sonrieron.

—Estamos destinados a ganar, ¿lo sabes? —le dijo él.

—No presiones, que yo soy malísima en cosas de correr y saltar —le contestó.

—Pues harás de animadora. Te pondré pompones.

La primera prueba fue la carrera de sacos. Cada equipo debía elegir a dos personas, y Tomás y Rita fueron los elegidos. Ganaron, gracias a un tropiezo ridículo del equipo rojo que acabó con tres personas por el suelo. Después vino la prueba de la cuchara con huevo: Elena fue quien participó por su equipo, pero se le cayó justo antes de llegar a la meta. Alegra chillaba de la risa.

La tercera prueba fue más divertida aún: morder la manzana colgando de una cuerda sin usar las manos. Alegra se presentó voluntaria y se enfrentó a Fabiola, del equipo contrario.

Las manzanas estaban empapadas, y costaba horrores morderlas sin que se balancearan como un péndulo. Cuando por fin logró darle un bocado, un trozo le quedó colgando del labio y Jaime, que estaba justo detrás, soltó una carcajada tan sonora que ella se giró indignada… y acabó cayendo de culo en la arena. Se rieron todos.

Después vino la prueba de los churros mojados en chocolate. Había que comerlos con los ojos vendados, con las manos atadas a la espalda. Jaime fue el elegido por su equipo. Cuando le pusieron la venda, Alegra fue quien le dio instrucciones.

—¡Un poco a la derecha! No, tu otra derecha…

—¡Pero si esa es mi derecha de verdad! —se quejaba él, pringado entero de chocolate.

Cuando consiguió atrapar el churro con la boca, el grupo entero estalló en aplausos. Alegra se doblaba de la risa. Él se quitó la venda y con la boca llena de chocolate se acercó a ella:

—¿Lo he hecho bien, coach?

—Eres una máquina de pringarte, eso sí.

Él le dio un beso en la boca divertido, dejando una marca de chocolate. Alegra se quedó paralizada un segundo y luego lo miró sin borrar la sonrisa.

Después de la prueba de la carretilla —donde Alegra se cayó dos veces y Jaime terminó llorando de la risa con ella—, llegó la prueba final: la guerra de globos de agua.

La noche se llenó de gritos, carreras, chorros volando por los aires. Alegra corría por la arena, empapada, con los pelos pegados a la cara y la ropa chorreando, pero no recordaba haberlo pasado tan bien en meses.

Cuando terminaron, sudados y mojados, se tiraron todos sobre las toallas. Adrián anunció que el equipo azul había ganado por tres puntos.

—¡Eso es por tener a la mejor animadora del planeta! —gritó Jaime, levantando el brazo de Alegra.

Ella estaba tumbada boca arriba, con los ojos cerrados, riendo como una niña.

—Si mañana me levanto con agujetas, te odiaré —le dijo.

—Imposible. Nadie odia a su compañero de guerra de churros con chocolate.

Se miraron. Un silencio de complicidad se coló entre las risas del grupo.

Esa noche, Alegra se tumbó en la cama sin ganas de moverse. Aitana se quedó dormida ya. Abrazada a la almohada, repasó cada momento, cada palabra, cada mirada de Jaime.

13

La noche era cálida y serena en el camping. Las voces del grupo grande se habían ido apagando poco a poco, como una canción que termina suave. Desde la caravana se oía el canto intermitente de los grillos y alguna risa lejana. Alegra se había metido en la cama antes que las demás porque le dolía un poco la cabeza. Dormía en la litera del medio —una de esas un poco incómodas, pero con encanto, donde sentía que tenía un pequeño refugio propio—. Los demás todavía estaban fuera, jugando a las cartas con el resto del grupo.

La ventana junto a su litera estaba entornada y la mosquitera baja, para que corriera algo de aire. Se había puesto su camiseta vieja favorita, esa de algodón blanco con letras rosas ya desgastadas, y se había acurrucado con el cuaderno abierto sobre

las piernas. Escribía casi cada noche. A veces solo una frase, otras páginas enteras. Esa noche no sabía qué decir. Tenía la mente llena de imágenes de Jaime, de la cala por la tarde, de su mirada cuando le había dicho que no quería olvidarla jamás.

Justo cuando estaba a punto de cerrar el cuaderno, escuchó un sonido muy suave. Un clic apenas perceptible. Levantó la mirada.

La ventana de encima de la cama de matrimonio donde dormía Aitana se estaba abriendo. Muy despacio.

Alegra se incorporó de golpe, con el corazón acelerado. Y entonces lo vio: Jaime. Asomando con esa cara de niño pillo, los ojos brillantes en la oscuridad.

—¿Estás loco? —susurró, pero no podía dejar de sonreír.

—¿Puedo pasar?

Ella miró hacia la puerta principal —la única— y se levantó con rapidez. Cerró con sigilo el pequeño biombo plegable que separaba la zona de las literas y la cama de la entrada y la cama de sus padres. Por si acaso. Si alguien llegaba, que al menos le diera tiempo a esconder a Jaime.

—Rápido —susurró, abriendo la ventana un poco más.

Él se deslizó con torpeza dentro de la caravana, riendo en silencio. Se sentó en el borde de la cama y ella se sentó a su lado. Quedaron frente a frente, tan cerca como si compartieran un secreto.

—Estás como una cabra —le dijo ella en voz bajita.

—Y tú estás preciosa —respondió él, bajando la voz aún más.

Se quedaron callados unos segundos. Solo se escuchaban sus respiraciones y el reloj del horno eléctrico marcando las dos de la madrugada. Jaime estiró la mano y le acarició la pierna, justo donde la camiseta le quedaba algo corta.

—Tenía ganas de estar contigo a solas. Sin nadie alrededor. Solo tú y yo.

Alegra sintió un calor dulce en el pecho. Y también esa punzada de miedo que aparece cuando todo es tan bonito que parece irreal.

—¿Y si entran? —susurró.

—No entrarán. Pero si lo hacen… Salgo por la misma ventana por la que entré. Prometido.

Ella sonrió. Lo miró un segundo sin hablar. Luego bajó la cabeza. Jaime se tumbó de lado, apoyado en un codo.

—No sabes cuánto me gustas —le dijo—. Y no solo eso. Es que me muero por ti, Alegra.

Ella lo miró. Sabía que lo sentía, que no estaba jugando.

—Jaime…

—¿Qué?

—Esto me asusta un poco. Y no solo por si viene alguien…, creo que todavía no estoy preparada para… para eso.

—No te preocupes, Alegra, no he venido a eso. Solo quería estar un rato contigo, saber si ya se te había pasado el dolor de cabeza y darte unos besos. Podría haber llamado a la puerta y pasar como la gente, pero entrar por la ventana me parecía más romántico.

La besó. Fue un beso lento, suave, tan lleno de ternura que a ella le temblaron las pestañas. Cuando se separaron, él le acarició la mejilla con los nudillos.

—No voy a hacer nada que tú no quieras. Nunca. Solo… quería verte.

Ella apoyó la cabeza en su pecho. Sintió cómo el corazón de él le golpeaba el esternón.

—Gracias por venir —le dijo, casi en un suspiro.

—Gracias por dejarme quedarme un rato.

—Me parece el plan más bonito y romántico que se te podía haber ocurrido.

Se quedaron abrazados un buen rato. Hablando en susurros, riéndose por lo bajo, compartiendo tonterías. Él le pidió que le describiera cada lunar de su brazo y ella se los fue señalando como si contara una constelación. Se besaron varias veces más. A veces

cortos, a veces más largos. Pero siempre con esa delicadeza que tienen las cosas que se saben importantes.

Cuando escucharon las voces de Elena y Aitana acercándose, Jaime se incorporó de golpe.

—¡Hora de huir!

—Espera —dijo ella, tomándole la cara con ambas manos y dándole un beso más en los labios—. Por si no te da tiempo a colarte mañana.

Él sonrió.

—Nunca se sabe. Puede que vuelva esta noche también.

—Loco —susurró.

—Por ti, sí.

Jaime volvió a saltar por la ventana. Ella cerró, volvió a su cama y se tapó hasta la nariz, con el corazón como una tormenta y la boca llena de sonrisas.

Aquella noche no durmió enseguida, pero soñó con él y fue igual de bonito.

14

Alegra estaba tirada en una tumbona con las gafas de sol puestas, hojeando un libro que en realidad no estaba leyendo. Elena y Rita estaban sentadas en la toalla, hablando a ratos y dejando que el calor les arrullara la piel.

—Me aburro —dijo Elena, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Eso es porque no sabes disfrutar del silencio —respondió Rita, sacando un chicle del bolsillo del *short* y metiéndoselo en la boca.

—O porque no tenemos novedades —murmuró Alegra sin levantar la vista.

Como si el universo hubiera estado esperando su queja, Jaime apareció en la playa, con una sonrisa ladeada. Pero no venía solo.

Rubio, con una toalla colgada al hombro y gafas de sol negras que no ocultaban del todo su expresión divertida.

—¿Ese es… Rubio? —preguntó Elena, incorporándose.

—Sí —confirmó Alegra.

—¡Dios! Es más guapo de lo que recordaba —añadió Rita, mordiéndose el labio inferior con una sonrisa que no pasó desapercibida.

Rubio levantó la mano en un gesto de saludo. El reencuentro fue cálido. Jaime se sentó al lado de Alegra como si ese sitio le perteneciera y Rubio, con esa mezcla natural de desparpajo y simpatía, se acomodó entre Elena y Rita como si llevara allí desde el principio.

—¡Vaya recibimiento! Esperaba un poco más de música de fondo y quizá que estas chicas guapas me dieran, como mínimo, un beso de bienvenida —dijo Rubio, guiñando un ojo a Rita.

—¡Ja! Pides mucho, chaval —le respondió ella, levantándose.

Fueron a por botellas frías y algo de fruta. Cuando regresaron, la conversación ya fluía. Rubio era ese tipo de chico que se integraba con facilidad: hacía chistes que no eran ofensivos, imitaba a Jaime con éxito y sabía cuándo bromear y cuándo escuchar.

—Entonces, ¿me vais a poner al día o tengo que descubrirlo todo por mi cuenta? —preguntó mirando a las tres chicas.

—Hay mucho que contar —dijo Elena.

—Pero podemos resumirlo en que has llegado tarde a los mejores días —añadió Rita, mordiéndose una fresa con media sonrisa.

—Nunca es tarde si el *camping* es bueno —respondió él, clavándole la mirada por un segundo que pareció más largo de lo que debería.

Ese día lo pasaron entero juntos. Por la tarde jugaron a las palas en la playa, se echaron una guerra de arena que terminó con media pandilla llena de barro y, por la noche, en la arboleda, Rubio se

sentó al lado de Rita sin necesidad de invitación. Ella tampoco dijo nada. De hecho, parecía estar disfrutando de tenerlo cerca.

Alegra los observaba desde su sitio, con media sonrisa. No era solo que hicieran buena pareja, era que Rita parecía más ligera, más luminosa. Y eso no se le pasaba por alto a nadie.

Estaban relajados. Las luces de las farolas eran tenues y pusieron música suave. Jaime se fue un momento a hablar por teléfono con su madre y los demás quedaron charlando.

—¿Siempre haces amigos tan rápido? —le preguntó Rita a Rubio.

—Solo cuando hay buenas personas cerca.

—Menudo cliché —se rio.

—Puede ser. —admitió él, bajando la mirada por un segundo—. Pero me gusta la gente que hace las cosas fáciles.

—Pues si es por eso, has venido al sitio correcto.

Rubio la miró fijamente.

—Eso espero.

No se dijeron más. Pero a partir de ese momento, ya no hubo conversación en la que Rita no lo buscara con la mirada, ni chiste de Rubio que no recibiera primero la risa de ella. Fue un comienzo sutil. Pero los buenos comienzos siempre lo son.

15

El sol caía a plomo y la arena ardía tanto que apenas podían dar dos pasos sin ir a saltitos. Alegra llevaba la toalla enrollada al cuello y una botella de agua en la mano. Aitana, con las gafas de sol en la cabeza, se quejaba del calor desde que salieron del *camping*. Fabiola caminaba entre las dos, sujetándose el sombrero de paja para que no saliera volando.

—Si no nos morimos hoy, no nos morimos nunca —dijo Aitana, fingiendo desmayarse.

—Podrías dejar de quejarte cinco minutos —respondió Alegra—. ¡Estamos de vacaciones, tía!

—Ya, pero mis pies están fritos —replicó Aitana.

Antes de bajar las escaleras que llevaban a la playa, pasaron por el chiringuito. Era el de siempre, el que quedaba justo al final del paseo, con las mesas pintadas de azul y una sombrilla que no terminaba de sostenerse. Dentro sonaba música de los ochenta y el aire olía a tortilla y crema solar.

Fabiola fue la primera en entrar. Llevaba su pareo azul y una trenza floja que le caía sobre el hombro. En la barra estaba el chico moreno del que había hablado unos días antes.

—Buenos días —dijo él, apoyándose en la barra—. ¿Qué os pongo?

Alegra y Aitana se miraron, conteniendo la risa. Fabiola tragó saliva.

—Tres botellas de agua y dos bolsas de patatas, por favor —dijo lo más natural que pudo.

El chico la miró un segundo más de lo necesario.

— ¿Tú eres la que siempre pide batido de fresa por las tardes? —preguntó.

— Eh… sí —respondió ella, desconcertada.

— Me lo imaginaba. Es la bebida de moda de las chicas guapas —dijo, sonriendo con un guiño descarado.

Aitana soltó una carcajada y Alegra se tapó la boca para no reírse en voz alta. Fabiola notó cómo se le subían los colores hasta las orejas.

— Gracias… supongo —acertó a decir, intentando no tropezar con sus propias palabras.

—De nada —dijo él, entregándole las botellas—. Si venís luego, os guardo una mesa en la terraza.

Fabiola sonrió, intentando mantener la compostura.

— Lo pensaremos.

En cuanto salieron del chiringuito, las otras dos estallaron.

— «La bebida de las chicas guapas», ¡por favor! —dijo Aitana, imitando al chico con tono exagerado—. ¿Desde cuándo te ligan en

los chiringuitos, Fabi?

— Calla, que me muero —dijo Alegra, doblándose de risa.

— Sois idiotas —respondió Fabiola, pero no podía evitar sonreír.

— Ay, no pongas esa cara —dijo Aitana—. Si te invita al batido, le dejamos propina.

Bajaron las escaleras riendo, empujándose unas a otras. La arena estaba llena de huellas y el mar relucía como un espejo. Fabiola intentaba no pensar en lo que acababa de pasar, pero la sonrisa no se le borraba de la cara.

Al poco rato, llegaron Adrián, Álex y Tomás con el balón. Adrián se tiró la toalla al hombro y, al verlas acercarse, arqueó una ceja.

— ¿De qué os reís tanto? —preguntó, con ese tono de hermano mayor que usaba a veces.

— De nada —respondió Fabiola demasiado rápido.

Aitana se echó a reír.

— De tu prima y su nuevo amor veraniego.

— ¿Qué dices? —preguntó Adrián, girándose hacia Fabiola con cara de incredulidad—. No me digas que alguno de los del chiringuito te ha dicho algo.

— Nada importante —dijo Fabiola, intentando sonar despreocupada.

— Pues que lo sea o no, ese tío que se ande con cuidado. Que le rompo la guitarra o lo que tenga por instrumento —bromeó Adrián, agitando el balón como si fuera una amenaza.

— Tú preocúpate de no romperte la nariz jugando al fútbol, que bastante tienes con eso —replicó Fabiola, divertida.

— Habla la estrella del chiringuito —añadió Tomás, que ya estaba al tanto gracias a las risas de Aitana y Alegra.

— ¡Pesados! —dijo Fabiola, tirándoles un puñado de arena a los dos—. Dejad de meteros en mis asuntos.

— No te enfades, que solo queremos proteger tu reputación —respondió Adrián, riendo.

— Proteger mi paciencia, querrás decir —replicó ella, pero sin dejar de sonreír.

Se metieron en el agua entre bromas y salpicaduras. El mar estaba fresco y el aire olía a sal y crema de coco. Fabiola nadó un poco hacia dentro y se dejó flotar boca arriba. El cielo estaba despejado, azul intenso. Cerró los ojos y sonrió.

A lo lejos, escuchó a Aitana gritar su nombre y a Tomás reírse. Y pensó que, si había un momento perfecto en todo el verano, tal vez era ese: sol, agua, risas… y un guiño que le había dejado el corazón un poco más alegre de lo habitual.

16

El aire ya no quemaba como al principio del mes. Aunque el sol seguía brillando fuerte durante el día, las noches empezaban a ser más frescas y a dejar el primer aviso de que el verano, lentamente, se estaba apagando.

Alegra caminaba sola hacia la playa, con una toalla colgada al hombro y los cascos puestos. Había dejado a Rita y Elena en las duchas, bromeando con Rubio, y aunque normalmente le hacía gracia escucharlos picarse entre ellos, esa tarde algo dentro de ella se sentía… apagado.

Se sentó en la arena todavía tibia, clavó los pies descalzos y respiró hondo. El mar tenía ese color entre azul y plata que solo se

veía al final del día. Era bonito, sí. Pero también un poco melancólico.

Agosto se estaba acabando. Y aunque lo sabía desde que había llegado, de pronto el tiempo le caía encima como un peso. Habían sido unas semanas intensas, hermosas, llenas de primeras veces. Su primer amor. Sus primeros besos. Su primera promesa. Jaime.

Desde la visita a la ciudad, desde las cartas escondidas y las escapadas de madrugada, no había un solo día que no hubieran compartido algo. Un paseo, una risa, un roce. Y a veces, en medio de las miradas cómplices con las que se buscaban constantemente, Alegra sentía que estaba viviendo algo que se iba a quedar con ella para siempre.

Pero también sabía que, al volver a casa, todo sería distinto.

No tenía móvil. Y aunque ambos habían prometido estar en contacto de la manera que fuese, el mundo fuera del camping era mucho más ruidoso, más rápido, más incierto. Y de pronto, se asustó. Porque no era solo que lo fuera a echar de menos… era la idea de que tal vez, solo tal vez, no volvieran a encontrarse del mismo modo.

Se limpió una lágrima tonta que le resbalaba por la mejilla. No quería estar triste. Todavía quedaban días por vivir, partidos por jugar, canciones por cantar con el altavoz en la playa.

Sintió que alguien se sentaba a su lado. Era Jaime. Como si hubiera leído sus pensamientos.

— ¿Estás bien? —le preguntó, en voz bajita.

Ella asintió, aunque no del todo convencida.

— ¿Segura?

— Es solo que… —Se encogió de hombros—. No quiero que esto se acabe.

Jaime no dijo nada. Solo la rodeó con un brazo y apoyó su cabeza sobre la suya. Estuvieron así, en silencio, un buen rato. El sol bajaba

y teñía el cielo de colores cálidos. Ella apoyó su mano sobre la pierna de él y la apretó.

— Yo tampoco quiero que se acabe —dijo él al fin, con una voz baja, pero firme.

Alegra cerró los ojos.

No sabían cómo iba a ser después. No tenían respuestas. Solo tenían ese momento, esa playa, ese último tramo del verano… y las ganas de no soltar lo que habían construido.

17

El sol empezaba a bajar, tiñendo el cielo de tonos dorados y naranjas. El mar estaba en calma, apenas una línea plateada que brillaba al final de la playa. Alegra había bajado sola con su toalla, dispuesta a disfrutar del atardecer. Pero cuando sus pies tocaron la arena, vio a Tomás sentado sobre las rocas, lanzando piedrecitas al agua con su gesto distraído de siempre y se acercó.

— ¿Puedo? —preguntó, señalando el hueco a su lado.

— Siempre —respondió él, sin apartar la vista del horizonte.

Alegra se sentó. El aire olía a sal y a algo dulce, quizá la crema de coco que siempre llevaba en el bolso. Tomás le pasó una piedra lisa.

— A ver si sabes hacerla rebotar —dijo.

— No se me da bien —contestó ella.

—Te apuesto un helado a que consigo más rebotes que tú.

—Eso no tiene mérito, tú vienes todos los años a entrenar.

Él se encogió de hombros.

—No es culpa mía que no practiques.

Alegra lanzó la piedra. Rebotó una sola vez antes de hundirse. Tomás soltó una risa suave y luego lanzó la suya. Tres rebotes perfectos.

—Injusto —dijo ella, empujándolo con el hombro.

—Injusto sería que no reconocieras mi talento.

Rieron los dos.

El sonido del mar se mezclaba con las voces lejanas del camping. Era uno de esos momentos tranquilos en los que parecía que nada podía romper el verano.

—¿Y Jaime? —preguntó él de repente, fingiendo desinterés mientras dibujaba líneas con una concha sobre la piedra.

Alegra lo miró, sorprendida.

—¿Qué pasa con Jaime?

—Nada. Solo que últimamente no se te ve sin él. Y pensé… no sé, que igual estabas un poco en las nubes.

Ella bajó la vista, sonriendo.

—Puede ser. Es raro, ¿sabes? Nunca me había pasado esto. Me gusta estar con él todo el tiempo. Me gusta cómo me mira, cómo se ríe, cómo dice mi nombre. Pero a veces pienso que esto se acaba y no sé cómo voy a seguir como si nada.

Tomás la escuchó en silencio, con los codos apoyados en las rodillas. Tenía la mirada fija en el mar pero sus ojos, oscuros y tranquilos, parecían llenos de cosas que no decía.

—Supongo que eso es enamorarse —dijo al fin, con una media sonrisa.

—¿Y tú qué sabrás? —bromeó ella, empujándolo otra vez.

—Lo justo —respondió él, con un gesto que era mitad sonrisa, mitad tristeza—. Lo suficiente como para saber que los veranos son

peligrosos. Te hacen creer que todo es para siempre.

Alegra lo miró, sin entender del todo el tono con que lo había dicho.

—¿Tú te has enamorado alguna vez?

Tomás dudó un instante antes de contestar.

—Puede. Pero era una historia imposible.

—¿Imposible por qué?

—Porque ella no se dio cuenta —dijo él, girando la cabeza hacia ella con una sonrisa torcida—. Y eso que la tenía siempre al lado.

Alegra frunció el ceño, sin sospechar del todo.

—Pobre chica —lo dijo con tono inocente, jugando con una piedra.

Él soltó una risa corta.

—Pobre de mí, querrás decir.

Ella levantó la mano y acarició suave el moflete.

—Tomás, el mártir del amor no correspondido.

—Eh, no te burles —dijo él, sonriendo.

Luego bajó la voz.

—Aunque bueno, igual hubiera sido más fácil si me hubieras elegido a mí, ¿no crees?

Alegra se giró hacia él. Lo miró entre divertida y sorprendida.

—¿A ti?

—Claro —contestó, encogiéndose de hombros, con esa mezcla de humor y verdad que solo él sabía usar—. Soy más guapo, más simpático, y además no tengo el pelo largo que te tapa media cara cuando te besan.

Alegra soltó una carcajada.

—Tú estás tonto.

—Un poco, sí —admitió él—. Pero tonto con estilo.

Ella lo miró, riendo, y luego negó con la cabeza.

—Tú y yo no habríamos funcionado. Somos como hermanos. Me caes demasiado bien como para salir contigo.

—Vaya, gracias por romperme el corazón con tanta dulzura —dijo Tomás, llevándose una mano al pecho fingiendo dolor.

—Además —añadió ella—, si estuviéramos juntos, los inviernos serían un desastre. Tú vives en otra ciudad. Nos pasaríamos la vida esperando los veranos para vernos.

—Podría ser romántico —dijo él, bajando la voz—. Como esas películas donde los dos se escriben cartas todo el año.

Alegra sonrió.

—Sí, pero al final uno se olvida de contestar y el otro se echa novio.

Tomás se rio, aunque por dentro notó una punzada leve. La miró un segundo más de la cuenta. Tenía el sol cayendo sobre el pelo, la piel dorada y los ojos verdes iluminados por la tarde. Y pensó que, aunque ella no lo supiera, aquel era el momento exacto en que iba a tener que aprender a quererla sin que fuera suya.

—Supongo que tienes razón —dijo al fin, rompiendo el silencio—. Mejor que seamos amigos.

—Los mejores —dijo ella, ofreciéndole el meñique.

Tomás lo entrelazó con el suyo.

—Prometido.

Se quedaron así unos segundos, mirando cómo el sol se escondía detrás de las rocas. Luego Alegra se levantó, sacudió la arena de los shorts y le tendió la mano.

—Vamos. Si seguimos aquí, mi madre pensará que me has secuestrado.

—Podría hacerlo —bromeó él.

—Ya —respondió ella, sonriendo mientras lo ayudaba a levantarse —. Pero tendrías que compartir la celda con Jaime, y eso no te gustaría nada.

Él se echó a reír y caminó a su lado, en silencio, con las manos en los bolsillos. Mientras subían por el camino del acantilado, Tomás la miró una vez más, con esa mezcla de cariño y tristeza que solo él

entendía. Y pensó que, aunque el verano terminara, siempre habría un rincón de su memoria donde ella seguiría riéndose bajo aquel sol anaranjado, con el mar detrás y el corazón lleno de un primer amor que nunca olvidaría.

18

12 de septiembre, había llegado su cumpleaños y Alegra siempre estaba feliz el día de su cumpleaños. Su madre la despertaba con un beso enorme y disfrutaba con ella de un gran desayuno. Su padre era más tosco y le costaba más expresar sus sentimientos, pero las adoraba a ella y a Aitana. Después de desayunar abrió los regalos antes de que sus padres se fueran a trabajar, al ser día laborable tuvo que madrugar, pero no le importó. Como ya era septiembre y pronto empezaban las clases, había mucha gente que ya se había retirado. Alegra y su familia volverían el domingo a casa, igual que los padres de Jaime. También andaban por allí Fabiola y Rita, pero Elena ya se había vuelto a la ciudad con sus padres. Todas bajaron a

la playa a tomar un rato el sol y un poco más tarde se unió Álex. Jaime había ido a entrenar y volvería a la hora de comer.

Alegra pensó que sus padres le regalarían un móvil, pero no fue así. Le regalaron ropa, unos pendientes y una cámara Polaroid, que le había gustado especialmente. Aunque no dijo nada, estaba un poco desilusionada, porque ella realmente lo que más deseaba era que le regalaran un teléfono para poder mantenerse en contacto con Jaime durante el invierno.

Esos últimos días en el camping se le pasaron volando. Ambos sabían que no iban a verse apenas en invierno y que las cosas cambiarían mucho entre ellos. Aunque este año a Alegra no le apetecía nada volver a casa, este momento era agradable para ella. Entrar de nuevo en su casa y darse cuenta de lo que le gustaba el olor característico de aquel piso, volver a dormir en su cama, elegir ropa nueva para empezar el instituto, comprar los libros de texto y el material de papelería del que tanto ella como Aitana eran fans…

En fin, volver a esa rutina que se le iba a hacer pesada sin su Jaime.

El sol empezaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados, mientras Alegra y Jaime caminaban lentamente por la orilla de la playa.

La playa, que durante el verano había estado repleta de voces, risas y sombrillas, ahora se quedaba casi vacía, como si también quisiera guardar silencio ante el final de aquella etapa.

Alegra sostenía su nueva Polaroid con un cuidado reverente; el regalo de sus padres olía todavía a cartón recién abierto y parecía prometerle un futuro lleno de recuerdos congelados en imágenes.

Jaime, algo nervioso, llevaba bajo el brazo un pequeño cuaderno de tapas azules decorado con pegatinas torcidas y algunos dibujos a mano.

El corazón de Alegra latía con una mezcla de tristeza y esperanza que parecía demasiado grande para su pecho. Habían pasado juntos

un verano inolvidable, lleno de risas, confidencias y momentos que atesoraría para siempre. Ahora, de pie frente al mar, con las olas acariciando sus pies, Alegra sabía que este era el adiós. Se volvió hacia Jaime, tratando de memorizar cada detalle de su rostro.

Se detuvieron en la orilla, allí donde las olas alcanzaban apenas los tobillos, y él se aclaró la voz antes de tenderle el objeto.

—Feliz cumpleaños, Alegra. No es un regalo caro ni perfecto… pero lo fui haciendo poco a poco este verano.

Ella lo tomó entre sus manos y, al abrirlo, descubrió páginas llenas de garabatos, frases sueltas, pequeños recuerdos pegados con celo: entradas de cine, tiques arrugados del chiringuito, flores secas y hasta letras de canciones que habían sonado una y otra vez en la radio del camping.

Cada hoja era como una cápsula de tiempo, un retrato imperfecto pero sincero de lo que habían vivido juntos esos meses.

—Jaime… —murmuró, pasando las páginas con una mezcla de asombro y emoción—. Has guardado todo.

Él se encogió de hombros, aunque en su mirada brillaba un orgullo tímido.

—Quería que tuvieras un pedacito de nuestro verano. Para que, cuando lo leas, recuerdes cómo empezó todo.

Alegra levantó la vista, con los ojos humedecidos por una emoción que no esperaba.

—Ya es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Se abrazaron en silencio, escuchando el rumor constante de las olas, como si el mar mismo aprobara aquel momento.

—Te voy a extrañar mucho —dijo Alegra con la voz entrecortada.

Jaime le sonrió, una sonrisa melancólica que reflejaba su propio pesar.

—Yo también, Alegra. Prometo que nos veremos cuando podamos —dijo, apretando suavemente su mano antes de besarla.

Alegra nunca iba a olvidar aquel beso. Había sido intenso, muy intenso.

Se sacaron una foto con la cámara que le habían regalado e imprimieron dos copias.

—¿Sabes qué pienso? —preguntó Jaime, sin apartar la vista de la imagen que iba apareciendo.

—¿Qué? —respondió ella, con la voz baja, como temiendo romper la magia.

—Que esta foto es el comienzo de algo mucho más grande que un verano.

Alegra sonrió, apretándole la mano con fuerza.

—Entonces sigamos escribiéndolo.

El sol terminó de ocultarse y, mientras la luz se apagaba, supieron que acababan de cerrar su primer verano juntos, pero también habían abierto un capítulo nuevo, todavía en blanco, esperando ser llenado.

Se despidieron y, mientras se alejaba, Alegra sintió una lágrima deslizarse por su mejilla. Aunque Jaime le había prometido que se verían, se montó en el coche camino a casa sabiendo que aquello no ocurriría, guardando en su corazón la esperanza de volver a ver a Jaime el próximo verano.

Todavía faltaban unos días para empezar las clases, pero el martes tenían la presentación del curso. Les hacían ir a las doce de la mañana para decirles en qué grupo estaban y quién iba a ser su tutor. Además, también les indicaban a qué aula debían dirigirse, cuál sería el horario y alguna que otra información importante.

El lunes, Aitana quedó con sus compañeras de clase y Alegra fue a dar una vuelta por la mañana con las niñas para ponerse al día y cotillear sobre todo lo que habían vivido ese verano.

—¡Susana! ¡Qué guapa estás! —Alegra la abrazó en cuanto salió por la puerta de su casa.

—¡Cuánto tiempo y qué ganas tenía de verte! —contestó Susana —. Tía, ¡estás supermorena! ¡Qué envidia!

Susana y Alegra fueron a recoger a Laura y a Irene, y todas se abrazaron.

Elena no había podido ir porque en su colegio las clases comenzaban unos días antes y ese lunes tuvo que ir a su presentación.

Realmente merecía la pena volver a casa y dejar el verano atrás solo para volver a estar con sus niñas. Su grupo de amigas la hacía sentir especial, parte de algo. Todas eran distintas, pero estaban muy unidas.

Susana les contó que ese verano había estado todo el tiempo en la aldea, porque su abuela estaba bastante malita y su madre tuvo que quedarse a cuidarla. Allí tenía un grupo de amigas de su edad y les contó que habían conocido a un grupo de chicos muy majos y que habían estado quedando todos juntos ese verano.

—Son todos muy guais, pero a mí el que mejor me cayó fue Troti —dijo Susana.

—¿Solo te cayó bien o pasó algo más? —preguntó Laura.

—No pasó nada, hablamos mucho y nos llevamos superbien. A mí me gustaba, pero ya sabéis que soy muy tímida para eso.

Los padres de Susana son muy estrictos con ella y su hermana Nata, y un poco chapados a la antigua en cuanto a chicos se refiere. Susana tenía muy poca confianza con sus padres y ni se le ocurría hablar de chicos con ellos. Además, en la aldea todos se conocían y a la gente le gustaba mucho el chisme, por lo que iba a ser muy complicado que Susana pudiera tener algo con aquel Troti sin que llegase a oídos de sus padres.

Irene no tenía nada interesante que contar. Había estado todo el verano con sus padres, su hermano y sus tíos. Pasó unos días en la aldea y se fue de vacaciones diez días a Alicante, pero al ir ella sola

con su hermano no entablaron amistad con nadie porque no se despegaron de sus padres.

Laura estuvo todo el verano sola. No tenía hermanos y todas estaban fuera de la ciudad, lo que hizo que la pobre no tuviera mucha vida social. Los fines de semana se iba a navegar con su padre en el barco y cambiaba de aires, pero por desgracia, no había conocido a ningún joven marinero que le hubiera robado el corazón.

Llegó el momento de volver al instituto y, como siempre, Aarón la recogió en su portal y fueron a buscar al resto, ya que todos vivían por la misma zona.

Cuando llegaron a la puerta de casa de Laura, que era el último punto de encuentro, coincidieron con el resto de los niños de la pandilla, porque en el portal de al lado del de Laura vivía Javi.

Estaban todos, Marcos, Diego, Pedro, Adrián…

Todos, excepto Javi, eran un año más mayores. Javi iba con ellas y con Aarón en clase. Los niños jugaban en el mismo equipo de fútbol y por eso eran amigos. Las niñas de un año más no vivían por la zona, por lo que Alegra y su grupo eran las únicas chicas de la pandilla.

Alegra se fijó en que Diego la estaba mirando discretamente. Ella no le dio importancia y cuando cruzaron las miradas le sonrió. No le dijo nada a nadie; incluso a ella le resultó extraño aquel pensamiento, pero en ese momento, Diego le había resultado extremadamente guapo e interesante. Diego era un chico rubio, alto, con los ojos azules, muy guapo. Era el típico chico que traía loquitas a las chicas de su edad. La verdad es que Diego y Alegra siempre habían sido muy buenos amigos, hablaban un montón y se hacían bromas, pero Alegra nunca se había fijado en él como algo más que un buen amigo. El pensamiento duró un instante, porque enseguida se acordó de lo que había sentido al ver a Jaime por primera vez y lo que sintió en aquella despedida unos días antes, y su mirada se tornó melancólica.

Los primeros días de clase no había mucho que hacer y todavía hacía buen tiempo. Por las tardes, quedaban todos en el parque que había al lado de casa de Diego, que vivía dos calles más atrás que Alegra. Pasaban la tarde sentados en los bancos del parque, comiendo chucherías y hablando sobre cualquier tontería. Los días que los niños tenían que ir a entrenar, Alegra y sus amigas bajaban con ellos hasta el campo y se quedaban un rato en las gradas viendo cómo entrenaban.

Elena también iba con ellas, porque ese año ya no tenía clase por la tarde y, hasta que hubiera que estudiar, sus padres le dejaban bajar un rato a airearse con sus amigas. Elena era muy tímida, y aunque quedaban siempre con los chicos, a ella le costaba mucho relacionarse con ellos. Se había propuesto soltarse un poco, pero por el momento había sido misión imposible.

Laura, Irene, Susana, Alegra y Elena estaban en la grada hablando de sus cosas cuando Laura dijo que iba a comprar unas pipas al bochinche que había en el campo e Irene la acompañó. Elena se acercó discretamente a Alegra y le susurró algo en voz baja.

—¿Cómo dices? No te he entendido nada —le respondió Alegra en el mismo tono en el que Elena le había hablado a ella.

—Creo que me gusta Javi —dijo Elena con un leve sonrojo en las mejillas.

—¡Qué dices! —dijo Alegra en tono un poco más alto del que a Elena le hubiera gustado.

—Shhhhhh, baja la voz. No quiero que se entere nadie de momento —respondió Elena.

—Perdona, es que no me lo esperaba… ¿Cómo te va a gustar si no hablaste nunca con él? —le preguntó Alegra riéndose mientras hablaba.

—No lo sé, no estoy segura, por eso te digo que creo que me gusta. Me parece muy guapo y simpático. Ya sabes que me cuesta

mucho relacionarme con ellos, me da mucha vergüenza, debe de pensar que soy rara como un perro verde —dijo Elena.

—Pues intenta hablar con él y a ver si así te aclaras. Si de verdad te gusta, yo te hago de carabina; pocas cosas hay que me gusten más que emparejar a la gente… —finalizó Alegra haciéndole un gesto a Elena al darse cuenta de que volvían Laura e Irene.

Las niñas estuvieron de cháchara mientras no terminaba el entrenamiento, hablando de los compañeros que les habían tocado en clase, de los nuevos profesores y de cómo pintaba el curso. Cuando los chicos se fueron al vestuario, Alegra y sus amigas bajaron de la grada y los esperaron fuera. Todos subieron juntos hacia el barrio y luego se dividieron en grupos más reducidos, cada uno en la dirección que más le convenía. Alegra se fue con Diego y Susana, ya que eran los que más cerca vivían.

—Hasta mañana, chicos, yo me quedo aquí —dijo Susana al llegar a la esquina de su portal.

—Mañana hablamos, Su —respondió Alegra.

Diego y Alegra continuaron andando en silencio. Alegra no sabía bien qué estaba pasando, pero ese silencio era raro, y ella estaba más tímida de lo normal. Estaba nerviosa y no era capaz de articular palabra, a pesar de que era tan habladora que le costaba estar callada.

—Te acompaño hasta tu portal, es tarde y así no vas sola —dijo Diego de repente.

Alegra lo miró y no contestó, solo asintió. Cuando llegaron al portal, Diego se acercó y le dio dos besos a Alegra, se despidió y le dijo que se verían al día siguiente. Alegra le dijo «hasta mañana» y subió las escaleras hasta su casa. Eran ya las nueve y media de la noche, cenó algo y después de hablar un rato con sus padres se acostó.

Lo que había pasado con Diego le había hecho pensar en Jaime. ¿Qué sería de su vida? La verdad era que lo echaba de menos,

echaba de menos sus charlas sobre cosas poco importantes, las bromas que Jaime solía hacerle para terminar los dos muertos de risa, verlo recién levantado desde su caravana y sonreírle mientras desayunaba, despedirse de él antes de irse a dormir… En fin, lo echaba de menos a todo él.

Le costó un poco conciliar el sueño esa noche, pero finalmente, se durmió recordando lo feliz que había sido ese verano junto a Jaime y lo afortunada que se sentía de haberlo disfrutado.

19

Habían pasado ya un par de meses, noviembre ya casi terminaba y el cumple de Elena estaba muy cerca. Iban a ir al cine y a merendar algo para celebrarlo, y luego, Alegra y Aitana irían a dormir a su casa.

Durante este tiempo, Elena se había dado cuenta de que sí, le gustaba Javi, por no decir que estaba coladita por él. Ambos eran bastante tímidos, y Elena no iba con ellos en clase, por lo que solo hablaban de vez en cuando, ya que no pasaban tanto tiempo juntos como para coger confianza.

Lo de ir a ver a entrenar a los niños se había convertido en algo habitual, siempre y cuando no lloviera o fuera época de exámenes, al igual que el hecho de que Diego acompañase a Alegra a su casa

después. La relación era cada vez más estrecha entre ellos, y a Alegra le daba la impresión de que estaba empezando a sentir cosas por él y creía que era algo mutuo, pero ninguno de los dos asumía lo que sentía por el otro. Los dos buscaban momentos para estar juntos y charlar, ya fuera a la vuelta del instituto, en el parque cuando quedaban por las tardes o cuando se quedaban solos al volver de entrenar.

—¿Qué vais a hacer el sábado por la tarde? —le preguntó Diego —. Juega el Madrid contra el Barça y teníamos pensado ir a verlo a un bar.

«Si no tenéis planes y os apetece sumaros…»

—El sábado vamos a celebrar el cumpleaños de Elena. Vamos a ir a ver una peli y a tomar algo por el centro. Si veis el partido por allí, quizás podamos ir después de cine; supongo que les dará igual ir a un sitio que a otro —respondió Alegra.

—Voy a comentárselo a los demás, pero seguro que no les importa ir al centro; con tal de verlo, les dará igual un sitio que otro. Mañana, cuando hable con ellos, ya te digo algo para ver cómo quedamos.

Esa misma tarde, Diego habló con sus amigos, y a ellos les daba igual ir a un lado que a otro. Diego les comentó que era el cumple de Elena y que, después de ir al cine, las chicas podrían ir a donde ellos estuvieran viendo el fútbol. Al día siguiente por la mañana, de camino al instituto, Diego se lo comentó a Alegra, y quedaron en una de las cervecerías grandes del centro de la ciudad.

A Elena le regalaron un teléfono móvil por su cumpleaños. Cuando se lo dijo a Alegra, no podía creerlo; era genial. La única amiga que tenía con móvil hasta ese momento era Rita, pero en invierno no solían verse mucho; solo quedaban de vez en cuando, algún fin de semana que todos los del cámping quedaban para celebrar algún cumpleaños o ir a tomar algo.

El hecho de que Elena tuviera ahora un móvil le hizo automáticamente pensar en Jaime. Quizá Elena podría enviarle un mensaje de su parte para preguntarle cómo estaba. Alegra había memorizado el número de Jaime, por lo que la cosa no era difícil.

—¿Te importaría enviarle un mensaje a Jaime de mi parte? —preguntó Alegra a Elena.

—Solo quiero que sepa que me acuerdo de él y saber cómo está.

—Sí, claro, neni, por ti lo que sea.

Alegra le dio el número a Elena para que lo agendara y, cuando terminó, le pasó el teléfono a Alegra para que ella misma lo enviara.

Alegra: «Hola Jaime, ¿qué tal estás? Soy Alegra. A Elena le han comprado un móvil por su cumpleaños y me ha dejado enviarte un mensaje. Ya han pasado unos meses desde la última vez que hablamos. Espero que esté todo bien. Te echo de menos».

El mensaje apareció rápido como «visto» y Jaime contestó al momento.

Jaime: «Hola Alegra, todo bien. Ahora no puedo hablar, estoy con unos amigos. Si eso, hablamos luego, ¿vale? A ver si coincidimos en algún momento por ahí; si no, ya nos veremos en verano».

Alegra se quedó helada. No esperaba esa respuesta. Evidentemente, Jaime no la echaba de menos a ella, no se había alegrado de tener noticias suyas y no iba a volver a escribir más tarde. Alegra se sintió un poco triste al darse cuenta de que ella no había sido nada más que un pasatiempo de verano para Jaime.

Elena se dio cuenta de que algo no iba bien por la cara de Alegra; la conocía muy bien, pero enseguida intentó animarla sacando tema de conversación.

—Oye, Alegra, ¿qué te vas a poner para ir al cine por la tarde? Acuérdate de que después quedamos con los niños… Seguro que hay alguno que está deseando verte, así que tienes que ir rompedora para que se le quede la boca abierta al verte —añadió Elena con una sonrisa.

Alegra sonrió y dejó de pensar en Jaime. La relación que Diego y ella tenían era sana; él era un buen chico y sabía que jamás le haría daño, y no podía decir lo mismo sobre Jaime. Aunque lo que sentía por Jaime era algo especial, porque la primera vez que sintió algo de verdad por un chico fue con Jaime, Diego le gustaba y creía que ella a él también. Cuando él la miraba, ella se sentía guapa, buena, poderosa… Diego la hacía sentir especial entre el resto.

—Creo que me voy a poner unos vaqueros con el jersey negro y un top negro por debajo —sonrió Alegra.

Todas habían quedado a las cuatro y media en el portal de Elena para bajar andando al cine. Por el camino iban hablando y cotilleando sobre los niños. Susana comentó que el próximo fin de semana iría a la aldea y que, por fin, volvería a ver a Troti. Durante esos meses, siguieron viéndose, aunque todavía no había pasado nada entre ellos.

Llegaron al cine y, después de comprar un par de cubos de palomitas para compartir, entraron a ver la comedia romántica que tantas ganas tenían de ver.

Alegra había llevado la Polaroid que sus padres le habían regalado por su cumpleaños; el cumpleaños de su mejor amiga era un momento que merecía quedar inmortalizado en una foto, por lo que así lo hizo. Cuando ya todas estaban sentadas en sus asientos con los cubos de palomitas, juntaron las caras, sonrieron y Alegra disparó.

Al terminar la película, se dirigieron a la cervecería en la que habían quedado con los niños. Todos estaban muy atentos al partido, y el único que se dio cuenta de que las chicas estaban entrando fue Javi, que le dio un codazo a Diego para avisarlo.

Ya habían juntado varias mesas para que pudiesen sentarse todos juntos, y estaban estratégicamente sentados para que las sillas que quedaban libres estuvieran colocadas entre ellos. Evidentemente, había una silla libre al lado de la de Diego que parecía llevar puesto

el nombre de Alegra a gritos. También había otra enfrente a esa, justo al lado de Javi, que fue donde se sentó Elena. El resto de las niñas se distribuyeron por la mesa como pudieron.

—¡Qué bien que hayáis llegado! —susurró Diego a Alegra mientras le guiñaba un ojo.

A Alegra le dio un escalofrío en aquel momento. Diego era muy guapo, y sus ojos azules brillaban tanto que hablaban por sí solos, pero en aquel instante le pareció más guapo, si cabía.

Todos vieron el partido, aunque las chicas estaban más centradas en mantener una conversación entre ellas que en verlo. Cuando terminó, pidieron unas barajas al camarero y se pusieron a jugar al conti.

Javi y Elena se ayudaban durante la partida, y se miraban constantemente con una risa tímida. Irene perdía siempre y, cada vez que le preguntaban cuántos puntos pagaba, se reía de manera escandalosa, resignada, y provocando también que los demás se rieran con ella.

Estuvieron allí hasta que se cansaron de jugar, y luego fueron a dar un paseo por el puerto y se sentaron allí un rato a ver el atardecer. Alegra le pidió a una chica que pasaba si les sacaba una foto con la Polaroid, y luego todos caminaron de regreso a casa.

Fueron desviándose en grupos para ir cada uno hacia sus casas. Laura, Irene y Javi se fueron juntos. Diego, Alegra, Susana, Elena y Aitana se fueron por otro lado, y el resto de los niños cogieron otro camino. Se despidieron de Susana en su casa, y luego Diego las acompañó a casa de Elena.

Le dio un beso a cada una y tras darles las buenas noches se dirigió a su casa.

Las tres se pusieron sus pijamas y se prepararon un vaso de leche con ColaCao para tomar con unas galletas. Se acostaron y Elena no pudo evitar preguntarle a Alegra por lo que había pasado con Jaime.

—Como si me hubiera ignorado, tía. Me puso que estaba ocupado y que ya hablaríamos en otro momento —le explicó Alegra con los ojos medio llorosos.

—Pero bueno, no pasa nada. Yo ya sabía que el invierno iba a ser así y que Jaime solo había sido un amor de verano. Quizás el verano que viene volvamos a estar bien. La verdad es que cada día estoy más a gusto con Diego y pienso menos en Jaime —dijo Alegra con una pícara sonrisa en la cara.

—Diego me parece mejor opción que Jaime, la verdad —contestó de repente Aitana—. Jaime es un picaflor y estaba claro que en cuanto dejara el camping iba a buscar consuelo por no verte en cualquiera que se le acercara y que fuera un poco guapa.

—Yo no pensaba eso de Jaime, pero la verdad que no estuvo bien que pasara así de ti —respondió Elena—. Si estás cómoda con Diego y como está claro que os gustáis, pues lo mejor será que sigas en esa dirección y te olvides de Jaime.

Las tres charlaron un rato más en la cama y Alegra inmortalizó aquella noche juntas con su cámara antes de quedarse dormidas.

20

La verdad es que los últimos meses para Jaime no habían sido fáciles. Al regresar del camping en septiembre, las cosas en su casa habían empezado a estar muy raras. Sus padres, a los que Jaime adoraba, no dejaban de discutir y él no lo estaba pasando bien, ya que muchas veces terminaba en el medio de esas discusiones sin quererlo.

Echaba de menos a Alegra y los buenos momentos que pasaron juntos ese verano. Le costaba procesar aquello, ya que él nunca había sentido nada así por ninguna chica. Había estado con muchas, y casi todas le habían gustado, porque eran guapas, pero nunca había experimentado la sensación que Alegra le hacía sentir cuando estaban juntos. Alegra era una niña, era guapa, inocente, y su

mirada hablaba sola, la mayor parte del tiempo sabía lo que pensaba con tan solo mirarla.

Él había empezado en verano a entrenar con el equipo más importante de la ciudad y en septiembre empezaron los partidos de liga. Entre las clases, los entrenamientos y los partidos, los fines de semana estaba bastante ocupado. Muchos de ellos eran fuera de casa, y al estar en una categoría importante, solía tener que viajar. Rubio jugaba en el mismo equipo que él, así que pasaban mucho tiempo juntos.

Aquella tarde, Jaime se encerró en su habitación nada más llegar del entrenamiento. Había sido un día largo, el físico no le daba tregua y la cabeza tampoco. Cerró la puerta, se dejó caer en la cama y se tapó la cara con el brazo. Hacía ya semanas que sentía un nudo constante en el estómago, una mezcla de rabia y tristeza que no sabía cómo soltar. Sus padres se lo habían confirmado hacía dos días: iban a separarse. Lo dijeron como si estuvieran hablando del tiempo, como si no supieran que a él se le partía algo por dentro con cada palabra.

No se sorprendió. Las discusiones habían sido constantes desde que volvieron del camping. Gritos, portazos, silencios que pesaban más que cualquier reproche. Pero escucharlo en voz alta, saber que su familia ya no sería lo que siempre fue, dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Se sentía solo. Y, para colmo, justo ese mismo día, cuando la voz de su madre aún retumbaba en su cabeza diciéndole «nos vamos a separar, Jaime, y no es culpa tuya», le había llegado el mensaje de Alegra desde el número de su amiga Elena.

Alegra: «Hola Jaime, ¿qué tal estás? Soy Alegra. A Elena le han comprado un móvil por su cumpleaños y me ha dejado enviarte un mensaje. Ya han pasado unos meses desde la última vez que hablamos. Espero que esté todo bien. Te echo de menos».

Lo había leído, claro que sí. Su nombre, «Alegra», le golpeó como un recuerdo inesperado. Imágenes de la playa, de su risa, de las cartas en la toalla, del beso en el cine, la tarde en aquella cala… Todo volvió de golpe. Y, sin embargo, no pudo contestar de otra forma que aquella respuesta breve, seca, casi indiferente. No porque no quisiera decirle más, sino porque en ese instante, no le salía nada. Porque todo lo que sentía estaba embarrado en tristeza y rabia.

Le dolía haberse mostrado frío. Pero no sabía cómo explicarle que su mundo se estaba desmoronando. Que la echaba de menos como nunca pensó que echaría a alguien, pero que, al mismo tiempo, no se sentía capaz de conectar con nada. Ni siquiera con ella. Y eso lo asustaba. ¿Cómo iba a decirle todo eso por mensaje?

Desde aquel día no había vuelto a escribirle. Se decía a sí mismo que ya era tarde, que ella seguramente ya habría pasado página. Que un mensaje suyo ahora solo serviría para remover lo que ya debía estar cicatrizando. Pero por las noches, cuando cerraba los ojos, era su cara la que volvía, su voz, su risa. Y entonces se maldecía por haber sido tan cobarde.

Pensaba para sí mismo mientras se giraba en la cama: «Me gustaría volver atrás solo para contestarte bien. Decirte que yo también te echo de menos. Que me acuerdo de ti cada día». Pero no lo hizo. No sabía si algún día tendría el valor de hacerlo.

21

Jaime se incorporó lentamente en la cama. Apoyó los codos en las rodillas y se frotó la cara con las manos. Sentía una presión en el pecho que no sabía si era por lo de sus padres o por haber dejado escapar a la única persona que lo había hecho sentirse realmente bien ese verano. O quizá por ambas cosas.

Desde que terminó agosto, todo había sido caos. La rutina del instituto, el esfuerzo físico de los entrenamientos, los viajes cada fin de semana, y ahora, las discusiones constantes en casa. Todo lo arrastraba. Nada le hacía ilusión. Excepto cuando se acordaba de ella. Alegra.

Alegra sentada en la arena, con las piernas cruzadas, riéndose de algo tonto que él había dicho. Alegra con su cámara en la mano,

pidiéndole que sonriera para una foto que seguramente aún guardaba. Alegra mirándolo con esos ojos que no necesitaban palabras para decirle que lo entendía más de lo que él mismo se entendía.

Jaime agarró el móvil y desbloqueó la pantalla. No había nuevos mensajes. Buscó en la conversación con el número de Elena. Allí estaba el mensaje que había leído mil veces. Lo volvió a leer. «Te echo de menos».

Tres palabras sencillas, pero que le apretaban el pecho como si fueran un puño. Él no había estado a la altura.

Había querido contestar de otra forma, pero su cabeza estaba llena de ruido.

No quería cargarla con sus problemas.

¿Cómo le explicas a alguien que te importa que estás roto por dentro y que no sabes ni cómo empezar a repararte?

Miró la foto que tenía como fondo de pantalla: un campo de fútbol al atardecer.

Antes le gustaba. Ahora le parecía vacía.

Se tumbó de nuevo, con el móvil sobre el pecho. Pensó en escribirle algo. Algo sincero. Algo que la hiciera entender que no la había olvidado, ni mucho menos. Que ese mensaje no era él.

Que él también la echaba de menos, y mucho. Pero no escribió nada. Cerró los ojos, y la imagen de Alegra, con su sonrisa tímida y su lunar junto al ojo, lo acompañó hasta quedarse dormido.

Esa noche soñó que estaban otra vez en el camping. Que ella lo esperaba en la playa, con una toalla extendida y su cámara en la mano. Que él corría hacia ella, como si todo lo demás se hubiera desvanecido.

Y por primera vez en semanas, se despertó con ganas de hacer algo. Quizá no podía arreglarlo todo, pero sabía una cosa: no podía dejar que Alegra creyera que no le importaba. Porque sí que le importaba. Mucho más de lo que ella podía imaginar.

22

Pasaron un par de días más desde aquella noche en la que Jaime soñó con ella. Desde entonces, no dejó de darle vueltas al mismo pensamiento: tenía que escribirle.

Aunque fuera tarde. Aunque ya no esperara nada.

Tenía que hacerlo por él, porque no podía seguir cargando con ese mensaje seco, frío, que no representaba nada de lo que sentía.

Eligió una tarde tranquila.

Había vuelto del entrenamiento agotado, sus padres no estaban en casa —algo que ya se estaba volviendo habitual—, y el silencio le pareció perfecto.

Cogió el móvil y volvió a abrir la conversación.

Dudó. Escribió algo. Lo borró. Respiró hondo.

Al final, escribió: «Hola Alegra. Perdón por contestarte así el otro día. No fue justo. Estaban pasando cosas en casa y no supe cómo gestionar nada. Solo quería que supieras que no te he olvidado. Pienso mucho en ti.»

Lo leyó varias veces antes de enviarlo. Dudó hasta el último segundo.

Pero al final, con los dedos temblorosos, presionó enviar. Sintió que el corazón se le salía del pecho. El mensaje quedó con el doble *check*.

Azul. Leído. Pero no llegó respuesta. No al momento. Ni al cabo de una hora. Ni al día siguiente.

A los dos días, Jaime ya sabía que no iba a haber respuesta. Y eso fue aún peor que la primera vez. Durante todo ese fin de semana, se convirtió en un fantasma de sí mismo.

Lo intentó disimular con sus amigos del equipo, con Rubio, con su madre. Pero no le salía.

Tenía la sensación de haber llegado tarde, de haber esperado demasiado, de haberla perdido no solo por haber estado ausente, sino por no haber sabido estar cuando más la necesitaba.

En el partido del domingo, falló todos los pases. El entrenador lo miró raro. Rubio se le acercó y le dio un codazo.

—Tío, ¿qué te pasa? Estás en la luna.

Jaime se encogió de hombros. No podía explicárselo. Ni siquiera sabía cómo explicárselo a sí mismo. Solo sabía que algo se había roto por dentro.

Esa noche volvió a mirar la conversación. La última línea seguía siendo la suya. Su disculpa. Su intento. Su «pienso en ti». Y el silencio de ella.

Jaime dejó el móvil en la mesa. Miró al techo. Se sintió como un idiota. Como alguien que había tenido algo bonito y lo había dejado escapar por no saber cómo sujetarlo.

Y aunque no lo quería admitir del todo, sabía que tal vez —solo tal vez—, Alegra ya había empezado a olvidarlo.

23

Elena fue la primera en ver que había un nuevo mensaje.

Estaban en su habitación, era viernes por la noche, las dos tumbadas sobre la cama, hojeando una revista vieja que habían rescatado del fondo del armario.

—Tía, tienes un mensaje —dijo Elena, levantando el móvil.

—Es de Jaime.

Alegra sintió un vuelco en el estómago.

Se incorporó, casi sin pensarlo, y se quedó mirando la pantalla mientras Elena se la acercaba.

Cogió el teléfono con cuidado, como si le temiera.

Leyó el mensaje en silencio, una vez, dos veces… tres.

Jaime: «Hola Alegra. Perdón por contestarte así el otro día. No fue justo. Estaban pasando cosas en casa y no supe cómo gestionar nada. Solo quería que supieras que no te he olvidado. Pienso mucho en ti.»

El mundo se le quedó en pausa durante unos segundos.

Era exactamente el tipo de mensaje que había estado esperando semanas atrás.

Uno sincero, uno que dejara ver que no había sido solo un pasatiempo.

Uno que le diera sentido a todo lo que había sentido aquel verano.

Pero ahora… ahora era tarde. No porque no lo quisiera.

No porque ya no sintiera algo por él. Sino porque el mensaje había llegado después del silencio. Después de las dudas. Después de la tristeza.

Y porque en todo ese vacío, había empezado a llenarse con otra cosa.

Con Diego.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Elena, en voz baja.

Alegra no respondió enseguida.

Miró el mensaje una última vez, luego apagó la pantalla y se la devolvió a su amiga.

—Nada —dijo al fin, bajito.

—No voy a contestar.

Elena no preguntó por qué.

No hacía falta.

Conocía esa mirada, ese gesto de decepción serena.

Esa forma de cerrar una puerta sin tener que dar portazos.

Alegra se recostó de nuevo sobre la cama, mirando al techo.

Recordó a Jaime en la playa, su sonrisa torcida, el lunar cerca del labio, la forma en que le hablaba al oído cuando estaban solos.

Recordó también su cara de recién levantado, su forma de reírse con los ojos entrecerrados. Lo había querido. Lo quería.

Pero algo se había roto el día que él decidió no contestar como debía.

Los días siguientes al mensaje de Jaime fueron raros.

Alegra no habló del tema con nadie, ni siquiera con Elena.

No porque no confiara en ella, sino porque prefería no revolver más una herida que aún no sabía si estaba cerrando o simplemente ignorando.

Guardó silencio como si fuera una forma de protección.

Cada vez que Elena desbloqueaba su móvil cerca de ella, Alegra sentía un pequeño sobresalto, como si esperara una segunda parte del mensaje, una explicación más larga, un «perdón de verdad».

Pero nunca llegaba nada más.

Y eso, poco a poco, fue diciendo más que cualquier palabra.

El mensaje se quedó ahí, suspendido en ese limbo de las cosas que se dicen cuando ya no tienen el mismo efecto.

No era que no valorara lo que Jaime le había escrito. Lo hacía.

Pero también sentía que era demasiado tarde. Había pasado el momento de «arreglarlo». Y mientras tanto, Diego… Diego estaba allí. Siempre.

Con sus silencios atentos, sus bromas torpes y esa forma que tenía de mirarla como si el mundo se quedara quieto.

Cada vez que la acompañaba a casa, cada vez que hablaban en el parque o la hacía reír sin esforzarse demasiado, Alegra sentía algo parecido a paz.

Esa misma tarde, cuando bajaron al parque, Diego estaba esperándola sentado en el banco de siempre. Llevaba una sudadera gris con capucha y tenía las manos metidas en los bolsillos. Al verla, se levantó de un salto y se acercó con su sonrisa tímida.

—¡Ey! ¿Qué tal? Hoy llegaste un poco tarde —dijo él.

—Me entretuve con Elena —respondió Alegra, con una sonrisa tranquila.

Se sentaron juntos. Hablaron de cualquier cosa durante un rato, pero cada vez que sus miradas se cruzaban, el silencio entre ambos se cargaba de algo más.

—¿Quieres dar una vuelta? —preguntó Diego, al cabo de un rato —. No tengo ganas de estar aquí sentado.

—Vamos —dijo ella.

Caminaron sin rumbo durante varios minutos, hasta llegar a un rincón tranquilo del parque, donde los árboles caían hacia el camino y apenas pasaba gente. Se detuvieron, sin motivo aparente. Se miraron. Y sin decir nada, Diego le cogió la mano. Alegra no se la soltó.

Él la miró, buscando alguna señal en sus ojos.

—Alegra —susurró—. No sé cómo decirte esto sin cagarla, pero… Me encantas. Me encantas desde hace tiempo. No sé si tú sientes algo parecido, pero… Quería que lo supieras.

Alegra lo miró en silencio, con el corazón latiéndole rápido, pero sin el vértigo de otras veces. No era la locura del primer amor. No era el cosquilleo que da el miedo. Era otra cosa. Era calma.

—Sí, Diego. Yo también —dijo ella al fin, y sonrió.

Diego sonrió también, y entonces, sin necesidad de decir nada más, la besó. Fue un beso lento, dulce, sin urgencias ni fuegos artificiales. Fue un beso que sabía a verdad. A presente.

Y por primera vez en mucho tiempo, Alegra dejó de pensar en lo que había sido.

Desde entonces, su vida volvió a llenarse de cosas pequeñas: el instituto, las bromas con sus amigas, los entrenamientos a los que seguían yendo para ver a los chicos, los viernes por la tarde en el parque. Lo de Diego… Estaba ahí. Pero no era una historia de amor repentina ni intensa. Era algo sutil, que se colaba en los huecos del

día. Una mirada más larga, una charla distinta, una mano que a veces buscaba la suya cuando nadie miraba.

Después del beso, ninguno de los dos mencionó el tema. No hacía falta. Fue bonito, inesperado y, sobre todo, sin presión. Ni promesas. Ni etiquetas.

De hecho, durante unos días apenas hablaron. Alegra no lo evitaba, pero tampoco se lanzaba a buscarlo. Y Diego, con esa forma suya de entender sin preguntar, parecía respetar su espacio.

—¿Todo bien con Diego? —le preguntó un día Susana, mientras caminaban hacia casa—. El otro día vi cómo os mirabais, y después del cumple de Elena…

—Sí —respondió Alegra, sin detenerse—. Está bien. Pero vamos despacio. No tengo prisa.

Susana asintió, sin pedir más explicaciones. En el fondo, todas sabían que Alegra no estaba para un enamoramiento de película. Lo de Jaime la había marcado más de lo que dejaba ver.

Un sábado, Diego la acompañó a casa después de una tarde con el grupo. Iban caminando en silencio, cada uno con las manos en los bolsillos. La brisa de diciembre empezaba a hacer que los atardeceres fueran más fríos. Cuando llegaron a la esquina del portal de Alegra, él se detuvo.

—Sé que estás en un momento raro —dijo, mirándola a los ojos —. No quiero agobiarte ni parecer pesado. Solo… Quería decirte que me gusta estar contigo. Aunque sea así, poco a poco.

Alegra sintió un calorcito en el pecho. No le había dicho nada espectacular, pero era justo lo que necesitaba oír.

—Gracias, Diego —respondió—. Yo también estoy bien contigo. Pero… Hay cosas que todavía estoy ordenando.

—Lo sé —dijo él—. Te espero.

Alegra se despidió con una sonrisa y entró en casa.

Aquella noche, mientras leía un libro de una de sus autoras favoritas —algo que había vuelto a hacer desde que terminó el

verano—, releyó esta frase: «No todos los que llegan se quedan, y no todos los que se quedan lo hacen deprisa. A veces, querer de verdad también significa saber esperar».

Pensó en Diego. Pensó en Jaime y en todo lo que habían vivido y cómo se habían dado las cosas últimamente. Se quedó dormida después de horas dándole vueltas a aquella frase.

24

Diego ya estaba en el banco cuando llegó. Lo hacía a menudo: llegar un poco antes. No por impaciencia, sino porque le gustaba estar ahí cuando ella aparecía. Verla llegar, reconocer su silueta a lo lejos, observar cómo se quitaba el pelo de la cara mientras bajaba la cuesta… Era algo que no se cansaba de mirar.

Se había metido las manos en los bolsillos porque hacía algo de frío, pero también porque no sabía muy bien qué hacer con ellas cuando estaba nervioso. Y ese día lo estaba más de lo habitual.

Cuando vio a Alegra doblar la esquina, se le aflojaron los hombros. Sonrió de forma automática, como si su cuerpo lo hiciera sin pedirle permiso.

—Hola, rubita —soltó, intentando sonar natural.

—Tenía ganas de verte —respondió ella, con una sonrisa tranquila que le atravesó el pecho.

Se sentaron. Hablaban de todo y de nada. Pero Diego no estaba ahí por las conversaciones. Estaba por ella. Por su voz. Por la forma en que lo miraba cuando pensaba que él no se daba cuenta. Por la manera en que se tocaba el pelo cuando se reía. Por cómo lo hacía sentir: en paz.

Y porque cada vez que las miradas se cruzaban, sentía ese zumbido en el estómago. Esa mezcla de deseo, ternura y miedo. Pero miedo del bueno, ese que aparece justo antes de dar un paso importante.

—¿Quieres dar una vuelta? —dijo de repente, sintiendo que, si seguía ahí sentado un minuto más, iba a explotar por dentro.

—Claro, hace frío aquí parados —dijo ella.

Caminaron en silencio. Él metía las manos en los bolsillos, no por frío, sino para evitar la tentación de rozarla. Porque le pasaba eso: quería tocarla todo el tiempo, pero sin invadir.

Llegaron a esa parte del parque donde los árboles caían hacia el sendero, y el mundo parecía apagarse un poco.

Y ahí, sin pensar mucho, le cogió la mano y, sin pensarlo demasiado —como debe ser—, se inclinó y la besó.

Fue un beso distinto. No era como los anteriores. No había dudas ni inseguridad. Solo verdad. Solo dos personas reconociéndose en ese momento.

Él sintió su boca tibia, tranquila. La besó con suavidad, queriendo que ella sintiera lo mismo que él: que no había prisa, que no necesitaban correr, que esto era real y valía la pena.

Después del beso, Diego se quedó muy cerca, con la frente apoyada en la de Alegra, respirando aún entrecortado, como si el mundo se hubiera quedado en silencio solo para ellos dos.

Con voz baja, casi en un susurro, le dijo:

—Sé que me dijiste que necesitabas ordenar tus cosas… Pero yo necesitaba besarte. No podía seguir aguantando las ganas.

Alegra lo miró a los ojos, con esa mezcla suya de ternura y claridad, y le acarició la mejilla con la yema de los dedos.

—Y has hecho bien —le dijo, sonriendo. —A mí también me apetecía. Ir despacio no significa no ir. Puedes besarme cuando quieras, la verdad es que me encantan tus besos, rubio —sonrió.

Y entonces fue ella quien lo volvió a besar, suave, sin prisa, como si estuviera escribiendo en su piel el comienzo de algo que no tenía nombre, pero que ya era real.

25

A Jaime cada vez le costaba más volver a casa. Desde que sus padres les dijeron que se iban a separar, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Ya no discutían a gritos, no. Ahora eran más silencios, portazos, frases a medias y miradas que no se cruzaban. Y eso era casi peor. Lo dejaban todo flotando en el aire, como si él no se diera cuenta de nada. Pero se daba cuenta. Y no sabía qué hacer con todo eso.

Había noches en las que se metía en la cama con los cascos puestos solo para no escuchar cómo su padre arrastraba las maletas por el pasillo. O el crujido del sofá cama cuando dormía en el salón. O el ruido del teléfono cuando su madre hablaba en voz baja con «una amiga».

Jaime sentía que estaba como suspendido en el tiempo. Entrenaba, estudiaba, fingía estar bien. Pero en realidad, no sentía nada. Ni siquiera el fútbol le servía de desahogo. Antes, cuando pisaba el campo, todo se apagaba. Ahora solo le recordaba que tenía que hacer como si todo fuera normal. Como si fuera un jugador serio, centrado, disciplinado.

Rubio, su mejor amigo, empezaba a notarlo.

—Tío, estás raro últimamente. ¿Todo bien en casa? —le soltó un día en el vestuario.

—Sí, sí… Cosas de siempre. El instituto, los entrenos, todo junto —respondió Jaime, sin mucha convicción.

—¿Seguro? —insistió Rubio. —Porque llevas semanas en otro planeta. No es por mal, eh. Pero ni siquiera estás haciendo bromas como antes.

Jaime se encogió de hombros. No quería hablar. ¿Para qué? ¿Para que Rubio le dijera que todo pasaba, que sus padres lo querían igual, que no era su culpa? Eso ya lo sabía. Pero no ayudaba. Porque el problema no era solo que se separaran. El problema era que la casa ya no olía igual. Que las cenas ya no sabían igual. Que él ya no era el mismo.

Y, por si fuera poco, Alegra no había contestado. Eso dolía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Había enviado ese mensaje convencido de que, aunque tarde, iba a significar algo. Que ella entendería. Que, al menos, le respondería con «yo también». Pero nada. Ni una palabra. Ni un emoji. Silencio total.

Y Jaime, que siempre había sabido moverse entre chicas, que siempre había tenido respuestas rápidas y salidas ingeniosas, no sabía cómo reaccionar ante eso.

Le daba rabia. Pero también lo entendía. En parte. Él mismo había fallado antes.

A veces se le pasaba por la cabeza volver a escribirle. Solo una línea. Un «¿Estás bien?». Un «¿Ya no quieres saber nada de mí?». Un «Te echo de menos, otra vez». Pero no lo hacía. Por orgullo. Por miedo. O por las dos cosas juntas.

Empezó a salir más. Un par de chicas del instituto lo escribían por redes sociales y alguna vez respondía. Una tarde incluso fue al cine con una de ellas, Julia, que iba a su clase. Era guapa. Simpática. Pero no era Alegra.

Durante la película, ella apoyó la cabeza en su hombro. Jaime no dijo nada. No porque le gustara, sino porque no supo cómo decir que no. Al salir, ella le preguntó si quería volver a quedar otro día. Él sonrió, dijo que sí, y luego se sintió peor. No por ella, sino por lo que estaba intentando hacer consigo mismo.

Esa noche, tumbado boca arriba en la cama, se dio cuenta de algo: no era que no pudiera olvidarse de Alegra. Es que no quería. Porque ella no era una más. No era solo «la chica del camping». Era la primera con la que había sido él de verdad.

Y no estaba seguro de si volvería a sentir algo así por alguien más.

26

Después del silencio de Alegra, algo dentro de Jaime se apagó del todo. Pasó días enteros repitiéndose que no le importaba. Que no necesitaba respuestas. Que, si ella no quería saber nada, pues mejor. Más fácil. Más práctico. Pero la verdad era otra, y cada vez que intentaba convencerse, se sentía más vacío. Así que llegó un momento en el que simplemente decidió dejar de sentir.

Dejó de mirar el móvil con esperanza, dejó de pensar en qué habría pasado si hubiese contestado diferente. Y en vez de eso, empezó a hacer lo que siempre se le había dado bien: aparentar que todo estaba bien.

Y si había algo que se le daba bien, era gustar.

Empezó por aceptar el plan de Julia. Luego vinieron más. A veces no recordaba el nombre de alguna con la que había estado hablando el día anterior. Contestaba mensajes sin ganas, pero con la intención clara de liarse con quien se dejara. Le daba igual. No buscaba conexión. Solo distracción.

Empezó a salir con Airas, Raúl y Jota, chicos de su anterior equipo de fútbol. Con ellos no había silencios incómodos. Solo música alta, comentarios sobre chicas y planes para el siguiente fin de semana.

Rubio se dio cuenta enseguida.

—Tío, ¿vas a venir a entrenar el viernes o vas a irte con los otros tres a ver quién se lía más? —le soltó un día, sin esconder el enfado.

—No seas dramático, Rubio. También son colegas tuyos, puedes venir con nosotros. Me río con ellos. ¿Cuál es el problema? —respondió Jaime, encogiéndose de hombros.

—Que ya no eres tú, Jaime —dijo Rubio, antes de girarse y dejarlo solo.

Pero ese era el punto. Jaime no quería ser él. No ese chico que esperaba un mensaje. No el que volvía a casa y se encontraba con un padre dormido en el sofá y una madre encerrada en el baño llorando en silencio.

Con Airas, Raúl y Jota, todo era más simple. Salían, ligaban con chicas de otros institutos, hacían ruido y hablaban de todo menos de lo que realmente importaba. Se reían del mundo, como si nada les tocara.

Jaime se adaptó rápido. A veces incluso lideraba la fiesta. Las chicas lo buscaban, y él se dejaba querer. Pero cada vez que estaba solo, el silencio volvía.

Y en ese silencio, siempre acababa apareciendo la misma imagen: Alegra, en la playa, mirándolo con esos ojos verdes que parecían leerle el alma. Alegra en la toalla, riéndose sin saber por qué. Alegra con su cámara de fotos y ese lunar debajo del ojo.

Y la rabia volvía.

«Se repetía que todo eso había sido una película de verano».

«Que ahora la vida real era esto». «Salir, besar, no sentir». «Que el amor no era más que una ilusión pasajera». «Que, si ella no quiso contestar, era porque no valía la pena».

«Y sin embargo… la echaba de menos». «Mucho más de lo que podía reconocer entre copas y sonrisas vacías».

27

Las clases habían terminado por fin y el colegio había cerrado sus puertas hasta el próximo año. Alegra lo celebró con un suspiro largo y una sonrisa enorme: habían llegado las tan ansiadas vacaciones de Navidad. Días de levantarse tarde, de desayunar sin prisas, de perderse entre luces y escaparates mientras hacía compras navideñas con su madre y su hermana. La lotería sonaba en todas partes, las calles olían a castañas asadas y su casa empezaba a llenarse de ese ambiente cálido que tanto le gustaba. Era una de sus épocas favoritas del año —el frío, las películas, los abrazos, las sobremesas largas, las noches infinitas con sus amigas y, sobre todo, la sensación de que todo, por unos días, podía ser un poco más mágico.

La mañana de Navidad amaneció fría, pero llena de luz. El salón todavía olía a chocolate y a canela. Aitana ya estaba despierta, correteando entre los cojines con la emoción de los regalos. Alegra entró al salón despacio, con los ojos entrecerrados y el pelo alborotado. No esperaba gran cosa. Un jersey, quizá, alguna colonia, unos auriculares. Cosas útiles, como siempre.

Pero cuando se sentó junto al árbol y su madre le puso una caja entre las manos, lo supo.

Era ligera, perfectamente rectangular, envuelta en papel rojo brillante. Tenía el tamaño exacto. Se le aceleró el corazón antes de abrirlo. Y cuando rasgó el papel y vio la caja, blanca y simple, con el logo en el centro, se quedó paralizada.

—¡No puede ser!— exclamó, casi sin voz.

—Creemos que ya es hora —dijo su madre, sonriendo—. Pero cuidado, que tener móvil no significa tener barra libre.

—Vas a firmar un contrato con condiciones —añadió su padre, medio en broma, medio en serio.

Pero Alegra apenas los escuchaba. Sujetaba la caja como si fuera un tesoro. Llevaba tanto tiempo deseándolo… Se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque no supo muy bien si era por la emoción o por otra cosa.

Sonrió, se levantó y abrazó a sus padres. Los abrazó fuerte. Se mostró agradecida, feliz, incluso saltó un poco de emoción como hacía Aitana. Pero por dentro… por dentro se le había colado algo raro. Una punzada.

«¿Y si hubiera tenido este móvil cuando terminó el verano?» «¿Y si hubiera podido hablar con Jaime directamente, sin tener que esperar a que Elena tuviera batería, o sin que el momento fuera el adecuado?» «¿Hubiera sido todo distinto?»

El pensamiento le cayó como una piedra. Porque, aunque ahora el móvil le hacía ilusión, sentía que había llegado tarde. Como si le estuvieran dando una llave para una puerta que ya se había cerrado.

Aitana no paraba de hablar de sus regalos. Sus padres pusieron música navideña de fondo. El salón se llenó de voces, de envoltorios rotos, de olor a café recién hecho. Y Alegra también hablaba, también reía. Pero esa pregunta seguía ahí, mordiéndole suave la nuca.

Después del desayuno, se encerró en su cuarto y sacó el teléfono de la caja con cuidado. Lo encendió. Todo era nuevo, brillante, lleno de posibilidades. Empezó a configurarlo. Fondo de pantalla, ajustes, notificaciones. Y entonces, lo inevitable: WhatsApp.

Creó su cuenta, subió una foto cualquiera —una con Elena y Susana en el parque, de hacía unas semanas— y vio cómo, poco a poco, le empezaban a llegar mensajes: «¡Bienvenida al mundo real!», «¡Ya era hora!», «Ahora sí que sí».

Pero el nombre que buscaba no estaba entre los chats.

«No estaba Jaime». «Porque con Jaime nunca se habían escrito directamente, aunque podía haber guardado su número, porque se lo sabía de memoria».

Se quedó mirando la pantalla durante un rato largo. Luego bloqueó el móvil y lo dejó sobre la almohada. Se tumbó boca arriba y se tapó la cara con la manta.

«Estaba feliz, claro que sí, pero a veces, incluso en los días más felices, el corazón no puede evitar pensar en lo que no fue».

«Y ese día, aunque lo guardó para ella sola, fue también un pequeño duelo por lo que pudo haber sido».

28

Alegra y Diego empezaron a hablar más, a compartir pequeños momentos que antes pasaban desapercibidos: miradas que se cruzaban en los pasillos del instituto, mensajes improvisados desde el móvil, silencios cómodos en la grada mientras veían a los chicos entrenar.

No eran novios. Nadie lo había dicho en voz alta. Pero todos sabían que algo había pasado entre ellos.

La primera que se dio cuenta fue Susana, que con una mirada rápida bastó para soltarlo todo en una sola frase:

—¿Vais a seguir haciéndoos los tontos o vais a confirmar ya que pasó algo entre vosotros?

Alegra se echó a reír, y Diego, que se había sonrojado hasta las orejas, solo pudo responder con un encogimiento de hombros.

—Yo no voy a negar nada, pero tampoco confirmarlo…— dijo Alegra, bajando la vista mientras sonreía.

La realidad era que con Diego todo era más fácil. No sentía que tenía que demostrar nada, ni esconder lo que pensaba. Si un día estaba triste, él no se agobiaba. Si un día no le apetecía hablar, él simplemente se sentaba a su lado, en silencio.

«Alegra llevaba semanas sin pensar en Jaime».

Con Diego seguían en ese punto indefinido que no era ni amistad ni noviazgo. Hablaban más, a veces se rozaban las manos por accidente y luego se miraban como si ese gesto lo dijera todo y también se besaban de vez en cuando. Pero ninguno daba el siguiente paso. Y, la verdad, a Alegra no le molestaba que fuera así.

A veces, cuando hablaba con Susana o Elena, pensaba que estaba bien tener algo tranquilo. Algo sin mareos ni despedidas.

Sin embargo, una tarde cualquiera, el pasado volvió a tocar a su puerta. «De forma tonta, como suelen volver los recuerdos que no te esperas».

Habían empezado a quedar más con Rita. Se la presentaron al resto de las chicas y todo fluyó de maravilla.

—Tía, ¿sabes quién me empezó a seguir el otro día en Instagram? —dijo Rita, soltando la frase como quien cuenta que ha visto a alguien en el súper—. Jaime. El del camping.

Alegra sintió cómo se le encogía el estómago.

—¿En serio?— Intentó sonar natural.

—Sí. Y no solo eso —añadió Rita bajando la voz—. Me metí a cotillear y está desatado. Sale con un montón de chicas diferentes. Tiene una foto con una que, bueno…, ya te imaginarás.

Elena abrió mucho los ojos. Aitana frunció el ceño. Alegra, en cambio, no dijo nada.

—Seguro que es todo fachada —añadió Elena, notando el silencio.

Ya sabes cómo son algunos, que cuanto peor están, más intentan aparentar que están bien.

Alegra se encogió de hombros.

—Me da igual. Jaime ya no tiene nada que ver conmigo —dijo, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Y en parte era verdad. Pero también era verdad que esa noche, mientras se cepillaba el pelo frente al espejo, pensó en lo que Rita había contado. Pensó en las chicas. En las fotos. En lo que estaría sintiendo él. En si el mensaje que le había mandado era sincero. En si se había rendido después de que ella no contestara.

No se arrepentía de haber guardado silencio. Pero algo dentro de ella se revolvía al imaginarlo así, como un desconocido que ya no tenía nada que ver con aquel chico que la había besado por primera vez en una playa.

Esa noche, se acostó tarde. Se quedó mirando el techo, dándole vueltas a una pregunta que no se atrevía a decir en voz alta: «¿Y si nunca fue real la forma en la que me miraba?»

Al día siguiente, cuando salió de clase, Diego la esperaba como siempre. Llevaba una sudadera verde oscura con las mangas remangadas y los cascos colgando del cuello. Al verla, sonrió. Ella sonrió también. Pero esta vez hubo algo distinto en su sonrisa. Como si hubiese una sombra detrás.

Caminaron juntos hasta el parque. Hablaron de cosas banales: que si el examen de mates, cosas del equipo de fútbol, que si Irene estaba pillada por Marcos, aunque no lo admitiera. Se reían, como siempre. Pero Diego la miraba de reojo, atento.

—¿Todo bien? —preguntó al fin.

Alegra dudó.

—Sí. Solo estoy un poco… cansada, supongo.

Diego no insistió.

Se sentaron en el banco de siempre. No pasó nada. No se besaron. No se cogieron de la mano. Solo estuvieron ahí, juntos, en

silencio. Y eso, para Alegra, fue suficiente por ese día. Porque aunque el pasado llamara a su puerta, ella no estaba dispuesta a abrirla todavía.

29

Alegra no podía dejar de mirar su nuevo móvil. Todavía no se acostumbraba a tenerlo. Era como una mezcla de libertad y vértigo. El grupo de WhatsApp de sus amigas era una locura constante, las notificaciones no paraban y ella apenas sabía por dónde empezar.

Lo primero que hizo fue abrirse una cuenta de Instagram.

Tenía claro que no iba a seguir a Jaime. Ni a buscarlo. Ni a curiosear. Por muy fácil que fuera. No quería caer en eso. Sabía que, si lo hacía, se le reabrirían cosas que había decidido cerrar. Así que no lo buscó. Ni siquiera se lo mencionó a Elena. Prefería hacer como si no existiera en ese mundo digital. Al menos, por ahora.

Subió una foto normalita: un *selfie* con Susana e Irene, las tres con gorro de lana y los mofletes rojos por el frío. Le puso de

descripción un simple copo de nieve y dejó la cuenta pública, porque todas lo tenían así. A las pocas horas tenía ya varios seguidores: sus amigas, algunos compañeros del insti, primos, conocidos del parque.

Y luego, claro, empezó a mirar. Historias, fotos, perfiles. Era un universo nuevo, un mundo que ahora también formaba parte de su rutina. Pero nunca buscó su nombre. Nunca lo escribió en la barra de búsqueda. Aunque pensara en hacerlo. Muchas veces.

Pasaron las semanas. Enero se deshacía poco a poco en lluvia y deberes, y con Diego las cosas seguían en ese punto lento pero firme. Hablaban casi todos los días por mensaje. A veces quedaban solos para dar una vuelta. Se notaba que algo crecía ahí, despacito, sin presiones.

Una tarde, estaban sentados juntos en un banco del parque, compartiendo un paquete de galletas de chocolate. Hacía frío, pero el sol se filtraba entre las ramas y les daba directo en la cara. Alegra se sacó una foto con él, sin más. Diego medio la miró, con cara de «¿Estás segura de que quieres subir eso?» y ella se rio. Esa noche, la subió. No le dio muchas vueltas. Solo escribió: «Los días así también suman». Y etiquetó a Diego.

Enseguida empezaron a llegar *likes* y comentarios. «Ayyyy qué monos», «Eso es amorrrr», «Parejitaaaa»…

Alegra no contestó a ninguno. Sonrió un poco, bloqueó la pantalla y se fue a dormir.

No pensó en Jaime al subirla. Pero sabía que, en algún rincón del universo, si él llegaba a verla, algo le picaría por dentro. Y aunque no lo admitiría jamás, una parte de ella también quería eso.

30

Había empezado por curiosidad. Una de esas noches en las que el mundo le pesaba demasiado y todo lo demás parecía lejano, Jaime entró a Instagram, sin un rumbo fijo. Fue por Rita, por accidente, o eso se dijo a sí mismo. Pero en cuanto vio la cara de Alegra, supo que estaba perdido otra vez.

Alegra tenía cuenta. Pública. Viva. Llena de fotos y detalles y pedacitos de vida que a él ya no le pertenecían.

No la siguió. Nunca lo haría. Eso implicaría que ella supiera que él estaba ahí. Que miraba. Que no la había soltado del todo. En su lugar, se limitaba a entrar y mirar en silencio. Sin dejar huella.

Al principio, solo veía las fotos del muro. Pero pronto descubrió algo peor: las historias destacadas. Alegra las tenía ordenadas por

meses. Algunas eran divertidas: bailes con amigas, tonterías con Aitana, *selfies* con filtros absurdos. Otras eran tiernas, como una noche en casa con su familia, el árbol de Navidad, una foto con un pie de página que decía «hogar».

Y luego estaban las más difíciles. Las de ella con él. Diego.

La primera vez que lo vio en una historia, sintió un frío raro en el estómago. No sabía quién era ese chico. No sabía de dónde había salido ni por qué tenía tanto espacio en la vida de Alegra. Pero ahí estaba. Sonriendo con ella, caminando a su lado, apareciendo cada vez más seguido.

Sabía de ella a diario pero sin que se notara. Nunca abría las historias nuevas. Solo las destacadas. Así, Alegra no vería su nombre en la lista de visualizaciones. Así, él podía seguir sabiendo de ella sin exponerse.

Se decía que no le afectaba. Que solo quería asegurarse de que estaba bien. Que, si ella era feliz, él también lo era.

Mentía. Verla sonreír sin él dolía. Y lo que más dolía no era lo que veía, sino lo que no veía.

Ella no parecía pensar en él. No había ni una foto, ni una indirecta, ni un recuerdo compartido. Nada. Como si el verano no hubiera existido. Como si él nunca le hubiese rozado los labios ni el alma.

A veces se preguntaba si alguna vez había sido real todo aquello. La herida seguía abierta. Cada vez que la veía riendo con sus amigas o abrazada a su hermana, se le encogía el pecho. No porque estuviera celoso de ellas, sino porque ella se veía feliz. Plenamente feliz. Y él no. La diferencia era brutal.

Alegra tenía una vida normal. Padres que no se gritaban. Una casa en orden. Amigas de verdad.

Gente que se notaba que la quería. Y él… él vivía entre discusiones, silencios pesados, noches fuera de casa con tal de no escuchar cómo se destruía todo a su alrededor.

Verla tan bien, tan entera, lo llenaba de rabia y culpa a partes iguales. Y entonces, llegó la historia que lo destruyó. Una noche cualquiera. Estaba en su cuarto, solo. Con la luz apagada, los cascos puestos, el teléfono entre las manos. Entró, como siempre, al perfil de Alegra. Quiso ver si había alguna historia destacada nueva. Y sí, había una. Bajo el título *Invierno*.

Le tembló el pulgar. La abrió. El vídeo era corto. Menos de diez segundos. Alguien los grababa. Estaban en el parque. Ella y él. Diego. Alegra lo miraba con esa sonrisa que él conocía de memoria. Y luego, sin pensarlo, se besaban. Un beso tierno. Rápido. Adolescente. Suficiente. Jaime se quedó paralizado. No respiraba. No pensaba. Sentía algo oscuro y ardiente subiéndole desde el estómago al pecho. Era rabia. Era tristeza. Era impotencia. Era todo a la vez.

«Su boca… su sonrisa… su mirada», pensó. «Eso era mío».

Sin saber cómo, el teléfono acabó volando contra la pared. Un golpe seco, una carcasa partida. La pantalla hecha añicos. Respiraba agitado, los puños cerrados, el corazón latiéndole en la garganta. Se llevó las manos a la cara y sintió algo caliente bajar por su mejilla. Lloró. No de tristeza solamente. Lloró de rabia, de frustración, de culpa. Lloró por todo lo que no dijo, por todo lo que no supo hacer bien. Lloró por haberla dejado ir. Por no haber peleado cuando tuvo la oportunidad. Por haberse escondido tras excusas mientras ella seguía con su vida.

Ese fue el momento en el que Jaime, por fin, entendió que la había perdido de verdad. Dolía más de lo que jamás habría imaginado.

31

Aquel sábado por la tarde el parque estaba tranquilo, como si el frío del invierno hubiera espantado a la mayoría. Pero ellos no faltaban. Como casi todos los fines de semana, se habían reunido en el banco de siempre: Diego, Javi, Elena, Laura, Susana, Irene, Aitana… y ella.

Las conversaciones eran las de siempre: chistes, cotilleos, tonterías. Diego estaba sentado en el respaldo del banco, con las piernas abiertas y los pies apoyados en el asiento. Alegra estaba justo debajo, en medio, con la cabeza apoyada en una de sus piernas, mirando el cielo. De vez en cuando sus miradas se cruzaban, sin querer. O queriendo.

Susana los miraba a ratos y sonreía, sin decir nada.

Irene le dio un codazo a Elena y susurró algo que hizo que ambas rieran.

Alegra los notaba, claro que sí. Todo el mundo lo notaba. Pero nadie decía nada en voz alta. Había una especie de respeto tácito por ese algo que se venía gestando entre ellos. No había prisa. Solo miradas que duraban un poco más de la cuenta, silencios cómodos, gestos suaves que decían más que las palabras.

Ese día, Diego no había dicho mucho. Estaba tranquilo, como siempre, pero cada vez que Alegra le hablaba, la miraba como si no hubiera nada más alrededor. Y a ella le gustaba eso. Le gustaba cómo Diego la miraba. Sin apuro. Sin doble fondo. Como si le bastara con tenerla cerca.

—¿Tienes frío? —le preguntó él, al ver que ella se frotaba las manos.

—Un poco —respondió ella, sin dejar de sonreír.

Diego se quitó los guantes y se los tendió y cuando ella terminó de ponérselos la abrazó.

Alegra rio por lo bajo, echó la cabeza hacia atrás para mirarlo y le dijo:

—Gracias, caballero.

—Siempre a tu servicio, bella princesa.

Se quedaron así un rato, con las risas de fondo de los demás como un murmullo lejano. Diego se quedó mirándola, con los ojos clavados en su mirada, pero no dijo nada. Solo la miró. Y esa vez, ella no apartó la mirada.

No necesitaban hablar. Era uno de esos momentos en los que el aire se vuelve denso, y no por el frío.

Entonces, pasó. Susana, que tenía el móvil en la mano grabando vídeos para subir después a historias, enfocó sin querer —o tal vez queriendo— hacia ellos justo en el momento en el que Diego bajó la cabeza, posó las manos en las mejillas de Alegra, y la miró como si estuviera esperando una señal.

La señal fue que ella no se movió. La señal fue esa leve sonrisa. Y entonces, la besó. Fue un beso sencillo. Suave. Cálido, a pesar del viento. Y Susana, entre risas, atrapó justo ese instante en un vídeo de apenas diez segundos.

—Vale, ya está, pareja confirmada —dijo Laura, aplaudiendo por lo bajo.

—¡Por fin! —añadió Irene, divertida.

Alegra se tapó la cara, entre la vergüenza y la risa. Diego también sonreía, algo rojo, pero sin arrepentimientos.

—¿Grabaste eso, en serio? —preguntó él, mirando a Susana.

—No fue a propósito… del todo —respondió ella, levantando las cejas.

—Pero lo voy a poner en historias y os etiqueto, este secreto a voces merece un espacio en vuestro Instagram.

Nadie lo dijo, pero todos sabían que había algo más que solo ese beso. No era un capricho. No era un experimento. Alegra lo sintió mientras se apoyaba de nuevo en el respaldo del banco, con Diego ahora sentado a su lado. Lo sentía en el cosquilleo que no desaparecía, en la forma en que le ardían las mejillas, aunque el sol ya se escondiera. Y, sobre todo, lo sentía en el pecho.

Porque ahí, en medio de aquel parque de invierno, empezó a darse cuenta de que ya no pensaba tanto en lo que había sido. Sino en lo que podía empezar a ser.

32

Era sábado por la tarde, pero el parque estaba casi vacío. El aire frío del invierno había espantado a la mayoría, menos a ellos. Su grupo de siempre. Como casi cada fin de semana.

Diego estaba sentado en el respaldo del banco de siempre, con las piernas abiertas, y los pies apoyados en el respaldo. En medio de sus piernas, Alegra. Ella abajo. Él arriba. Y en medio, una electricidad constante que ya casi no intentaban disimular.

Sus manos se rozaban a ratos. A veces sin querer. A veces queriendo. Él fingía que no se daba cuenta, pero cada vez que ocurría, una corriente rápida le subía por el estómago.

La escuchaba reír. Verla feliz le generaba una especie de paz extraña. Una calma que al mismo tiempo lo desbordaba. La quería

cerca. No solo ese día. Siempre.

Susana tenía el móvil en la mano, grabando cosas para historias, como siempre. Irene y Elena cuchicheaban algo mientras los miraban, como si esperaran que algo pasara. Y Diego lo sabía. Todos lo sabían.

Menos Alegra. O tal vez sí. Tal vez más que nadie.

Él no hablaba mucho. Nunca había sido de demasiadas palabras. Pero cuando Alegra le hablaba, le salían las respuestas más naturales del mundo.

—¿Tienes frío? —le preguntó al verla frotarse las manos.

Ella sonrió.

—Un poco.

Diego no lo pensó.

Se quitó los guantes y se los tendió. Ella se rio, bajito. Esa risa que tanto le gustaba. Se los puso sin protestar. Él la abrazó.

—Gracias, caballero.

—Siempre a tu servicio, bella princesa.

Y ahí estaba. Esa complicidad silenciosa que ya lo tenía atrapado. No hablaban más, pero el momento no necesitaba ruido. Estaban juntos. Y eso bastaba.

La miró. Ella no se apartó. Entonces supo que ese era el momento. Se inclinó un poco, apoyando las manos sobre las mejillas de Alegra. La miró fijamente dando a entender lo que quería, esperando una señal de Alegra para no detenerse en sus intenciones. Ella no se movió. Solo le sonrió, apenas. Y esa fue la señal.

Diego se inclinó más. La besó. Dulce. Lento. Natural. Como si no pudiera ser de otra forma. Durante esos segundos, solo existió ella. El sabor de su boca. La calidez de su aliento. La certeza de que todo en él se estaba alineando. El mundo entero pareció desaparecer. Hasta que escuchó risas contenidas.

Laura aplaudió.

—Vale, ya está, pareja confirmada.

Irene se unió enseguida:

—¡Por fin!

Diego se separó despacio, sintiendo el calor en las mejillas. No por vergüenza. Por intensidad. La miró, todavía con una sonrisa tonta en la cara, mientras Alegra se tapaba el rostro como si eso pudiera esconder lo que acababa de pasar.

Susana alzó el móvil con una ceja levantada.

—¿Grabaste eso, en serio? —dijo Diego, entre divertido y resignado.

—No fue a propósito… del todo. Pero lo voy a poner en historias y os etiqueto. Este secreto a voces merece un espacio en vuestro Instagram.

Diego se rio bajo. Se pasó una mano por la nuca. Se volvió a sentar en el banco, ahora al lado de Alegra. Ella seguía con los guantes puestos. Se rozaron las piernas de nuevo. Esta vez no hubo dudas. Esta vez, fue él quien buscó el roce.

La miró de reojo. Estaba guapa. Más que guapa. Preciosa. Con ese brillo en los ojos que solo aparece cuando te pasa algo importante. Con esa sonrisa suave, temblorosa, como de quien no sabe bien si está viviendo algo real o soñándolo.

Y entonces Diego lo supo. Lo supo en ese banco. En ese beso. En esa forma en la que se le llenó el pecho cuando ella no apartó la mirada. Era el principio. Y él ya no quería ningún final.

33

Alegra estaba feliz. Así, sin más. No por una cosa puntual. No por una foto, ni por un mensaje, ni por un beso. Era una felicidad tranquila, de las que se te meten dentro sin hacer ruido. Como si de repente todo tuviera sentido y no hiciera falta más.

Estaba enamorándose de Diego. Sin darse cuenta. O quizá dándose cuenta desde hacía tiempo y sin querer admitirlo.

Él era todo lo que cualquier chica querría: guapo, pero sin presumirlo. Atento, pero sin agobiar. Bueno de verdad, de esos que se acuerdan de lo que le contaste una semana antes, que esperan a que entres a clase para no dejarte sola, que entienden tus silencios y se ríen contigo sin necesidad de grandes bromas.

Y, sobre todo, Diego la quería. No hacía falta que lo dijera en voz alta. Se notaba. En la forma en que la miraba, en cómo la escuchaba, en la manera en que estaba cerca sin invadir.

A veces pensaba que no había otra chica mejor para él que ella. Y no desde la vanidad, sino desde una certeza suave. Como si sus caminos, simplemente, se hubieran ido acercando hasta encontrarse.

Una tarde de domingo, cuando las calles estaban vacías y el cielo teñido de gris claro, Diego le propuso salir a pasear sin rumbo.

—Tengo el día raro —le dijo por mensaje—. ¿Te vienes a caminar un rato?

—Sí —contestó ella, sin dudarlo.

Se encontraron en la plaza. Él llevaba una mochila colgada de un hombro y una sonrisa medio tímida. Ella iba con una bufanda enorme y las manos frías. Empezaron a andar sin hablar mucho. Cruzaron calles, esquinas, alguna risa suelta. Y de repente, Diego se paró.

—Ven —dijo, tirando suavemente de su mano.

La llevó a un rincón escondido del parque, donde las hojas secas formaban una alfombra naranja y el viento apenas se colaba. Se sentaron en un banco viejo, medio torcido. Diego sacó una libreta de su mochila.

—¿Qué es eso?

—Una tontería que hago desde hace años. A veces escribo cosas. Pensamientos. Frases que se me ocurren. O canciones que no terminaré nunca.

Alegra abrió los ojos, sorprendida.

—¿Tú escribes?

—Shhh, es secreto —dijo él, sonriendo—. Pero hoy quiero leerte algo.

Abrió la libreta, buscó una página y leyó: «Hay personas que no hacen ruido cuando llegan, pero lo cambian todo. No brillan, pero te

iluminan. No te empujan, pero te mueven. Y sin saber cómo, un día, te das cuenta de que ya no quieres que se vayan».

Alegra no supo qué decir. Lo miró, con el corazón en la garganta. Diego se encogió de hombros.

—No dice tu nombre, pero lo escribí pensando en ti.

Ella solo pudo sonreír, emocionada. Y sin decir más, se apoyó en su hombro y cerró los ojos.

El banco del parque parecía más cómodo que nunca. Tal vez por el silencio. Tal vez por el calor que se escapaba, tímido, entre los abrigos. O tal vez porque, por fin, Diego había compartido con ella una parte de sí mismo que casi nadie conocía. Y eso… eso la había tocado más de lo que esperaba.

Alegra no dejaba de mirar la libreta. Bueno, no a la libreta en sí, sino a las manos de Diego, que la sostenían con una mezcla de orgullo y pudor. Nadie había escrito algo así por ella. No en voz alta. No mirándola a los ojos. No con tanta verdad.

Y ella… ella no podía dejar de sentir cómo el corazón le golpeaba el pecho, cómo la garganta se le apretaba con una emoción que no era tristeza, sino esa alegría profunda que te asusta porque sabes que ya no hay marcha atrás.

Se quedaron callados unos segundos, como si todo se hubiera suspendido.

Entonces Diego cerró la libreta, la metió en la mochila y se giró hacia ella.

—No quería que te sintieras presionada. Solo quería que supieras lo que siento. Lo que me pasa contigo.

Alegra no respondió con palabras. Se acercó despacio, como si el aire entre los dos se pudiera romper, y lo besó.

Esta vez no fue tímido. No fue corto. No fue «a ver qué pasa». Fue un beso lleno de certeza, como si se estuviera agarrando a él para no soltarlo nunca. Y Diego, sin dudar, le devolvió el beso con

esa calma suya, con esa seguridad que siempre la hacía sentir a salvo.

Cuando se separaron, no lo hicieron del todo. Alegra apoyó la frente en su hombro, abrazándolo fuerte. Como si su cuerpo hablara por ella.

—No me sueltes —susurró.

—No pienso hacerlo —dijo él, bajito.

Y entonces, Diego, con voz temblorosa pero clara, le acarició la mejilla y le dijo:

—Te quiero, Alegra.

Ella sintió cómo se le llenaban los ojos. Lo miró con una sonrisa que era casi una lágrima.

—Yo también te quiero, Diego.

Y volvió a besarlo. Un beso lento, profundo, de esos que te anclan a la tierra y te hacen olvidar el frío, los exámenes, los veranos pasados, los nombres.

Esa tarde, en medio del parque casi vacío, se prometieron sin prometer nada. Solo queriéndose. Con la piel. Con la mirada. Con todo.

Y aunque no lo sabían, aunque no fueran conscientes de hasta dónde llegarían o qué obstáculos tendrían por delante, en ese instante no importaba nada más. Porque lo que estaban sintiendo… Era real. Y lo era para los dos.

Alegra llevaba la Polaroid en el bolso. La cogió y sacó una foto de los dos, abrazados, sonriendo, con el corazón latiendo a pleno.

34

Jaime no había vuelto a ver a su padre en casa desde hacía casi dos meses, cuando se había ido definitivamente con el divorcio ya firmado. Su madre se había quedado con la casa y Jaime viviría con ella. Su padre se había quedado con la caravana y el coche.

Se había ido. Así, sin más. Una maleta. Unas palabras vacías. Y un «ya hablaremos».

Ahora vivía en casa de una amiga, con ella y con su compañera de piso, a la que pronto presentó como su nueva novia. Todos sabían sobre esa relación antes de que lo comunicara. Su madre nunca lo dijo con palabras, pero su forma de hablarlo —o de no hablarlo— dejaba claro que lo sabía. Jaime también. Y cuando su padre empezó a aparecer con aquella mujer, Clara, actuando como si

todo fuera normal, Jaime no supo qué sentir. Flipaba con lo rápido que había rehecho su vida. Pero a pesar de todo, era su padre. Lo adoraba desde niño, con esa mezcla de admiración y lealtad que solo se siente por alguien que te enseñó a chutar un balón, a montar en bici, a pelear sin miedo. Por eso, aunque se sintiera raro, lo aceptó. Porque quería seguir viéndolo. Porque, aunque doliera, necesitaba que siguiera estando.

Esa tarde había salido con Rubio y Airas por el centro. Daban vueltas, hablando de tonterías, sin rumbo fijo. No sabía que la iba a ver. De verdad, no lo sabía. Fue mientras miraba las historias de Instagram que la vio. Rita había subido una historia en una cafetería. La luz era tenue, había vasos con espuma de cacao, y entre risas, la cara de Alegra.

No lo pensó dos veces.

—¿Y si vamos a esa cafetería de la esquina? Tiene buena pinta —propuso.

—¿No está siempre a tope? —preguntó Rubio.

—Da igual, probamos —dijo Jaime, con voz despreocupada.

Al entrar, el sonido del local les envolvió: tazas chocando, voces suaves, el murmullo de música. Y ahí estaban. Alegra, Elena, Rita y otras chicas, sentadas en una mesa cerca del ventanal.

Rubio las vio primero y se giró hacia él.

—Están ahí, tío.

—¿Quiénes? —preguntó Jaime, fingiendo.

—Alegra. Elena. Rita. ¿Vamos a saludar?

—Vale —dijo, como si le diera lo mismo.

Pero por dentro, todo se le revolvió.

Se acercaron. Rita abrió los ojos sorprendida. Elena lo miró rápido y luego giró los ojos hacia Alegra, como para comprobar si estaba bien. Alegra había bajado la vista al verlos entrar.

Jaime no apartó la vista de ella. Su Alegra.

Rubio saludó primero. Rita les presentó a las demás. Él sintió el nudo en el pecho, en el estómago, en los ojos. Ella levantó la mirada hacia él, y en cuanto sus ojos se cruzaron, se sintió de nuevo como ese chico del camping que se moría por besarla.

Jaime levantó la mano para saludar. Y fue en ese instante, cuando notó el temblor en sus propios dedos, que sintió que no podía más. Que el corazón se le iba a salir del pecho. Que, si no escapaba, se rompería ahí mismo, delante de todos.

Sacó el móvil del bolsillo, lo puso en la oreja, fingió una llamada.

—Ahora vuelvo, tengo que hablar un momento —dijo rápido.

Se dio media vuelta y salió. Nadie lo detuvo. Porque nadie, excepto él, sabía lo que estaba sintiendo en ese momento. Y allá fuera, solo, con la garganta cerrada y las ganas de llorar golpeando desde dentro, pensó que había cosas que no se curaban con el tiempo. Que había heridas que, aunque no sangren, siguen doliendo como el primer día.

35

Alegra estaba metida en la conversación con Elena y Rita, riéndose por alguna tontería que había dicho Susana, cuando lo vio.

Entró con paso seguro, pero con los ojos cargados de algo que ella no supo descifrar de inmediato. Jaime. Con Rubio y otro chico que no conocía.

Fue como un parpadeo largo, como si su cuerpo se congelara mientras el mundo seguía girando. Hacía meses que no lo veía en persona. No tan cerca. Le pareció más mayor. Más delgado. Pero con esa misma mirada de siempre, la que había aprendido a conocer durante aquel verano. Y en cuanto sus ojos se cruzaron, ella sintió un vuelco dentro del pecho. Como si todo lo que había vivido con él

se condensara en un segundo. La playa. La carpa. Las miradas bajo la luna. El mensaje que nunca contestó.

Lo vio levantar la mano para saludarla. Un gesto pequeño, casi tímido. Casi dolido. Y entonces, como si algo se rompiera dentro de él, sacó el móvil del bolsillo y se lo llevó al oído.

—Ahora vuelvo, tengo que hablar un momento —dijo, sin mirar a nadie.

Y salió. Alegra no pensó. Ni preguntó. Ni miró a sus amigas. Simplemente se levantó y fue tras él. Rita abrió la boca. Elena la miró como si no pudiera creérselo. Rubio se quedó completamente callado. El resto no entendía nada. Algunas amigas suyas no conocían a Jaime. Airas tampoco. Ni sabían que entre ellos había existido algo.

Solo quienes sabían se quedaron en silencio.

Alegra cruzó la puerta y lo buscó con la mirada. Lo vio a unos metros, apoyado contra una farola, cabizbajo, con el móvil en la mano. Confirmando lo que ya intuía. No estaba hablando con nadie.

Se acercó despacio, sin que él la viera. Y cuando estuvo a pocos pasos, dijo su nombre:

—Jaime.

Él se giró, sobresaltado, y la miró. Y fue como si el mundo volviera a detenerse. La miró como la había mirado en verano. Con la misma intensidad. Con la misma profundidad. Pero ahora había algo más en esos ojos. Un atisbo de pena. Como si no supiera si alegrarse o romperse del todo.

Y ella lo miró igual. Porque, aunque no lo había planeado, en ese instante lo sintió todo. Todo lo que había sido y todo lo que no fue.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella, bajito.

Él asintió sin decir nada. Miró a su alrededor.

Hacía frío, y la calle estaba llena de gente entrando y saliendo de tiendas, de cafeterías, de vidas que no sabían nada de lo que ellos estaban a punto de decirse.

—¿Damos una vuelta? —propuso él.

—Sí.

Mientras empezaban a caminar sin rumbo, Alegra sacó el móvil, escribió rápido a Rita y le envió un mensaje: «He salido a hablar con él. Avísale también a Rubio, por favor. No tardo».

Y guardó el teléfono sin esperar respuesta.

A su lado, Jaime caminaba en silencio. Sin tocarla. Sin mirar hacia ella. Pero con una tensión en los hombros que decía todo lo que no se había dicho desde que el verano terminó.

Y así empezaron a andar, como si el pasado les pesara en los pies, pero aún quisieran saber si quedaba algo por decir. Caminaron durante unos minutos sin hablar. El aire frío les golpeaba la cara, pero ninguno parecía notarlo. La ciudad, iluminada por las luces de invierno, se movía a su alrededor como un decorado lejano.

Alegra tenía las manos en los bolsillos, el corazón acelerado, la garganta seca. Jaime caminaba con las manos caídas, algo encorvado, como si el peso del momento le tirara hacia abajo.

Llegaron a un parque pequeño, con bancos vacíos y árboles sin hojas. Se sentaron en uno, sin mirarse aún. Un coche pasó por una calle cercana, una señora paseaba a un perro. Nadie parecía verlos.

—No sabía que ibas a seguirme —dijo él al fin, rompiendo el silencio.

—Yo tampoco —respondió ella, sincera.

Alegra giró la cara hacia él. Lo vio más serio, más mayor. Con ojeras que antes no estaban. Y una tristeza nueva, que no venía del verano.

—¿Por qué no me escribiste?

—Lo hice. Desde el móvil de Elena. ¿No te acuerdas?

—Me refiero después de eso. Después del segundo mensaje que te mandé. —Jaime bajó la mirada.

—Pensé muchas veces en contestarte —dijo ella, mirando al frente—. Pero no sabía qué decir. Estaba dolida por cómo

contestaste a mi mensaje. Luego pasaron los días. Y me daba miedo decir algo, que ya fuera tarde.

—No hubiera sido tarde —respondió él rápido. Después bajó el tono—. O no para mí.

Se quedaron en silencio. El viento sacudía las ramas de los árboles. Jaime miraba el suelo. Alegra lo miraba a él.

—Tu primer mensaje me dolió mucho —admitió ella—. No por lo que decía. Sino porque… no era lo que esperaba. No sonaba a ti.

—Es que en ese momento… no era yo. Estaba… —Se detuvo—. No importa.

Iba a decirle lo de sus padres. El caos en casa. El dolor que arrastraba. Pero no quiso que sonara a excusa. No quiso dar pena. No quiso que lo mirara con compasión.

—Lo escribí con la cabeza, no con el corazón —dijo al final—. Me protegí.

—Y yo me protegí también —admitió Alegra, bajando la voz—. Por eso no contesté. Me dije que era lo mejor. Que no merecía la pena seguir.

—¿Y lo era?

Alegra no respondió enseguida.

—Lo fue… durante un tiempo.

Jaime la miró. Tenía los ojos brillantes, pero no lloraba.

—¿Estás con él? —preguntó, de pronto.

Alegra supo de inmediato a quién se refería.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace poco. Pero nos conocemos de siempre. Es mi mejor amigo.

Jaime asintió, tragando saliva. Bajó la vista otra vez.

—Lo vi en una foto. Después en el vídeo. Luego en las historias. Luego… todo el tiempo.

Alegra se sorprendió, pero no dijo nada. Entendió de golpe muchas cosas.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Tú estás con alguien?

—No —respondió sin dudar—. Salí con gente. Pero… no.

Volvieron a quedarse callados.

—¿Por qué me has seguido? —preguntó Jaime, sin mirarla.

Alegra respiró hondo antes de contestar.

—Porque no quería dejarte así. Porque no podía quedarme ahí sentada fingiendo que eras un desconocido.

Él la miró.

—Y ahora que estamos aquí… ¿qué hacemos?

Ella le sostuvo la mirada.

—Hablamos. Cerramos heridas. Y nos decimos la verdad, aunque duela.

Jaime asintió. Por primera vez en meses, sentía que podía respirar un poco. Quizá el pasado no se podía borrar. Pero al menos, se podía entender. Y eso… eso era un comienzo.

Mientras, en la cafetería, Rubio y Rita se miraron de reojo cuando vieron a Alegra salir tras Jaime. No dijeron nada, pero un gesto entre ellos bastó para entenderse. Ellos sabían. Habían visto cómo se habían mirado. Habían sentido el aire cargado de algo que no era solo casualidad.

—No me lo esperaba —murmuró Rubio, apenas audible.

—Yo tampoco —dijo Rita—. Pero algo tenía que pasar tarde o temprano.

Y con eso, se acabó el tema. No había morbo ni cuchicheos. Solo un entendimiento silencioso entre dos personas que habían sido testigos del «antes».

El resto seguía en su mundo. Airas se integró rápido. Era simpático, sin esfuerzo. Pronto alguien propuso pedir una baraja, y acabaron todos jugando al Conti, rodeados de vasos con espuma y

risas mal contenidas por las trampas de Susana o los faroles de Irene.

La mesa volvió a llenarse de ruido, de chistes y golpes de cartas sobre la madera.

Pero, de vez en cuando, Rita levantaba la mirada hacia la puerta. Y Rubio también. Porque, aunque fingieran que todo seguía igual, sabían que afuera se estaba escribiendo un capítulo que, de una forma u otra, iba a cambiarlo todo.

36

El parque seguía en silencio. La ciudad a su alrededor se movía sin pausa, ajena al terremoto pequeño que se desataba en el banco donde ellos dos intentaban entenderse sin romperse del todo.

Alegra tenía las manos juntas, apoyadas entre las rodillas. Jaime las miraba de reojo, como si le costara no cogerlas.

—¿Y él te hace feliz? —preguntó, sin mirarla.

Ella tardó en contestar.

—Sí. Mucho.

Jaime asintió. Se mordió el labio. El frío se le había metido dentro, pero no por la temperatura.

—¿Y nunca piensas en mí?

Alegra lo miró.

—Claro que pienso en ti. Pero supongo que me acostumbré a hacerlo de otra forma.

Él sonrió apenas, sin alegría.

—Yo no dejo de pensar en todo lo que fuimos. Y en lo que podríamos seguir siendo —dijo, bajando la voz.

Ella no dijo nada y él continuó.

—Diego es… perfecto, ¿no? —añadió Jaime, intentando que no sonara amargo—. El tipo que cualquier chica elegiría.

—Es una buena persona. Me cuida. Me hace sentir tranquila —respondió ella, con firmeza—. Se merece lo mejor.

—¿Lo nuestro no tiene arreglo?

La pregunta la descolocó. Jaime la soltó con suavidad, sin maldad, pero con el filo justo.

Alegra se quedó callada.

—No tienes que contestarme —continuó él—. Solo quiero que sepas que… aunque lo entiendo, aunque sé que lo nuestro ahora no puede ser, yo todavía te siento como… como si fueras mi persona.

Alegra cerró los ojos un segundo. Le dolió oírlo.

Porque una parte de ella, muy honda, también lo sentía.

Él se inclinó, despacio. No con brusquedad, ni con desesperación. Solo buscando confirmar lo que aún ardía entre los dos. Pero ella lo detuvo. Puso la mano sobre su pecho, con delicadeza.

—No, Jaime. No podemos.

Él se quedó inmóvil, apenas a centímetros de su cara.

—Estoy con Diego. Y lo quiero. De verdad.

Jaime se apartó despacio, como si esas palabras le pesaran más que el cuerpo entero.

—Pero me sigues queriendo a mí —murmuró.

Alegra bajó la cabeza.

—No. Sí. No lo sé. Quizá. A veces siento que… que os quiero a los dos. O que te quiero de una forma distinta. Pero no puedo vivir en

ese lío. Diego nunca me ha fallado. Ha estado ahí siempre. Se ha ganado todo lo que somos.

Silencio.

—Y tú y yo… —añadió ella—… tú y yo fuimos algo precioso. Pero ahora no es nuestro momento.

Jaime asintió. La garganta le ardía, pero se tragó todo.

—¿Y si el verano lo cambia todo?

Alegra lo miró.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Pero si hay algo que tiene que pasar, pasará. Yo creo en eso. En lo que el tiempo decide por nosotros.

Él respiró hondo.

—Yo también creo en el destino. Y en nosotros.

Ella le sonrió, triste.

—Entonces deja que el destino hable. No lo empujemos.

Jaime se levantó. Miró el parque, sus zapatos, sus manos.

—Ojalá el verano me devuelva lo que siento que perdí —dijo, sin mirarla.

—Ojalá el verano nos diga lo que de verdad somos —respondió ella, con calma.

No se abrazaron. No se despidieron con frases épicas. Solo se miraron por última vez. Y en esa mirada quedó todo. La nostalgia. El cariño. El amor que sigue, aunque no se use. Y la promesa muda de que lo suyo… aún no ha terminado.

Jaime terminó aceptando que aún no era el momento. Lo que queda entre ellos es lo no resuelto, lo que espera. El verano como promesa. El destino como única esperanza.

37

La casa estaba en calma, con la calidez de una noche de invierno en la que todo parecía seguro. Aitana no estaba, había ido a dormir a casa de una amiga. Laura no había podido ir porque sus padres no la dejaron. Así que en la habitación de Alegra estaban Elena, Rita, Susana e Irene. Habían juntado las camas de Alegra y Aitana y había otro colchón en el suelo, rodeadas de cojines, bolsas de chuches medio abiertas, una película que ya nadie veía y una lamparita de noche encendida.

—Vale, habla ya —dijo Elena, incorporándose sobre el codo—. Estás rara desde que volviste con Jaime.

—¿Te besó? —preguntó Irene con los ojos abiertos como platos.

—No —respondió Alegra, y se sentó sobre su cama—. Pero casi.

Todas se quedaron calladas.

—Fuimos a un parque, hablamos de lo que pasó en verano, de lo que no dijimos. Él… me dijo cosas… bonitas. Me preguntó por Diego.

—¿Le contaste? —preguntó Rita.

—Sí. Le dije la verdad. Que estoy con Diego. Que lo quiero. Que lo nuestro ya no puede ser. Intentó besarme, pero no lo dejé.

Se hizo un silencio.

—Pues hiciste bien —dijo Elena al cabo de un momento—. Es tu presente el que importa ahora. Y Diego se ha portado siempre genial contigo.

—Total —añadió Susana, mientras rebuscaba algo de chocolate entre las bolsas—. Además, si le hubieras seguido el rollo a Jaime, te habrías liado tú sola un drama.

—Ya, pero… —intervino Rita, pensativa—. También hay que entender a Jaime. Fue muy fuerte lo de este verano. Él lo vivió muy intensamente, se notaba. Y lo de hoy, salir tras él, hablar, enfrentarlo… No todo el mundo se atreve a eso.

Alegra asintió en silencio. No buscaba que la defendieran ni que le dieran la razón. Solo quería compartirlo. Ponerlo en voz alta y soltarlo un poco del pecho. En ese momento, le vibró el móvil. Era un mensaje de Diego: «¿Qué tal la tarde, mi niña? Llegamos hace un rato de la aldea. No tuve cobertura».

Alegra sonrió y le contestó: «Todo bien, mañana te cuento más. Tengo a las chicas en casa. Buenas noches :)».

Y enseguida llegó su respuesta: «Descansa preciosa. Mañana me lo cuentas. Te quiero mucho <3».

Alegra suspiró. No solo porque el mensaje le llegó al corazón, sino porque sintió el contraste entre todo lo que acababa de pasar y la calma que le daba Diego. Se giró hacia las chicas.

—Mañana se lo voy a contar. No quiero que se entere por otro lado, ni quiero que haya secretos.

—Buena decisión —dijo Elena.

—Es lo justo —apoyó Rita.

—Y muy valiente —añadió Irene, acomodándose para dormir.

—Vale —dijo Elena, de pronto, incorporándose sobre el cojín—. Ya que estamos sincerándonos todas… tengo que contaros algo.

—Uuuuh —saltó Susana—. Esto promete.

—Elena va a soltar bomba, lo noto —añadió Irene, abrazando la almohada.

—No es bomba, pero… —Elena se rio—. Ayer me encontré con Javi.

—¿Javi, Javi? —preguntó Rita, con cara de saberlo todo.

—El mismo. Estaba volviendo del súper, me vio, me acompañó a casa… y nos quedamos hablando en el portal, así, como una hora.

—¿Y? —preguntó Susana, al borde del grito.

—Y… me besó —dijo Elena, como quien lanza un globo al aire.

—¡¿QUÉ?! —dijeron todas a la vez.

—Sí —respondió, tapándose la cara—. Me besó. Y yo a él. Y fue bonito, no sé. Muy natural.

—Tía, ¿y por qué no lo habías dicho antes? —preguntó Irene.

—Pues… iba a contároslo en la cafetería —explicó Elena—, pero con la entrada dramática de Jaime y la salida de Alegra… como que no era el momento.

—Normal —dijo Rita—. Se entiende.

—Vale, esto hay que contárselo a Laura ya mismo —dijo Susana, agarrando el móvil.

Alegra, que hasta ese momento había estado algo más callada, sonrió.

—Envíale un audio, venga.

Susana puso el altavoz, se aclaró la voz y dijo: «Lauraaa, atención. Noticia de última hora. Elena y Javi… se besaron. Repetimos: SE BE SA RON».

Todas empezaron a gritar y reírse en segundo plano.

—Ayer —añadió Rita—. En su portal. Y no lo contó hasta ahora. ¿Qué tienes que decir al respecto?

El mensaje fue enviado.

Pocos segundos después, llegó el audio de vuelta:

«¡NOOOOOO! ¡No me lo creo! ¡Qué fuerte! ¡Qué ilusión! Elena, tía, qué fantasía. Me encanta. Me encanta. ¡Quiero saberlo todo! Pero mañana, porque me voy ya a dormir. Alegra, espero que estés bien. Os quiero, locas. Buenas noches».

—Ay, qué mona —dijo Irene, abrazando el cojín como si fuera Laura.

—Alegra, ¿ves? Estás rodeada de gente que te quiere —dijo Elena, tocándole suavemente la pierna.

Alegra asintió, con una sonrisa honesta.

—Sí.

Y me hacéis mucho bien. Gracias.

El ambiente se volvió tranquilo, dulce. Como si, después de tantas verdades, quedara solo el cariño. Y entre historias, confidencias y luces bajas, se durmieron poco a poco, sintiendo que, al menos esa noche, estaban exactamente donde tenían que estar.

Al día siguiente, las chicas se fueron a media mañana. La madre de Alegra las invitó a comer, pero ya tenían planes.

Alegra le escribió a Diego. Le preguntó si tenía planes con los chicos o podían quedar un rato. Al final quedaron en el parque donde a veces quedaban todos los viernes por la noche, pero esa tarde solo estaban ellos dos, en un banco al sol, sin música, sin nadie más. Diego llegó con una sonrisa.

—¿Qué tal con las chicas? ¿Hasta altas horas de la noche rajando del mundo?

Alegra se rio, pero el nudo en el estómago no se le iba.

—Antes de contarte lo de anoche, quiero que sepas que, aunque no es nada de lo que debas preocuparte, sí que pasó algo que quiero contarte.

Diego se quedó serio, atento.

—Ayer, bajamos con las chicas al centro y como hacía mucho frío entramos en una cafetería. Estábamos tomando algo cuando, de repente, entró Jaime con unos amigos.

—¿Jaime?

Ella asintió.

—Estaba con Rubio y con otro chico y, al vernos, Rubio vino a saludar y él también se acercó. Nos miramos, estaba muy raro y salió corriendo fingiendo que hablaba por teléfono. Y no sé por qué… fui tras él.

Diego no dijo nada.

—Hablamos de todo. Del verano. De por qué dejamos de hablar. De cómo nos dolió todo. Intentó besarme, pero no lo dejé. Le dije que estoy contigo, que te quiero y que no quiero secretos entre nosotros. Y eso es todo.

Diego respiró hondo. No se apartó. No la juzgó.

—Gracias por decírmelo —dijo por fin—. Me gusta que podamos hablar así. No me hace gracia, claro. Pero confío en ti.

Alegra sonrió con alivio. Le cogió la mano.

—Estoy bien contigo, estoy a gusto. Te quiero.

Diego la miró con ternura.

—Y yo contigo. No te preocupes. Entiendo que el pasado a veces vuelve. Pero yo estoy aquí ahora.

Se abrazaron fuerte. Y aunque el pasado siguiera ahí, rondando como una sombra, en ese momento Alegra supo que su presente, al menos por ahora, era claro. Estaba con él.

38

Era uno de esos sábados sin planes concretos, sin deberes urgentes ni compromisos familiares. Solo el sol entrando por la ventana y el tiempo estirándose delante como una promesa.

Las chicas ya se habían ido. Cada una a su casa, con restos de conversación en los grupos y promesas de repetir pronto. Alegra había aprovechado para ordenar su cuarto con música de fondo y pensar. En todo. En nada.

A media mañana, recibió un mensaje de Diego: «Hoy me tocaba quedar con los chicos por la tarde… pero si estás libre, me quedo contigo».

—¿Y eso? —respondió ella, medio sonriendo.

—Porque las chicas ya no están, y no quiero que pases el sábado sola. Y también porque me apetece verte más que jugar al FIFA con Javi.

Alegra sintió ese calorcito suave que le recorría el pecho cada vez que Diego tenía un gesto así. De los que no pedían nada a cambio, solo estar.

—Vale. Yo también quiero verte.

A la hora de comer ya estaba todo decidido. Diego fue a recogerla a casa, esperó en el portal con las manos en los bolsillos y al verla asomó una sonrisa floja.

—¿Qué te apetece hacer?

—No sé… ¿paseamos?

—¿Y si vamos al cine?

Alegra levantó las cejas.

—¿En serio? Pensé que odiabas pagar por sentarte a oscuras durante dos horas.

—Puede ser —dijo él—. Pero sé que tú querías ir, y hoy me apetece. Además, me debes unas palomitas grandes.

Ella rio, ya con la respuesta en los labios:

—Vale. Pero nada de dormirse a los veinte minutos.

—Prometido, pero… ¿dejarás que me apoye en tu hombro?

Alegra fingió pensarlo un segundo.

—Solo si te portas bien.

Caminaron juntos hasta el cine. No hacía frío, pero él igual se quitó la bufanda para ponérsela a ella. En la cola, le cogió la mano sin avisar, como si fuera lo más natural del mundo. Y ella se dejó.

Eligieron una película que no sabían si sería buena o no, pero no importaba. En la oscuridad de la sala, con el ruido de las palomitas, los tráileres terminaron y empezó la película, pero ni Diego ni Alegra estaban realmente concentrados.

No había nadie más en la sala. Ni una pareja al fondo, ni un niño con palomitas que no paraba de hablar. Solo ellos dos, sentados en

el centro, rodeados de butacas vacías y la tenue luz de la pantalla iluminándoles el rostro a ráfagas.

Alegra tenía una mano sobre su regazo, la otra sobre el brazo de la butaca. Diego no la había soltado desde que entraron, pero ahora la miraba más que a la película.

Ella lo notó. Sintió su mirada primero en el perfil, luego giró el rostro despacio hasta encontrarse con sus ojos. Diego estaba sonriendo, como si no pudiera creerse la suerte de estar justo ahí, con ella.

Ella apoyó la cabeza en su hombro mientras los anuncios seguían corriendo delante de ellos como un telón de fondo irrelevante.

Y así, entre el calor de la butaca, las manos entrelazadas y los besos que vendrían después, Alegra pensó que a veces la vida tenía formas inesperadas de regalarte instantes. Siempre llevaba la Polaroid con ella y pensó que ese era un buen momento para capturar ese instante. Le dio un beso en la mejilla a Diego y disparó.

39

La película ya había empezado, pero Diego ni siquiera sabía de qué iba. Estaban sentados en el centro de la sala, completamente solos, y él no podía pensar en otra cosa que en ella. En Alegra. En su perfil iluminado a ráfagas por la luz de la pantalla. En cómo jugaba con los dedos de su otra mano mientras miraba hacia delante, aparentemente tranquilo, pero él no lo estaba. Tenía el corazón acelerado, el estómago revuelto, pero de ese modo que no da miedo, sino que excita. Estar a su lado, tan cerca, sintiendo el calor de su cuerpo, el roce de sus piernas contra las suyas, lo estaba volviendo loco. De la mejor forma.

Había algo en la manera en que ella lo miraba de reojo, en cómo se le curvaban los labios cuando notaba su atención, que le encendía

la piel. La deseaba. No como una fantasía fugaz. La deseaba con profundidad, con esa ternura que arde, con esas ganas de tocarla más allá de lo evidente.

Entonces Alegra giró el rostro, despacio. Lo miró. Y esa mirada, tan directa y suave a la vez, le hizo tragar saliva.

—¿Qué pasa? —susurró ella, con esa sonrisa que siempre lo dejaba sin aire.

Él se inclinó un poco, la voz casi un secreto.

—Solo estaba pensando… que fue muy buena idea venir al cine.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Porque tenía muchas ganas de besarte mucho.

Alegra no respondió con palabras. Solo lo miró un segundo más y le devolvió una media sonrisa cargada de intención.

—¿Y qué te impide hacerlo?

—Nada. Absolutamente nada. —Se inclinó y la besó.

Al principio fue suave, lento, casi temeroso, pero no por duda, sino porque no quería romper nada. No quería que se acabara. Después fue más profundo, más intenso, más real. Alegra lo abrazó por el cuello y lo acercó más. Y él sintió que ya no era solo deseo. Era conexión. Era todo a la vez.

El calor en el cuerpo creció. La excitación se volvió latente, viva. Notaba su propia respiración desacompasada. Sus cuerpos encajaban sin moverse demasiado. Era como si sus bocas ya supieran lo que querían.

Y sí. Estaba excitado. No solo se le había puesto dura, sino que se sentía completamente rendido a ella. Y entonces pensó: «Quiero más con ella. Lo quiero todo». No solo su cuerpo, aunque lo deseara con cada célula. Quería sus días, sus noches, su confianza, su historia. La quería a ella entera.

Se separaron un momento, los labios todavía cerca, la frente casi tocándose.

—Esto es mucho mejor que cualquier película —dijo él, acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos.

Alegra se sonrió, suave.

—Te estás poniendo romántico, Diego.

—No —respondió, sin dejar de mirarla—. Me estás poniendo romántico tú.

Y era verdad. Alegra tenía esa forma de encenderlo por dentro y, al mismo tiempo, calmarlo. Lo hacía querer cuidarla, querer besarla, querer perderse en ella y quedarse ahí. No solo esa noche, sino todas las que vinieran después.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y entrelazó los dedos con los suyos. Diego se quedó quieto, sintiendo su olor, su respiración, el peso leve de su cuerpo apoyado en él. Y pensó que si alguien le preguntaba alguna vez qué era sentirse completo, ser querido, ser deseado de vuelta, hablaría de esa sala de cine vacía. De esa noche. De ella.

Porque en ese instante, con el deseo aún vibrando bajo la piel, y el amor latiendo con fuerza bajo el pecho, lo supo: estaba enamorado de verdad. Y sí. La deseaba. La amaba. La quería toda.

40

La tarde había sido rara desde el principio. Rubio lo notó enseguida. Jaime estaba más callado de lo habitual, contestaba con monosílabos. Habían quedado los dos solos en el parque del instituto, como tantas veces. Se sentaron en el mismo banco de siempre, con una bolsa de pipas entre los dos y la música de fondo saliendo a medio volumen del altavoz del móvil.

—¿No ibas a quedar hoy con Airas y los demás? —preguntó Rubio, rompiendo el silencio.

—Paso. Me rayan —dijo Jaime, sin mirarlo.

Rubio lo observó un rato. Sabía que algo había pasado desde aquel día en la cafetería, pero no quiso presionar. Hasta ahora.

—¿Qué tal el otro día con… Alegra?

Jaime se encogió de hombros.

—La vi. Hablamos. Me lo dejó claro.

—¿Claro cómo?

—Que está con otro. Que lo quiere. Que lo nuestro fue bonito, pero ya está.

Rubio se quedó callado un momento. Luego suspiró.

—Tío, lo siento.

—No sientas nada. Era de esperar. Solo que… jode.

—Ya. Te entiendo. Bueno, un poco.

Jaime lo miró.

—¿Sabes qué es lo peor? Que no me la quito de la cabeza. Es como si… cada vez que intento olvidarla, aparece algo. Una historia. Una foto. Un puto recuerdo.

—Normal —dijo Rubio, serio—. No fue una chica más. Fue «la» chica. Y eso no se borra fácil.

Jaime apretó los puños.

—Me jode haberle escrito ese mensaje tan frío. Me jode no haberle dicho lo que me estaba pasando. Y me jode que haya alguien más que sí lo supo hacer bien.

Rubio asintió en silencio.

—¿Y se lo contaste? Lo de tus padres, digo.

—No. ¿Para qué? ¿Para que me tenga lástima? Paso.

—Tú no das lástima, tío. Pero a veces… contar las cosas ayuda. No para que te consuelen. Sino para que te entiendan.

Jaime se quedó mirando el suelo. El sol ya estaba bajando y el aire era cada vez más frío.

—Ella me dijo que en verano nos veremos en el camping.

—¿Y tú qué esperas de eso?

—Que el destino arregle lo que yo no supe hacer bien.

Rubio soltó una media sonrisa.

—Eres un romántico encubierto, Jaime.

—Calla, capullo.

—Pero lo entiendo. A veces, el tiempo es lo único que nos queda.

Jaime se recostó en el banco, con las manos detrás de la cabeza.

—¿Crees que el tiempo hace olvidar?

Rubio se lo pensó.

—No. Pero hace entender mejor. Y a veces, entender… ya es algo.

Se quedaron así un rato. Sin hablar. Sin necesidad de hacerlo. Porque hay amistades que no necesitan explicaciones. Solo estar ahí cuando uno está roto. Y Rubio, sin decirlo, estaba.

Pasaron unos minutos en silencio. El sol se escondía detrás de los árboles del parque, tiñendo el cielo de naranja. La bolsa de pipas estaba olvidada en el banco, y la música del altavoz se había quedado en pausa.

Jaime respiró hondo, como si se estuviera preparando para decir algo que llevaba tiempo tragándose.

—¿Te conté que mi padre ya vive con otra?

Rubio giró la cabeza hacia él, sorprendido.

—¿Qué? No. ¿Desde cuándo?

—Un par de meses. Primero dijo que era su otra compañera de piso… Y ahora resulta que está con ella. Ya ni sé qué sentir. Solo sé que cuando voy a su casa, están los dos, hacen cenas juntos, ponen pelis. Y ella es maja, no digo que no. Pero todo ha ido… jodidamente rápido.

Rubio no dijo nada al principio. Luego murmuró:

—Tu madre debe estar flipando.

—Ella intenta hacerse la fuerte. Pero yo sé que le duele. Que no lo vio venir. Y yo estoy ahí, en medio. No quiero elegir. Es mi padre. Y lo quiero. Pero también la veo a ella tragarse la rabia. Y yo… sin poder hacer nada.

Rubio lo miró con seriedad.

—Tienes derecho a sentirte así, tío. Y también a estar confundido. No es tu responsabilidad arreglar lo de ellos. Bastante tienes con lo tuyo.

Jaime se frotó la cara con las dos manos.

—Me siento fuera de lugar en todas partes. En casa. En clase. Con las chicas con las que quedé. Todo me parece ruido. Como si solo estuviera matando el tiempo esperando… no sé, esperando algo que no sé si va a llegar.

—¿El verano?

—Alegra.

Rubio tragó saliva y le dio un codazo suave.

—Y mientras tanto… ¿qué vas a hacer?

Jaime lo miró. Su respuesta salió sin pensarlo demasiado.

—Intentar no cagarla más.

Rubio sonrió por primera vez en rato.

—Buena meta. Yo te ayudo.

—¿Cómo?

¿Vas a darme clases de vida?

—No, pero puedo escucharte sin juzgar. Y darte collejas si hace falta.

Jaime soltó una carcajada que hacía tiempo no le salía así, limpia.

—Gracias, tío.

—Siempre.

Se quedaron ahí, mientras el cielo se volvía más oscuro y las luces de la calle empezaban a encenderse. Era uno de esos momentos que no parecían especiales, pero que se quedaban grabados sin avisar. Porque a veces, lo único que uno necesita es eso: hablar, respirar, y saber que no está tan solo como creía.

Y por primera vez en mucho tiempo, Jaime sintió que, quizá, todo iba a ir… no perfecto, pero sí un poco mejor.

41

Era domingo por la tarde, y Alegra estaba sumida en esa calma perezosa de los días sin prisa.

Alegra y Rita habían quedado para dar una vuelta. Acabaron sentadas en un banco del paseo, con un chocolate para llevar en las manos. Había algo reconfortante en el aire frío, en la gente que pasaba con gorros de lana, en la tranquilidad compartida de simplemente estar.

—¿Estás bien? —preguntó Rita, después de un rato en silencio.

Alegra miró el suelo.

—Sí. Bueno… no lo sé. A ratos.

—¿Por lo de Jaime?

Alegra asintió, con una sonrisa cansada.

—Y por todo. Por mí. Por lo que siento. Porque, a ver… estoy bien con Diego. Muy bien. Me gusta cómo me trata. Me gusta cómo me hace sentir. Estoy tranquila, segura. Pero a veces… me vienen imágenes de Jaime. O frases. O miradas. Y me lía.

Rita dio un sorbo al chocolate, sin apartar la mirada.

—¿Y te sientes culpable por eso?

—Un poco, sí. Porque no quiero fallarle a Diego. Él ha hecho todo bien. Siempre ha estado. Me quiere. Y yo también lo quiero, pero…

—¿Pero?

—Pero hay una parte de mí que no ha terminado de soltar lo otro.

Rita asintió lentamente.

—¿Y crees que eso tiene que ver con Jaime… o con el verano?

Alegra la miró, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que a veces no es solo la persona lo que echamos de menos. Es lo que esa persona representa. Lo que nos hizo sentir. El momento. El lugar. A lo mejor lo que no terminas de cerrar no es solo a Jaime… sino a la chica que fuiste con él.

Alegra se quedó en silencio. Le dio una vuelta. Y otra.

—Puede ser —dijo, al fin—. Pero no sé. Hay algo de él que sigue latiendo dentro. No lo elijo, simplemente… está ahí.

—¿Te sigue gustando?

—Sí —admitió—. Pero también quiero a Diego. ¿Eso se puede? ¿Se puede querer a dos personas a la vez?

Rita sonrió con ternura.

—Yo creo que sí. No como en las pelis, pero sí. Porque a veces una parte tuya pertenece a alguien que fue, aunque otra parte esté viviendo algo real con otra persona. Lo importante es a qué parte decides darle espacio ahora.

—A Diego —respondió Alegra sin dudar—. No quiero hacerle daño. Estoy bien con él. Y ahora… ahora es él.

—Pues eso ya dice mucho.

Se quedaron calladas un momento, viendo pasar a un niño en patinete con bufanda azul y guantes enormes.

—¿Y si este verano vuelve todo? —preguntó Alegra en voz baja—. ¿Si vuelvo a ver a Jaime en el camping?

Rita se encogió de hombros.

—Entonces verás qué pasa. Pero eso será en verano. Y ahora estás aquí. Con Diego. Y contigo misma. No adelantes tormentas, Ale. Disfruta el cielo de hoy.

Alegra sonrió. Rita siempre tenía la frase justa.

—Gracias —le dijo.

—De nada. Pero ahora vamos a por una napolitana, porque el chocolate solo me empalaga si no mojo algo dulce.

—Eso sí es una gran verdad.

Se levantaron, entre risas, dejando el banco atrás. Alegra no tenía todas las respuestas. Pero tenía amigas así, y eso ya era una forma de empezar a entenderse.

Alegra miró a Rita, que aún estaba terminando el último sorbo del chocolate, y dudó un segundo antes de abrir la boca.

—Puedo contarte una cosa más… pero prométeme que no vas a juzgarme.

—Tía, por favor —dijo Rita, ofendida a propósito—. Dispara.

Alegra se rio, nerviosa.

—Ayer fui al cine con Diego.

—Ajá.

—No había nadie en la sala. Literalmente. Solo nosotros.

Rita sonrió.

—¿Y?

—Y bueno… nos besamos.

—Vale… ¿solo eso? —preguntó divertida, arqueando una ceja.

—Sí. Solo eso. Pero… no sé. Fueron besos diferentes. Más agitados. Rápidos. Como con ganas.

Rita la miró, entre seria y curiosa.

—¿Te incomodó?

—No. Para nada. Me gustó. Mucho, de hecho.

—¿Entonces?

Alegra bajó la mirada.

—Sentí algo que no esperaba. No era como los besos tranquilos de siempre. Fue… una especie de calor por dentro. Como una electricidad. Algo nuevo. Me temblaron las piernas.

—¿Y eso te asusta?

—Un poco —admitió—. Porque no me había pasado nunca. Con Diego siempre ha sido más lento, más suave. Esto fue como… como si mi cuerpo hubiera decidido hablar por mí.

Rita asintió despacio.

—¿Y crees que eso cambia algo?

—No lo sé. Supongo que… me hizo pensar que mi cuerpo también está empezando a quererle.

Rita se quedó callada un segundo, y después sonrió.

—¿Y no crees que eso es algo bonito? Algo que pasa cuando se empieza a confiar de verdad. A entregarse sin miedo.

—Sí —respondió Alegra, más tranquila—. Supongo que sí. Me pilló por sorpresa. Pero fue bonito. No solo por el beso. Por el momento. Porque él me miraba como si yo fuera su mundo. Y no sé… me sentí importante.

—Porque lo eres.

—A veces siento que me paso el día dudando.

—Es normal. Pero lo importante es que, mientras dudas, no te olvides de sentir. Y si lo de ayer te hizo sentir algo bonito… confía en eso.

Alegra sonrió, mirándola con gratitud.

—Gracias por no decirme lo típico.

—¿Cuál es lo típico?

—«Uy, ten cuidado», «no te precipites», «piensa bien lo que haces».

—Nah —dijo Rita—. Ya pensarás mañana. Hoy solo disfruta de lo que tienes. Que no todos los días te tiemblan las piernas por alguien.

Rita tiró el vaso a la papelera y se quedó mirando el suelo, moviendo una piedrecita con el pie. Alegra giró la cabeza hacia ella con una sonrisa pícara.

—Vale… ahora tú. ¿No hay nada que me quieras contar?

—¿Yo? —dijo Rita, haciéndose la despistada.

—Sí, tú. Te veo rara últimamente. Rara bien. Rara «me paso más rato de lo normal con el móvil».

Rita soltó una risa floja, pero no lo negó.

—A ver… tampoco es que haya una historia enorme, pero… sí, hay algo.

Alegra la miró con expectación.

—¿Con quién?

—Con… Rubio.

—¡¿QUÉ?! —dijo Alegra, medio gritando—. ¿Desde cuándo?

—Nos estamos escribiendo desde que pasó lo de la cafetería.

Me pidió el teléfono. Tampoco todos los días, pero sí bastante.

—¡Pero Rita! ¡Eso es fuerte!

—Ya lo sé. Pero me gusta. O sea, me hace gracia. Me rio con él. Es un tío majísimo. Y bueno… ya sabes que desde que lo conocí me pareció muy guapo.

—Sí, me acuerdo de eso —dijo Alegra, riéndose—. «Tiene algo», dijiste.

—Pues eso. Ese «algo» me sigue pareciendo interesante.

—¿Y crees que a él le gustas?

Rita se encogió de hombros, pero tenía una sonrisa traviesa que no sabía disimular.

—No lo sé. Pero creo que sí. O al menos le apetece hablar conmigo. Y eso ya me gusta.

Alegra la abrazó de lado.

—Me encanta esta historia. Te pega mucho él. Es como tú: va de *chill*, pero por dentro se lo toma todo en serio.

—¿Tú crees?

—Muchísimo. Y además… sería genial que todo se enredara un poco más entre vosotros. Así tenemos más cosas de las que hablar en verano en el camping.

Rita se rio.

—Eso pensé también. Aunque no quiero pensar tan allá. Me gusta así, como está.

—Entonces disfrútalo. Lo que sea que venga, ya lo irás viendo.

Se quedaron en silencio unos segundos, con las mejillas frías pero el corazón caliente.

Alegra sonrió.

—Entre tus audios con Rubio y mis besos de cine… estamos que lo petamos, ¿eh?

—¡Total! —respondió Rita, tirándole un poco del brazo—. Esto está empezando a parecerse a una historia buena.

Y las dos se levantaron del banco, entre risas suaves y miradas cómplices, sabiendo que la tarde había dado mucho más de lo que esperaban.

42

No tenía por qué estar allí. Lo sabía. Pero la tarde estaba gris y vacía, y Jaime caminaba sin rumbo por el centro, con los cascos puestos y las manos en los bolsillos del abrigo. Buscaba distracción, aunque en realidad no quería pensar en nada. Ni en sus padres. Ni en las clases. Ni en ella.

Y justo cuando creyó que había conseguido perderse un rato del mundo, la vio. Alegra. Del otro lado de la calle, saliendo de una tienda de ropa con una bolsa en la mano. Sonreía. Con Diego.

Él llevaba el brazo por encima de sus hombros, como si fuera lo más natural del mundo. Como si ese espacio ya no fuera de Jaime. Como si jamás hubiera sido suyo.

Sintió un nudo directo al estómago. Paró en seco, medio escondido tras un poste de semáforo, como si le diera tiempo a retroceder, a desaparecer. Pero no. Ella lo había visto. Sus ojos se cruzaron un segundo. Solo uno. Fue suficiente para que el corazón se le saliera por la boca.

Jaime tragó saliva. Levantó la mano y la saludó. Como si no pasara nada. Como si fueran dos conocidos de clase que se cruzan por casualidad. Como si no doliera.

Ella no saludó, no dijo nada. Tampoco se acercó. Solo hizo un gesto leve con la cabeza. Una media sonrisa cortés, casi por educación. Y siguió caminando con Diego, que ni siquiera se había enterado de que Jaime estaba a unos metros, mirándolos como si acabara de tragarse un puñal.

Él continuó su camino, haciendo como si no le importara, como si haberla visto con él y que ni siquiera lo saludara no lo estuviera descomponiendo por dentro. Avanzó hacia la calle de al lado y metió las manos en los bolsillos con fuerza, apretando los puños. Caminó rápido, como si pudiera dejar atrás la imagen de ellos dos, pero no podía.

Todo su cuerpo ardía de rabia y tristeza. No hacia ellos. Hacia sí mismo. Por seguir sintiendo. Por no saber olvidarla. Por no poder dejar de mirar donde no debía. Y porque, en el fondo, seguía creyendo que ella era su lugar. Aunque ya no lo fuera.

43

No lo esperaba. Salía de la tienda con Diego, todavía riéndose por la tontería de los calcetines con dibujos de aguacates que él casi se compra por una apuesta, cuando lo vio. Jaime.

Estaba al otro lado de la calle, parado. Como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor. La estaba mirando.

Fue solo un segundo. Pero lo sintió. En el pecho. En la espalda. En la nuca. Como un eco que aún no había desaparecido.

Le sostuvo la mirada. Porque no quiso hacer como si no lo hubiera visto, aunque su primera reacción fue fingir que nada le removía. Le devolvió un gesto con la cabeza. Neutral. Casi frío. Pero por dentro, todo había empezado a temblar un poco.

Diego no lo vio. Y ella se alegró por eso. No porque tuviera nada que ocultar. Sino porque ese segundo fue suyo. Solo suyo. Y de Jaime.

Jaime levantó la mano para saludarla. Como si fueran dos personas que ya no se conocen del todo. Y algo dentro de ella se apretó. No supo si era tristeza, nostalgia o simplemente pena.

No respondió al gesto. No con la mano, al menos. Siguió caminando con Diego. Sintiendo que algo la seguía mirando desde la otra acera.

Más tarde, cuando ya se habían despedido y estaba de vuelta en casa, le escribió a Rita.

«¿Estás libre para una llamada?»

En cuanto Rita contestó, Alegra se tumbó boca arriba en la cama con el móvil pegado al oído.

—¿Qué pasa? —dijo Rita, con voz alerta.

—Hoy he visto a Jaime por la calle.

Hubo un silencio al otro lado.

—¿Estaba solo?

—Sí. Estaba parado, como si no quisiera que lo viéramos. Pero yo lo vi. Y él me vio. Me saludó.

—¿Y tú?

—No le devolví el saludo. Solo hice un gesto con la cabeza. Estaba con Diego.

—¿Te removió?

—Sí. Mucho. Y no entiendo por qué. Yo estoy bien. Estoy con Diego. Lo quiero. Lo sé. Pero ver a Jaime ahí, tan… solo, tan él… Me dolió. Como si hubiera vuelto a ese lugar del verano. Como si algo no estuviera cerrado.

Rita suspiró.

—Porque no está cerrado, Ale. Solo está… apartado. En pausa. Como esas canciones que no puedes escuchar porque te desarman pero que sabes que siguen estando ahí.

Alegra cerró los ojos. Sintió que Rita tenía razón.

—¿Crees que hice mal en no acercarme?

—No. Hiciste lo que podías en ese momento. No se trata de hacer lo correcto siempre. A veces se trata de proteger lo que estás construyendo ahora.

—Gracias —murmuró—. A veces necesito que me recuerdes lo que ya sé pero me cuesta aceptar.

—Para eso estamos las amigas. Para ponerle nombre a lo que no sabes cómo decir.

Alegra sonrió, con los ojos un poco húmedos. Esa noche, mientras se preparaba para dormir, pensó en Jaime de nuevo. En su cara al verla. En cómo levantó la mano, como si aún quedara algo que no se había ido del todo.

Y luego pensó en Diego. En sus manos cálidas. En sus besos en el cine. En su manera de mirarla cuando pensaba que ella no lo notaba.

Y así, entre un nombre y otro, el sueño la fue venciendo.

Sin respuestas definitivas.

Solo con la certeza de que, a veces, crecer duele. Pero también enseña.

44

Alegra no había dormido bien. Soñó con aceras, con manos que no se tocaban, con saludos sin respuesta. Se despertó varias veces durante la noche, como si su cuerpo necesitara recordar que el día anterior había algo que no se había terminado de digerir.

Esa mañana, Diego le mandó un mensaje temprano: «¿Quedamos un rato? Te invito a un batido y me cuentas alguna tontería de las tuyas».

Ella dudó unos segundos antes de contestar. No porque no quisiera verlo, sino porque temía que se le notara algo en la cara.

Alegra: «Vale. A las seis donde siempre».

A las seis y cinco, Diego ya la esperaba sentado en la terraza de la cafetería donde solían verse. Tenía un vaso de batido de fresa

delante, el suyo aún sin pedir, y la capucha subida hasta la mitad de la cabeza como siempre que hacía algo de viento.

Cuando Alegra llegó, él se levantó con una sonrisa.

—Hoy llegas tres minutos tarde. Ya casi no confío en ti.

—Me he dejado la cabeza pensando qué *jersey* ponerme —dijo ella, forzando una risa.

Él la miró. Un segundo. Solo uno. Pero lo notó.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —respondió enseguida—. ¿Por qué?

Diego la miró con esa calma que tenía cuando algo le inquietaba, pero no quería presionar.

—No sé. Estás rara. Como si estuvieras muy dentro de ti.

Alegra dudó. Jugó con la servilleta entre los dedos. Respiró.

—Es que… hay algo que tengo que contarte.

Diego se acomodó en la silla, sin cambiar la expresión.

—Vale. Cuéntamelo.

—Ayer, cuando salimos de la tienda, vi a Jaime. Estaba al otro lado de la calle. Nos vio. Bueno, me vio. Y yo también a él. Me saludó con la mano, como de lejos, y yo… no le respondí.

Diego no dijo nada.

—No te lo conté en el momento porque… no sabía si tenía sentido. Pero me removió. Me removió verle ahí. Solo. Mirándome.

Él asintió lentamente.

—¿Y tú? ¿Qué sentiste?

—Confusión —respondió con sinceridad—. Tristeza. Pero no porque lo eche de menos, sino porque fue como ver un capítulo cerrado que aún duele al releerlo.

Diego bajó la mirada, pensativo. Luego la volvió a mirar con ternura.

—Gracias por contármelo.

—No quería que fuera un secreto. No hay nada que esconder, pero tampoco quiero que lo que estoy construyendo contigo se llene

de cosas que no se dicen.

Él estiró la mano y le acarició los dedos.

—¿Y estás construyendo algo conmigo? —preguntó en voz baja.

Alegra lo miró a los ojos, sin dudar.

—Sí. Claro que sí.

—Pues entonces, con eso me basta.

Ella sintió un alivio que casi le hizo soltar el aire en voz alta.

—¿De verdad estás bien?

Diego sonrió, suave.

—No me encanta que te remuevas por otro, para que te voy a engañar. Pero me gusta que no lo escondas. Y que tengas claro que ahora es conmigo con quien estás. El pasado no se borra. Pero no me da miedo.

Alegra le apretó la mano. Pensó en lo fácil que era estar con él. En lo sano que era sentir que no tenía que elegir entre callar o mentir.

—Gracias —le susurró.

—¿Por qué?

—Por sentir no se pide perdón, Ale. Se siente, se entiende… y se sigue.

Y en ese momento, en medio de esa terraza sin *glamour*, con dos vasos medio vacíos y el ruido del tráfico al fondo, Alegra volvió a saber que estaba justo donde quería estar. Aunque dentro aún hubiera restos del verano.

45

La tarde del cumpleaños de Rita había llegado. Hacía días que el grupo no hablaba de otra cosa: de los focos de luces que iban a colgar en el porche del abuelo, de la *playlist* interminable que Elena había armado con obsesión, del bizcocho casero que prometía traer Irene. Todo el mundo parecía emocionado. Menos Diego.

Alegra lo notó desde por la mañana. Su voz por mensajes de audio sonaba más apagada, y los *emojis* habían disminuido.

A las cuatro y media, le llegó el mensaje: «Al final no voy a poder ir, me encuentro fatal. Tengo fiebre. Me da mucha rabia porque sé que lo estabas esperando, y yo también. Pero no me da el cuerpo para más».

Ella lo llamó de inmediato. Tardó un poco en responder, pero lo hizo.

—Ey… —dijo él, con voz rota.

—Tienes voz de manta y sofá.

—Estoy en la cama tiritando.

—¿Has tomado algo?

—Sí, mi madre me dio paracetamol. Estoy esperando que me haga efecto. Me siento fatal por no ir.

—No digas eso. Lo importante es que te cuides y estés bien, ¿vale?

—¿Tú vas a ir?

—Sí…, Rita me mataría si no voy. Además, ya está todo montado. Y le hace ilusión.

—Y va Rubio, ¿no?

—Sí —dijo ella, sabiendo a lo que se refería—. Y seguramente también Jaime. Pero…

Diego no dijo nada. Hubo un segundo de silencio, largo, pero no tenso.

—Confío en ti —dijo al fin—. Y no quiero que estés allí preocupada por mí. Solo pásalo bien. Baila, ríete, y mañana me cuentas todo. ¿Prometido?

Alegra sonrió, con ternura.

—Prometido.

—Y guárdame un trozo de tarta, ¿eh?

—Te lo llevo a casa si hace falta.

—Vale. Te quiero, Ale.

—Yo también te quiero.

Colgaron.

Y entonces Alegra se quedó unos segundos mirando la pantalla apagada de su móvil. Se sentía rara. Triste por Diego, que no podría estar, pero también un poco desarmada. Él siempre era su ancla. Su

calma. Su escudo. Y ahora… iba sola. A una fiesta donde estaría Jaime.

Respiró hondo. Se acercó al espejo. Se ató el pelo, se pintó los labios con algo de brillo y se obligó a recordar que nada malo tenía que pasar. Que podía pasarlo bien. Que podía estar tranquila. Pero en el fondo… sabía que esa noche iba a remover cosas. Y no solo dentro de ella.

46

Las luces estaban colgadas, la música sonando en el altavoz del porche, y la mesa de madera larga cubierta con vasos de colores, palomitas y refrescos. El abuelo de Rita, encantado de tener a la casa llena de jóvenes, había dejado todo listo antes de marcharse a casa de su hermano por la noche. Todo salía bien. Y, aun así, Rita no dejaba de mirar el móvil.

Las primeras en llegar fueron Elena, Irene, Aitana y Laura, que esta vez sí había conseguido que sus padres la dejaran ir. Al poco rato llegó Alegra con Susana.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todas al unísono cuando la vieron salir de la cocina con las patatas en la mano.

—¡Gracias! —dijo Rita, sonriendo de verdad. Aunque por dentro aún le latía algo: la espera.

Alegra se acercó y la abrazó con fuerza.

—Estás guapísima. Me encanta cómo has decorado todo.

—Gracias, tía. ¿Tú estás bien?

—Sí. Nerviosa. ¿Y tú?

—Más —admitió Rita, sin rodeos.

—¿Vienen pronto?

Rita miró el móvil y asintió.

—me dijo Rubio que estaban de camino. Todos.

Todos. Esa palabra contenía mucho más de lo que parecía. Incluía a Rubio, a sus amigos, y a Jaime.

Rita le cogió la mano a Alegra y le dio un pequeño apretón.

—Si en algún momento necesitas irte a respirar, me lo dices. O te saco yo.

—Gracias. Estoy bien. Creo que necesito pasar por esto, ¿sabes?

—Sí —dijo Rita, bajando la voz—. Y vas a estar bien.

Poco después, los mensajes empezaron a llegar. Primero uno de Rubio: «Estamos entrando ya. ¿Dónde estáis exactamente?».

Rita lo leyó y sintió un vuelco en el pecho. Fue directa a la puerta del jardín, como si no pudiera quedarse quieta ni un segundo más. Y ahí estaban.

Rubio, con su sudadera negra y esa forma relajada de caminar que tanto le gustaba. Sonriendo. Y detrás, Jota, Airas, Raúl… y Jaime.

Cuando lo vio, Rita se sintió rara. No incómoda. Pero sí consciente. Sabía que iba a remover algo, y por eso, sin decir nada, giró la cabeza para ver a Alegra. La vio de pie, con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, observando la entrada como quien no quiere mirar demasiado, pero no puede evitarlo.

Jaime entró con las manos en los bolsillos, la mirada seria, pero en cuanto vio a Alegra, algo en sus ojos se suavizó.

Ella no sonrió. Pero tampoco apartó la vista.

—¿Vamos? —le dijo Rita a Rubio, que ya estaba acercándose.

Él se le acercó con esa media sonrisa que a ella se le metía por dentro, le dio un beso y luego se quedó más cerca de lo que necesitaban para saludarse.

—Estás guapísima —le dijo él, bajito.

—Tú no vienes mal tampoco —respondió ella, y por fin, se le aflojaron los hombros.

El grupo empezó a mezclarse. Algunos se acercaron a la mesa, otros se pusieron a mirar las luces, alguien conectó su móvil a la música y subieron el volumen.

Y entonces, en medio de ese bullicio suave, Jaime y Alegra cruzaron miradas otra vez. Fue rápido, pero suficiente.

Ella pensó mil cosas al mismo tiempo. Que no debía haber ido. Que estaba bien. Que ojalá, Diego, estuviera allí. Que Jaime seguía mirándola como si aún quedara algo. Y quizás sí quedaba algo. Pero no sabía qué.

Se obligó a sonreír. Se fue hacia Elena e Irene, que empezaban a servirse refrescos. Pero sabía que esa noche no iba a pasar desapercibida. Que el pasado y el presente iban a bailar en el mismo porche. Y que ella tenía que encontrar cómo sostenerse sin caer en los brazos de ninguno.

47

Sabía que la iba a ver. Lo había asumido desde que Rita le mandó el mensaje con la dirección y dijo: «todos estáis invitados, no puedes faltar». Si Rubio iba, él también. Y si Rita lo había invitado, era evidente que Alegra también aceptaba que fuera. Pero una cosa era saber que iba a estar allí. Y otra, verla.

Fue como si el cuerpo lo delatara antes que la mente. Se le aceleró el corazón. Le tembló un poco el pulso. Y, sin embargo, cuando la vio junto a la mesa, riéndose con Irene, todo lo que dolía también se volvió deseo. No solo de besarla. Sino de volver a tenerla cerca.

La observó unos segundos, como si fuera una escena que se le hubiera escapado del verano. Su forma de recogerse el pelo detrás

de la oreja. Esa media sonrisa que nacía solo cuando se sentía cómoda. Esa forma suya de existir que lo había enganchado desde el primer día.

Y fue. Se acercó con el vaso en la mano, fingiendo calma.

—¿Sigues mezclando palomitas dulces y saladas como en verano? —preguntó, deteniéndose a su lado.

Alegra lo miró, divertida.

—Lo sigo haciendo. No todo en mí ha cambiado.

—No todo tiene que cambiar.

—Algunas cosas sí.

—Y otras deberían volver —dijo él, sin pensarlo demasiado.

Ella parpadeó, y su sonrisa titubeó por un instante.

—¿Volver? ¿Tú crees?

—Sí. A veces hay errores que solo necesitan otra oportunidad para arreglarse.

Ella bajó la mirada y cogió una palomita con calma. Masticó, pensó, levantó la vista de nuevo.

—¿Hablas de nosotros?

—Hablo de todo. Pero sí, también de nosotros.

Se hizo un silencio, tenso pero lleno. Como si las palabras hubieran encendido algo que ambos sabían que seguía ahí.

—¿Te acuerdas de la noche que nos quedamos en la playa cuando los demás se fueron al chiringuito? —preguntó él, sin dejar de mirarla.

—¿La noche que había tormenta en el horizonte y tú decías que no nos iba a alcanzar?

—Esa. Y terminó lloviendo como si se acabara el mundo.

Ella rio. Se le encendieron los ojos.

—Nos empapamos. Yo iba con pantalones cortos y tú insististe en que me pusiera tu sudadera.

—Y luego tú te quejaste de que olía a mí.

—No era una queja —dijo ella, y por primera vez en mucho tiempo, se miraron distinto.

Había electricidad. No por los recuerdos. Por el presente. Por la tensión suave en sus gestos, por cómo se inclinaban un poco más al hablar, por cómo evitaban rozarse… como si ambos lo desearan, pero aún no se atrevieran.

—Ale… —dijo Jaime, más bajo—. No sé cómo decirlo sin sonar desesperado.

—Dilo sin miedo.

—Quiero recuperarte.

Alegra sintió que algo le temblaba dentro. No por sorpresa, sino por reconocimiento.

—¿Recuperarme?

—No estoy diciendo que sea fácil. Ni que vayas a dejar lo que tienes. Pero yo… sigo sintiendo todo. Y no pienso quedarme esperando a que el destino decida por mí. No otra vez.

Ella lo miró seria. Casi con ternura. Pero con los labios apretados.

—Estoy con Diego —dijo.

—Lo sé.

—Y me hace bien.

—Lo sé. No lo conozco, no tengo nada contra él… —Se detuvo un segundo—. Bueno, sí tengo. Lo odio un poco.

Ella frunció el ceño, sin enfado. Más bien sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque está donde yo estuve. Porque tiene tus besos, tu risa, tus mensajes antes de dormir. Porque te ve cada día y yo solo te tengo en recuerdos.

Ella no dijo nada.

—Y sí, sé que no es justo. Pero tampoco lo puedo evitar. No voy a decirte que lo dejes, ni que me elijas. Pero tenía que decírtelo. Porque no quiero seguir fingiendo que ya no me importa. Porque sí me importa. Tú me importas.

Alegra tragó saliva. Miró hacia otro lado. Luego volvió a él.

—No me digas esto esta noche.

—¿Por qué no?

—Porque me cuesta no sentir algo al oírte.

Jaime la miró. Ella no se apartó.

—¿Y tú qué quieres?

—Quiero no sentirme tan dividida. Quiero seguir con Diego sin dudas. Pero tú… —Bajó la mirada—. Tú eres otra cosa.

Él asintió.

—No te voy a pedir que elijas. Pero sí que no te olvides de esto. De nosotros. De lo que fuimos. Y de lo que podríamos volver a ser.

Ella tragó saliva otra vez. El corazón le latía fuerte. Como el verano pasado. Como en la playa.

—Jaime… —susurró, sin saber cómo terminar la frase.

—Tranquila. Solo quiero que esta noche nos acordemos de que seguimos sabiendo estar juntos.

Ella sonrió, bajito. Y entonces, sin decir nada más, se quedaron allí. Más cerca que antes, con algo encendido en el aire. Sin besos, sin promesas. Pero con un fuego que no había muerto.

El cumpleaños estaba en su punto más alto: música fuerte, carcajadas que se mezclaban con el humo de las velas recién apagadas y vasos medio llenos que cambiaban de mano cada minuto. Alegra había llegado con la seguridad de que sería solo una noche de risas y viejos amigos. Diego no había podido acompañarla, y quizá, pensaba, era mejor así: una fiesta ligera, sin compromisos. Pero no fue para nada así, especialmente desde que llegó Jaime.

El corazón le dio un vuelco, traicionero. Se había preparado durante meses para un encuentro casual, se había repetido que ya no importaba, que su vida tenía otro rumbo. Pero nada de eso sirvió cuando él se acercó con esa misma mirada, esa mezcla de nervios y decisión que conocía demasiado bien.

Ella no dejaba de pensar en esas palabras que él había pronunciado: «quiero recuperarte». El mundo se detuvo. Alegra sintió que la música se volvía un murmullo lejano. Todo lo vivido aquel verano regresó como una ola imparable: el sabor a sal en los labios, las noches interminables, la risa cómplice que nadie más había sabido arrancarle. Y también el dolor, la decepción, el quiebre.

Pensó también en cómo intentó responder, pero nada salió. Porque la verdad era que sí, aún lo sentía. No con la misma inocencia de antes, sino con esa intensidad peligrosa que le recordaba por qué le había costado tanto dejarlo atrás.

Y al mismo tiempo, Diego. Diego no estaba allí, pero su presencia se sentía igual: en la calma que le había regalado desde que entró en su vida, en la ternura de cada gesto, en la certeza de que él nunca jugaría con su corazón. Con él había descubierto que el amor también podía ser refugio, que no siempre debía doler para ser verdadero.

¿Cómo contarle a Diego lo que estaba sintiendo en ese instante? ¿Cómo explicarle que, aunque lo amaba, había algo de Jaime que todavía ardía en lo más profundo de su memoria? El solo imaginar su mirada dolida la hacía estremecerse. No quería hacerle daño. No quería perder la paz que había construido a su lado.

Pero allí estaba Jaime, delante de ella, reclamando un lugar que nunca había cedido del todo. Y ella… ella lo sentía todo otra vez.

No respondió. No podía. La sonrisa de cortesía fue lo único que logró ofrecer antes de girar hacia la mesa, fingiendo interés en un pastel a medio repartir. Pero en su interior sabía que el silencio no duraría mucho.

Tarde o temprano tendría que enfrentarlo. Tarde o temprano tendría que elegir.

48

La fiebre había bajado un poco, pero el cuerpo seguía cortado. Diego estaba en su cama, con una manta a medio subir, el portátil apagado a los pies y el móvil en la mano. Llevaba rato mirando la pantalla, sin escribir nada.

No podía ir a la fiesta. Alegra se lo había dicho por la mañana, con ese tono dulce que usaba cuando sabía que algo no le iba a gustar: «Va Rubio, van sus amigos… imagino que también estará Jaime».

Diego solo dijo que lo entendía. Que disfrutara. Que le contara mañana cómo había ido todo. Pero no fue tan fácil. Porque una cosa era aceptar que el pasado de Alegra era parte de ella. Y otra muy distinta era verlo pisándole los talones. Y Diego lo sabía. Sabía

perfectamente lo que pasaba. Ella nunca le mentía. Pero tampoco lo contaba todo. Y esa noche, mientras el resto reía y bailaba en casa del abuelo de Rita, mientras sonaban canciones que a él también le gustaban y los grupos se cruzaban entre risas, él estaba en su cuarto, solo, imaginando a Jaime mirándola como si aún fuera suya.

Se tapó los ojos con el antebrazo. Intentó no pensar. Pero pensó. Pensó demasiado. Pensó en cómo Jaime la miraría cuando ella no lo viera. En cómo buscaría alguna excusa para acercarse. En cómo Alegra, aunque lo negara, sentía algo que ni ella misma entendía. Y eso era lo peor.

No eran celos. No exactamente. Era otra cosa. Una especie de nudo en el pecho que le decía: «Él también la conoce. Él también la tocó. Él también fue parte de ella». Y por mucho que ella le dijera que estaba bien con él, con Diego, había algo que no se podía borrar. Algo que vivía todavía en la memoria de su piel.

La imaginó con el vaso en la mano, riéndose con las chicas. La imaginó cruzando miradas con Jaime. Esa mirada. La misma que a él le había roto las defensas el primer día. ¿Y si volvían a conectar? ¿Y si lo suyo no estaba cerrado?

Diego tragó saliva. Se levantó de la cama, fue hasta el baño, se mojó la cara. Al mirarse al espejo, sintió que tenía los ojos cargados, como si no supiera si tenía fiebre o tristeza. Se apoyó en el lavabo. Él no era de los que presionaban. Nunca lo había sido. Pero esa noche… se sintió fuera de lugar. Como si estuviera peleando por algo que ya tenía dueño.

Volvió a la cama. Miró el móvil. Nada de Alegra. No esperaba que lo escribiera cada cinco minutos. No era ese tipo de relación. Confiaban el uno en el otro. O eso creía. Pero el silencio le dolía. Y por primera vez desde que estaban juntos, Diego sintió miedo. No a perderla de golpe. Sino a perderla de a poco, mientras otro se le iba colando otra vez en el alma. Y lo peor era que ni siquiera podía culparla. Porque cuando alguien ha significado tanto, no desaparece

así como así. Y eso él lo sabía. Porque a él también le pasaba: Alegra se había convertido en todo. Y si la perdía… no sabía cómo volvería a estar bien.

49

Diego no durmió bien. No por la fiebre. No por la tos. Por ella. Por no saber. Se despertó temprano, aún con el cuerpo flojo, pero se levantó igual. Se dio una ducha rápida, se vistió sin pensar demasiado y bajó a desayunar con el estómago cerrado.

Alegra le había dicho que lo pasaría bien y que le contaría todo al día siguiente. Y él quería creer que todo estaba bien. Pero no podía evitar ese nudo. Esa incomodidad leve. Ese sexto sentido que solo aparece cuando uno se está empezando a enamorar de verdad, y el miedo ya no es solo miedo: es vértigo.

Quedaron por la tarde, en el mismo banco de siempre.

Ella llegó sonriente, con una coleta alta, el abrigo azul y los guantes que él le había prestado semanas atrás. Se acercó y le dio

un beso suave en la boca.

—¿Estás mejor? —preguntó, sentándose a su lado.

—Sí, algo. Ya no me duele todo el cuerpo, al menos —intentó bromear.

—¿Todo bien? —preguntó él mientras caminaban hacia el banco de siempre.

—Sí… bueno —dudó ella, y entonces él supo que no. Que venía con algo dentro.

No la presionó. Se sentaron. Hubo un silencio largo, de esos que se sienten más por lo que no se dice que por lo que pesa en el aire.

—¿Pasa algo? —preguntó él, al fin.

Alegra lo miró un segundo. Parecía que lo estaba decidiendo. Y cuando habló, lo hizo sin rodeos.

—Anoche hablé con Jaime.

Diego no reaccionó enseguida. Respiró hondo. Apretó los dedos contra el borde del banco.

—¿Y…?

—Me dijo que quiere volver a intentarlo. Que no ha dejado de pensar en mí.

Un silencio más.

Diego asintió muy despacio. Miró al frente. Su voz salió tranquila, pero su estómago estaba revuelto.

—¿Y tú qué sentiste cuando te lo dijo?

Alegra lo miró. Tardó un poco.

—No lo sé. Fue raro. No fue como cuando me lo dijo el día que lo encontré en la cafetería. No me tembló todo por dentro, pero sí… algo se me movió.

Diego lo entendió. No por las palabras, sino por el tono. Por lo que ella no sabía cómo explicar. Y le dolió. Le dolió más de lo que pensaba.

—¿Tengo que preocuparme? —preguntó, mirándola a los ojos.

Alegra parpadeó. Le sostuvo la mirada, pero le temblaba un poco la voz.

—No quiero que tengas que hacerlo, pero no te mentiría. Jaime fue importante. Lo que vivimos fue fuerte. Y anoche… por un momento, todo eso volvió.

Diego bajó la vista. Apretó los labios. Se pasó una mano por el pelo.

—Te agradezco que me lo digas. De verdad.

—No quiero hacerte daño, Diego.

—Lo sé. Y no me lo estás haciendo, porque estás siendo sincera. Pero tengo que ser honesto también… me duele.

Ella asintió. Lo sabía.

—No sé qué hacer con esto —dijo, bajito, casi llorando—. Lo nuestro va bien. Tú me haces bien. Pero no sé si lo que siento por Jaime… es justo lo que debería sentir. Si estoy del todo presente.

Diego no la interrumpió. Tragó saliva. Pensó. Luego habló, con esa voz suya que siempre parecía más templada de lo que realmente era.

—Yo te quiero, Alegra. Y lo último que quiero es que estés conmigo si estás pensando en otra persona. No mereces esa presión. Ni yo tampoco.

Ella lo miró, con un brillo triste en los ojos.

—No quiero perderte.

—Tal vez no me pierdas. Tal vez solo nos damos un espacio para saber qué es lo que realmente sentimos. Yo estoy aquí. Y no me voy a ir, aunque no seamos novios.

La frase le rompía el pecho. Pero era verdad. Porque Diego no quería un amor a medias. No quería estar en un lugar solo porque ella sentía culpa. Quería que lo eligiera. Pero libre. Y si tenía que dejarla ir para que lo hiciera… lo haría.

50

Desde que hablaron en el parque, Alegra se había quedado con un hueco en el pecho. Como si, al decirle la verdad a Diego, también le hubiera arrancado algo sin querer.

No lo veía. No le escribía. No tenía razones para buscarlo, y aun así… lo sentía cerca. Porque Diego era eso: una presencia que no necesitaba estar delante para hacerse notar. Y, ahora que no estaba, su ausencia dolía más que muchas presencias.

A veces quería escribirle solo para contarle una tontería. Algo que antes le mandaría sin pensarlo: una frase de una peli, una canción, una historia graciosa de Elena o Rita. Pero ya no lo hacía. Se sentía injusta. Como si fuera la culpable de algo que no sabía ni nombrar.

Una tarde, sola en su cuarto, lo pensó mejor. No quería jugar con él. No quería que creyera que volvería mañana, ni que iba a escribirle cada vez que Jaime la decepcionara. Pero tampoco quería perderlo para siempre. Porque, aunque no estuvieran juntos, Diego seguía siendo importante. De otra forma. Tal vez más silenciosa, pero no menos real.

Y así, escribió un mensaje. Le costó. Lo releyó cinco veces antes de darle a enviar: «Hola, Diego. Solo quería decirte que te echo de menos. Me haces falta. No quiero que pienses que estoy jugando con tus sentimientos, y entiendo que necesites espacio, porque yo también lo necesito. Este verano va a ser un lío. Ya lo sé. No quiero pedirte nada. Solo que, si puedes, si quieres… no me borres. Me gustaría que nos viéramos. ¿Puedes venir a mi casa? Mis padres no están y Aitana tampoco. Necesito que hablemos. Me gustaría que sigamos siendo amigos. Que estemos el uno para el otro. Aunque a veces duela. Aunque a veces no hablemos. Porque te quiero mucho. Muchísimo.»

Le dio a enviar.

51

Cuando leyó el mensaje, tuvo que releerlo dos veces.

«Hola, Diego […] Te echo de menos. […] Porque te quiero mucho. Muchísimo.»

Se quedó inmóvil. El corazón le dio ese golpe extraño, no de alegría… sino de mezcla. De amor, de nostalgia, de miedo. Hacía días que no hablaban. Había respetado su espacio. No insistió. No la buscó. Pero no dejó de pensar en ella ni un solo día.

La echaba de menos también. Pero no se lo había dicho. Porque no quería presionarla. Porque sabía —con una mezcla de dolor y claridad— que ese verano no le pertenecía a él. Y, sin embargo… ahí estaba el mensaje: «Te quiero mucho».

Tres palabras que abrían todas las puertas y, al mismo tiempo, dolían. Porque la quería también. Pero ya no sabía si podía seguir queriéndola de cerca sin romperse.

Se sentó en el borde de la cama, con el móvil entre las manos. Le costó escribir. No quería sonar frío, pero tampoco podía fingir que no estaba herido.

Finalmente, escribió: «Hola, Alegra. Claro que podemos vernos. Siempre que tú quieras. Voy ahora para tu casa. Y no te preocupes, no espero que me digas nada. Con verte me basta. También te echo de menos. Y aunque ahora todo esté un poco raro… yo también te quiero mucho. Muchísimo.»

Lo leyó varias veces. Dudó. Pero lo envió. Porque, aunque se estuviera despidiendo sin decirlo, no quería que ella pensara ni por un segundo que su cariño se había apagado.

Y mientras el mensaje viajaba por la red, Diego cerró los ojos y se permitió lo que llevaba tiempo conteniéndose: sentirla. Recordarla. Y desear que el tiempo pasara rápido, pero no demasiado. Porque algo dentro de él —una esperanza callada— seguía creyendo que lo suyo aún no había terminado.

52

Diego llamó al timbre y apenas pasaron unos segundos antes de que la puerta se abriera. Alegra no dijo nada. Solo lo abrazó.

Se lanzó hacia él sin avisar, como si el aire que la separaba de su cuerpo le doliera, como si solo en su pecho pudiera encontrar el lugar exacto donde respirar.

Diego la abrazó también. Cerró los ojos. Apoyó la barbilla en su hombro. Y por un instante, todo lo roto pareció repararse solo.

Entraron en silencio. Se sentaron en la sala, en el sofá de siempre, pero nada era igual. Alegra tardó en hablar. Jugaba con los dedos. Respiraba hondo.

—Gracias por venir —dijo al fin.

—Vendré siempre si tú me lo pides —respondió él, con una sonrisa tranquila, aunque se le notaban los ojos húmedos.

Ella lo miró. Y entonces empezó a decirlo todo.

—Lo que viví contigo fue real. Desde el primer beso, desde el primer mensaje. Nunca intenté reemplazar a nadie. No eres un parche, Diego. Ni un segundo intento. Eres… tú. Y contigo me sentí viva. En paz. Sentí que todo estaba bien cuando estabas cerca. Y lo sigo sintiendo, aunque todo esto duela.

Él asintió despacio. No la interrumpió.

—Pero ahora… Viene el verano. Y no vamos a vernos. Y él va a estar allí. Y… —Hizo una pausa para respirar— Me dijo que quería reconquistarme. Y no sé qué va a pasar. Y por eso estoy aquí. Para decirte esto antes de que pase.

Se le humedecieron los ojos. Siguió.

—No quiero hacer nada que destruya lo que tuvimos. Ni contigo, ni conmigo misma. No sé qué siento, Diego. No quiero pedirte que me esperes. No sería justo. Pero… Tampoco puedo pedirte que desaparezcas de mi vida. No quiero. No puedo.

Él tragó saliva. Se acercó un poco más.

—Yo tampoco quiero irme de tu vida. No porque te esté esperando —dijo con voz baja— Sino porque… No quiero perder a mi mejor amiga. A la chica que quiero. Porque te quiero, Alegra. Y si ahora lo que necesitas es espacio, libertad, o incluso volver a sentir cosas por alguien más… Lo entiendo.

Ella rompió a llorar. No contuvo las lágrimas.

Diego le limpió una con el pulgar. Luego otra. Ella se inclinó hacia él y le dio un beso en los labios. Un beso suave, lento. Como una despedida sin palabras.

Y fue entonces cuando a él también se le llenaron los ojos. Metió la mano en el bolsillo de la sudadera y sacó una pulsera de oro, con su nombre grabado.

—Es mía. La llevo desde que era pequeño. Me la regaló mi abuela cuando me vine a vivir aquí. Nunca me la quité. Pero ahora quiero que la lleves tú.

Alegra la miró con los ojos empañados.

—Pero…

—Para que no me olvides —dijo, intentando sonreír— Para que, si un día dudas, o te sientes sola, o necesitas volver a sentir todo lo que vivimos, la mires y sepas que… Yo estoy. Aunque no esté.

Alegra la cogió con cuidado. Él le ayudó a ponérsela en la muñeca. La apretó fuerte contra el pecho.

—Gracias.

No hacía falta decir más. Diego se levantó. Se quedó unos segundos parado, como si no quisiera girarse. Ella tampoco se movió. Pero sus miradas se cruzaron una vez más antes de que él cruzara la puerta. Y esa mirada, aunque cargada de lágrimas, no era de derrota. Era la de dos personas que se quieren lo suficiente como para soltarse, aunque el corazón se quede con la piel temblando.

53

La brisa aún era fría, de esas que te hacen taparte con la toalla después del segundo chapuzón. Aitana y Alegra habían bajado a la playa mientras sus padres seguían con lo de siempre: limpiar, barrer, sacar cosas, reorganizar la caravana.

El verano todavía no había llegado del todo, pero el camping ya olía a promesa.

Estaban tumbadas en la arena, escuchando música bajita del móvil de Aitana, cuando Alegra alzó la vista hacia la zona cercana al chiringuito. Había poca gente, solo unas cuantas familias y un grupo de amigos con sombrillas y neveras.

Y entonces lo vio. Al principio no estaba segura. Pero sí. Era el padre de Jaime.

Estaba sentado en una tumbona azul, con gafas de sol y el cuerpo medio bronceado. No estaba con la madre de Jaime. Ni siquiera había rastro de ella por ahí.

Estaba con dos chicas. Una rubia y una morena. La morena jugaba a las palas con la rubia, riéndose fuerte, como si la playa fuera solo de ellas. Alegra las observó un rato, sin mucho interés, hasta que vio algo que la dejó inmóvil.

La partida terminó. La rubia corrió hacia las toallas y, sin pensarlo demasiado, se sentó sobre el padre de Jaime. Sobre él. En sus piernas. Lo abrazó por el cuello, le dijo algo al oído y luego, con toda naturalidad, lo besó en la boca. Un beso rápido, como de costumbre. Como si eso ya llevara tiempo pasando.

Alegra sintió un nudo en el estómago. Frunció el ceño, se incorporó un poco, como si al cambiar de posición pudiera entender mejor lo que estaba viendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Aitana, sin quitarse los auriculares.

—Nada… creo que acabo de ver algo muy raro —murmuró.

—¿Raro cómo?

Alegra dudó.

—Creo que el padre de Jaime está con otra mujer. O con dos. No sé. Pero con una que lo besó delante de todo el mundo.

Aitana se sentó también.

—¿La madre de Jaime no está?

—No. Ni cerca. Y no parecía nuevo, ¿sabes? Como que ya lo hacen desde hace tiempo.

El silencio fue incómodo. Alegra no podía dejar de mirar. La rubia ahora se tumbaba al lado de él. La morena se secaba el pelo. El padre de Jaime cogía su botella de agua como si nada.

Como si eso no fuera un escándalo.

—¿Vas a contarle algo? —preguntó Aitana, bajito.

Alegra no lo dudó.

—Sí. Tengo que hacerlo.

—¿Aunque ya no estéis juntos?

—Precisamente por eso. No sé si lo sabe. Pero si no lo sabe, no puede enterarse por otra persona. Tiene que saberlo. Tiene que venir de mí.

Aitana asintió. No preguntó más.

Alegra cogió el móvil y lo miró un rato. Dudó si llamarlo. Dudó si mandarle audio. Al final, escribió: «Jaime, soy Alegra, creo que no tienes mi número. Estoy en el camping y acabo de ver algo en la playa. No sé si sabrás sobre esto, pero creo que necesito contártelo, no quiero saberlo y callármelo. ¿Podemos hablar cuando tengas un momento?».

Miró la pantalla un buen rato antes de enviarlo. Pero lo envió. Porque, a pesar de todo, él seguía importándole. Y lo último que quería era que se enterara de algo así por cualquiera menos por ella.

54

Vio el mensaje mientras esperaba a que Rubio saliera del baño. Estaban en casa de Jota, tirados en el sofá, con la Play encendida y una bolsa de Doritos medio vacía entre ellos.

Miró la pantalla. Un mensaje. No tenía el número guardado, pero al empezar a leer vio su nombre en la pantalla bloqueada. Alegra.

Desbloqueó el teléfono rápidamente y abrió el WhatsApp: «Jaime, soy Alegra, creo que no tienes mi número. Estoy en el camping y acabo de ver algo en la playa. No sé si sabrás sobre esto, pero creo que necesito contártelo; no quiero saberlo y callármelo. ¿Podemos hablar cuando tengas un momento?»

La llamó sin pensarlo. No podía ignorarla.

Ella respondió al segundo tono.

—Hola.

Su voz era suave, como cuando se cuela en un sitio que no es suyo y no quiere hacer ruido.

—Hola, Alegra, ¿qué pasó? —preguntó él sin rodeos, aunque ya lo intuía.

—Estaba en la playa con Aitana. —Vi a tu padre. —Y… Estaba con dos chicas. —Una se sentó encima de él. —Le dio un beso. —En la boca.

Silencio.

Ella esperó una reacción. Jaime respiró hondo.

—Ya lo sabía —dijo por fin.

—¿Sí?

—Sí. —Mis padres se separaron hace meses. —Mi padre vive con ellas. —Clara es su novia ahora.

Alegra se quedó callada.

Jaime sentía que tenía que llenar ese silencio antes de que ella pensara lo que él más temía.

—No te lo conté porque… —Se pasó una mano por el pelo—. No quería que sintieras lástima por mí. —No estábamos juntos, y no quería que esa mierda se metiera entre nosotros.

—Jaime… Yo…

—Era lo único en mi vida que no quería que se ensuciara. —Lo nuestro. —Aunque ya no estuviéramos juntos, no quería que lo vieras con los ojos de la pena.

—No lo veo así —dijo ella, sincera—. —Solo me sorprendió. —Lo siento. —De verdad.

—Gracias —dijo él, más bajito.

Ella dudó, pero se atrevió:

—¿Y cómo estás tú?

Jaime apretó los labios. No mintió.

—No muy bien. —La verdad… No estoy bien. —No fue fácil enterarme. —Pero lo peor es que todavía no fui capaz de hablar con

mi madre del tema. —Sé que ella lo sabe. —Sé que también lo está pasando mal, pero… No sé cómo preguntarle. —Como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.

—Es normal.

—No quiero que sea normal. —No quiero que esta sea mi familia ahora. —Mi padre con una tía más joven. —Mi madre sola. —Todo roto.

Alegra no dijo nada, pero su respiración al otro lado le calmaba.

—Gracias por haber pensado en mí y querer contármelo —añadió él.

—No podía no hacerlo. —Aunque no estemos juntos, me importas. —Y lo que te pase… También.

Jaime cerró los ojos.

—Te echo de menos —susurró.

Ella tardó en responder. Pero al final, con voz temblorosa, dijo:

—Yo también.

55

Todo empezó después de aquella llamada. Alegra se quedó con un nudo en el pecho, pero también con algo distinto. Una calma rara. Como si hablar con Jaime, aunque doliera, le hubiera permitido sacudir el polvo de una parte de su historia que aún no estaba del todo cerrada. Y, sin pensarlo mucho, empezaron a escribirse otra vez.

Primero fue algo casual.

Martes, 21:06h

Jaime: «Al final no me dio tiempo a estudiar nada hoy. Mi madre me lió con lo de la lavadora. Mándame un poco de tu responsabilidad, porfa».

Alegra: «Jajaja, no sé si soy tan responsable, pero vale. Te mando deberes y culpa».

Jaime: «Acepto culpa, pero sin examen sorpresa».

Luego vinieron los memes, los audios tontos, las canciones que se compartían sin más. Y los «¿Te acuerdas de cuando…?»

Viernes, 23:14h

Jaime: «¿Te acuerdas cuando nos escapamos del chiringuito para ir a ver las estrellas? Y nos tumbamos en la arena, muertos de frío. ¡Qué locura!».

Alegra: «Sí… Y tú jurabas que habías visto una estrella fugaz».

Jaime: «La vi, joder. No era un avión».

Alegra: «Mentira. Era un mosquito gigante».

Jaime: «Lo que sea. Pedí un deseo. Era sobre ti».

Alegra se quedó mirando ese último mensaje un rato. No respondió enseguida. Pero lo dejó ahí. Porque, aunque no lo dijera, a ella también le removía todo.

Pasaron los días. Y una tarde cualquiera, mientras hablaban del verano, Jaime le soltó una pregunta sin rodeo:

Miércoles, 18:42h

Jaime: «Y… ¿Diego no se pone celoso de que hablemos tanto?»

Tardó en responder.

Alegra: «Ya no estamos juntos».

Él dejó el móvil en la cama. Lo miró como si acabara de recibir una noticia esperada, pero aun así intensa. Cuando volvió a escribir, se contuvo. Pero solo un poco.

Jaime: «No voy a mentirte. Me alegro. No por él…, sino porque sé que tú y yo tenemos algo pendiente. Algo que va a volver».

Alegra le respondió: «No sé qué va a pasar, Jaime».

Jaime: «Yo sí. Sé que vamos a estar juntos otra vez. No te voy a presionar, pero… Voy a estar ahí».

Alegra: «Él fue bueno conmigo. Me cuidó».

Jaime: «Y yo no lo seré menos. Pero ahora… Quiero que seas tú la que decida. Sin peso. Sin culpa. Solo con el corazón».

Ella se quedó en silencio. Pero leyó el mensaje una y otra vez.

Esa noche, antes de dormir, le llegó otro:

Jaime: «Mi padre va a ir al camping con Clara todo el verano. Pero este año también vamos Rubio y yo. Los dos. Desde el principio. Te lo aviso por si… No sé. Por si quieres huir. O por si prefieres quedarte».

Alegra sonrió en la oscuridad de su habitación. Y aunque no respondió en ese momento, supo que esa conversación solo acababa de empezar.

56

La primera vez que lo vio en el camping ese verano, el corazón le dio un vuelco. No fue sorpresa. Ya lo sabía. Lo habían hablado. Sabía que Jaime iba a estar allí todo el verano. Pero una cosa era leerlo en un mensaje. Y otra, verlo. Sentirlo.

Camiseta blanca, bermudas oscuras, las zapatillas que siempre arrastraba un poco al caminar. Rubio caminaba a su lado. Ambos con mochilas y gafas de sol, como si fueran los mismos del verano anterior. Pero ella ya no era la misma.

Alegra estaba sentada en la hamaca, al lado de Rita, con un libro abierto sobre las piernas, pero hacía rato que no leía. Rita la miró de reojo, como sabiendo exactamente qué estaba pasando dentro de su amiga.

—Ya están aquí —dijo solo.

Alegra no respondió, solo tragó saliva.

Cuando Jaime la vio, fue como si todo se ralentizara un poco. No había más gente en ese momento. Solo ellos. O al menos, eso le pareció a ella.

Él levantó la mano en un gesto breve, medio sonrisa. Ni distante ni demasiado cercano. Solo el gesto justo.

—Hola —dijo él, acercándose—. ¿Empezamos el verano?

—Empezamos —respondió ella, cerrando el libro sin mirarlo directamente.

Rita se levantó con una excusa cualquiera. La dejó sola. Sabía lo que hacía.

—¿Cómo estás? —preguntó Jaime.

—Bien… supongo. —¿Y tú?

—Mejor ahora que estoy aquí.

Silencio. Miradas cruzadas. El calor no venía solo del sol.

—No ha cambiado mucho esto, ¿eh? —dijo él, mirando a su alrededor.

—Nada cambia aquí. —Por eso lo queremos.

—Yo lo quiero porque estás tú —soltó, como si se le escapara.

Ella lo miró, sin saber si sonreír o salir corriendo.

—Jaime…

—Lo sé. —No me digas que me calme.

«Solo… déjame estar cerca.»

Ella no dijo nada. Lo dejó sentarse al lado. No muy cerca. Pero no muy lejos.

Hablaron de cosas tontas. De Rubio, de cómo Clara había redecorado la caravana de su padre («parece Pinterest con filtro»), de las nuevas familias que habían llegado.

Pero las miradas seguían ahí. Los silencios no eran silencios. Eran palabras no dichas.

En un momento, ella se levantó.

—¿Vamos a la playa un rato?

—¿Tú y yo?

—¿Hay algún problema?

—Ninguno. —Me encanta cuando pareces tú.

Ella no preguntó qué quería decir con eso. Pero sonrió.

Caminaron hacia la playa como si el verano anterior no hubiera pasado, como si lo que viniera después aún no existiera. Con los pies descalzos y las ganas de entenderse sin tener que explicarse todo.

Y aunque no se tocaron, aunque no hubo besos ni confesiones, algo sí pasó esa tarde: la distancia entre los dos… empezó a desaparecer.

57

El sol empezaba a esconderse tras los árboles del camping y el cielo tenía ese color naranja que parecía pintado. Rita y Rubio estaban tumbados en una toalla doble, compartiendo unos auriculares, escuchando una *playlist* que él había preparado para ella, aunque aún no lo había admitido.

Ella tenía las piernas estiradas y la cabeza apoyada en su hombro. Él jugaba con su pulsera, sin decir nada, pero con esa sonrisa que solo le salía cuando estaba con ella.

—¿Sabes lo que creo? —dijo Rita, de repente.

—Que estás enamorada de mí —respondió Rubio, sin abrir los ojos.

—No, idiota —se rió ella, dándole un codazo—. —Bueno, también. Pero no era eso.

—Entonces qué.

—Que esto —Señaló hacia donde estaban Jaime y Alegra hablando, sentados cada uno en una toalla— va a pasar otra vez.

Rubio abrió los ojos. La miró.

—¿Te refieres a ellos?

—Sí.

—¿Y eso es bueno… o un desastre?

—Las dos cosas —dijo ella, sincera.

Rubio se rió por lo bajo.

—Alegra lo ha pasado mal. —Y él también. —Se nota. —Pero se siguen buscando, ¿lo has visto? —Es como si no supieran cómo no hacerlo.

—Exacto —asintió Rita—. —Y lo peor es que Diego no se merece estar en medio. —Pero tampoco se puede parar lo que siente alguien. —Ni lo que no puede evitar sentir por otra persona.

Rubio se quedó en silencio unos segundos. Luego la miró.

—Tú también lo veías venir, ¿verdad?

—Desde que empezaron a hablar otra vez. —Desde que Alegra sonreía distinto cuando le llegaba un mensaje. —Desde que dejó de hablar tanto de Diego.

Rubio asintió. Y después de unos segundos, se giró un poco más hacia ella.

—Y tú y yo… ¿también nos veíamos venir?

Rita lo miró de reojo, sonriendo.

—Tú te hacías el tonto. —Pero sí. —Desde el verano pasado.

—Me gustabas desde que te vi —confesó él, sin pudor—. —Pero pensaba que yo era solo «el amigo de Jaime» para ti.

—Pues «el amigo de Jaime» besa bastante mejor de lo que esperaba —dijo ella, acercándose peligrosamente.

—¿Solo eso?

—Mmm… —Se inclinó más— también tiene buen gusto musical, aunque no lo reconozca.

—Y una lengua muy talentosa —susurró él, justo antes de besarla.

El beso fue lento. Cómodo. Natural. Como si se lo debieran desde hacía tiempo. Y cuando se separaron, ella le acarició la nuca y dijo bajito:

—Si Jaime y Alegra acaban juntos, espero que esta vez sí les salga bien.

—¿Y si no?

—Pues… —Lo miró con una sonrisa pícara— siempre nos quedará el conti.

—Y esta toalla.

Rubio se rió.

Ella lo besó otra vez. Y en ese momento, entre las risas lejanas, la brisa de la tarde y los murmullos de verano, ambos supieron que lo suyo no era un lío de temporada. Era algo que, como las mejores historias, empezó sin hacer ruido y ya no quería terminar.

58

La arena seguía caliente, a pesar de que el sol ya se había escondido del todo. La brisa olía a sal y a crema solar. Ese aroma que solo pertenece al verano.

Habían pasado el día juntos, como en los viejos tiempos. Playa, risas, conversaciones que iban desde lo absurdo hasta lo importante. Se ducharon con prisas, cenaron bocadillos frente a las caravanas y, como si fuera lo más natural del mundo, bajaron de nuevo a la playa. Solo ellos cuatro.

Rita y Rubio estaban tan cerca que ya casi no hacía falta disimular. Las bromas entre ellos eran más miradas que palabras.

—¿Te vienes? —le susurró Rubio al oído a Rita.

Ella asintió sin pensarlo.

—Vamos a dar un paseo —anunció Rita, mientras se sacudía la arena de los pantalones cortos—. —Nos apetece estar un rato solos.

Alegra los miró sin sorpresa. De hecho, lo esperaba. Y quizás… lo temía un poco.

Cuando se fueron, el silencio entre ella y Jaime se volvió denso. Cómodo, pero cargado. Él se estiró las piernas, respiró hondo y luego se incorporó. Caminó los dos pasos que lo separaban de ella y se sentó a su lado, más cerca que nunca.

Sin pedir permiso, le pasó el brazo por los hombros.

Ella lo sintió cálido, presente. Como si nunca se hubiera ido. Como si todo el tiempo sin verse hubiera sido solo un paréntesis.

—Creo que ya va siendo hora de dejarse de tonterías —dijo Jaime, con voz tranquila, pero decidida.

Alegra lo miró, con una ceja ligeramente levantada.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Tú lo sabes. —Yo lo sé. —Esto no se acabó nunca. —Solo lo congelamos. —Pero sigue aquí. —Lo notas, ¿no?

Ella no respondió.

—Este verano… —continuó él— es nuestro. —Y no pienso dejar que pase como si nada. —No otra vez.

Alegra sintió cómo el corazón le latía más rápido. No por sorpresa. Sino porque lo había estado esperando. Aunque no supiera si quería o no que pasara.

Jaime la acercó un poco más, bajó el rostro hacia el suyo. Sus labios casi se rozaban cuando dijo, muy bajito:

—Yo quiero vivirlo. —Contigo. —Todo. —Lo bueno, lo difícil. —Lo que venga.

Ella solo lo miró. Y entonces él, sin más palabras, le partió la boca de un beso. No fue suave. No fue tímido. Fue un beso lleno de hambre contenida. De todos los días que no se tuvieron. De todo lo que no se dijeron. De lo que creían haber superado y estaba, simplemente, dormido.

Ella no se apartó. Lo besó también. Con fuerza. Con ganas.

Se aferró a su camiseta. Él le acarició la cara con ambas manos. La besó como si el verano se acabara mañana. Como si no hubiera más noches que esa. Y cuando por fin se separaron, respirando agitados, con la arena pegada a las piernas y el pulso desbocado, Alegra bajó la cabeza y se rió bajito.

—Estás loco.

—Por ti.

Ella lo miró otra vez. No dijo nada más. Porque a veces el cuerpo responde antes que las palabras.

Y esa noche, el suyo lo había hecho sin dudar.

59

La arena estaba húmeda, suave. El sonido del mar lo envolvía todo pero Rita apenas lo oía. Solo escuchaba su respiración agitada, mezclada con la de Rubio, mientras las bocas se buscaban con una urgencia que no dejaba espacio a pensamientos.

Él la besaba como si la hubiera estado esperando desde siempre. Ella le respondía igual.

Los labios chocaban, se encontraban, se mordían. Las manos ya no eran tímidas. Subían, bajaban, exploraban. Ella sintió los dedos de Rubio deslizándose bajo su camiseta, rozándole la cintura, subiendo por la piel caliente de su espalda.

—Estás ardiendo —le susurró él.

—Tú tampoco estás frío —respondió, con una media sonrisa antes de atraparle de nuevo la boca.

Rita se colocó sobre él, sentada en sus caderas. El movimiento fue instintivo. Lo sintió duro bajo ella y eso solo encendió más su cuerpo. Se apoyó con las manos en su pecho, le miró a los ojos y se inclinó para besarle el cuello. Rubio cerró los ojos, jadeando, con las manos firmes en sus muslos.

—No me provoques, que reviento —le dijo con un hilo de voz.

—¿Y si quiero provocarte?

Se rieron pero el aire ya no era ligero. Era denso. Cargado.

Él deslizó las manos por debajo de sus pantalones cortos, sin llegar a quitar nada pero dejando claro que sabía exactamente lo que hacía. Rita se arqueó un poco al sentir su tacto sobre su ropa interior. Lo miró, mordiéndose el labio.

—Si sigues así… —empezó.

—¿Qué?

—No respondo.

—Eso quiero.

Rubio la acarició más intensamente, entre risas entrecortadas y respiraciones aceleradas. Rita apretó los muslos contra él, bajó la cabeza y le susurró al oído:

—Es una locura lo que me haces sentir.

—Te juro que me está pasando lo mismo.

Las manos de Rita también bajaron. Rozó su abdomen, luego el borde del pantalón. Sintió cómo todo su cuerpo reaccionaba, cómo temblaba con solo tenerla tan cerca.

—No lo hagamos aún —dijo ella, sin alejarse.

—Pero tampoco pares.

—Ni loco.

Y no paró. La acarició por dentro de la ropa, la tocó con calma, como si supiera exactamente cuándo acelerar y cuándo frenar. Ella se apretó contra él, le besó los labios entre jadeos, se dejó llevar.

Rubio la tenía sobre sí, ardiendo, y no había ni un solo centímetro entre sus cuerpos que no hablara de deseo.

Pero no fue más allá. Porque a pesar de las ganas, algo en ellos sabía que el momento exacto… aún no había llegado.

Cuando finalmente se tumbó a su lado, respirando fuerte, con el pelo revuelto y los labios hinchados de tanto besarse, Rita apoyó la cabeza en su pecho.

—No sé si estás intentando matarme o enamorarme —dijo ella, todavía agitada.

Rubio la abrazó.

—Estoy haciendo las dos cosas.

Y en esa mezcla de calor, piel, cariño y tensión, supieron que estaban cruzando una línea invisible. Una que los llevaría inevitablemente… más lejos. Pero aún no. No aquella noche.

60

La noche ya estaba en silencio. Las risas se habían apagado. El murmullo del mar llegaba lejano y solo el zumbido de algún grillo se colaba entre los setos de la parcela.

Jaime y Rubio no entraron directos a la caravana. Se tumbaron en las hamacas de fuera, uno frente al otro, con los pies colgando, sin hablar durante los primeros minutos. El cielo estaba tan claro que se podía ver el contorno de las copas de los árboles y una estrella fugaz se escapó por el rabillo del ojo.

Rubio fue el primero en hablar.

—Qué noche, ¿eh?

—Ya ves —respondió Jaime, todavía con la cabeza en la playa.

—¿Tú bien?

Rubio sonrió, sin mirarlo.

—Sí. Bien. Muy bien, de hecho.

Hubo un silencio corto.

—¿Rita? —preguntó Jaime, sin necesitar confirmación.

—Sí —asintió él, bajando un poco la voz, como si aún estuvieran allí—. No te voy a contar detalles, tranquilo. Pero… estamos avanzando. Con calma, pero sí. Está siendo guay. Muy guay, la verdad.

—Te gusta —afirmó Jaime, medio sonriendo.

—Me flipa. No voy a mentir. Es lista, divertida, está buenísima y tiene algo que me hace estar tranquilo y nervioso a la vez. No me pasa eso con cualquiera. Y quiero disfrutarlo. A tope.

Jaime se giró un poco en la hamaca para mirarlo de frente. Asintió en silencio.

—Me alegro por ti, tío. Os veo… y se nota que hay algo real.

Rubio le devolvió la mirada con una media sonrisa.

—¿Y tú qué? Porque te quedaste ahí con Alegra.

—Sí. Por fin nos besamos y ella no se apartó. No me mandó a la mierda. Ni me dijo «no es el momento». Me besó. Me besó de verdad.

Rubio levantó las cejas, satisfecho.

—Eso es una señal, colega. Lo tenéis todo a favor este verano. Si la cuidas, si no metes la pata…

Jaime tardó unos segundos en responder. Bajó la mirada hacia su muñeca, como si se viera reflejado en la lona de la hamaca.

—Hay algo que no me deja estar tranquilo.

—¿El qué?

—La pulsera —dijo al fin, con voz baja.

—¿Qué pulsera?

—La que lleva en la muñeca izquierda. Pone «Diego».

Rubio no dijo nada.

—La lleva siempre. En la playa, cenando, incluso esta noche. La lleva. Y yo… no le he dicho nada. Pero no soporto vérsela.

—¿Desde cuándo se la has visto?

—Desde hace días. Antes del beso, incluso. Me mata. No puedo evitarlo.

Rubio se frotó la cara con las dos manos.

—¿Y no le has preguntado por qué la lleva?

—No quiero parecer inseguro. Ni un crío celoso. Pero… tío, no puedo dejar de mirarla cuando estamos juntos. Como si esa pulsera fuera un recordatorio constante de que no soy el único. Ni siquiera sé si soy «el» algo.

—A ver —dijo Rubio—, puede ser muchas cosas.

Puede que sea un recuerdo. Puede que no tenga claro qué quiere. O puede que no haya querido quitársela porque le da pena. No siempre es blanco o negro.

—Lo sé —dijo Jaime, mirándolo fijo.

—Pero yo no quiero ser el segundo plato de nadie. No después de todo lo que he sentido. No después de todo lo que estoy arriesgando.

—Entonces habla con ella. Sin reproches. Solo claridad.

Jaime asintió pero no del todo convencido.

—¿Y si me dice que todavía no lo ha olvidado?

—Pues te jodes —dijo Rubio, con una sonrisa torcida.

—Pero por lo menos lo sabes. Y sabiendo… puedes decidir si quedarte o largarte.

Hubo otro silencio.

—¿Tú crees que va a elegirme a mí? —preguntó Jaime al final.

Rubio lo miró serio.

—Creo que, si la haces sentir como se ha sentido esta noche, tienes muchas más posibilidades de las que crees. Pero eso depende de ti. No de la pulsera. Ni de Diego.

Jaime cerró los ojos un segundo. Respiró hondo.

—Gracias.

—Para eso estamos.

Y se quedaron así, en silencio, escuchando el mar romper en la distancia. Uno pensando en Rita. El otro en esa pulsera negra que parecía gritarle todo lo que ella aún no había dicho.

61

El sol de media mañana ya picaba en la piel cuando Alegra, Elena, Aitana, Rita y Fabiola bajaron a la playa. Llevaban toallas al hombro, gafas de sol, y ese entusiasmo de los primeros días de verano. Los chicos aún dormían —o eso creían—, así que aquel rato era solo para ellas.

Montaron su pequeño campamento junto a las rocas: toallas extendidas, bolsas abiertas con cremas y revistas que nadie pensaba leer. Alegra fue la primera en sentarse, aún con el cuerpo caliente de todo lo que estaba pasando entre ella y Jaime. Elena se tumbó a su lado con un suspiro satisfecho.

—¡Qué gusto estar aquí otra vez! —dijo—. Todo huele igual. Hasta la arena tiene el mismo sonido cuando la pisas.

—Y todo huele más a verano con vosotras —añadió Rita, dejando caer su bolsa y sentándose en medio del grupo.

—¡Va, cuenta! —saltó Fabiola, sin rodeos—. Anoche os fuisteis tú y Rubio solos por la playa. No nos hagas imaginarlo todo.

Rita fingió hacerse la misteriosa, pero no le duró ni cinco segundos.

—Vale, vale, os cuento… un poco.

Todas se acercaron como si compartieran un secreto de Estado.

—No os voy a dar todos los detalles porque… bueno, tampoco soy tan fácil —bromeó, y todas rieron—. Pero fue… joder, fue fuerte. No por lo que hicimos, que tampoco pasó «todo». Pero… fue cómo me sentí cuando me tocaba… —hizo una pausa, bajó la voz—. No era solo deseo. Era como si supiera exactamente qué parte de mí tocar y cuándo. Como si llevara años esperando ese momento.

Aitana se ruborizó hasta las orejas.

—¡Rita! —exclamó entre risas, escondiendo la cara entre las manos.

—¡Pero es verdad! —dijo Rita, divertida—. Me sentí… viva. Deseada. Y no de cualquier forma, ¿sabéis? Como si no fuera solo mi cuerpo lo que le gustaba, sino todo. Cómo respiro, cómo rio, cómo le respondo. No sé… me perdí un poco.

Fabiola soltó un «wow» bajito, mientras se echaba sobre la toalla.

—Eso quiero yo —dijo Elena, casi sin pensar.

—¿El qué? —preguntó Alegra.

—Eso. Sentir así. No sé si me habéis entendido, pero… lo de Javi no pasó de besos tímidos y miradas torpes. Éramos como un espejo el uno del otro. Los dos igual de cortados. Ni nos soltamos ni nos empujamos. Un roto para un descosido.

—¿Y no os veis más? —preguntó Aitana.

—Nos escribimos, de vez en cuando. Pero se fue apagando. Escuchándoos a vosotras, me doy cuenta de que me apetece algo de verdad. Algo que me sacuda.

—Te llegará —dijo Rita, con voz segura—. Y cuando pase… no te vas a preguntar si es el momento. Lo vas a saber.

Alegra miró al mar. Pensó en Jaime. Pensó en Diego. Pensó en lo que le habían removido ambos, de formas tan distintas. Y sintió, con fuerza, que el verano acababa de empezar, pero ya estaba lleno de emociones cruzadas, besos intensos y decisiones que dolerían.

—No sé si quiero que llegue más amor este verano —dijo—. A veces no sé ni cómo gestionar el que ya tengo.

—Pero estás feliz —dijo Elena, sin juzgarla.

Alegra asintió despacio.

—Estoy… viva. Eso es algo, ¿no?

—Es todo —respondió Rita, mirando al cielo.

Y así, entre confidencias, risas, rubores y reflexiones, las chicas se tumbaron en la arena, dejando que el sol y la amistad les calentara el alma, mientras la marea subía, y con ella, el verano que aún no había mostrado sus cartas.

62

La noche era cerrada y el mar apenas murmuraba, tranquilo, al fondo. Solo ellos dos, sentados directamente sobre la arena tibia, sin toalla ni respaldo, sin nada más que el calor de sus cuerpos y la brisa que jugaba con el cabello de Alegra.

Ella estaba entre las piernas de Jaime, sentada de lado, con una pierna extendida y la otra medio doblada, acomodándose contra él. Sus labios llevaban rato encontrándose, buscándose con una necesidad callada pero imparable.

El silencio lo llenaban los besos. Largos. Profundos. Mojados. Ella jadeaba suave entre uno y otro, mientras las manos de Jaime acariciaban su espalda, su cintura, su cuello. No necesitaban hablar.

Hasta que él apartó un momento el rostro y bajó la vista.

—¿Sabes qué? No puedo dejar de mirarla.

—¿El qué?

—Tu muñeca.

Ella bajó la mirada hacia su mano izquierda. La pulsera. El nombre de Diego. Y, sin querer, la acarició con los dedos.

—Lo sé —susurró—. Me la regaló cuando cortamos, sentí que debía ponérmela. Por respeto. Por lo que fue. Porque lo quise. Es solo una pulsera.

—No. No lo es —dijo él, con la voz más rota de lo que quería mostrar—. Es Diego. En tu muñeca. En nuestra noche. En este momento.

Alegra quiso decir algo, pero no lo hizo.

—Me está matando verla ahí —añadió Jaime, apartando la mirada hacia el mar—. No te estoy pidiendo que la tires, ni que finjas que él no existió. Pero… joder, Ale, me duele.

Jaime la miró con los ojos encendidos.

—¿Te parece justo que tengamos esto… mientras lo llevas a él atado a la muñeca? Yo solo quiero estar contigo sin que nadie más esté entre nosotros. Ni en tus recuerdos. Ni en tu piel.

Ella lo abrazó. Lo besó de nuevo. Un beso largo, suave. Como pidiendo perdón sin palabras.

Jaime la miró fijamente y con un gesto seguro, la cogió para quedar a horcajadas sobre sus piernas, frente a frente, y ella puso sus manos en los hombros de Jaime. Los dos respiraban rápido. El ambiente se había vuelto espeso, eléctrico.

—Estoy contigo —repitió ella, muy cerca, rozándole los labios—. Y me muero por seguir besándote.

Jaime no esperó más. La sujetó por la cintura y la atrajo contra él.

El beso fue distinto. Más salvaje. Más urgente. Las manos de ella se enredaron en su pelo, mientras el cuerpo de él se tensaba bajo el suyo. Sus caderas se rozaron sin querer. O queriendo. Jaime la

sentía completamente, su peso, su calor, su respiración agitada… y ella también sintió que él la deseaba, sin espacio para dudas.

Se separó de golpe, con la boca húmeda, las mejillas ardiendo.

—Jaime…

—Lo siento, no puedo evitarlo —susurró él, con los ojos cerrados un segundo—. Me vuelves loco.

Ella apoyó la frente sobre la frente de Jaime, intentando recuperar el aliento.

—Yo también lo siento. Pero no vamos a ir más allá… No todavía. No hoy.

—Lo sé. Y no tienes que explicarte.

—Solo… —La abrazó más fuerte— No pares de sentirme cerca.

Ella se separó un poco, lo miró y le acarició la cara.

—Voy a quitarme la pulsera.

—No ahora, no quiero perderla.

—Pero lo haré.

—No por ti.

—No es por presión, sino porque quiero que sepas que hoy te elijo a ti.

—Que, aunque Diego forme parte de mí, ahora tú eres mi presente —hizo una pausa—.

—Pero no voy a deshacerme de ella, es de alguien que fue importante.

—Que sigue siéndolo, aunque solo como amigo.

—No quiero fingir que no existió.

Jaime asintió, tragando el nudo en la garganta.

—Eso me basta.

—Saber que soy yo el que está aquí ahora.

Ella sonrió, suave, y lo besó una vez más. Un beso que no necesitaba más pruebas. Un beso que sellaba un acuerdo tácito entre cuerpo, deseo y respeto.

Y cuando se abrazaron, envueltos en la noche, ninguno de los dos pensó en el pasado ni en el futuro. Solo en ese momento. Solo en ellos.

63

El ventilador giraba lento sobre su cabeza, como si también él estuviera cansado de dar vueltas. Diego estaba tumbado en la cama, en casa de sus abuelos, con el móvil en la mano, la pantalla apagada, los pensamientos encendidos.

Esa noche Alegra no había escrito. Ni un mensaje. Ni un «buenas noches», ni un «hoy fue un día largo». Nada. Y aunque no quería admitirlo, algo dentro de él ya se lo venía diciendo desde hacía días.

No había peleas. No había nada concreto. Pero había vacíos. Silencios que antes estaban llenos de ella. Desde que la dejó ir, desde que le dijo que no quería que se sintiera atada, que necesitaba ese verano para aclararse… Se estaba preparando para

esto. Para el momento en que ella empezara a sentirse lejos. Pero no pensó que doliera así.

La quería. La quería con todo lo que eso implicaba. Y aunque se lo había dicho de mil formas, también le había dado libertad. Porque a veces amar significa soltar un poco… Incluso si eso te parte en dos.

Pensó en su pulsera. En esa que había llevado desde niño, con su nombre. La llevaba ella ahora. Se la había dado sin saber si alguna vez volvería a verla puesta cuando estuvieran juntos. Se la dio como quien entrega un pedazo del alma. Y no se la pidió de vuelta. Porque quería pensar que no la perdería.

Se giró en la cama y abrió el chat con Alegra. La última conversación era de dos días antes. Ella le había dicho que estaba bien, que estaban bajando mucho a la playa, que todo iba tranquilo. Que pensaba en él. ¿Pensaba en él? ¿O solo se lo decía porque sabía que le hacía bien leerlo?

No quería desconfiar. No quería ser uno de esos que revisan horarios de conexión ni analizan si los puntos suspensivos significan más o menos cariño. Pero estaba pasando. Y lo sabía.

Cerró los ojos, la imaginó en la playa. Su pelo mojado. La sonrisa sin esfuerzo. Ese gesto que hacía con la nariz cuando se reía fuerte. La recordó entre sus brazos, diciéndole que lo quería, que no quería perderlo. Y, sin embargo… Algo le decía que alguien más estaba cerca ahora. Jaime. Claro que lo sabía. Claro que lo temía.

Abrió una nota en el móvil. No iba a enviarlo, pero necesitaba escribirlo: «Ojalá estés bien. Ojalá estés feliz. Pero si estás volviendo a lo de antes, si estás sintiendo de nuevo eso que intentaste dejar atrás… Solo prométeme que no vas a mentirte. Ni a mí. Que si decides irte, lo harás con la verdad».

Borró el mensaje. No porque no lo sintiera. Sino porque aún no era el momento. O porque, en el fondo, no quería recibir la respuesta.

Miró el cielo por la ventana entreabierta. La noche estaba despejada. Como sus certezas. La estaba perdiendo. Y lo peor de todo… Es que la había dejado ir con las manos abiertas. Por amor.

64

Era medianoche, Alegra se había ido a dormir temprano y pensó en él, en Diego. Cogió el móvil y le envió un mensaje:

Alegra: «¿Estás despierto?».

Diego contestó enseguida: «¡Ey! ¿Cómo estás, Enana? Sí, estoy despierto, justo pensando en ti».

Alegra: «Espero que estuvieras recordando algo bueno…».

Diego: «Claro, no hay nada que no sea bueno contigo».

Alegra le envió un corazón rojo como respuesta.

Diego: «Yo pienso en ti todos los días, aunque no te lo diga» —respondió Diego.

Alegra sonrió con el teléfono en la mano: «Echo de menos nuestras charlas… Hoy es un poco tarde y ya estoy en cama.

Mañana, si te llamo, ¿podrás hablar?».

Diego: «Me muero de ganas de escuchar tu voz. Alegra… Me haces tanta falta. Aunque no te escriba siempre, aunque no insista. Estás en mí. No vuelvas a preguntarme, llámame siempre que quieras».

Alegra: «No me digas eso que me voy a poner a llorar… Lo último que quiero es que lo pases mal. A veces tengo ganas de ir a buscarte y darte un abrazo largo. De esos tuyos que parecen decir «ya pasó»».

Diego: «¡Ay, Ale…! Si vienes, no te suelto. Y te digo «ya pasó» las veces que haga falta».

«No sé si te merezco…» —contestó Alegra, sintiéndose culpable. Diego lo estaba pasando mal, se notaba, y no se lo merecía…

Diego: «No digas eso nunca más. Yo te elijo incluso con dudas. Incluso si estás lejos. Porque contigo lo que sentí fue de verdad».

Alegra: «A veces siento que la calma se me escapa… Y entonces recuerdo tus manos. Tus palabras. Y me vuelvo a centrar. No sé qué haría sin ti, Diego… Gracias por seguir ahí».

Diego: «Entonces ya sabes dónde estoy. Donde siempre. Para siempre».

Alegra: «Buenas noches, Diego».

Diego: «Dulces sueños, Alegra. Y guárdame un poquito de ti. Aunque sea en silencio».

65

El móvil vibró encima de la mesa. Alegra, que aún estaba con el pijama y el pelo enredado, lo miró y sonrió antes de deslizar el dedo.

Diego. Como si supiera que ella también lo necesitaba.

—¿Hola? —dijo, con voz ronca de recién despierta.

—¡Ey…! —respondió él, bajito— ¿Te desperté?

—No. Bueno… Un poco. Pero no me importa.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

—Mejor que los últimos días, la verdad.

—Yo también.

—Supongo que fue lo de anoche.

—Leerte me dejó el pecho más… En calma.

—A mí también.

—Me gusta escucharte.

—Alegra…

—Dime.

—¿Te puedo decir algo sin que suene a presión?

—Sí.

(Silencio suave)

—Me haces bien.

—Aunque no estemos como antes, aunque no te tenga cerca… Saber que estás ahí, que a veces te acuerdas de mí, que te sale escribirme… No sabes lo que eso significa.

—Lo sé.

—Yo también pienso en ti.

—Y no es solo nostalgia.

—Es cariño de verdad.

—Gratitud también.

—A mí nunca me diste miedo, ¿sabes?

—No como otras cosas.

—Contigo todo era… Sencillo.

—Aunque lo sintiera a lo grande, era fácil.

—Tú fuiste eso para mí.

—Fácil.

—Bonito.

—Limpio.

Contigo podía ser yo sin filtros.

—Y puedes seguir siéndolo. Aunque sea así… por teléfono.

—Diego…

—¿Sí?

—Gracias por seguir ahí. Por no irte.

—No me voy a ir. Aunque no sepa cómo llamarlo ahora, aunque no sepamos qué somos exactamente. Pero si un día necesitas un

abrazo… uno de esos largos, de los que no sueltan, ya sabes dónde encontrarme.

—Lo sé. (Se le corta un poco la voz)

—Estoy esperando ese día, aunque no lo diga.

—Eres mi sitio seguro, Diego.

—Tú también lo fuiste para mí.

Se quedaron en silencio unos segundos. Sin colgar. Solo escuchándose respirar. Como si la llamada no hiciera falta, pero se agradeciera.

—Voy a desayunar algo —dijo ella, bajito.

—Yo también. Pero… gracias por contestar. Por dejarme estar.

—Siempre vas a estar.

—Hablamos luego.

No se lo contó a nadie. Ni a Elena. Ni a Rita. Mucho menos a Jaime. Y no porque fuera un secreto oscuro o algo vergonzoso. Era otra cosa. Algo que no sabía cómo explicar. Algo que necesitaba que fuera solo suyo.

Hablaba con Diego. De vez en cuando. A veces por mensaje, a veces por teléfono. Nada excesivo. Nada prohibido. Pero íntimo.

Era su refugio. Su espacio seguro. Su manera de no perderse del todo, y por eso no lo compartía. Porque Diego, incluso después de todo, incluso cuando ya no eran «ellos», seguía siendo su persona. Su mejor amigo. Ese que siempre había estado. Que sabía leerle el tono de voz. Que sabía cuándo estaba a punto de llorar, aunque sonriera.

Con él nunca había tenido que fingir. No importaba si hablaban de una tontería o si solo intercambiaban un «hola» y un «cuídate». Siempre sentía que, del otro lado, había alguien que seguía viéndola tal como era. Sin pedirle nada. Sin exigirle definiciones. Sin exigirle amor ni despedidas. Y eso… eso valía más que cualquier beso.

Diego no le preguntaba por Jaime. Nunca lo hizo. Y eso lo hacía todo más fácil. Como si respetara tanto su proceso, su caos, sus

elecciones, que ni siquiera necesitara entenderlas. Solo acompañarlas.

«Eso es ser un caballero», pensaba ella a veces. No el que lleva flores ni escribe cartas, sino el que sabe cuándo callar, cuándo quedarse, cuándo no hacer daño, aunque pueda. Diego era eso. Y por eso no quería que se fuera jamás. Porque si algún día todo estallaba. Si todo volvía a romperse… sabía que él seguiría allí. Tal vez en la distancia. Tal vez con otros silencios. Pero no desaparecería.

Era extraño querer a alguien así. Quererlo de verdad, sin que eso implicara estar juntos. Era un amor raro. Pero era real. Y por eso lo protegía. Guardándolo solo para ella. Como un recuerdo vivo. Como un hilo invisible que no quería cortar. Ni ahora. Ni nunca.

66

El sol caía como siempre a plomo en el camping, pero ya nadie se quejaba. Se habían acostumbrado al calor, al salitre, a las duchas rápidas y a las chanclas de tarde. Era verano, y lo estaban viviendo con intensidad.

Aquel día, la playa había estado especialmente animada. Airas había llegado por la mañana, mochila en la espalda y energía desbordante en la voz. Venía a pasar unos días con Jaime y Rubio, y aunque solo había coincidido una vez con las chicas —aquella tarde en la cafetería del centro—, no le costó nada integrarse.

Tenía labia, tenía morro y sabía sacarle partido a su sonrisa torcida.

Por eso no fue raro que, en menos de una hora, ya estuviera tirándose en la arena junto a Elena, comentando con desparpajo cualquier cosa que se le ocurría.

— ¿Siempre estás tan seria o solo cuando me miras a mí? —le soltó, mientras se ponía las gafas de sol.

Elena lo miró de reojo, medio entre divertida y fastidiada.

— Solo cuando los chicos intentan hacerse los interesantes. Me sale solo.

Airas sonrió. Iba bien.

Después de un rato de sol, los chicos se fueron a la orilla a jugar a la pelota. Sudaron, gritaron, se empujaron como si fueran niños pequeños.

Las chicas los miraban desde sus toallas, entre risas y comentarios.

— Parecen niños de doce años —dijo Aitana, con las gafas de sol puestas y una sonrisa perezosa.

— Ni que nosotras fuéramos mucho más maduras —contestó Alegra, sentada en la punta de la toalla, recogiendo con los dedos la arena que se le pegaba a los muslos.

Más tarde, todos jugaron una partida al «Conti». Las cartas volaban entre risas, discusiones por trampas imaginarias y piques clásicos entre Rubio y Rita, que llevaban días enganchados al juego (y el uno al otro, aunque sin querer admitirlo demasiado delante del resto).

Airas, por su parte, no quitaba ojo a Elena. Y eso no pasó desapercibido para Aitana.

Cuando llegó la hora de comer, cada grupo se fue a su parcela, pero no sin antes intercambiar miradas, despedidas y alguna que otra indirecta floja.

La parcela de Alegra estaba justo enfrente de la de Jaime. A pocos metros. Demasiado cerca para fingir que no se veían. Y desde su mesa, las chicas lo notaron.

— ¿Te das cuenta de que os están mirando desde hace rato? —preguntó Aitana, sirviéndose ensalada de pasta.

Elena giró la cabeza sutilmente. Allí estaban los tres: Airas, Rubio y Jaime, cada uno con su plato de arroz y una Coca—Cola en la mano, hablando entre ellos, pero claramente con los ojos puestos en la mesa de enfrente.

— Disimula —susurró Alegra, conteniendo la risa.

— ¿Qué creéis que dicen? —preguntó Elena, sin dejar de masticar.

— Que somos guapísimas —contestó Aitana, muy segura.

Las tres se rieron.

Y mientras tanto, al otro lado, los chicos seguían con su propia charla. Algún comentario al oído, alguna risa disimulada. Jaime miraba a Alegra más de lo que se atrevía a admitir, y Airas no perdía la oportunidad de comentar algo sobre lo cachonda que estaba Elena.

67

La tarde había caído sin prisa sobre el camping. El cielo estaba teñido de un rosa suave, y el aire olía a crema de *aftersun* y a tortilla recién hecha.

Fabiola, Aitana, Alegra y Rita estaban tumbadas en la toalla, con el pelo aún mojado y el cuerpo cansado de tanto sol. Elena se acercó con paso tranquilo cuando volvía del chiringuito, una botella de agua en la mano y una sonrisa de quien traía algo que contar.

—¿Qué pasa? —preguntó Aitana, incorporándose. —Esa cara tuya es de cotilleo.

—¿Qué cara? —preguntó Elena, haciéndose la despistada.

—La de cuando sabes algo y estás deseando soltarlo —intervino Fabiola, riendo.

Elena se sentó con ellas, cruzando las piernas sobre la arena.

—Vale, lo voy a decir, pero os reís lo justo, ¿eh?

—Prometido —dijo Alegra, aunque ya sonreía.

Elena bebió un sorbo de agua, respiró hondo y soltó:

—Airas me parece guapo.

Hubo un silencio de dos segundos antes de que las tres explotaran en carcajadas.

—¡No puede ser! —gritó Aitana, dándole un pequeño empujón. —¿Airas?

—¿Qué pasa con Airas? —preguntó Elena, sonrojándose.

—Nada… bueno, todo —dijo Fabiola, riendo. —Es el típico chico que parece que se cree más de lo que es.

—Ya, pero tiene algo —insistió Elena, sonriendo con timidez. —No sé, la forma de hablar, esa chulería suya. Es como si le diera igual todo.

Alegra se tapó la boca para no reírse.

—Eso se llama descaro, no encanto.

—Llámalo como quieras —replicó Elena—, pero tiene una chispa. Y cuando se ríe, se le marcan unos hoyuelos que… bueno, que no había visto hasta ahora.

—A ver, reconozcámoslo —dijo Aitana, acomodándose. —Es guapo. En plan malote de serie. Pero también un poco insoportable.

—Exacto —añadió Fabiola. —Si alguna vez sales con él, te deseamos suerte.

Elena se echó a reír.

—No pienso salir con él. Solo he dicho que me gusta. Bueno, que me llama la atención.

Alegra la miró con ternura.

—Eso ya es algo. Hace semanas que no te oía hablar así de nadie.

—Ya, porque nunca me pasa —respondió Elena. —Pero es que… no sé, tiene algo distinto. Como si no le diera miedo decir lo que piensa.

—Ni hacer lo que le da la gana —dijo Aitana. —El otro día casi se mete en pelotas delante de todos.

Todas rieron.

Elena se tumbó boca arriba, mirando el cielo.

—A veces me da envidia lo fácil que parece todo para él. Habla, se ríe, hace bromas, y no le importa lo que piensen los demás. Yo… soy incapaz.

Alegra se giró hacia ella.

—Tú eres distinta. No te hace falta ser como él para que se te note lo que vales.

—Sí, pero admitamos que una pizca de descaro no viene mal —dijo Fabiola. —Si no, se te comen.

—Eso sí —asintió Aitana. —Hay que tener un poco de chispa para sobrevivir en este grupo.

Elena sonrió, mirando cómo el sol se escondía detrás del mar.

—Pues eso… que me gusta. Un poco.

—Un poco bastante —corrigió Aitana.

—Solo un poco —repitió Elena, riendo.

Fabiola la observó un momento, con una sonrisa cómplice. —Pues ya tenemos pareja nueva en el horizonte.

—¡Eh, eh! —intervino Alegra. —Aquí nadie se empareja sin mi aprobación.

—Lo dice la que lleva desde que llegamos con Jaime pegado —bromeó Aitana.

—Eso es distinto.

—Sí, claro —ironizó Fabiola. —Totalmente distinto.

Las risas volvieron a llenar el aire. Era uno de esos momentos en los que el tiempo parecía detenerse: las voces de fondo del camping, el olor a mar, los pies cubiertos de arena.

En eso, vieron a lo lejos cómo los chicos bajaban por las escaleras. Adrián, Álex y Tomás, con las mochilas y el balón. Airas,

Rubio y Jaime iban con ellos, hablando alto, moviendo las manos y riendo.

—Hablando del rey de Roma —susurró Fabiola.

Elena se incorporó de golpe.

—Calla, que viene.

Cuando el grupo se acercó, Airas saludó con su gesto habitual, una mezcla de saludo y desafío.

—¿Qué pasa, chicas? ¿Ya planeando cómo ganarnos al vóley?

—Eso, o cómo hundiros —respondió Aitana, sin pensarlo.

—Soñar es gratis.

Elena bajó la mirada pero no pudo evitar reírse también.

—¿Tú juegas? —le preguntó él, mirándola.

—A veces —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Pues hoy te toca —añadió él, dándole el balón.

Ella lo atrapó al vuelo, y todos silbaron entre risas.

Cuando los chicos se alejaron un poco para montar la red, Fabiola susurró: —¿Sigue sin pasarte nada, o ya te tiemblan las piernas?

—Calla, que te mato —dijo Elena, roja como un tomate.

—Mira, si tú te quedas con Airas y Alegra con Jaime… —empezó Aitana, pensativa—. Nosotras vamos a tener que importar dos amigos nuevos, Fabi.

—O robar alguno de otro grupo —añadió Fabiola—. Total, aquí la mitad vienen de visita y no se enteran de nada.

—O los sorteamos —dijo Aitana—. «Concurso de candidatos oficiales para las que seguimos solteras».

Alegra se llevó una mano a la frente.

—¡Estáis fatal!

—Sí pero felices —replicó Fabiola.

Rieron las cuatro. A lo lejos, los chicos ya habían empezado a jugar. Las voces se mezclaban con el sonido del mar y el golpeteo de la pelota. Airas levantó una mano, miró a Elena y le hizo un gesto para que se acercara.

—Venga, vamos —dijo Aitana, tirando de ella.

—Voy —respondió Elena, con una sonrisa nerviosa.

Mientras corrían hacia el grupo, Fabiola miró a Alegra y dijo, medio en serio, medio en broma: —Ya verás, al final este verano va a acabar con más historias de amor de las que esperábamos.

Alegra sonrió, mirando cómo Elena se unía a la partida.

El sol caía despacio sobre el mar, y la tarde tenía ese brillo dorado de los momentos que sabes que vas a recordar.

68

El sol empezaba a bajar cuando el último punto del partido de vóley cayó sobre la arena. Airas, empapado de sudor y risa, levantó los brazos gritando que habían ganado. Aitana protestó, Fabiola dijo que había sido falta, y Elena, que aún no se creía haber jugado tan bien, se dejó caer sobre la toalla.

Alegra se apartó un poco, con el corazón todavía acelerado. El aire olía a sal, a bronceador y a verano.

Los chicos cogieron el balón y corrieron hacia el agua. Y las chicas, excepto Alegra, los siguieron entre gritos y salpicaduras.

Solo Tomás se quedó atrás. Se dejó caer en la arena, cerca de donde estaba Alegra, que tenía las piernas dobladas y cruzadas, abrazadas por las manos, el pelo todavía húmedo pegado a la

espalda. Él se sentó a su lado, con las piernas cruzadas como un indio, el codo apoyado sobre una rodilla.

Durante unos segundos no dijeron nada. Solo se escuchaban las voces lejanas y el rumor suave del mar.

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó al fin, aunque ya estaba sentado.

Alegra sonrió.

—Un poco tarde para preguntar.

—Nunca sé si me vas a echar —bromeó él.

—Nunca te echo.

Tomás la miró de reojo.

—Ya, pero últimamente no hay manera de pillarte sola.

—Eso no es culpa mía —dijo ella, riéndose—. Jaime me secuestra.

—Lo sé —respondió él, sin rastro de reproche—. Y me cae bien, ¿eh? Pero echo de menos cuando hablábamos más. Antes siempre tenías un rato para venir a la caravana, o para contarme cualquier tontería.

Alegra bajó la mirada, dibujando líneas en la arena con los dedos.

—Yo también te echo de menos.

Él sonrió, suave.

—Menos mal. Ya pensaba que me habías cambiado por un delantero con pelo largo.

Alegra rio, empujándolo con el hombro.

—No seas tonto.

Se quedaron en silencio un momento. El sol estaba bajo, y la luz dorada caía sobre la piel de ambos, iluminándoles el pelo.

—¿Qué tal con él? —preguntó Tomás, sin mirarla directamente.

Ella suspiró, mirando al horizonte.

—Bien. Muy bien, en realidad. Es distinto a como me imaginaba. Me hace reír, me entiende… no sé. Pero a veces me siento rara.

—¿Rara cómo?

—Por Diego —respondió en voz baja—. No hablo con él desde hace semanas. Y aunque sé que lo nuestro ya se acabó hace tiempo, no puedo evitar sentirme mal. Como si le estuviera fallando de alguna forma.

Tomás la escuchó sin interrumpirla. Había aprendido que con Alegra era mejor no llenar los silencios; ella los necesitaba para ordenar lo que sentía.

—No estás haciendo nada mal —dijo al fin—. A veces las cosas simplemente cambian. Y no es culpa de nadie.

Alegra giró la cabeza, mirándolo.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé —respondió él, con una sonrisa leve—. Eres buena, Alegra. Sincera, transparente. Es imposible que nadie se enfade contigo. Es imposible… no quererte.

Ella le devolvió la sonrisa, con un brillo suave en los ojos.

—Gracias, de verdad. Por decirme siempre lo que necesito oír.

—Para algo estamos los amigos, ¿no?

Alegra se inclinó y lo abrazó de lado divertida.

—Eres un buen amigo, Tomás. El mejor.

—Ya lo sé —dijo él, riendo—. Pero no hace falta que me lo recuerdes, que luego me lo creo.

Ella volvió a reírse pero la mirada de Tomás se quedó quieta en su perfil, en la forma en que el sol le tocaba el pelo y el mar se reflejaba en sus ojos.

—Alegra —dijo él, bajando un poco la voz—. De verdad te echo de menos.

Ella lo miró, sorprendida por el tono.

—No lo digo en plan raro, ¿eh? —añadió rápido, levantando las manos—. Solo… echo de menos hablar contigo. Antes era fácil, y ahora parece que siempre está Jaime por medio.

—Ya… lo sé —murmuró ella, con un gesto culpable—. Pero te prometo que no es a propósito. Es solo que…

—Que estáis enamorados. Ya lo pillo.

Alegra sonrió con un poco de vergüenza.

—Sí.

—Entonces me callo —dijo él, sin amargura—. Tendré que secuestrarte de vez en cuando para poder hablar contigo un rato a solas.

—Hecho —respondió ella—. Aunque no te garantizo que no venga a buscarme.

Tomás se echó a reír.

—Ya lo imaginaba.

Los dos se quedaron mirando el mar. Las risas del resto llegaban amortiguadas por el viento. Una ola rompió más fuerte que las demás y salpicó sus pies.

Alegra levantó un poco la arena entre los dedos, dejando que se deslizara.

—¿Sabes? —dijo al cabo de un rato—. Cuando pienso en todo esto, en el verano, en vosotros, me doy cuenta de que no quiero que acabe nunca.

Tomás asintió despacio.

—A veces tampoco hay que dejar que acabe del todo.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Y eso cómo se hace?

Él se encogió de hombros.

—Guardando las cosas buenas. Aunque sean pequeñas.

Aunque duelan un poco cuando las recuerdes.

— Tú siempre sabes qué decir.

Tomás se levantó y le tendió la mano.

— Vamos.

Corrieron hacia la orilla. El sol empezaba a esconderse detrás del mar y la tarde olía a promesa, a despedida lenta.

69

Llovía desde la mañana. Una lluvia fina, persistente, de esas que calan la ropa y arruinan cualquier plan de playa. Pero no se quedaron en el camping. Decidieron ir a la ciudad. Cine, pizza, bolos. Plan completo.

Fueron todos: Alegra, Rita, Elena, Aitana, Rubio, Jaime y Airas. Se apretujaron en el bus, se mojaron los bajos de los pantalones, compartieron auriculares y risas mientras cruzaban calles con paraguas prestados.

El cine olía a palomitas y a tarde de domingo. Se sentaron en la penúltima fila, todos juntos, pero a medida que avanzaba la película, algunas distancias se fueron acortando.

Jaime no dejó de mirar a Alegra. Y en un momento, casi sin decir nada, la besó. Fue suave, casi en cámara lenta. No fue por impulso, sino por deseo contenido. Ella le devolvió el beso. Se agarraron de la mano.

Pero entonces… Diego. Alegra recordó otro cine, otra oscuridad, otra forma de besar. Y recordó, también, lo que le hizo sentir. El calor que se encendió aquella vez, los nervios, el deseo. Se excitó al pensarlo.

Sintió ese cosquilleo que sube desde el estómago, que calienta las mejillas. Pero enseguida se le fue. La culpa lo apagó. Ahora estaba con Jaime. Era con él con quien debía estar. Y aunque Diego no había hecho nada malo, no podía permitirse pensarlo así.

Respiró hondo, tragó saliva y se aferró a la mano de Jaime con fuerza.

Al salir del cine llovía menos. Fueron a cenar pizzas, rieron fuerte, se mancharon con queso y hablaron de todo menos de cosas importantes. Luego jugaron a los bolos. Chicos contra chicas.

Hubo piques, empujones cariñosos, gritos cuando Elena hizo un pleno. Lo pasaron bien. De verdad. Y cuando se hizo tarde, tanto que ya no daba tiempo de volver, se quedaron a dormir en casa de Rita.

Colchones en el suelo, sacos, almohadas mezcladas. Una especie de caos bonito. Se apagaron las luces y se quedaron hablando a oscuras.

Alegra se durmió con Jaime abrazándola por la espalda. No volvió a pensar en Diego esa noche.

La casa de Rita estaba en completo silencio. Apenas el tic—tac del reloj del salón, el crujido del parqué cuando alguien se movía en el colchón o las respiraciones profundas de los que ya dormían. El caos del día, las risas, los bolos, las pizzas… Todo parecía haber quedado atrapado en la parte de afuera. Como si la noche hubiera activado otra capa, más lenta, más íntima.

Rubio no dormía. Estaba tumbado boca arriba, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, mirando al techo como si ahí hubiera algo importante que descifrar.

A su lado, en otro colchón, Rita tampoco dormía.

— ¿Estás despierto? —susurró ella, apenas un murmullo.

— Siempre que tú lo estás —respondió él, sin moverse.

Rita se giró hacia él, apoyando la mejilla en el brazo.

— Qué cursi.

— No es cursi si es verdad.

Ella sonrió en la oscuridad. Podía verlo en penumbra, solo por la luz tenue que entraba desde la calle, dibujando sombras en su rostro.

— ¿Te lo pasaste bien hoy?

— Mucho. — Rubio giró la cabeza y la miró. — Sobre todo, ahora.

— ¿Por qué ahora?

— Porque estamos tú y yo, sin nadie diciendo tonterías. Y porque estás con esa camiseta grande que no es tuya y me dan muchas ganas de quitártela.

Rita sonrió.

— No puedes decir eso mientras los demás duermen a dos metros.

— Tú has empezado —contestó él, con media sonrisa—. Lo de «¿estás despierto?» siempre es una invitación a que pasen cosas.

Ella se acercó un poco más, su cuerpo rozando el de él apenas por debajo de las sábanas.

—¿Y qué clase de cosas quieres que pasen?

—No sé… —dijo él, con los labios cerca de su frente—. Cosas que no se cuentan al día siguiente. Cosas que solo entienden los que estaban despiertos.

Rubio le acarició el brazo lentamente. La yema de los dedos rozando la piel, provocando un escalofrío que la hizo cerrar los ojos.

—No vamos a follar —murmuró ella, contra su cuello.

—Lo sé. Pero podemos tocarnos un poco, ¿no?

Rubio deslizó la mano por debajo de la camiseta ancha, acariciando su cintura con una delicadeza que parecía ensayada.

Los cuerpos se buscaron. Se rozaron. Se encendieron.

El silencio del salón no era incómodo, era cómplice.

Se besaron despacio. Se tocaron lento. Como quien tiene todo el tiempo del mundo, pero no quiere desperdiciar ni un segundo.

Las respiraciones se aceleraron, las sábanas se movieron apenas. No fue una explosión. Fue algo mucho más íntimo, más consciente, más suyo.

Y cuando se quedaron quietos otra vez, abrazados, aún temblando un poco por dentro, Rita apoyó la cabeza sobre su pecho.

—¿Sigues despierto? —preguntó él, con una sonrisa traviesa.

—Ahora sí que no me voy a dormir en toda la noche.

Rubio le dio un beso en la frente.

—Te juro que me encantas, tía.

—No me digas eso ahora, que me voy a poner tonta.

—Mejor. Me encanta la Rita tonta.

Y se rieron bajito mientras el resto dormía.

70

Eran las siete de la mañana. El salón continuaba en penumbra: colchones revueltos, mantas fuera de sitio y el murmullo lejano del ventilador. Alrededor, todo el mundo seguía dormido.

Alegra y Jaime, en cambio, se habían despertado con los roces entre ellos. Se mantenían pegados el uno al otro, ella tumbada sobre su costado, él semiincorporado, apoyado en un codo y acariciándole despacio la nuca.

—¿Te has dado cuenta de que todos roncan? —bromeó él, rozándole la oreja con la punta de la nariz.

Alegra soltó una risa ahogada para no despertar al resto; al reír, su aliento cálido le resbaló por la clavícula a Jaime, que cerró los ojos un instante.

—Si sigues haciendo eso voy a creer que planeas algo —susurró ella.

—¿Y si fuera cierto? —contestó, deslizando la mano por la curva de su espalda, tan lenta que a ella se le erizó la piel.

Él capturó sus labios sin más aviso. Fue un beso hondo, nada tímido, con ese toque de hambre que habían ido acumulando desde la noche anterior. Ella respondió con el mismo ímpetu. Una de sus manos enredó suave el pelo de Jaime; la otra se posó sobre su camiseta, empujándolo hasta tumbarlo.

Ahora era Alegra la que estaba sobre él.

El pulso les golpeaba a ambos en las sienes; la oscuridad y el silencio hacían que todo pareciera aún más secreto, más urgente. Jaime deslizó los dedos por debajo de la camiseta de ella. Sintió su vientre tibio, el latido rápido justo bajo la piel. Le tocó una teta. Alegra gimió bajito —una exhalación contenida— y, en respuesta, rozó su cadera contra la de él.

—Como sigas moviéndote así —jadeó Jaime, besándole el cuello —, vamos a despertar a medio mundo.

—Entonces cállame —dijo ella, y volvió a morderle el labio.

La temperatura subió un grado más: respiraciones entrecortadas, manos que ya no conocían vergüenza, roces que hacían crujir las sábanas. Cada milímetro de distancia que quedaba entre sus cuerpos desapareció. Cuando él deslizó los labios hacia la clavícula de Alegra, ella contuvo otro gemido y lo atrajo más. Una llamarada le recorrió la espalda: la certeza de que, si seguían un minuto más, no habría marcha atrás.

Jaime la sostuvo por la cintura, su voz ronca contra su oído:

—Quiero todo contigo, Ale… pero aquí, ahora, con todos a dos metros…

Alegra apoyó la frente en la suya —ambos jadeando, sonriendo como culpables satisfechos—.

—Lo sé —susurró—. Todavía no llegó nuestro momento.

—Cuando ese momento llegue… no habrá silencios que nos contengan.

Se tumbaron de nuevo, aún estrechados, dejando que la respiración se normalizara. Afuera, la luz de la mañana ya se colaba en rayas tenues entre las cortinas. Dentro, las chispas de aquel casi descontrol seguían chisporroteando en la penumbra.

71

Rubio no era de pensar demasiado. Nunca lo había sido. Le gustaban los planes simples, las bromas rápidas, las cosas claras. Pero desde hacía un tiempo, desde que Rita empezó a colarse en sus días —y en sus noches—, había algo dentro que ya no era tan fácil de explicar.

La otra noche en casa de Rita le había dado la vuelta. No fue solo porque se besaron. Ni porque se tocaron como si llevaran toda la vida haciéndolo. Fue cómo se sintió después. Ella acurrucada contra su pecho, el calor de su piel todavía en sus manos, y esa sensación… esa jodida sensación de querer más. No más cuerpo. Más de ella.

Sus bromas sarcásticas. La forma en que arrugaba la nariz cuando algo le daba vergüenza. Su risa medio nasal, que a veces se le escapaba sin permiso. Esa seguridad con la que lo dejaba sin palabras. Y, joder, la forma en que lo miró antes de dormirse. Como si, por un rato, no necesitara nada más.

Rubio se sentó en la hamaca al lado de la caravana, todavía con el desayuno a medio terminar. Jaime salió a los pocos minutos, bostezando.

—¿Qué? ¿No dormiste bien o qué?

Rubio se encogió de hombros.

—Dormí. Pero no desconecté.

—¿Por Rita?

Rubio no dijo nada al principio. Luego se pasó la mano por la nuca y soltó, casi en un suspiro:

—Me gusta, tío.

—Ya, eso se ve desde el kilómetro diez —Jaime sonrió—, ¿y cuál es el problema?

Rubio lo miró en serio, por primera vez.

—El problema es que me gusta de verdad. No es un lío de verano. No es solo que esté buena o que me lo pase bien con ella. Es que me jode no tenerla al lado cuando me levanto. Me jode pensar que esto se pueda acabar en septiembre.

Jaime lo miró con cierta sorpresa.

Rubio no hablaba así. No con esas palabras. No con esa voz tan sincera.

—¿Y ella? —preguntó Jaime—, ¿tú crees que siente lo mismo?

Rubio sonrió, pero fue una sonrisa rara. Como de miedo y esperanza al mismo tiempo.

—No lo sé, pero anoche… Anoche casi me lo creo.

Jaime le dio una palmada en la espalda.

—Pues no la cagues, colega.

Rubio asintió, mirando hacia la parcela de las chicas. Sabía que dentro estaba Rita, quizá todavía dormida, tal vez pensando en él. Y por primera vez en mucho tiempo, deseó que todo eso, esa historia, no se quedara solo en el camping.

Rubio se dio cuenta de que Jaime estaba sonriendo.

—Un caballero no tiene memoria —dijo—. Pero tú sí que tienes cara de haber estado a punto de no dormir… por otros motivos.

Jaime soltó una risa baja, entre dientes.

—Casi.

Te juro que casi. Estábamos en el salón, todos dormidos, la tenía encima, sus manos, sus labios… Fue muy *heavy*, tío. Pensé que no parábamos.

Rubio abrió los ojos como platos y soltó una carcajada.

—¡No jodas!

—¿Tan en serio?

—Sí —dijo Jaime, más serio ahora—, pero no pasó. Se detuvo. Y me alegró que lo hiciera, ¿sabes? Porque no quiero que sea algo que nos deje raros. Esto que tenemos… está creciendo. De verdad.

Rubio se giró hacia él, algo más atento.

—Estás pilladísimo.

Jaime se frotó la cara, como si la respuesta le ardiera en las palmas.

—En realidad… creo que nunca dejé de estarlo. Pero ahora es distinto. No es solo deseo. Es cómo me mira, cómo me habla, cómo me busca. Cada vez siento más ese… «nosotros».

Rubio lo miró en silencio unos segundos, luego asintió con una media sonrisa.

—Pues si lo tienes claro, no te quedes a medio camino. Ni en lo físico ni en lo otro.

—Si quieres todo con ella, ve a por todo.

—¿Y si todavía no está lista?

—Entonces espera. Pero no desaparezcas. No te rindas.

—¿Y si sí está lista? —preguntó Jaime, más para sí mismo.

Rubio se encogió de hombros, con su sonrisa más canalla.

—Entonces… no hables. Haz.

Ambos rieron. El verano se alargaba por delante como una carretera abierta, y aunque ninguno podía ver el final, Jaime tenía muy claro con quién quería recorrerlo. Y esta vez, pensaba hacerlo bien. Sin dudas. Sin pausas.

72

La caravana olía a humedad, desodorante y a champú barato. Afuera ya había caído la noche, y se oían voces lejanas del camping, el tintineo de cubiertos y alguna risa que se escapaba entre las parcelas.

Jaime estaba tumbado boca arriba en la cama, con la tele encendida y el volumen bajo. Rubio, de pie, buscaba una camiseta limpia entre la ropa doblada en el asiento, todavía con el pelo mojado y la toalla colgando del cuello.

La puerta se abrió de golpe y entró Airas, con la toalla atada a la cintura, descalzo y el pelo goteando.

—¡Joder, qué agua más fría! —dijo, dejando las chanclas en cualquier sitio—. Me he quedado helado.

—Si no tardaras veinte minutos en aclararte el pelo, igual no te pillaba el agua fría —respondió Rubio, sin levantar la vista.

—¡Qué sabrás tú, si te duchas en tres minutos y sales oliendo a perro mojado! —replicó Airas, sonriendo.

Jaime soltó una risa leve, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Dejad de pelearos, que parecéis un matrimonio.

Airas se dejó caer sobre el borde de la litera de abajo y se frotó el pelo con la toalla. Estuvo un rato en silencio, mirando al techo, y de pronto dijo:

—Oye… tengo que deciros una cosa.

Rubio se giró, con una camiseta en la mano.

—Suena a confesión.

—Más o menos —respondió Airas, encogiéndose de hombros—. Me mola Elena.

Jaime giró la cabeza, despacio, sin dejar de mirar la tele.

—¿Qué?

—Lo que oís. Que me gusta.

Rubio soltó una carcajada.

—¿Elena? ¿Nuestra Elena? ¿La que te contesta siempre borde y nunca se ríe de tus idioteces?

—Esa misma —dijo él, con una sonrisa de medio lado—. Me flipa.

Jaime se incorporó un poco.

—Tú estás loco.

—Loco, no. Enamorado… bueno, no tanto. Pero tiene algo —respondió Airas, dejando la toalla a un lado—. Esa forma suya de contestar tan seca, sin risa, sin tonterías. Me mira, dice dos palabras, y me deja temblando.

Rubio lo observó divertido.

—O sea, te pone que te ignore.

—No me ignora —replicó Airas—. Simplemente no se esfuerza. No necesita hacerlo. Tiene algo… esa chulería tranquila. El descaro

justo. Es como si ni le importara gustar, y justo por eso me vuelve loco.

Jaime se echó a reír.

—No me lo creo. Elena no se lía contigo ni de broma.

—Ni de coña —añadió Rubio, negando con la cabeza—. Si hay alguien en este camping inmune a tus «encantos», es ella.

Airas sonrió.

—Eso decís porque no me habéis visto en acción.

—Te hemos visto demasiadas veces —contestó Jaime, riéndose—. Y te diré una cosa: con Elena no funciona ese rollo de «mírame, soy el alma de la fiesta».

—No me hace falta montar un show —replicó Airas, apoyando los brazos en las rodillas—. Solo hay que saber cuándo mirarla y cuándo callarse.

Rubio soltó un bufido de risa.

—Tú callado duras cinco segundos.

—Me subestimáis, tíos. Nadie se me resiste.

Jaime negó con la cabeza, divertido.

—Ya empezamos con el «nadie se me resiste».

—Es verdad —dijo Airas, encogiéndose de hombros con fingida modestia—. Solo hace falta paciencia.

—Paciencia no, milagro —dijo Rubio.

—Vale, apostamos algo.

—¿Apostamos a qué? —preguntó Jaime.

—A que antes de que se acabe el verano, me lío con Elena.

Rubio se rio tan fuerte que casi se atraganta.

Jaime lo miró de reojo.

—Yo digo que no pasa. Ni beso, ni intento, ni nada. Elena te ve venir a kilómetros.

—Entonces apuesto una cena —dijo Airas—. Si gano, me invitáis los dos.

—Y si pierdes —añadió Rubio—, friegas tú los platos de todos los días hasta que nos vayamos.

—Hecho —dijo Airas, dándole la mano.

Airas se tumbó boca arriba, con la sonrisa aún en la cara.

—No sabéis lo que decís. Esa chica tiene fuego debajo de todo ese hielo. Y ya sabéis lo que pasa con el hielo cuando le das un poco de calor.

Rubio le lanzó un cojín a la cara.

—Poeta de camping.

—Ya verás —replicó Airas, riendo—. Os vais a tragar vuestras palabras.

Jaime apagó la tele y se giró hacia él.

—Y tú te vas a comer un no rotundo. Elena no es como las demás.

—Por eso me gusta —respondió Airas, bajando la voz, casi para sí mismo—. Porque no me lo pone fácil.

Hubo un silencio corto. Afuera, el sonido de una guitarra llegaba desde otra parcela. El aire olía a noche, a verano, a todo lo que estaba a punto de terminar.

73

La brisa que bajaba desde los pinos movía levemente las hojas, y el sonido de las cigarras llenaba el aire. Era media tarde, y el sol, aunque aún potente, ya no quemaba como a mediodía.

Elena había ido a por agua a la fuente que quedaba detrás de las parcelas. Iba sola. En teoría. Porque, al doblar la esquina del camino de grava, se topó de frente con Airas.

—¿Tú también huyendo del calor? —le dijo él, con esa sonrisa suya que siempre parecía esconder una broma.

—Yo solo quería agua. Pero ahora parece que tengo escolta.

—¿Eso te molesta?

Elena lo miró de reojo, con una media sonrisa.

—Depende. ¿Piensas hablar mucho?

Airas se rio.

—Lo justo. Aunque contigo es difícil no intentarlo.

—¿Conmigo?

—Sí. Porque pareces callada, pero tienes respuestas para todo. Me intrigas.

Elena bajó la mirada un segundo, fingiendo indiferencia, aunque se le escapó una sonrisa.

—Quizá no soy tan callada como parezco.

—Eso lo estoy empezando a notar —respondió él, mientras caminaban uno al lado del otro por el sendero.

Se acercaron a la fuente. Elena llenó su botella. Airas se inclinó para hacerlo también, pero al levantarse, su brazo rozó el de ella. Fue un roce mínimo, pero suficiente para que los dos se miraran un segundo más de la cuenta.

—¿Vienes a por agua? —preguntó Elena, rompiendo el silencio.

—Vine por ti.

Elena alzó las cejas, divertida.

—¿Siempre eres tan directo?

—Solo cuando alguien me interesa de verdad.

Se quedaron quietos. La botella ya estaba llena. Las palabras suspendidas. Elena se apoyó un poco en la piedra de la fuente.

—Pues tendrás que seguir viniendo, Airas. No soy fácil.

Él se le acercó un poco más, sin invadir, pero lo bastante como para que el aire se volviera más denso entre los dos.

—No me asustan las cosas difíciles. Me aburren las fáciles.

Se miraron. Uno de esos silencios densos, donde algo empieza a coserse por debajo de la piel. No se besaron. No hacía falta.

Pero cuando Elena volvió a la caravana, llevaba la sensación de que algo se había abierto. Y Airas… Airas se quedó en la fuente unos minutos más, con media sonrisa y el pulso un poco más acelerado.

74

La hoguera ardía despacio, lanzando chispas al cielo como si también quisieran bailar con la música.

Rita hablaba con Rubio, Fabiola reía con Tomás y Aitana estaba sentada entre Elena y Adrián, mirando cómo Alex intentaba encender una linterna que no funcionaba.

Jaime no había dejado de mirar a Alegra desde hacía un rato. Ella hablaba con Airas, pero de vez en cuando cruzaban miradas que lo decían todo sin decir nada.

—¿Te apetece dar una vuelta? —le susurró al oído, acercándose un poco por detrás.

Alegra lo miró y asintió, sin decir palabra.

Se levantaron sin explicaciones. Nadie preguntó. Nadie interrumpió. Solo Rita los siguió con la mirada un segundo, antes de volver al juego de cartas.

Caminaron por la orilla, lejos del fuego, de las voces, del mundo.

Al fondo de la playa, donde las rocas formaban una especie de pequeña cala medio cubierta por árboles, se detuvieron. La arena allí era más húmeda, más compacta. Y la luz de la luna se reflejaba en las olas como si todo el mar estuviera encendido por dentro.

Alegra se apoyó sobre una roca plana. Jaime se quedó de pie delante de ella.

—Me gusta este sitio —dijo ella, suave.

—Y a mí tú en él.

Ella sonrió. Él le apartó un mechón de la cara. Y sin decir más, la besó. Fue un beso lento al principio. Silencioso. Pero pronto se fue volviendo más urgente, más profundo. Alegra se pegó a él, y Jaime la sujetó por la cintura, atrayéndola con fuerza.

La roca era baja, por lo que ella quedó un poco más alta, casi a su altura. Las manos de él comenzaron a explorarle la espalda por debajo de la camiseta, y su piel se erizó al instante. Ella le buscó la boca, con más hambre, con más deseo. Se besaban como si se necesitaran. Como si llevaran horas aguantándose.

Las caderas se rozaban. Las manos se colaban entre la ropa. El aire parecía más denso, y el ruido del mar era un telón que les daba permiso para olvidarse de todo. Él jadeó contra su cuello. Ella se estremeció.

—No sabes lo que me haces sentir —susurró Jaime, con voz rasgada—. No sabes cuánto te deseo.

Alegra le sujetó la cara entre las manos, lo miró a los ojos. Le temblaban los labios. Le temblaban las piernas. Se besaron otra vez. Con los cuerpos apretados. Él estaba completamente duro. Ella lo notó. Y no se apartó. Al contrario. Se pegó más.

Sus respiraciones eran rápidas, calientes. Las manos de ella viajaban por su espalda, por su pecho, por debajo de la camiseta. Se sentían. Se ardían.

Las manos comenzaron a buscarse. A tocarse con una mezcla de timidez y necesidad. Los dedos de Jaime acariciaban la piel de la espalda de ella, por debajo del borde de la camiseta. La recorría como si fuera un mapa nuevo. Y los de Alegra, temblorosos al principio, se deslizaron por la tela del pantalón de Jaime, notando la presión bajo ella.

Él jadeó despacio, contra su boca.

—Alegra… —susurró su nombre como si lo pidiera todo.

Ella no contestó. Solo lo miró, con las mejillas encendidas y los labios entreabiertos. Y siguió tocándolo. Despacio. Con esa mezcla de curiosidad y deseo, que hace que todo sea más real. Más intenso. Jaime cerró los ojos y la sujetó por la cintura, como si necesitara algo que lo anclara a ese momento.

Y entonces, fueron sus manos las que bajaron hasta ella, acariciándola a través de la ropa, con cuidado, con un temblor apenas contenido. Ella se dejó llevar. Se arqueó. Lo buscó. Sus respiraciones eran cortas. El corazón les latía en la garganta.

No hicieron ruido. No dijeron nada. Solo se miraban. Se tocaban. Se descubrían. Y entre suspiros y miradas sostenidas, se dieron algo más que placer. Se dieron confianza.

Cuando todo aflojó dentro de ellos, cuando el pulso volvió a asentarse, siguieron abrazados. Jaime le acariciaba el muslo con los nudillos, con un cariño que no tenía prisa.

—No sabía que podía ser así —murmuró ella, aún temblando un poco.

—¿Así cómo?

—Tan bonito. Tan… nuestro.

Jaime sonrió. La besó en la sien.

—Es que contigo, todo lo es.

75

La noche con Jaime seguía presente. No por lo que hicieron —porque no llegaron a cruzar ninguna línea que no quisieran cruzar aún—, sino por lo que sintieron. Por cómo se buscaron. Por cómo se desearon sin decirlo todo.

Se habían besado mucho. Se habían acariciado. Y durante unos segundos, el mundo se volvió tan pequeño como sus cuerpos apretados en aquella cala escondida. Pero no fue solo físico. Fue otra cosa. Fue una promesa que aún no se decía en voz alta.

Alegra se duchó nada más despertarse. El agua fría le ayudó a respirar. No por arrepentimiento, sino por la necesidad de ordenar lo que ardía por dentro.

Se puso su ropa favorita, esa que le hacía sentir ella misma. Se peinó como si no pasara nada. Pero dentro… todo era distinto.

—¿Dormiste bien anoche? —preguntó Rita, con la sonrisa traviesa de siempre, sentándose a su lado en una de las tumbonas.

Alegra fingió indiferencia.

—Sí. ¿Por?

—Porque cuando volviste de estar con Jaime traías cara de «acabo de vivir una escena de peli que nadie más vio».

Alegra se rio bajito, negando con la cabeza mientras untaba mantequilla en su pan.

—No pasó nada.

—No hace falta que pasara «nada» para que pasara algo —insistió Rita—.

Vamos, que tú traes los ojitos de alguien que estuvo muy bien acompañada anoche.

Alegra la miró de reojo. Su sonrisa se quebró un poco.

—Fuimos a dar un paseo. Hablamos. Nos besamos… bastante.

—Ajá…

—Y sí, nos dejamos llevar un poco. Pero no pasó nada más.— Hizo una pausa, sin poder evitar sonreír.— Pero fue muy bonito. Muy de verdad.

Rita asintió, con esa mirada de quien entiende más de lo que dice.

—¿Y tú cómo estás?

—No sé. No lo estoy procesando todavía. Es como si… todo estuviera empezando de nuevo. Pero no quiero estropearlo. No quiero pensar demasiado.

—Entonces no pienses. Vive. Y si algo se complica, aquí estaré yo para ayudarte a despejar nudos.

Alegra sonrió más tranquila, sintiéndose comprendida.

—Gracias, tía.

—Para eso están las mejores amigas. Para saber cuándo hay que callar… y cuándo traer chocolate y una mantita.

Se rieron juntas. La complicidad seguía intacta. Y aunque Alegra no supiera muy bien hacia dónde iba su historia con Jaime, en ese momento, se sintió en paz. Y eso… era suficiente por ahora.

76

La playa estaba tranquila, aunque no vacía. Era sábado, y eso siempre traía más ruido, más sombrillas en la arena y más niños corriendo. Pero ellos tenían su sitio.

Como cada verano, habían ocupado la zona entre el sol y la sombra, al fondo de la playa, lejos de los padres que solían ponerse cerca de las escaleras de acceso a la playa.

Habían llegado temprano. Las toallas estaban estiradas en círculo, casi como una gran manta común. Entre risas, crema solar mal extendida y bolsas abiertas con *snacks*, se respiraba verano en su versión más pura.

—¡Me toca repartir!—gritó Tomás, sacando la baraja de cartas y cruzando las piernas como si fuera un profesional del casino.

Algunos se quedaron jugando. Otros dormían entre risas. Y algunos solo observaban.

Elena estaba tumbada al lado de Airas, apoyada en un codo, viendo cómo Jaime y Rubio discutían sobre si el cinco de oros debía valer más que el caballo.

—Siempre haces trampa—le dijo Elena a Airas, sin mirarlo.

—¿Yo? Por favor. Soy el jugador más legal que has conocido—respondió él, haciéndose el ofendido.

—Claro. Y yo la reina de Inglaterra.

Él se rio y se incorporó un poco, quedando más cerca de ella.

—¿Te molesta perder?

—No, me molesta que estés todo el rato perdiendo el tiempo. Así es imposible estar atenta a la partida.

Se miraron. Fue rápido. Un segundo. Pero intenso.

Airas no lo pensó demasiado. Se inclinó un poco más, despacio, tanteando el terreno. Elena no se apartó porque no pensaba que se fuera a atrever. Y fue ahí, entre las toallas, el calor del sol que se colaba entre los árboles, y las voces de sus amigos al fondo, cuando se dieron un pico. Corto. Casi un roce. Pero directo.

—Vaya—susurró ella después, abriendo los ojos, sorprendida de sí misma.

—¿Vaya bien o vaya mal?

—Vaya… inesperado—respondió, con una pequeña sonrisa en la comisura.

—Lo inesperado suele ser lo mejor—dijo Airas, y volvió a recostarse como si nada hubiera pasado.

Pero Elena, aunque volvió a su postura de antes, ya no estaba igual. La sonrisa no se le borró en un buen rato. Ni el cosquilleo de ese beso robado.

Y aunque nadie lo dijo en voz alta, Aitana—que los había estado observando de reojo desde hacía un rato—le dio un codazo disimulado a Alegra y murmuró con una sonrisa:

—Ya era hora.

77

El sol pegaba fuerte, incluso en la aldea. El cielo estaba limpio y el aire olía a hierba recién cortada. Diego ayudaba a su abuelo con unas cosas del jardín. No hablaban mucho, como siempre. Solo trabajaban juntos, en silencio, con esa complicidad tranquila que tenían desde siempre.

Pero, en realidad, Diego no estaba ahí del todo. Tenía la cabeza en otra parte. En otro sitio. En otra playa. En otra gente. En una persona. Alegra.

No hablaban tanto como antes. Y aunque se habían prometido seguir siendo amigos, había una distancia que empezaba a notarse. Una especie de silencio que no dolía exactamente, pero que

incomodaba. Como cuando sabes que algo se está apagando… y no sabes si dejarlo ir o soplarle con fuerza.

Se secó el sudor de la frente con la camiseta y se apoyó contra el marco de la puerta del hórreo, mirando hacia el valle. El móvil vibró en su bolsillo. No era ella. Era un mensaje de su primo.

La última vez que habían hablado con Alegra había sido hace unos días. Una llamada rápida, amable. Nada raro. Pero había algo en su voz. Algo que él sabía leer incluso a distancia. Como cuando ella le decía que estaba bien, pero no era del todo cierto.

Y aunque se lo había prometido a sí mismo, aunque había decidido dejarla ser libre, algo dentro de él no paraba de preguntarse qué estaría haciendo. Con quién estaría hablando. A quién estaría besando. No por celos. Por dolor.

Diego no era tonto. Sabía lo que significaba el camping. Sabía que Jaime iba a estar allí. Y aunque no lo decía, aunque nunca lo mencionaba, lo pensaba, sobre todo por las noches, cuando el silencio se volvía demasiado grande y no había nada que lo distrajera.

Sacó el móvil y abrió su galería. Había una foto. Una de esas que había sacado sin que ella se diera cuenta, mientras se reía por algo absurdo. No la tenía de fondo de pantalla, no era de esas personas. Pero la miraba. A veces. Cuando la echaba de menos. Y la echaba de menos. Más de lo que estaba dispuesto a admitir. Pero no la iba a llamar. No ahora. No hoy. Porque le había prometido que no sería una carga. Que no sería un ancla. Que la dejaría vivir su verano y encontrar sus respuestas. Y eso estaba haciendo. Aunque por dentro le costara más de lo que esperaba.

Volvió al jardín. Se agachó junto a las herramientas, pero justo antes de coger la azada, susurró para sí mismo:

—Espero que seas feliz, Alegra.

78

Jaime, Rubio y Airas hablaban de fútbol, de una jugada de la noche anterior que aún discutían como si fuera una final. Alegra, Elena, Rita y Aitana se habían levantado hacía un rato para caminar por la orilla. Un paseo sin más, con los pies en el agua y las risas sueltas.

El móvil de Alegra había quedado al lado de Jaime, sobre su toalla, la pantalla boca arriba.

Y entonces vibró. Jaime miró sin querer. Pero en cuanto vio el nombre, ya no pudo dejar de mirar: Diego. La notificación se iluminó con parte del mensaje visible: «Estuve pensando en nosotros otra vez anoche. No sé si debería decirte esto, pero me cuesta callármelo…».

A Jaime le cambió la cara de inmediato. Como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Apretó los dientes. Blasfemó en voz baja. Y sin pensarlo, dio un puñetazo a la arena.

La rabia no era nueva, pero ese mensaje, ese instante, se lo echó encima de golpe.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Airas, frunciendo el ceño.

—Nada —dijo Jaime, aunque la tensión en su mandíbula lo delataba.

—No jodas. Te acabas de cabrear como si te hubieran pegado un bofetón —insistió Rubio.

—Diego. Le acaba de escribir a Alegra.

Cogió su propio móvil. Entró en Instagram. Buscó el nombre que había intentado ignorar todo el verano. Diego. El perfil apareció en segundos.

Sin pensarlo mucho —o quizás pensándolo demasiado—, le escribió: «Te dejo algo claro: no vuelvas a escribirle a Alegra. Ella está conmigo. Y sí, sé que no puedes superarla, pero te toca aceptar que la perdiste. No la confundas más. No sigas apareciendo como si tuvieras derecho. No lo tienes».

Lo envió. Apretó los dientes. Golpeó la arena con rabia, sin medir la fuerza. Un puñetazo seco, como si con eso pudiera sacar lo que tenía dentro. Rubio lo miró enseguida.

En ese momento, las chicas volvieron del paseo por la orilla. Alegra venía hablando con Elena, riéndose de algo que solo ellas sabían. Pero al mirar a Jaime, su expresión cambió.

—¿Qué te pasa? —preguntó, acercándose a él.

Jaime no respondió. Miró al frente, al mar, al cielo, a cualquier parte menos a ella.

Fue Rubio quien lo dijo.

—Ha visto un mensaje de Diego en tu pantalla. Le ha escrito desde su móvil.

Alegra parpadeó. Tardó un segundo en entender lo que acababa de oír. Se agachó, cogió su teléfono. Vio la notificación. Se quedó congelada unos segundos. Luego levantó la mirada y sus ojos buscaron a Jaime.

—¿En serio le escribiste?

Él no contestó.

—¿Qué le dijiste? —insistió ella.

Él bajó la cabeza.

Alegra desbloqueó su teléfono. Vio el mensaje que había enviado Diego. El corazón le dio un vuelco. Se levantó despacio. Sin hacer aspavientos. Metió sus cosas en la bolsa. Se puso las chanclas.

—No tenías ningún derecho —dijo, mirándolo fijamente.

Él intentó decir algo, pero no pudo. Ella giró sobre sus talones.

—Me voy arriba.

—¿Te acompaño? —preguntó Elena, en voz baja.

—No. Quiero estar sola.

Y sin añadir una palabra más, empezó a caminar por la arena, con paso firme pero los ojos llenos de cosas que no sabían si querían salir.

Jaime se quedó mirando el mar, con la mandíbula tensa y el puño cerrado. Rubio le dio una palmada suave en el hombro. No dijo nada. No hacía falta. Jaime acababa de cruzar una línea. Y lo sabía.

79

Alegra llegó al camping con las piernas temblorosas y el pecho ardiendo. No saludó a nadie. No se cruzó con nadie. Solo subió a la caravana, cerró la puerta tras de sí y se dejó caer sobre la cama sin deshacer la mochila. No podía más. Encendió el móvil. Lo tenía aún en la mano desde que salió de la playa. Ni siquiera dudó. Marcó el número de Diego. Él contestó al segundo pitido.

—¿Alegra?

Y al escuchar su voz, algo se rompió del todo. El primer sollozo fue contenido. El segundo no. Y luego ya no pudo parar.

—Lo siento… lo siento… Diego, lo siento tanto… —dijo entre lágrimas, con la voz rota—. No sé por qué le dio por mirar el móvil, yo no le dije nada, no lo autoricé, no lo permití, fue él… fue él quien

vio el mensaje y te escribió… no sé qué te puso, pero fue horrible, ¿verdad? Fue horrible y tú no te lo merecías…

—Ey, tranquila —susurró Diego desde el otro lado, sin alterarse—. Estoy aquí, te estoy escuchando, ¿vale?

Pero ella no podía parar. Las palabras salían atropelladas. Su respiración se aceleraba. Se le cerraba el pecho. La garganta le ardía y los latidos del corazón sonaban como martillazos.

—No sabía que iba a hacer eso… te juro que no… y tú… tú no mereces que te traten así… y yo… —se le cortó la voz—. Yo… me siento una mierda… no puedo más, no puedo con todo esto, no puedo…

—Alegra —dijo Diego, un poco más firme, sin levantar el tono—. Escúchame. Solo escúchame, ¿vale?

Ella sollozaba. Empezaba a respirar mal, entrecortado, como si el aire no llegara del todo.

—Alegra, necesito que inhales despacio —dijo él—. Hazlo conmigo, venga. Inhala, uno… dos… tres… muy bien. Ahora suelta. Eso es. Estás bien. Estoy contigo.

Ella intentó seguirlo. No podía al principio, pero su voz la guiaba. Su tono pausado. Seguro. Cálido.

—Muy bien. Eres fuerte. Estás segura. Esto va a pasar. Estoy aquí.

Alegra empezó a calmarse muy poco a poco. No podía dejar de llorar, pero ahora al menos podía respirar.

—No quiero que me odies —susurró, apenas audible.

—Nunca podría odiarte —respondió él, sin dudar—. Jamás.

Hubo un silencio largo. Un silencio que no era incómodo. Era solo eso: dos personas compartiendo dolor en dos lugares distintos, pero cerca de alguna manera.

—Gracias por cogerme el teléfono —dijo ella, en un hilo.

—Siempre. Para ti, siempre.

Ella cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, no se sintió sola.

—¿Quieres que me quede en la llamada un rato más?

—Sí… por favor —dijo—. Solo… solo quédate.

Y así lo hizo. Diego no habló mucho. Solo lo justo. A veces solo respiraba con ella. A veces le contaba una tontería, algo suave, algo sin peso. Algo que la devolviera al mundo sin hacerle daño.

Y aunque nada estaba resuelto, y el verano seguía doliendo, en ese momento, ella volvió a sentirse a salvo. Porque al otro lado del teléfono, estaba Diego. Su amigo. Su amor. Su refugio.

80

El día había sido tranquilo. Algo de lectura, un paseo con su madre y su hermana, una comida en familia. Después, Diego se había encerrado en su habitación, con el móvil cargando al lado de la cama, y una libreta abierta que no conseguía llenar.

Fue entonces cuando decidió escribirle a Alegra. No un mensaje largo. Solo algo que había sentido al despertarse, y que llevaba horas rondándole la cabeza: «Estuve pensando en nosotros otra vez anoche. No sé si debería decirte esto, pero me cuesta callármelo… te echo tanto de menos. Me haces tanta falta… No puedo dejar de quererte».

Lo envió sin esperar respuesta inmediata. No era la primera vez que hablaban en los últimos días, aunque las conversaciones eran

breves, casi delicadas. Como si cualquiera de los dos pudiera romper algo con solo una palabra mal puesta.

Volvió a apoyar la cabeza en la almohada, hasta que unos minutos después, le vibró el móvil de nuevo. Pero no era Alegra. Era un mensaje privado de Instagram. De alguien a quien no seguía. De Jaime. Lo abrió sin pensarlo demasiado. Y en cuanto vio su nombre, algo se le revolvió por dentro.

Jaime: «Te dejo algo claro: no vuelvas a escribirle a Alegra. Ella está conmigo. Y sí, sé que no puedes superarla, pero te toca aceptar que la perdiste».

«No la confundas más. No sigas apareciendo como si tuvieras derecho. No lo tienes.»

Diego se quedó un rato sin moverse. Sintió un puñetazo seco en el estómago, una punzada que no era ira ni tristeza. Era humillación. Era impotencia. Era ese tipo de dolor que no puedes compartir con nadie sin parecer que estás mendigando algo que ya no es tuyo.

Dejó el móvil boca abajo. Se tumbó, cerró los ojos. Intentó respirar. Pero no llegó a hacerlo. Porque el móvil vibró de nuevo, y esta vez… era ella. Alegra. Llamándole.

Cogió el teléfono como si lo supiera. Como si esa llamada fuera el único hilo que aún los unía.

—¿Alegra?

Y entonces escuchó su voz. O su llanto. Porque no fue un saludo. Fue una explosión de angustia. Diego se quedó quieto, con el móvil apretado contra la oreja, y la otra mano temblando sobre la sábana.

La dejó hablar. No la interrumpió. Sabía que necesitaba soltarlo todo. Pero cuando su voz empezó a romperse más de la cuenta, cuando sus respiraciones se volvieron jadeos asustados, supo lo que estaba pasando. Ataque de ansiedad.

Diego cerró los ojos. Respiró por los dos.

—Escúchame, estás bien. —Te tengo. —Estoy contigo. —Vamos a respirar juntos, ¿sí? —Uno… —dos… tres…

Y repitió. Paciente. Constante. Firme. El Diego que siempre había sido con ella. El que sabía calmar la tormenta.

Cuando empezó a escucharla respirar de nuevo, más pausada, se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero no dijo nada. Solo siguió hablándole. Suave. Cálido. Seguro. Y cuando por fin todo se volvió silencio, cuando ella dijo «solo quédate», él se quedó.

Durante un buen rato. Sin moverse. Sin preguntar por Jaime. Sin reclamar nada. Solo escuchando cómo ella se calmaba. Cómo su respiración volvía a ser la de siempre.

Cuando colgaron, Diego no lloró. Pero algo dentro de él se hizo más pequeño. Más real. Más inevitable.

Le escribió un mensaje corto. Cuidado. Como si cada palabra pudiera romperla o sostenerla: «Estoy contigo, aunque sea en silencio. Aunque sea en la sombra. Aquí estoy, Ale. Y no me voy a ninguna parte.»

Dejó el móvil sobre el escritorio. Miró al techo. Continuó pensando en ella.

81

Jaime se quedó allí sentado con el ceño fruncido y los nudillos rojos aún de haber golpeado la arena. Rubio, Airas, Rita, Elena y Aitana estaban frente a él, formando una especie de semicírculo que no dejaba mucho espacio para escapar.

—¿En qué pensabas, tío? —preguntó Rubio, directo.

—Vi un mensaje en la pantalla del móvil de Alegra —murmuró—. No lo abrí. Solo vi el nombre. Y me volví loco.

—¿Y pensaste que estaba bien hacerlo? —dijo Elena, con los brazos cruzados.

—No lo pensé. Solo… reaccioné.

—Pues menuda reacción —saltó Rita, visiblemente decepcionada —. Le enviaste un mensaje a alguien que no te ha hecho nada. Que

siempre ha sido bueno con Alegra. ¿Quién te crees que eres?

Aitana, que hasta el momento no había dicho nada, dio un paso adelante.

—¿Tú sabes lo que hizo Diego por ella?

Jaime levantó la mirada, confundido.

—¿Sabes que la dejó para que ella pudiera vivir esto contigo sin sentirse culpable? —continuó—. ¿Sabes que sigue enamorado de ella, pero nunca le ha presionado? ¿Que se ha tragado el dolor en silencio solo para no dañarla?

—No tenéis ni idea de cómo me sentí yo viendo ese mensaje —replicó Jaime, con la voz tensa.

—No, Jaime —interrumpió Aitana—. El que no tiene ni idea eres tú. Diego es su mejor amigo desde hace años. Siempre estuvo. Incluso cuando ella se deshacía llorando por ti. Él la calmó. La cuidó. La ayudó a entenderse. Y jamás dijo una palabra en contra tuya. ¿Sabes lo que es eso?

Jaime bajó la cabeza. No respondió.

Airas intervino, serio:

—Te entiendo, tío. No es fácil. Yo también sería celoso en tu lugar. Pero hay cosas con las que vas a tener que aprender a vivir si quieres estar con Alegra.

—Y Diego es una de ellas —añadió Rubio, más sereno—. No puedes borrar a alguien así. No vas a gustarle a todos sus amigos. Pero tienes que respetarlos. Y a Diego… le debes más respeto del que crees.

—No son solo celos —murmuró Jaime, dolido—. Es miedo.

—Entonces trabaja en eso —dijo Elena—. Pero no destruyas lo que ella valora por proteger lo que tú quieres tener.

—Y si Alegra te quiere —añadió Rita, más suave ahora—, lo hará sabiendo quién eres. Pero no puedes obligarla a dejar de querer a las personas que fueron importantes en su vida.

Aitana bajó la voz, pero cada palabra pesaba:

—Si vas a estar con ella, que sea para sumar. No para restarle cosas que le hacen bien.

Jaime cerró los ojos un segundo. Tragó saliva. Y esta vez, no discutió. Solo asintió. Lento. Pesado. Como quien acaba de entender algo que no quería aceptar.

82

Jaime no había cenado con nadie. Ni con Rubio, ni con Airas, ni con el resto.

Había cogido algo de ropa, había bajado por el sendero que llevaba a la playa y había acabado en las escaleras de madera que descendían hacia la arena. El mar, a lo lejos, estaba tranquilo, con un rumor suave que parecía más un suspiro que un oleaje.

Se sentó ahí, con la espalda contra la barandilla y las piernas estiradas. La brisa le despeinaba el flequillo, pero no se lo apartaba. No pensaba en eso. Solo… miraba.

Y entonces, escribió el mensaje: «¿Puedes bajar un momento? Estoy en las escaleras. Quiero hablar. Solo hablar.»

Esperó. No sabía si vendría. Pero Alegra fue.

La vio aparecer con una sudadera fina y unas deportivas. Se acercó en silencio y se sentó a su lado, sin tocarlo.

—¿Estás bien? —preguntó ella, sin rodeos.

Él negó con la cabeza.

—No. —No lo estoy. —Por eso quería verte. —Porque si no te lo decía, reventaba.

Ella lo miró, seria. Él mantuvo la mirada baja, jugando con una piedra entre los dedos.

—Cuando vi el mensaje… no sabía que hablabais —empezó él—. Y no fue solo el nombre. Fue lo que decía. No lo leí todo, pero… fue como una punzada. Me hervía todo por dentro.

—Podrías haber hablado conmigo —dijo ella—. Preguntarme. No mandar un mensaje.

—Lo sé —dijo, levantando por fin la mirada—. Me equivoqué. Y no estoy aquí para justificarlo. Solo quería que supieras… que fue miedo. Miedo de perderte. Porque en el fondo, aunque no lo diga, sé lo que sois el uno para el otro. Y eso me jode.

Alegra respiró hondo.

—Lo entiendo. —De verdad. —Pero Diego es parte de mi vida. —Siempre lo ha sido. —Nos quisimos, y aunque eso ya no sea como antes, sigue estando ahí. —Como amigo. —Como apoyo. —Como calma. —Y eso… no quiero perderlo.

Jaime bajó la mirada de nuevo, tragando saliva.

—¿Te calma más que yo?

—No es eso.

Tú me haces sentir viva, me haces sentir intensa, feliz, muchas cosas. Pero Diego me conoce en otras capas. Las de antes. Las que tú no viviste. Y él nunca me ha soltado.

Se hizo un silencio. Largo. Pesado. Jaime lo rompió con voz baja:

—Pero estás conmigo.

Ella asintió.

—Estoy contigo. Te quiero. Y te lo he demostrado. Pero no puedes reaccionar así cada vez que él aparezca. No puedes pretender que desaparezca de mi mundo. Porque no va a pasar.

—Entonces tengo que aprender a vivir con eso.

—Sí —dijo ella, suave pero firme—. Y si me quieres, lo harás.

Jaime suspiró. Se inclinó hacia ella. No la tocó. Solo la miró.

—No quiero perderte, Alegra.

—Entonces no me empujes —susurró ella—. No me obligues a elegir entre dos partes de mí que quiero conservar.

Jaime se quedó callado. Miró al mar. Luego a ella. Y finalmente, bajó la cabeza y dijo:

—Lo siento.

Ella se acercó un poco, esta vez sí, y le cogió la mano.

—No quiero que esto nos rompa.

—Yo tampoco.

Y entonces, sin besos, sin urgencias, se abrazaron. Allí, en las escaleras de la playa. Con el rumor del mar como único testigo. Como si estuvieran intentando encontrarse de nuevo, desde la herida. Desde el amor.

83

Eran más de las once de la noche cuando Jaime, tumbado boca arriba en su litera, con los auriculares puestos, pero sin música, se decidió a escribir.

No lo pensó demasiado. Solo abrió la conversación en Instagram y, por primera vez desde aquel mensaje impulsivo y lleno de rabia, volvió a escribirle a Diego.

Jaime: «No espero que contestes. Ni que me hables. Ni que olvides lo que pasó. Pero quería decirte algo».

Hizo una pausa. Borró una línea. Empezó otra.

Jaime: «No creo que nunca podamos ser amigos. Ni siquiera sé si podríamos saludarnos sin tensión. Pero Alegra me ha hecho entender que tú eres parte de su vida desde antes que yo. Sé que la

cuidaste y que la dejaste libre para que pudiera estar conmigo este verano. Y… te lo agradezco».

Respiró hondo. Dudó un segundo. Siguió escribiendo: «No quiero competir contigo. No quiero vivir con miedo a que vuelva contigo. Solo quiero que sepas que la quiero de verdad. Y que este verano… nos lo merecíamos. Así que gracias por dejarla elegir sin culpa».

No firmó. No esperaba respuesta. Solo pulsó enviar. Y por primera vez en semanas, se durmió en paz.

84

Diego estaba tumbado en su cama, con el móvil entre las manos. Había tenido un día largo, de esos en los que todo se llena de ruido, pero su cabeza no deja de volver al mismo sitio: ella. Alegra.

Y de repente, entre notificaciones sin importancia, apareció una que no esperaba. Mensaje de Jaime. Tardó unos segundos en abrirlo. Pensó que sería otra tontería, algo con doble filo o un intento de marcar territorio. Pero no. Esta vez… era otra cosa.

Leyó el mensaje entero, dos veces. Luego, dejó el móvil sobre el pecho, cerró los ojos y suspiró. No sonrió. Tampoco se enfadó.

Sintió algo difícil de explicar. Cogió el móvil. Escribió despacio: «Yo tampoco creo que podamos ser amigos. Pero al menos ahora sé que sabes lo que significó dejarla ir. Y sí, este verano te toca a ti hacerla

feliz… solo te pido que no la hagas sufrir. Porque yo, aunque no esté con ella, la sigo queriendo».

Dejó el mensaje unos segundos en pantalla. Dudó. Y lo envió. Luego apagó el móvil, se dio la vuelta en la cama, y se quedó mirando al techo. Con el pecho apretado, pero también en paz.

85

El cielo estaba cubierto de estrellas y el sonido del mar llegaba suave, como un murmullo constante. Estaban todos allí, sentados en la arena, descalzos, con las toallas extendidas y los móviles iluminando el círculo a ratos. El aire olía a sal, a crema solar y a noche tibia. Jaime hablaba con Rubio, Rita y Fabiola se reían de algo que solo ellas entendían, y Aitana miraba el mar en silencio, moviendo los dedos sobre la arena. Un poco aparte, Airas y Elena jugaban a las cartas sobre una toalla extendida, concentrados, con las piernas cruzadas y las rodillas casi rozándose. Ella mantenía esa expresión seria que lo descolocaba, y él fingía que no le importaba perder, solo para verla sonreír.

Rubio había ganado todas las rondas y habían apostado que el que ganara propondría un reto al otro y era obligatorio hacerlo. Airas le pedía un beso a Elena cada vez que esta perdía y ella se lo daba haciéndose la interesante. La siguiente ronda fue de Elena. Ganó con una sonrisa tranquila, pero no dijo nada. Solo miró a Airas con una ceja levantada.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, divertida.

Él no respondió. Se inclinó, más rápido esta vez, y le dio otro pico. Pero antes de separarse, él le sujetó la nuca con una mano firme, como si no quisiera que se escapara tan pronto, y la atrajo de nuevo hacia su boca. Esta vez, el beso fue distinto. Lento, húmedo, con lengua. Con la intención clara de que ya no estaban solo jugando.

—Vale, vale, ¡controlaos! —dijo Rita entre risas, medio tapándose los ojos con la mano.

Alegra se reía también. Estaba sentada entre Rita y Jaime, con los pies cruzados sobre la toalla. Jaime le pasaba una mano por la pierna, acariciándola, sin mirar lo que hacía, mientras hablaba con Rubio de vete tú a saber qué.

—¿Jugamos todos juntos o qué? —preguntó Fabiola, que acababa de volver del baño.

—Sí, venga —dijo Rita—. Pero tiene que ser algo más divertido que cartas.

—¿Verdad o reto? —propuso Elena, aún roja por el beso.

—Muy típico —dijo Rubio.

—¿Y si jugamos al «quien gana, manda»? —dijo Jaime, sentándose más recto—. Chicos contra chicas. El grupo que gane elige un reto para el otro grupo. Y tiene que cumplirse.

—¿Y si no queremos cumplirlo? —preguntó Aitana, dudosa.

—Entonces prenda de ropa fuera —contestó Airas, sin ni una sombra de vergüenza.

—Madre mía… —dijo Elena, pero no se fue.

Empezaron con un trivial improvisado. Preguntas de cultura general, de música, de series, de cosas personales que solo sabrían si se conocían de verdad.

Primera ronda: ganaron los chicos. Rubio fue el portavoz.

—Queremos que una del grupo de chicas… se siente en las piernas de quien elija durante un minuto. Y tiene que mirar a los ojos. Sin reírse.

Elena y Rita se miraron.

—Vale —dijo Rita—. Lo hago yo.

No eligió a Rubio. Fue directa a Airas y se sentó en sus piernas. Lo miró a los ojos, muy seria. Él no se lo esperaba.

—¿Qué haces? —susurró.

—Ver si te pones nervioso.

Rita aguantó los sesenta segundos con dignidad, y al volver a su sitio Rubio la fulminó con la mirada, pero sonriendo.

—Te vas a enterar luego —le dijo por lo bajo.

—Ojalá —respondió ella.

Segunda ronda: ganaron las chicas.

Elena se vengó rápido.

—Queremos que uno de los chicos le dé un masaje en la espalda a la chica que elijamos. Y con crema.

Alegra tragó saliva. Ella sabía que la iban a elegir. Y sabía que Jaime iba a hacerlo. Y así fue. Él se arrodilló detrás de ella, le subió la camiseta suavemente y empezó a extenderle la crema en la espalda con las manos calientes.

—¿Está bien así? —le susurró al oído.

—Está… —Ella cerró los ojos—. Está muy bien.

El juego siguió, con más retos, más pruebas, más risas y más tensión.

Rubio y Rita ya no se tocaban «por accidente». Airas y Elena se buscaban cada vez más. Y Jaime no paraba de mirarle la boca a Alegra entre reto y reto.

—Vale —dijo Rita, pensativa—. Cada uno se quita una prenda. Nada de calcetines.

Jaime resopló, se sacó la camiseta con una sonrisa chula. Rubio hizo lo mismo. Airas se quedó en camiseta de tirantes.

—No está mal la vista —dijo Elena en voz baja a Rita, que disimuló mal la risa.

Siguiente ronda. Esta vez ganaron los chicos.

—Nuestro turno —dijo Rubio, mirando directamente a Rita—. Que una del equipo contrario le dé un beso en el cuello a uno de nosotros, a quien escoja, durante al menos cinco segundos.

—¿Pero esto qué es? —protestó Aitana, muerta de vergüenza.

—Suerte que ganaron ellos, ¿no? —se burló Elena, con picardía.

Rita se levantó sin dudar. Caminó hasta Rubio, se le puso detrás, apartó su pelo y le plantó un beso suave y lento justo en la base del cuello. Él cerró los ojos.

—¿Cinco segundos? Parecieron diez —murmuró Airas, divertido.

Y así siguieron. Risas, pequeños desafíos, miradas que decían más que los gestos. En una de las rondas, Elena ganó. Antes de que pudiera decir nada, Airas se levantó, y sin que nadie dijera nada, se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido en los labios.

—¡Ese Airas! —gritó Rubio.

Alegra y Jaime, que estaban un poco más separados, entre risas y caricias, no jugaban tan intensamente, pero observaban con media sonrisa. Ella se apoyaba en su pecho. Él no le quitaba la mirada de encima.

—No te veo tan competitiva —le susurró él.

—Es que prefiero jugar a otro tipo de juegos contigo —dijo ella, bajito.

Jaime le acarició la cintura y le guio un ojo.

Cuando el juego terminó, Rita estaba sin camiseta (solo con el sujetador), Rubio en pantalones cortos, Airas solo con los

calzoncillos, y Elena ruborizada en ropa interior, pero con una sonrisa que no se le borraba.

Aitana, roja como un tomate, se había librado de casi todo gracias a sus risas nerviosas y su habilidad para esquivar preguntas con respuestas absurdas. Pero incluso ella, al final, acabó sonriendo y disfrutando del momento.

—¿Nos vamos a dormir o buscamos otra excusa para seguir provocándonos? —preguntó Rita, estirándose.

—Yo propongo un baño de noche —dijo Rubio, mirando el mar.

—¿Con ropa? —preguntó Elena.

—O sin —añadió él, encogiéndose de hombros.

Las risas estallaron de nuevo.

Ese verano… Lo tenía todo.

86

No hizo falta más que una mirada cómplice para que todos corrieran a bañarse.

Rita fue la primera en tirarse al agua, seguida por Elena, que saltó casi encima de Airas. Rubio y Jaime corrieron detrás, dejando la ropa en la arena. Las risas eran escandalosas, salpicaban más que las olas.

En mitad de aquel caos, los chicos empezaron a hacer de las suyas. Rubio, con ese aire gamberro que lo caracterizaba, fue el primero en quitarse el bañador bajo el agua.

—¿Qué haces, loco? —dijo Rita, riendo mientras lo miraba sin creerlo.

—Hace calor —contestó él—. Y libertad, nena.

Airas lo siguió enseguida, y antes de que nadie pudiera reaccionar, las chicas ya les habían quitado los bañadores al vuelo y salían corriendo con ellos hacia la orilla.

—¡¿Queréis vernos desnudos o qué?! —gritó Airas, medio taponándose, mientras corría detrás de ellas con Rubio, los dos muertos de risa, con el culo al aire.

Desde el agua, Alegra y Jaime observaban toda la escena riendo a carcajadas, abrazados entre las pequeñas olas. Ella apoyaba la cabeza en su hombro, y él no podía dejar de mirarla.

—Están fatal —murmuró ella, sin dejar de sonreír.

—Y nosotros somos los cuerdos —bromeó él.

Siguieron allí un rato más, solos, con el ruido del grupo a lo lejos, como si el mundo se hubiera vuelto pequeño y ellos estuvieran a salvo entre las olas.

Jaime la miró, serio, pero sin solemnidad.

—Me encanta este momento —dijo, bajito—. Me encanta estar así contigo. Reírnos, abrazarnos, besarnos… No necesito nada más.

Las risas se alejaban hacia la orilla. Los gritos de Airas, los chillidos de Rita, el «¡devolvednos los bañadores!» de Rubio. Pero allí, en el agua más tranquila, Alegra y Jaime estaban en otro mundo.

Se abrazaban, flotando con la corriente suave, como si el mar los meciera para que no pensaran demasiado. Jaime la tenía rodeada con los brazos por la cintura, la mantenía cerca, como si no quisiera soltarla nunca.

Se besaron otra vez. Más despacio. Más cerca. Las manos de él subían y bajaban por su espalda, con la calma de quien sabe exactamente dónde quiere estar.

Fue entonces cuando Alegra lo sintió. Un roce sutil al principio, pero claro. Una presión firme en su entrepierna, apenas disimulada por el leve vaivén del agua. Se quedó quieta un segundo, sin

separarse. No era la primera vez, pero aquel contexto, la oscuridad del mar, la cercanía, el silencio, lo hacían diferente. Más real.

Jaime tragó saliva.

—Lo siento… —murmuró sin moverse—. Es que contigo… no puedo evitarlo.

Alegra bajó la cabeza un poco, sonrió, todavía con las mejillas encendidas, aunque el agua las disimulara.

—No hace falta que te disculpes.

Él la miró con más ternura que deseo en ese momento, como si aquel instante significara más que el impulso.

—Solo… quería decírtelo. Que te quiero. Que esto que siento no es solo esto —dijo, bajando una mano a la suya—. Es todo lo que me pasa cuando estoy contigo.

Ella apoyó la frente en la suya, los ojos cerrados, respirando hondo.

—Y yo quiero que sigas sintiéndolo.

Lo besó otra vez. Largo. Cálido. Sin prisas. Solo ellos y el mar.

Jaime le acarició la mejilla, y sin pensarlo mucho, dijo:

—Te quiero.

Después de un rato así, sin decir mucho más, se cogieron de la mano y nadaron juntos hacia la orilla.

Rubio no se lo pensó. En cuanto vio a Rita salir corriendo del agua con su bañador en la mano, echó a correr detrás de ella, completamente desnudo, soltando carcajadas por el camino y tapándose como podía.

—¡Rita! ¡Devuélveme eso, loca! —gritó, medio riendo, medio suplicando.

—¡Si lo quieres, ven a por él! —respondió ella, sin parar de correr, con el pelo chorreando y una sonrisa pícara que lo volvía loco.

Pisaron la arena seca, aún caliente por el sol del día. Ella tropezó un poco al mirar atrás y en un intento de atraparla, Rubio se lanzó… y los dos acabaron cayendo sobre la arena, riéndose como niños.

—¡Te tengo! —dijo él, con la respiración entrecortada, tumbado casi encima de ella.

—¡Eso está por ver! —replicó Rita, aun sujetando su bañador, riendo a carcajadas.

Pero ya no se resistía. La risa fue bajando de volumen. Él seguía sobre ella, apoyado con los antebrazos en la arena, y sus rostros estaban peligrosamente cerca. Sus ojos se miraron como si no hubiera nadie más en el mundo, como si la noche y las estrellas y el murmullo del mar existieran solo para ellos.

Rita deslizó una mano hasta su nuca y tiró de él hacia sí. Se besaron con fuerza, con ganas. El salitre en sus labios, la adrenalina, el calor del cuerpo del otro, todo se mezclaba. Él tenía aún la piel húmeda, y su contacto con la de ella, cálida y salpicada de arena, encendía un deseo tranquilo, pero presente.

Rubio bajó una mano por su cintura, con calma. Ella respondió con un leve suspiro, arqueando apenas la espalda contra su pecho.

—Estás preciosa —murmuró él, pegado a su oído.

—Estás desnudo —le contestó ella, divertida, acariciándole el pelo mojado.

—Eso es porque me robaste el bañador.

—Y volvería a hacerlo.

Rieron otra vez, aunque más bajito. Se besaron una vez más, sin apuro. Solo ellos dos, enredados sobre la arena, sintiendo que se gustaban más a cada minuto.

Unos metros más allá, los gritos de los demás rompían la calma, pero a ellos no les importaba. Se quedaron allí un rato, respirando cerca, con las frentes apoyadas.

—Si nos ven así… —susurró ella.

—Que miren. Esto es mejor que cualquier película —dijo él, y volvió a besarla.

—¡Elena, te lo juro, si no me lo das ahora mismo, suelto las manos! —gritó Airas, con una mezcla de amenaza y desesperación

mientras seguía tapándose como podía.

Elena lo miró entre risas, aguantando el bañador como si fuera un trofeo.

—¡Hazlo y te juro que grito y salgo corriendo a avisar a todos!

—Tú verás —replicó él, girándose apenas, con una sonrisa de pillo —. Yo ya empiezo a notar brisa por zonas delicadas…

—¡Vale, vale, pesado! —dijo ella, sin poder aguantar más la risa, y se lo lanzó con un gesto teatral.

Airas lo atrapó al vuelo, se giró de espaldas rápidamente, y se lo puso sin mirar a nadie. Elena, mientras tanto, caminó hacia la zona de las toallas como si nada, disimulando su propia sonrisa nerviosa.

Fabiola y Aitana, que lo habían visto todo desde la arena, se miraron entre sí, muertas de risa.

—Esto se nos está yendo de las manos —dijo Fabiola, sacudiéndose la arena de las piernas.

—Sí, pero… también está siendo el mejor verano —añadió Aitana, con esa media sonrisa suya que decía más de lo que parecía.

Fabiola la observó un segundo y luego dijo, divertida:

—Vamos a tener que buscar nosotras también a algún chico, ¿no crees?

Aitana se encogió de hombros con una risa cómplice.

—Tú primero, que a ti se te da mejor.

—A mí no me mires, que lo más cercano que tengo a una historia este verano es ver cómo Airas se pone rojo cada vez que Elena le dice algo poco bonito.

Las dos se rieron mientras se recostaban sobre las toallas, mirando al cielo que empezaba a oscurecer.

No muy lejos, Airas volvía ya con el bañador puesto, buscando con la mirada a Elena. Ella lo esperaba sentada en la arena, con los brazos rodeando las piernas y una sonrisa aún dibujada en los labios.

Cuando él llegó, se dejó caer a su lado y murmuró:

—Estás loca.

—Y tú estás lento —le respondió, sin mirarlo, pero dándole un leve codazo.

Airas sonrió. No hacía falta más.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elena, sin mirarlo directamente, pero notando cómo Airas se sentaba más cerca.

—¿Cómo que «ahora qué»? —replicó él, estirando las piernas en la arena húmeda.

—Has amenazado con mostrar al mundo tus partes nobles, ¿no? Yo esperaba un poco más de valentía.

Airas soltó una carcajada corta, de esas que se escapan sin querer.

—No te flipes. El bañador me lo devolviste tú. Yo solo estaba… creando tensión dramática.

Elena giró la cabeza para mirarlo. Tenía esa expresión de quien sabe que está ganando, pero aún no va a celebrar.

—Tensión había, no lo niego —dijo ella, bajando la voz un poco.

Airas se quedó en silencio unos segundos. Luego se inclinó hacia ella, el brazo apoyado detrás, como si no fuera intencionado.

—¿Y tú? ¿Te gusta provocar así a todos o solo a mí?

—Solo a los que me caen bien.

—Entonces, ¿estoy en el top diez? —sonrió él, ladeando la cabeza.

—Estás en el top tres —le respondió Elena, con media sonrisa.

Volvió a quedarse un pequeño silencio, pero no incómodo. De esos que vienen justo antes de que pase algo o no pase nada. Airas se movió un poco más cerca. Sus brazos se rozaron.

—Elena —dijo él, sin quitarle los ojos de encima—. Llevas mirándome así toda la noche.

—¿Así cómo?

—Así… como si estuvieras esperando que hiciera algo.

Ella sonrió, descarada.

—Pensé que no te habías dado cuenta, como no hiciste nada…

Airas no dijo nada. Solo se acercó un poco más y le dio un beso, rápido, suave, pero lo suficientemente claro como para que no quedara ninguna duda.

Elena lo miró sorprendida, pero sin moverse. Y antes de que pudiera decir nada, él le volvió a rozar los labios, esta vez un poco más rápido.

—Por si tenías dudas de que estoy en el número uno de tu ranking —susurró.

—No te pases, pero vas subiendo posiciones, Airas. Aunque al final no te hayas atrevido a quitar las manos y dejar tus partes al descubierto,

Los dos se rieron a carcajadas y se quedaron ahí un rato más. Hablando, rozándose, diciéndose mucho sin necesidad de decir tanto.

87

Los padres de Alegra se habían ido a una boda en otra ciudad y no volverían hasta el domingo. Así que aquella noche de sábado, la caravana era solo para ellas. Como ya habían hecho otras veces, Fabiola, Rita, Elena y Aitana se habían traído los sacos de dormir y las bolsas de chuches para pasar allí juntas la noche.

La cena había sido sencilla: pizza, risas, refrescos y cotilleos bajo la luz amarillenta del avance. Después, se metieron dentro, se acomodaron entre mantas, colchones y cojines, con los móviles en la mano y las risas flojas flotando en el aire.

El camping estaba tranquilo, como si el verano les perteneciera solo a ellas.

Pasaba la una de la madrugada cuando el móvil de Rita vibró.

—Es Rubio —anunció con voz baja pero divertida.

Las demás giraron la cabeza al unísono.

—¿Y qué quiere el señor Rubio a estas horas? —preguntó Elena, estirándose el pelo.

Rita leyó el mensaje y soltó una pequeña risa.

—Dice que el padre de Jaime y Clara se fueron de fiesta y que están solos en la parcela. Pregunta si pueden venirse aquí, a la caravana, a dormir.

—¿Cómo? —saltó Aitana, incorporándose un poco—. ¿Los tres?

—No, no. Solo Rubio y Airas. Jaime se queda en la parcela. Dice que le duele un poco la cabeza.

—Claro… —murmuró Fabiola con una sonrisilla—. Qué casualidad.

Alegra alzó una ceja. No había dicho nada, pero ya tenía un nudo pequeño en el estómago.

—¿Y qué decimos? —preguntó Rita, mirando a su amiga.

Todas sabían que, aunque la caravana fuera de Aitana también, quien tenía la última palabra esa noche era Alegra.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—Vale. Pero que entren sin hacer ruido. Que no se entere nadie del camping.

—Perfecto —respondió Rita, ya escribiendo de vuelta.

Apenas cinco minutos después, Rubio y Airas llegaron. Los dos entraron agachados como si fueran espías de una misión secreta. Todo el avance se llenó de murmullos, bromas ahogadas y movimientos torpes entre colchones.

Pero Alegra estaba en otra. Su móvil vibró. Era Jaime: «Le dije a Rubio que me quedaba porque me dolía la cabeza, pero era una excusa».

Alegra lo leyó con el ceño fruncido. Llegó otro. «Estoy bien. Solo quería verte a solas. ¿Podrías traerme una pastilla para el dolor de cabeza? Así tienes excusa para venir».

Alegra sintió el vuelco en el pecho. Disimuló, se levantó, rebuscó en el neceser y sacó una pastilla.

—Voy a la parcela de Jaime un momento —dijo, sin alzar la voz.

—¿Está malo? —preguntó Fabiola.

—Un poco. Me pidió algo para el dolor de cabeza.

Las chicas la miraron sin decir nada, aunque todas compartieron una sonrisa muda cuando ella salió por la puerta con la pastilla en la mano y el corazón latiéndole más rápido. A esa hora, el camping dormía. Pero para ellos, la noche acababa de empezar.

88

La parcela de Jaime estaba en penumbra. Solo una luz tenue se colaba desde la ventana lateral de la caravana. Alegra caminó despacio, con la pastilla en la mano cerrada y un nudo de nervios suave en la garganta. No sabía qué esperaba encontrar, pero algo dentro de ella se lo había pedido.

Tocó con los nudillos en la puerta.

—¿Jaime?

—Pasa —dijo su voz desde dentro, más baja de lo normal.

Alegra entró y cerró tras de sí. Él estaba tumbado en la cama, en camiseta blanca y pantalón corto, con la cabeza apoyada en una almohada y los ojos medio entrecerrados.

—Te traigo esto —le dijo ella, mostrándole la pastilla.

—Gracias.

Se incorporó despacio, sin perderla de vista. Alegra se sentó al borde de la cama, apoyando los pies en el suelo y dejándole espacio. Él tomó el vaso que tenía en la mesita, se tomó la pastilla y lo dejó todo en silencio.

Dentro de la caravana, el silencio era denso y cálido. Solo el sonido lejano de alguna risa, quizás de los chicos con las chicas en la otra parcela, les recordaba que el mundo seguía ahí fuera.

Alegra se acomodó junto a Jaime en la cama. No dijeron nada más.

Él la miró con una expresión que no necesitaba traducción. Había algo de urgencia contenida, pero también respeto, ternura. Como si cada segundo a su lado fuera un regalo que no quería estropear.

Los besos fueron llegando solos, despacio, sin prisa. El calor fue subiendo como una ola, pero no hubo urgencia. Solo ganas de estar cerca. De tocarse con amor, con cuidado, con deseo sincero. Jaime se incorporó un poco para mirarla bien, para leer en sus ojos si estaba bien, si quería seguir. Y lo estaba. Y quería.

Jaime se dejó llevar, recorriendo con sus labios los de ella, las comisuras, el mentón. Las manos de ambos comenzaron a hablar en silencio, acariciando, tanteando los bordes de la confianza y el deseo.

Alegra guio la mano de Jaime hasta el borde de su camiseta, y él entendió: no se trataba solo de deseo, sino de entrega. Se detuvo, la miró a los ojos.

—¿Estás segura?

Alegra asintió, sin dudar, pero con una emoción que le brillaba en la mirada.

—Sí. Quiero que sea contigo.

Jaime fue quitándole la ropa con cuidado, sin apuro, como si cada prenda revelara algo más que piel. Había sonrisas tímidas, cuerpos que se descubrían por primera vez sin juicio, sin miedo. Jaime

acarició su espalda lentamente, mientras Alegra recorría su pecho con sus dedos, temblorosa pero segura. El calor entre ellos era suave, casi hipnótico.

Ella estaba desnuda, y él estaba muy excitado. Estaba completamente duro, algo que le fue imposible disimular bajo los pantalones cortos.

Alegra le quitó la camiseta despacio y, mientras se besaban, acarició su piel hasta llegar a la goma de los pantalones. Ahí terminó de comprobar su erección. Ambos se rieron. Completamente desnudos.

Sus cuerpos se buscaron más cerca. Se rozaban con naturalidad, respiraban agitados, se entendían sin palabras. Jaime la acarició por debajo del ombligo, tembloroso, atento a su respiración, a sus gestos. Y ella, con la frente apoyada en su pecho, le dejó hacer, correspondiendo con sus manos al ritmo suave que se había instalado entre ellos.

Cuando finalmente se unieron, lo hicieron con lentitud. No había urgencia, solo un ritmo que nacía del latido compartido. Alegra cerró los ojos, respirando profundo, sintiendo. Jaime la miraba como si el mundo fuera ella. Se movieron juntos, buscando la sintonía más que la perfección, escuchándose con la piel.

Los suspiros llenaron el cuarto. El cuerpo de Alegra tembló en el suyo, y Jaime la sostuvo con fuerza, como si pudiera protegerla de todo. No hablaban, pero se decían mil cosas con las manos, con los labios, con el corazón que golpeaba rápido en ambos.

Ellos permanecieron abrazados, desnudos pero cubiertos por algo más grande: la intimidad real. No solo por lo que hicieron, sino por cómo lo hicieron. Con respeto, con cuidado, con amor.

Alegra apoyó su cabeza en el pecho de Jaime, escuchando su respiración aún agitada.

—Fue perfecto —susurró.

Jaime besó su frente, con los ojos cerrados.

—Eres preciosa. Gracias por confiar en mí.

—Espero haber estado a la altura.

—¿A la altura de quién?

—No sé. Es mi primera vez —dijo Alegra ruborizada.

—También fue mi primera vez, Alegra. Nunca había estado con una chica así.

Alegra sonrió, feliz. La hacía feliz compartir ese momento tan importante con él.

Y así, en ese silencio cómodo, entre caricias lentas y miradas cómplices, se quedaron.

Porque cuando el deseo se mezcla con el cariño verdadero, el cuerpo deja de ser solo cuerpo. Se vuelve hogar.

89

La luz de la mañana empezaba a asomarse por la rendija de la ventana cuando Alegra abrió los ojos. Todo estaba en silencio en la caravana de Jaime. Sentía el calor de su cuerpo aún abrazándola por la espalda, el lento ritmo de su respiración. Cerró los ojos un momento más, como queriendo guardar el instante. Pero algo dentro de ella la empujó a levantarse.

Se movió con cuidado, sin hacer ruido, deslizando su cuerpo fuera de la cama. Jaime no se despertó. Parecía en paz, con una mano abierta sobre la almohada, el pelo revuelto y la expresión tranquila. Lo miró una última vez y sonrió para sí. Cogió el móvil y sacó un *selfie* de ella, al lado de Jaime dormido.

Sobre la encimera de la pequeña cocina había un bolígrafo y un bloc de papel. Arrancó una hoja y escribió una nota rápida, con letra redonda y apurada: «No quise despertarte. Me he ido para que no nos pillen. Gracias por esta noche. Fue especial. Nos vemos luego. Te quiero. Alegra».

La dobló por la mitad y la dejó junto al vaso que habían usado la noche anterior. Después se calzó las sandalias, se abrochó los botones del pantalón corto y se pasó los dedos por el pelo para quitarse el sueño de encima. Abrió la puerta con suavidad, comprobó que no hubiera nadie por los alrededores y salió sin hacer ruido.

El aire de la mañana le acarició la cara al cruzar el camino hasta su caravana. Todavía estaba todo en calma. Los vecinos dormían. Solo se oían pájaros y el rumor bajito del viento entre los pinos.

Llegó a su caravana. Entró despacio. La escena la hizo sonreír.

En el colchón del suelo, Elena y Airas dormían entrelazados, medio tapados con una sábana fina. Airas estaba en calzoncillos, sin camiseta, con la pierna doblada por encima de Elena, y ella de lado, el brazo sobre su costado, como si lo abrazara incluso dormida.

Las literas estaban ocupadas por Aitana y Fabiola. Dormían profundamente, con la respiración suave y el pelo enredado sobre la almohada.

En la cama del fondo, Rubio y Rita dormían en posición cucharita. Él la abrazaba por detrás, con una pierna sobre las de ella, y la cara enterrada en el hueco de su cuello. Se notaba que llevaban rato así, encajados como piezas.

Alegra dejó las sandalias a un lado, se inclinó sobre el colchón del suelo y, con voz baja pero divertida, les susurró:

— Chicos… os voy a tener que cobrar alquiler si seguís quedándoos a dormir aquí.

Airas abrió un ojo, confuso. Rubio se giró un poco y la miró desde la cama, medio dormido.

— ¿Qué hora es? —murmuró él, rascándose la cara.

— Temprano. Pero pronto empezará a moverse la gente por el *camping* y… no creo que mis padres entiendan lo de esta acampada masculina improvisada —dijo ella, sonriendo.

— Ya vamos, ya vamos —susurró Airas, incorporándose con cuidado para no despertar a Elena.

Rubio asintió, estirándose como un gato.

— Solo dame un minuto, jefa.

— Uno y ya —bromeó ella, guiñándoles un ojo.

Salieron despacio, calzándose a oscuras, y cerraron la puerta con la misma suavidad con la que habían llegado.

Alegra se tumbó en su sitio entre las chicas, sintiendo cómo el cuerpo le pedía unas horas más de sueño. Cerró los ojos, con la sensación cálida de que todo, al menos por ahora, estaba donde debía estar.

90

La puerta de la caravana se abrió con cuidado. Airas fue el primero en entrar, intentando no hacer ruido, aunque la madera del suelo crujió bajo sus pasos. Rubio le siguió con la sudadera a medio poner y el pelo alborotado.

— Tío, no sé cómo no nos pilló nadie bajando —susurró Airas, divertido.

— Porque aún no hay ni un alma despierta. Están todos fritos. Bueno, menos Alegra —dijo Rubio, dejando las chanclas a un lado.

En ese momento, la cortina del compartimento trasero se movió. Jaime asomó medio cuerpo, con el pelo despeinado y los ojos entrecerrados. Miró el móvil. Las 6:47 a.m.

— ¿Ya estáis aquí? —preguntó con voz ronca.

— Sí… tu novia nos echó como si fuéramos ladrones —respondió Airas, riéndose bajo.

Jaime no respondió enseguida. Estaba leyendo la nota que Alegra había dejado junto a su almohada. La hoja, doblada con mimo, tenía su nombre escrito en letra redondeada. Al abrirla, sonrió de medio lado.

«No quise despertarte. Me he ido para que no nos pillen. Gracias por esta noche. Fue especial. Nos vemos luego. Te quiero. Alegra».

Se quedó mirándola un momento más, como si aún pudiera oír su voz entre las palabras. Después se giró hacia los otros dos, que ya se estaban tirando en sus camas.

— ¿Qué tal fue? —preguntó sin malicia, acomodándose de nuevo entre las sábanas.

Rubio se encogió de hombros, con una sonrisa pícara.

— Muy bien. Nada escandaloso, pero… bien. Las chicas son lo más.

— ¿Y tú? —le preguntó Airas, medio tapado ya por la colcha—. ¿Todo en orden?

Jaime dudó un segundo.

— Sí. Bastante más que en orden.

Hubo un pequeño silencio cómodo. De esos que solo existen cuando todo va bien. Cada uno perdido en sus pensamientos, reviviendo momentos de la noche.

— Es muy temprano aún —murmuró Jaime.

— Sí… hay que dormir algo más si queremos estar vivos por la tarde —dijo Airas, ya con los ojos cerrados.

— Yo no pienso moverme hasta que huela a café —bromeó Rubio, dándose la vuelta.

— Pues buena suerte con eso —contestó Jaime.

Y así, con la luz tenue filtrándose por las rendijas y la brisa suave moviendo las cortinas, los tres volvieron a dormirse.

91

No era ni temprano ni tarde. Era ese punto justo en el que el cuerpo decide que ya ha dormido suficiente, pero no tiene ninguna prisa por moverse.

Aitana y Fabiola eran las únicas en pie. Llevaban ya un rato fuera, entre la cocinita portátil y la mesita de *camping*, preparando café y tostadas, hablando bajito para no despertar al resto.

Dentro, las demás empezaban a desperezarse. Elena fue la primera en moverse, preguntándose dónde estaría Airas.

— ¿Qué hora es? —preguntó, con la voz ronca y los párpados aún pesados.

— Ni idea, pero huele a pan tostado —respondió Rita desde la cama de al lado, abrazada aún a su almohada.

Alegra, que dormía en la litera del medio, estiró los brazos y bostezó.

— ¿Han puesto ya el mundo en marcha? —bromeó, asomándose.

— Si por «el mundo» entiendes a Aitana con su moño deshecho y un tarro de mermelada en la mano… entonces sí —rio Fabiola desde fuera.

— Dadle cinco minutos y está organizando la cena —añadió Elena, mientras se sentaba y se recogía el pelo en una coleta floja.

Todas se rieron con ese humor perezoso de las mañanas de verano.

El tipo de risa que no necesita esfuerzo, porque sale sola.

—¿Dormiste bien?— preguntó Rita, mirando a Alegra con una ceja levantada.

Alegra asintió con una sonrisa muy sutil.

—Sí. Bastante bien.

—¿Volviste muy tarde?— insistió Elena, disimulando el tono curioso.

Alegra bajó de la litera con calma.

—A eso de las seis.

—¿A las seis?— exclamó Rita, abriendo mucho los ojos.

—Tenía que echar a vuestros novios de mi caravana antes de que el camping entero se diera cuenta —respondió con una sonrisa traviesa.

—*Touché*— murmuró Rita, llevándose la almohada a la cara.

—¿Jaime bien?— preguntó Elena, mientras se ponía una sudadera.

Alegra dudó un segundo antes de asentir.

—Sí. Muy bien.

No dijo más. Ninguna la presionó. Había una especie de pacto silencioso entre ellas: cuando una no quería dar detalles, no se pedían. Pero todas sabían. O, al menos, intuían.

—Bueno, venga, fuera sábanas —dijo Fabiola asomando la cabeza por la puerta—. Que ya hay ColaCao, zumo, tostadas y… creo que Aitana está friendo huevos. No sé qué le pasa hoy.

—Lo que le pasa es que está enamorada de la cocina de camping —dijo Elena riendo, mientras todas comenzaban a moverse perezosamente hacia la mesa exterior.

Salieron descalzas, en pijama, con las caras hinchadas y los pelos revueltos. Alegra fue la última y, mientras se sentaba con el vaso de ColaCao entre las manos, miró alrededor: a sus amigas, el olor a pan, el sol filtrándose entre los árboles. Y pensó, con una paz silenciosa: «Así es como se deberían empezar todos los días».

92

El interior de la caravana estaba en penumbra, apenas iluminado por la rendija de la cortina que dejaba pasar la luz blanca del mediodía. El ventilador portátil removía el aire caliente sin mucha eficacia y los tres chicos seguían tirados entre los colchones, revueltos, sudados, con la boca seca y el cuerpo pegajoso del calor y el sueño acumulado.

—Chicos —Se escuchó una voz masculina, suave pero firme—. Son las dos de la tarde. Vamos a comer.

Jaime gruñó, se dio la vuelta y se tapó la cara con la almohada.

—Cinco minutos…— murmuró.

—Jaime —insistió Clara, asomándose desde la puerta con una sonrisa de medio lado—. Hay ensalada de pasta y melón fresco.

Rubio abrió un ojo.

—¿Melón?

—Sí. Frío. Con jamón —añadió Clara, divertida.

—Estoy dentro —dijo Airas, sin moverse aún, pero con un brazo ya colgando fuera del colchón.

Los tres se revolvieron entre risas medio dormidas. Jaime, al fin, se incorporó con un bufido, se frotó los ojos y agarró el móvil. Lo desbloqueó, leyó la nota que Alegra le había dejado esa madrugada, aún en la encimera, y sonrió un poco, en silencio.

—¿Dijo algo?— preguntó Rubio desde su colchón.

—Solo que se iba a su caravana. Que gracias por la noche.

—¡Qué formalita!— bromeó Airas, estirándose como un gato.

Se vistieron con calma. Shorts, camisetas, gafas de sol. Sin prisas. Bajaron a comer con Clara y el padre de Jaime, que ya los esperaban en la mesita frente a la caravana. La ensalada estaba buena, el melón mejor. Comieron riendo, comentando tonterías de la noche anterior, evitando entrar en detalles.

Cuando terminaron, el sol seguía pegando fuerte, pero la brisa marina lo volvía todo soportable.

—¿Un baño?— propuso Rubio, levantándose y estirando los brazos—. Que se me despeje la cabeza.

—Venga —asintió Jaime, ya con el bañador puesto bajo los shorts —. Nos hace falta.

—No vale tirarse sin mojarse antes —advirtió Airas mientras bajaban por el caminito de arena entre las parcelas.

Caminaron en silencio hasta la playa, entre los árboles que les regalaban algo de sombra. El sonido del mar se iba haciendo más fuerte, más limpio. Al llegar, Jaime clavó la vista en el agua. Azul, brillante, serena.

No dijo nada, pero el chapuzón le pareció lo mejor que le podía pasar en ese momento. Se metieron al mar corriendo. Como si fueran críos.

93

La playa, a esa hora de la tarde, era un refugio cálido de cuerpos relajados y conversaciones arrastradas por la sal del mar. Bajo la arboleda, sobre toallas revueltas y pareos extendidos como lienzos de verano, los chicos estaban tumbados, a medio dormir, con las gafas de sol puestas y el cuerpo ya tostado por el sol del mediodía.

Rubio roncaba suavemente, con un brazo sobre la cara. Airas tenía el móvil en la mano, aunque ya no veía nada. Jaime estaba recostado con las manos bajo la nuca, el pelo aún húmedo del último baño. No hablaban mucho. Solo dejaban que el sopor y el sonido de las olas los arrastrara un poco.

Las chicas bajaron después de comer, con sus toallas al hombro, riéndose de alguna tontería que Aitana acababa de decir.

—¿Vienen con energía?— bromeó Airas al verlas llegar.

—Energía y un táper de sandía —respondió Elena, mostrándolo como un tesoro.

Se acomodaron todas en sus sitios, bajo la sombra moteada de los árboles, y pronto sacaron la baraja. Las partidas de cartas se habían vuelto un ritual diario, y más si había apuestas tontas de por medio.

—Si pierdes, tienes que contar algo comprometido —dijo Rita, barajando con aire inocente.

Rubio levantó una ceja.

—¿Comprometido tipo qué?

—Tipo… lo que pasó anoche, por ejemplo —dijo él mismo, con una sonrisilla traviesa, mirando de reojo a Jaime.

Elena soltó una risita. Jaime no contestó de inmediato. Solo levantó una ceja y le devolvió la mirada con ese gesto suyo entre sarcástico y tranquilo.

—¿Te gustaría saberlo, Rubio?

—Solo si me vas a dar detalles gráficos —bromeó él.

Alegra, que hasta entonces estaba callada, se puso roja al instante. Bajó la cabeza y fingió estar súper concentrada en recoger las cartas del suelo.

—¡Eh! —exclamó Rita, alzando las cejas—. Esa cara lo dice todo.

—Todo, todo —secundó Elena, abrazándola por la espalda con una carcajada—. ¡Confirmado!

—¡Shhhhhh! —susurró Alegra, medio riéndose—. ¡Luego os cuento! No aquí.

Rita le dio un beso en la mejilla.

—Te queremos igual, aunque no nos hayas hecho *spoiler*.

—Sí, pero te lo perdonamos si después nos cuentas absolutamente todo —añadió Elena, guiñándole un ojo.

Rubio se echó sobre la toalla con los brazos cruzados tras la cabeza, satisfecho.

—No me habéis dado los detalles… pero ya me hice la película.

—Eso es lo que mejor se te da —le dijo Airas, lanzándole un puñado de arena sobre las piernas.

—¡Ey! ¡Sin agresiones!— protestó Rubio entre risas.

Las cartas siguieron sobre la toalla. Las bromas también. Pero ya había algo distinto en el ambiente. Una complicidad nueva. Como si las piezas del verano fueran encajando poco a poco.

94

Las chicas ya habían subido a la caravana para ducharse, ponerse ropa cómoda y preparar algo para cenar. Después de picotear entre risas, el momento llegó.

Estaban todas tumbadas en la cama de matrimonio y en los colchones del suelo: Aitana sentada con las piernas cruzadas, Elena de lado apoyada en un codo, Fabiola en el suelo con la cabeza sobre una almohada, y Rita acariciándose el pelo con aire tranquilo.

Alegra estaba entre todas, intentando disimular lo evidente: que había algo que morían por saber.

—Bueno —soltó Rita, como quien no quiere la cosa—. Ya es hora de que hables.

—¿Yo? —preguntó Alegra, fingiendo sorpresa.

—Sí, tú, señora «me desaparezco toda la noche y vuelvo al amanecer dejando notas» —dijo Elena, tirándole un cojín.

—¡Y no nos vengas con «es que fue especial» y ya! Queremos contexto, emociones, sensaciones, todo —añadió Aitana, divertida.

Alegra se mordió el labio. Miró a cada una, y soltó una pequeña risa nerviosa.

—Vale… —suspiró, bajando un poco la voz—. Fue muy bonito.

—¿Fue la primera vez? —preguntó Fabiola con los ojos muy abiertos.

—Sí —admitió, sonrojándose.

Las chicas se acomodaron más cerca, como si la intimidad de la confesión hubiera cambiado la energía en la caravana.

—¿Y? —susurró Rita—. ¿Cómo fue?

Alegra sonrió, con una mezcla de pudor y ternura.

—No sé cómo explicarlo. No fue solo el momento… Fue él. Estaba tan atento, tan dulce… Me sentí segura. Como si todo fuera en calma, como si supiera exactamente cuándo parar, cuándo seguir. No fue rápido ni torpe. Fue lento… intenso.

—¿Dolió? —preguntó Aitana, sincera.

Alegra negó con la cabeza.

—Un poco al principio. Pero… Era como si estuviéramos conectados. Todo lo demás desapareció. Me besaba y me sentía tan suya… Y tan yo a la vez.

Hubo un silencio. No incómodo. Sino uno lleno de emoción.

—Tía… —dijo Elena, sonriendo con ternura—. Me alegro mucho por ti.

—Yo también —añadió Rita, cogiéndole la mano—. Te brillan los ojos.

—Y las mejillas también, mírala —bromeó Fabiola.

Alegra se tapó la cara entre risas, pero después se asomó entre los dedos.

—Tenía miedo. De que no saliera bien. De no sentirme preparada. Pero cuando me abrazó después… Supe que no me arrepentiría nunca.

—Eso es lo importante —dijo Rita, bajito—. Que lo vivas desde ti. Que sea tu historia.

—Y que haya sido con alguien que te quiere —añadió Elena—. Aunque a veces nos haga dudar…

Las miradas se cruzaron. Nadie dijo más. No hacía falta.

El verano aún tenía muchas páginas por escribir. Pero como casi siempre, una vez allí, las amigas celebraron juntas el inicio de algo nuevo. De lo que, para Alegra, ya no era solo amor de verano. Era algo más.

95

La lluvia había empezado a media mañana, ligera, persistente, de esa que no te empapa del todo, pero te obliga a hacer planes distintos.

En el camping todos se pusieron de acuerdo para coger el bus hasta la ciudad. No era algo nuevo: cuando el cielo se nublaba y la playa no llamaba, escapaban a pasear por las calles mojadas, a refugiarse en tiendas, a buscar cualquier excusa para estar juntos. Pero como casi siempre, una vez allí, el grupo se fue dividiendo.

Rita y Rubio se miraron un par de veces y, sin decir mucho más, anunciaron que iban a pasar por casa de él, que tenía que recoger una chaqueta. Nadie preguntó más.

Elena y Airas se miraron con una sonrisa traviesa y terminaron en el centro comercial. Entraron en un sitio de colchonetas cubierto, donde acabaron saltando, riendo y empujándose como críos. Después pidieron unos batidos y se sentaron en un rincón, aún jadeando por la actividad. Fue allí, entre risas, que Elena se acercó y le robó un beso. Airas no dudó en seguirle el juego, y se liaron con tranquilidad, como si el mundo no existiera más allá de ese rincón cálido.

Mientras tanto, Jaime le propuso a Alegra ir a su casa. Su madre estaba trabajando. La lluvia seguía golpeando suave los cristales mientras subían las escaleras. Alegra se quitó la chaqueta húmeda, y Jaime la miró como si el día gris no pudiera empañar su sonrisa.

No hablaron demasiado. La habitación los envolvió en silencio, en complicidad. Se besaron, se acariciaron, se buscaron con calma, con esa intensidad contenida que solo tienen los que ya se conocen. Volvieron a estar juntos, sin prisas, dejándose llevar por el momento, por las ganas, por el cariño que se acumulaba desde hacía días.

Después, se tumbaron juntos en el sofá del salón, tapados con una manta, viendo una película cualquiera. Alegra estaba medio dormida, con la cabeza en el pecho de Jaime, cuando se abrió la puerta.

—Hola —dijo la madre de Jaime al entrar, sacudiéndose el paraguas.

Alegra se incorporó de golpe, un poco nerviosa. Bea sonrió al verla.

—¡Hombre, Alegra! —dijo con cariño—. Qué bien verte por aquí. Se acercó y le dio un beso a cada uno. ¿Os quedáis a cenar?

Alegra sonrió, aliviada por el tono amable, y Jaime se rio en voz baja.

—Solo estamos viendo una peli —dijo él, restándole importancia.

Bea los miró con una media sonrisa antes de irse a la cocina.

Alegra se volvió a recostar en el pecho de Jaime, que le acariciaba el pelo.

—Podría acostumbrarme a esto —susurró él.

—¿A qué? —preguntó ella, cerrando los ojos.

—A ti aquí. Conmigo. Aunque fuera todos los días de lluvia del año.

Y Alegra, sin pensarlo, le apretó la mano. No respondió. No hacía falta.

96

Elena no sabía cómo había acabado saltando en una colchoneta gigante con Airas. Bueno, sí lo sabía: a él se le ocurrió la idea. Se estaban refugiando de la lluvia en el centro comercial, y después de dar vueltas sin rumbo, vieron el sitio con suelo acolchado, luces de neón y niños que gritaban felices. Se miraron. Y sin pensarlo demasiado, entraron.

—No sé si estamos un poco mayores para esto —dijo ella entre risas, quitándose las zapatillas.

—Jamás se es demasiado mayor para tirarse de espaldas —contestó él, lanzándose de cabeza a una colchoneta.

A los cinco minutos ya estaban jadeando de la risa, empujándose, saltando a cámara lenta para grabarse con el móvil. A Elena le dolía

la cara de tanto reír.

Salieron empapados en sudor. Se sentaron en unos sillones bajos del local, con un batido en la mano cada uno. El suyo de fresa, el de él de vainilla.

—Tienes las mejillas rojas —le dijo Airas, mirándola de reojo.

—Será del esfuerzo físico —contestó ella, bebiendo por la pajita.

—¿O del subidón de estar tan cerca de mí?

—¿Te estás tirando el pisto?

—Puede ser.

Hubo un silencio pequeño, lleno de esas cosas que no se dicen, pero se notan. Entonces, sin ninguna coreografía, sin ningún discurso previo, Elena se inclinó hacia él y le dio un beso. Corto. Sencillo. Pero muy claro.

Cuando se separó, Airas se le quedó mirando con una sonrisa torcida.

—¿Eso fue un premio por el mejor salto? —bromeó él.

—Fue porque me apetecía.

—Ah.

97

—¿Estás segura de que no querías hacer otra cosa? —preguntó Rubio mientras cerraba la puerta de su casa.» El piso estaba en silencio, con las persianas a medio bajar y el sonido de la lluvia repiqueteando en las ventanas.

—Sí —dijo Rita, dejándose caer en el sofá—. Me apetecía estar contigo, sin que nadie nos moleste.»

Rubio la miró desde la puerta con una sonrisa torcida. Llevaba una sudadera ancha y el pelo algo revuelto por la humedad. A Rita le encantaba cuando lo pillaba así, sin filtro, solo él.

—¿Café o manta? —preguntó él.

—¿Puedo elegir manta y tú?

—Estás en mi casa. Tienes pase libre.

Fue hasta su habitación y volvió con una manta gruesa. Se sentó junto a ella y, sin decir nada más, se la echó por encima a los dos. Rita se acomodó contra su pecho.

—Esto es raro —dijo, bajito.

—¿Por qué?

—Porque me estoy acostumbrando demasiado rápido a esto. Y me gusta.

Rubio bajó la mirada y le acarició el brazo, lento.

—A mí también. Es como… natural. Sin que haya que forzar nada.

Rita levantó la cabeza y lo miró.

—Y eso que tú no me gustaste desde el primer momento, ¿eh?

—¿Perdona?

—Es broma. Me pareciste guapo desde el minuto uno, no voy a mentir. Pero pensé que ibas de sobrado.

Rubio se rio.

—Un poco sí que voy.

—Ahora lo sé. Pero también sé que eres mucho más que eso.

Se miraron en silencio. Él le acarició el rostro con el dorso de la mano y ella cerró los ojos un segundo, dejando que el gesto la atravesara.

Se besaron despacio, sin prisa. Como si el tiempo fuera a esperarlos. Rita se subió a su regazo, aún bajo la manta, y lo abrazó por el cuello mientras los besos se volvían más profundos. Él le acariciaba la espalda por debajo de la camiseta, con una delicadeza que contrastaba con la intensidad del momento.

Sus manos empezaron a explorar, suaves al principio. Ella le acariciaba el cuello, el pecho por encima de la camiseta. Rubio la miraba con una intensidad distinta, como si verla ahí, tan cerca, le hubiera encendido algo por dentro que ya no podía disimular.

Fue Rita quien tiró suavemente de su camiseta hacia arriba. Él se la quitó con una sonrisa muda, casi temblorosa. Ella le acarició el

pecho, bajando despacio por su abdomen, y él le besó la clavícula con devoción.

Rubio deslizó las manos bajo su sudadera y fue subiéndola con calma. Rita lo dejó hacer. Se miraron a los ojos, respirando el mismo aire, sabiendo que estaban cruzando una línea nueva. Una deseada.

Sus cuerpos se fueron acercando más, con la ropa deslizándose hacia el suelo, pero sin urgencia. Todo era suave. Delicado. Cada beso, cada roce, era una afirmación silenciosa.

El tiempo afuera se detuvo. Solo quedaban ellos, piel contra piel, con los corazones latiendo fuerte y las manos descubriendo nuevas formas de quererse sin necesidad de palabras.

Cuando se tumbaron, entrelazados bajo la manta, Rita susurró:

—Me siento a salvo contigo.

Rubio le besó la frente.

—Porque lo estás.

98

Diego había dejado el móvil boca abajo sobre la mesa. Aquel gesto, casi mecánico, era su forma de protegerse. De no tentarse. De no mirarlo cada dos por tres, esperando un mensaje que, tal vez, no llegaría.

Pero el móvil vibró. Una sola vez. Lo cogió con el corazón apretado. No era Alegra. No siempre era Alegra.

Se recostó en el respaldo del banco. Estaba en el mismo parque donde solían encontrarse. Las luces del atardecer pintaban todo de naranja, y el aire olía a tierra mojada por la lluvia reciente. Cerró los ojos.

No quería pensar en ella, pero lo hacía. En su risa. En cómo le gustaba andar descalza por el césped. En su manera de quedarse

callada cuando algo le removía por dentro. En su voz diciéndole te quiero aquel día después del poema. En su primer beso.

Y también, aunque le costara admitirlo, la pensaba con él. Con Jaime. No eran celos. Era otra cosa. Una mezcla de pena, de nostalgia y de esa certeza cruel de que a veces querer a alguien también significa dejarlo volar… aunque se vaya con otro.

Sabía que estaban juntos. Lo sabía sin necesidad de confirmaciones. Pero no había resentimiento. No contra ella. Alegra había sido clara. Había querido ser honesta. Le habló con el corazón en la mano. Y eso, en medio del dolor, también era un regalo.

Se la imaginó en la playa, con el viento enredándole el pelo, con los ojos cerrados frente al sol, con las mejillas encendidas por los besos recientes. ¿Sería feliz? Ojalá, pensó. Ojalá lo fuera. Aunque no fuera con él.

Porque él la seguiría queriendo. No desde el ego. No desde la necesidad. Desde ese lugar más hondo, donde uno guarda lo que ha sido importante. Desde donde se quiere de verdad.

Y aunque a veces doliera, Diego sabía algo que nadie más sabía: que a pesar de todo, ella seguía confiando en él. Porque le escribía. Porque lo llamaba. Porque, aunque no se lo dijera con palabras, él seguía siendo su refugio. Su lugar seguro.

Sacó el móvil. Escribió algo. Lo borró. Volvió a escribir. Esta vez no iba a enviárselo. Solo necesitaba ponerlo en palabras: «No hace falta que vuelvas. Pero si un día quieres, aquí estaré. No como quien espera… sino como quien no se va».

Guardó el móvil.

99

El grupo de *WhatsApp* de las chicas había estado ardiendo desde por la mañana. Susana volvía de la aldea solo para celebrar su cumpleaños y no se había guardado nada: mensajes de voz, memes, y una invitación improvisada hecha con Canva, donde ponía «Planazo de cumple. Vosotras, comida, risas y cotilleo asegurado».

Alegra sonrió cuando lo leyó. Había algo especial en esa amistad que no se desgastaba con la distancia. Cuando se juntaban, todo volvía a ser como antes.

El mensaje final de Susana la dejó pensativa: «Podéis venir con vuestros chicos si queréis… también vienen Javi y Diego». Y ahí empezó el dilema.

Jaime no iba a encajar. No porque Susana no lo aceptara, sino porque Alegra no quería llevarlo. No esa noche. No si Diego iba a estar allí. Rita le comentó que Rubio había preferido no ir. «No le mola ese plan, además así se queda con Jaime», le escribió. Elena también iría sola. Airas y ella no eran nada oficial y no tenía sentido forzar las cosas.

Alegra, después de pensarlo mucho, fue a hablar con Jaime.

—Es el cumple de Susana —dijo, sin rodeos—. Me invitó con las chicas.

—¿Y vas a ir?

—Sí.

—¿Va a estar Diego? —preguntó, sin esconder la tensión.

—Sí.

Él apretó los dientes. No gritó. No dijo nada hiriente. Pero algo en su mirada se volvió opaco. Como si una puerta se cerrara.

—Entiendo —dijo solo, después de unos segundos largos.

—Jaime…

—No hace falta que me expliques. Ve. Pásalo bien.

Pero ella sabía que no lo decía con calma, sino con orgullo herido.

El lugar elegido era una terraza en la parte alta de la ciudad. Mesas largas, luces colgantes, música suave y el olor a tortilla recién hecha. Susana las recibió con gritos y abrazos, tan ella como siempre. Elena, Rita, Aitana y Alegra llegaron juntas. Las risas se desbordaban antes de llegar a la mesa.

Diego ya estaba allí. Iba con camisa de cuadros, algo informal, y una sonrisa contenida. Al verla, se levantó sin pensarlo. Se abrazaron fuerte y se miraron. Y con eso bastó.

—Hola —dijo él.

—Hola —contestó ella.

—¡Qué bien que viniste!

—No me lo habría perdido.

Hablaron un rato, en grupo. Susana repartía fotos antiguas impresas, papelitos con recuerdos vergonzosos y tarta casera. Javi se pasó media hora contando anécdotas ridículas. Rita se sentó al lado de Diego sin mala intención, pero también con el ojo puesto en cómo reaccionaba Alegra.

Y sí, Alegra lo miraba. Discretamente. Pero lo miraba.

Cuando Susana puso una canción de esas que les recordaban al colegio, Diego se acercó a ella. No muy cerca. Solo lo suficiente para que pudiera escucharlo.

—No sabía si querías verme.

—Claro que quería verte, pero estaba nerviosa hasta que te vi —respondió ella.

Él sonrió, como si esa frase le bastara.

—Me alegro de que estés bien.

—¿Lo estoy?

—Pareces estarlo —dijo él, suave.

Y en ese momento, sin buscarlo, sin decirlo… sintió que Diego todavía podía leerla como nadie.

La noche avanzaba envuelta en esa calidez rara de las cosas que no son perfectas, pero sí reales. Susana había encendido unas velitas en frascos de vidrio y la música ahora flotaba más suave, casi nostálgica.

Cuando Javi y Aitana se pusieron a discutir sobre qué canción era mejor para cerrar la fiesta, Diego se levantó con un par de vasos de refresco y se acercó a Alegra.

—¿Te apetece que hablemos? —preguntó en voz baja.

Ella asintió.

Caminaron por la terraza hasta un rincón más apartado, donde la barandilla dejaba ver la ciudad a lo lejos, entre luces amarillas y el rumor tenue de coches.

—Gracias por venir —dijo Diego.

—Gracias por estar —respondió ella, y luego bajó la mirada a su muñeca, como si de pronto algo pesara más que antes.

Diego la miró también. La pulsera. La suya. La que le había regalado en el camping, con su nombre grabado.

—¿Todavía la llevas?

Alegra se tocó la muñeca con suavidad, sin dejar de mirar hacia la ciudad. Se la había puesto antes de ir a la fiesta, todavía no sabía bien por qué.

Diego bajó la mirada, se le notaban los ojos húmedos.

—Yo… no dejo de pensar en que, si te hubiera pedido que te quedaras, a lo mejor no estaríamos aquí como ahora. Pero lo hice así a propósito. Porque quería que vivieras eso que necesitabas vivir.

—Y lo estoy viviendo. Pero eso no borra del todo lo que viví contigo.

Hubo un silencio pequeño, lleno de cosas no dichas.

—¿Estás bien, Alegra? ¿De verdad?

—Algunos días no. Pero otros sí. Supongo que estoy en ese punto raro donde se quiere a dos personas y se desea entenderse a una misma.

Diego asintió con lentitud.

—Entonces estás donde tienes que estar.

Se quedaron así un rato, mirando el cielo. Cuando Susana los llamó para una foto de grupo, los dos sonrieron con esa paz triste que da el cariño cuando ya no se puede besar.

—¡Foto de cumple! —gritó Susana con la Polaroid de Alegra en alto—. ¡Vamos, venga! ¡Todos juntos!

Alegra se colocó entre Rita y Elena. Diego acabó detrás de Rita. Susana disparó dos veces; una con el móvil para Instagram y otra con la cámara para la colección de fotos reales de Alegra, las que no caben en historias de veinticuatro horas.

—¡Os etiqueto a todos, aviso! —dijo mientras le daba publicar—. ¡Y que alguien le saque una a la tarta antes de que Javi se la

termine!

En la foto salían todos sonriendo, pero a Alegra le llamó la atención un detalle: Diego, al fondo, con la mirada ligeramente girada hacia ella. Como si justo al disparar, no hubiera podido evitarlo.

La música sonaba baja en el interior. Alguien había puesto una *playlist* tranquila, con canciones de las que te hacen mover los hombros sin pensarlo. Dentro, todos hablaban, reían, comían. Pero Alegra necesitaba un poco de aire.

Salió a la terraza. La noche estaba templada y en el cielo, algunas estrellas tímidas lograban asomarse entre las farolas. A los pocos segundos, Laura, Susana e Irene salieron tras ella.

—¿Huyendo de la muchedumbre? —preguntó Irene, apoyándose en la barandilla.

—Un poco —respondió Alegra, sonriendo.

—Nosotras también. A veces hay que respirar fuera para no explotar dentro —dijo Susana, acomodándose en una silla.

Laura la miró con curiosidad, medio sonriente.

—¿Y? ¿Nos vas a contar por fin lo que no se podía decir por teléfono?

Alegra bajó la vista a su copa. Dio un sorbo. Respiró hondo.

—Sí, os lo quiero contar. Pero tenía que hacerlo en persona.

Sus tres amigas se miraron con expectativa. No dijeron nada. Esperaban.

—Jaime y yo… —empezó ella— ya estuvimos juntos.

Hubo un segundo de silencio antes de que Laura soltara una pequeña risa ahogada.

—Lo sabía. ¡Lo sabía!

—¿Cuándo? —preguntó Irene, sin morbo, con curiosidad sincera.

—En el camping. Una noche que mis padres no estaban. Pero no fue solo deseo. Fue… Especial. Con él todo fue lento, cuidado. Me preguntaba todo el rato si estaba bien, si quería, si paraba… y no sé,

me sentí en paz. Como si por fin pudiera soltar todo lo que llevaba dentro desde hace años.

—Y desde entonces, ¿seguís…? —dijo Susana, bajando la voz con una sonrisita cómplice.

Alegra asintió, bajando la vista.

—Sí. Un par de veces más. Pero no lo había contado antes porque… no quería que pareciera solo eso. Es más. Es confianza. Es historia. Y también… Duda. A veces dudo de todo. De mí. De él. De lo que siento. Pero cuando estamos juntos, todo eso se calla un rato.

Laura le cogió la mano con suavidad.

—Tú nunca has sido de hacer las cosas por hacer. Si pasó, es porque lo sentías. Y eso está bien.

—Y te veo feliz —añadió Irene—. Aunque tengas lío en la cabeza, te noto más segura. Más tú.

Susana se incorporó, mirándola muy seria… aunque le brillaban los ojos.

—¿Y sabes lo que más me gusta de todo esto?

—¿Qué?

—Que no te lo has guardado por miedo, sino por respeto. A ti. A lo que estabas viviendo. Y ahora que lo cuentas… lo haces como se cuentan las cosas importantes. Sin ruido, pero con verdad.

Alegra sonrió, con el corazón lleno.

—Os quiero.

—Y nosotras a ti, tonta —dijeron las tres casi al unísono.

Y ahí, bajo las lucecitas de la terraza y el murmullo suave de la fiesta al fondo, compartieron algo más que una confesión. Compartieron un momento de esos que solo ocurren entre amigas de verdad.

La fiesta había sido perfecta. Risas, música, fotos con la *Polaroid* de Alegra, abrazos con sabor a reencuentro. Había bailado, había charlado con todas sus amigas, se había reído hasta que le dolió la

tripa. Pero ya era tarde, la terraza se vaciaba poco a poco y las luces comenzaban a apagarse una a una.

Susana, como siempre, fue la última en recogerlo todo.

—¿Tenéis cómo volver? —preguntó ella mientras plegaba una silla.

—Sí, mi padre viene a buscarnos. Ya está llegando —dijo Alegra, mirando su móvil.

Las chicas se acercaron a la puerta. Elena bostezaba. Aitana bromeaba con que iba a quedarse dormida en el coche. Rita se despedía de Irene y Laura entre risas flojitas.

Y entonces lo vio. Diego estaba al final del pasillo de entrada, hablando con Javi. Cuando la miró, sonrió como si no hiciera falta decir nada. Como si, de alguna forma, ya supiera que iba a ser un adiós especial. Alegra se acercó despacio.

—Me alegro de que vinieras —dijo ella, intentando que no le temblara la voz.

—Yo también. Susana siempre lo organiza todo tan bonito… y tú estabas aquí.

Él la miró con esos ojos suyos tranquilos, con ese gesto que siempre parecía entender más de lo que decía.

—Ven, dame un abrazo —le dijo, abriendo los brazos sin pensarlo demasiado.

Y ella fue. Se abrazaron fuerte, como si el cuerpo aún no hubiera aprendido a despedirse del todo. Como si en ese instante se permitieran recordar todo lo que habían sido, sin que doliera. Justo cuando ella iba a separarse, Diego se inclinó y le dio un beso en la mejilla, lento, cerca del oído. Y entonces, en voz muy baja, como si se le escapara el corazón en una frase, susurró:

—Tú sabes lo que fuiste para mí. Y lo que aún eres. Te quiero, Alegra.

Ella sintió que todo se le apretaba por dentro. Cerró los ojos un segundo.

—Yo también te quiero, Diego.

Se miraron, esta vez sin decir más. Porque había cariño, pero también respeto. Y eso, en medio de todo, era lo más valioso.

El coche llegó y las chicas empezaron a subirse. Su padre saludó desde la ventanilla. Alegra dio un paso atrás, aún mirando a Diego, antes de girarse del todo.

Rita la esperaba con una sonrisa suave. Elena y Aitana charlaban ya dentro. Cuando Alegra se sentó junto a la ventana, no pudo evitar mirar hacia atrás.

Diego seguía allí. Quieto. Observando. Como quien no quiere retenerte, pero tampoco quiere soltarte del todo. Y ella, desde dentro del coche, levantó la mano en un gesto pequeño. Él lo vio. Y sonrió. El coche arrancó. El verano seguía. Y, aunque cada vez parecía más confuso, algo en ese abrazo, en ese susurro, le dejó claro que había amores que, incluso después de acabarse, sabían cómo cuidarte.

100

El coche avanzaba tranquilo por la carretera de vuelta al camping. A esas horas, todo parecía envuelto en una calma suave, como si incluso el aire se hubiese rendido al cansancio de la madrugada.

En los asientos traseros, las chicas iban medio derrumbadas. Aitana tenía la cabeza apoyada en el cristal en el asiento del copiloto, mirando las luces pasar. Elena bostezaba a intervalos, con los pies cruzados sobre el asiento. Rita, sin embargo, no se había dormido. Ni se había desconectado.

Estaba atenta a Alegra, que iba sentada en la esquina, con la cara iluminada por el móvil, pero los ojos distraídos. La pulsera de Diego brillaba suave bajo la luz de la pantalla.

Rita se inclinó un poco, le dio un codazo suave y, en voz apenas audible, preguntó:

—¿Y qué tal con Diego?

Alegra giró la cabeza. Le sostuvo la mirada unos segundos, como dudando.

—Bien… —murmuró al fin.

—¿«Bien»? —Rita le sonrió con esa cara que ponía cuando sabía que había más—. Te abrazó como si fueras su casa.

Alegra bajó la mirada, sintió un calor raro en el pecho.

—Me dijo que me quería —susurró—. Mientras me abrazaba.

—¿Y tú? ¿Qué sentiste?

Las palabras colgaron en el aire unos segundos.

—Paz —dijo ella—. Y culpa. Y cariño… mucho. Pero no sé si es lo mismo de antes.

Rita asintió, comprensiva.

—¿Y lo echas de menos?

—Claro que lo echo de menos. Es mi mejor amigo. Pero ahora estoy con Jaime —dijo, y sus dedos tocaron inconscientemente la pulsera—. Aunque a veces me pregunto si lo estoy haciendo bien con alguno de los dos.

—No creo que haya un «hacerlo bien» —dijo Rita—. Solo sentir con verdad. Si eres sincera contigo y con ellos, eso es lo único que puedes controlar.

Alegra la miró con ternura.

Aitana giró la cabeza hacia el asiento de atrás, medio dormida.

—¿Estáis hablando de tíos?

—¿Y de qué si no? —respondió Elena, desde el otro lado, con una sonrisa soñolienta.

Rita se rio bajito.

—De uno en concreto. Que es más tío que todos los demás juntos —dijo, dándole un golpecito en la pierna a Alegra.

El coche seguía su camino, y el silencio volvió. Pero ahora no era incómodo. Era de esos silencios en los que cada una iba ordenando lo que sentía, entendiendo lo que no sabía que necesitaba decir.

Alegra miró por la ventana. Recordó el abrazo. El susurro. La forma en que Diego le acarició el pelo, como si fuera todavía su refugio.

No sabía qué clase de amor era. Era distinto al que sentía con Jaime, pero sí un amor al que no pensaba renunciar.

Al llegar al camping se desmaquilló, se lavó los dientes y se puso el pijama. Miró la pulsera antes de quitársela y la guardó en una cajita en la que tenía cosas especiales. Se acostó, y se sintió un poco culpable. Por estar siendo feliz cuando Diego no lo era.

101

La tarde caía despacio sobre el camping, envolviéndolo todo en una luz naranja cálida. Jaime, Rubio y Airas estaban sentados en una de las mesas de madera bajo los árboles, cerca de la arboleda. Las chicas habían salido para ir al cumpleaños de Susana y ellos se habían quedado allí, sin mucho plan, solo matando el tiempo con una Coca—Cola y conversaciones que iban y venían.

—Seguro que están de risas, bailando y haciéndose mil *selfies* —dijo Airas, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—¿Tú crees que Elena subirá algo? —preguntó Rubio, sacando el móvil con desgana.

—Si sube, tú vas a ser el primero en enterarte —se rio Jaime, sin demasiado entusiasmo.

El silencio se instaló durante unos segundos hasta que a Jaime le vibró el móvil. Lo desbloqueó sin pensar. En la pantalla, una historia de Alegra compartida hace menos de un minuto. No pudo evitar abrirla al instante.

Era una foto de grupo. Todos los de la fiesta juntos, sonrientes. Alegra estaba entre Rita y Elena, vestida con una camiseta negra ceñida y unos vaqueros claros. Sonriente. Guapísima. Radiante. Pero no fue eso lo que le hizo apretar los dientes.

Diego también estaba en la foto. Al lado. Un paso detrás. Y la estaba mirando. No era una mirada casual. Era una mirada de quien todavía está enamorado. A Jaime le cambió la cara. Se le encendió la sangre en las venas.

—Tío, ¿qué pasa? —preguntó Rubio, inclinándose un poco hacia él.

Jaime le pasó el móvil. Rubio miró.

—¿Qué?

—La foto.

—¿La de Susana?

—Está chula.

—Mira a Rita, joder.

—Está guapísima.

—Y se la ve feliz.

—Sí, sí… —dijo Jaime, sin siquiera mirarlo—.

—Pero míralo a él.

—Mira cómo la mira Diego.

Rubio parpadeó y volvió a mirar la historia.

—¿Y?

—No es una mirada cualquiera, tío.

—Es esa jodida mirada de «te sigo queriendo».

—¿Ves? Está completamente colado por ella.

—Y seguro que han hablado.

—Seguro que han tenido su momento, como siempre.

Airas levantó la vista del móvil y se unió a la conversación.

—Tú estás con ella ahora, ¿no?

—Sí, pero… —Jaime se pasó la mano por el pelo, tenso—.

—Pero eso no borra lo que fueron.

—Ni lo que todavía son.

Jaime volvió a mirar la foto. Y ahí la vio. La pulsera. Su pulsera. La que Diego le había regalado cuando cortaron. La que ella se había quitado. La que no llevaba en el *camping* desde hacía semanas. Y, sin embargo, ahora sí la llevaba. Para ir a verlo a él.

No dijo nada. No hizo falta. Rubio estaba mirando su cara, y lo entendió.

—¿Te duele? —preguntó bajo.

—Mucho —contestó Jaime, con la mirada fija en la pantalla—.

—Porque siento que por más que me acerque, siempre habrá una parte de ella que no va a ser mía.

Rubio no respondió. Solo le dio una palmada suave en la espalda.

—Pues entonces haz que se quede contigo por lo que tú eres.

—No por lo que él no fue.

Jaime bloqueó el móvil, con el nudo en la garganta más apretado que antes. Y por primera vez en semanas, tuvo miedo de verdad.

102

La playa había sido un regalo ese día. Sol, olas, carcajadas. Jaime no mencionó la foto. Ni la pulsera. Cuando vio a Alegra esa mañana, ella ya no la llevaba. Lo miró, sonrió y lo besó como si el día anterior no hubiera dejado ninguna herida abierta.

—¿Qué tal la fiesta? —le preguntó él, casual.

—Bien, muy bien.

—Echamos de menos vuestra música cutre —respondió ella, con una sonrisa traviesa.

Y ahí quedó. Pasaron el día entre baños, cartas, helados derretidos y carreras hacia las toallas. Al final de la tarde, cuando ya no quedaba nadie en la playa, se pusieron las sudaderas y se

quedaron allí un rato más, envueltos en la brisa fresca y el rumor del mar.

Cuando volvieron al *camping*, el frío les calaba los huesos. Todos querían una ducha caliente. Pero solo había cuatro duchas y dos ya estaban ocupadas.

Rita y Elena se metieron juntas. Airas ocupó la otra. Desde dentro empezó a cantar como si estuviera en un concierto y, de vez en cuando, gritaba a Elena para que se cambiara de ducha y se metiera con él.

—¡Elenaaaa! ¡Que tengo más espacio aquí!

Las chicas se partían de risa y no le contestaban.

Rubio, Jaime y Alegra esperaban fuera. Alegra tiritaba un poco, abrazada a sí misma.

—¿Quieres ducharte conmigo? —le preguntó Jaime con una sonrisita pícara.

—Estás loco —le dijo ella, mirándolo con las cejas alzadas.

—Puede ser.

—Pero lo digo en serio.

Ella no respondió. Solo lo miró como si no supiera si reírse o matarlo.

Cuando las otras dos duchas quedaron libres, Alegra fue a entrar en una y Jaime en la otra. Pero en el último segundo, él la sujetó del brazo y la metió con él. Cerró la puerta detrás de ambos sin darle tiempo a protestar.

—¡Jaime! —susurró ella, medio riéndose, medio escandalizada—.

—¿Estás loco? ¡Nos pueden ver!

—Es de noche.

—Todos están cenando.

—Y si salimos de uno en uno, nadie se enterará —susurró él contra su oído, con una sonrisa que desarmaba.

Rubio, desde fuera, solo soltó una risita y se metió feliz en la ducha libre, agradecido de no tener que seguir esperando.

Alegra iba a decir algo más, pero entonces Jaime la besó. Un beso cálido, lleno de sal y jabón, que le borró todas las objeciones.

—Eres un desastre —le dijo ella bajito, con los ojos brillando.

—Pero te hago reír —contestó él, bajando la voz aún más.

—Y suspirar —añadió ella, antes de besarlo de nuevo.

El agua caliente caía sobre ellos mientras sus risas quedaban atrapadas entre los azulejos empañados. El mundo afuera podía seguir girando. Ellos solo necesitaban ese instante. Ese calor. Esa piel. Esa forma de tocarse sin apuro, sin prisa. Como si se reconocieran otra vez.

Y cuando salieron, lo hicieron por separado, como si nada. Pero a ambos les temblaban las manos por el contraste del agua… y de todo lo demás.

103

Jaime se levantó antes que el resto. El cielo encapotado prometía una tregua de sol, y el silencio del *camping* todavía dormido le pareció casi sagrado. Se calzó las chanclas, se puso la sudadera con capucha y salió con algo escondido en el bolsillo del pantalón: un cúter pequeño. Lo había pensado la noche anterior, mientras pensaba en su momento en la ducha con Alegra. Necesitaba dejarle algo. Algo que no pudiera llevarse el viento. Algo suyo, solo para ella.

Caminó hasta el bloque de duchas. El agua fría le despertó del todo, pero no fue eso lo que más lo aceleró. Cuando terminó, secó bien con la toalla la parte interior de la puerta metálica, buscó un

rincón discreto y, con paciencia, grabó con la punta del cúter: «Te quiero con el alma, Alegra».

Las letras no eran perfectas, pero eso no importaba. Estaban ahí. Fijas. Sinceras. Salió de la ducha con el pecho lleno. Sabía que ella lo vería. Y sabía que sabría que era de verdad.

Más tarde, en la caravana, las chicas se habían despertado tarde, con risas y pelos revueltos. Fabiola y Aitana preparaban desayuno mientras Elena buscaba su camiseta entre los colchones desordenados.

Rita apareció puntual, como siempre, con el móvil en la mano y una sonrisa en la cara. Al rato, bajaron juntas a la parcela de Jaime. No hacía calor, el cielo seguía gris, y nadie tenía ganas de bajar a la playa. Así que sacaron un juego de mesa y rodearon la mesa de madera entre bromas, zumos y alguna tostada rescatada.

Jaime estaba especialmente tranquilo. Feliz.

Se sentó al lado de Alegra y, en un momento en que los demás se enfrascaban en una partida, se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

— La próxima vez que te duches… hazlo en la del fondo. — La de anoche. — La nuestra.

Ella lo miró, intrigada.

— ¿Por?

— Porque esta mañana fui yo. — Y… te dejé algo allí.

— ¿Algo? — ¿Qué clase de algo?

Él sonrió sin responder.

— Lo vas a saber en cuanto entres. — Es tuyo.

Alegra se quedó en silencio unos segundos, pero le brillaron los ojos. Le cogió la mano bajo la mesa, en un gesto discreto. Y no dijo nada más. No hacía falta.

Alegra no dijo nada, pero cuando bajó el sol y ya todos empezaban a pensar en la cena, se excusó con una sonrisa suave y una toalla al hombro.

— Voy a ducharme.

Jaime no respondió, solo la miró. Sabía a cuál iba.

El suelo de las duchas estaba mojado bajo sus pies. Encendió la luz y dejó la toalla en la puerta. Todo parecía igual, pero en el fondo sabía que algo la esperaba. Entró en la cabina del fondo.

La ducha en la que la noche anterior él la había abrazado contra la pared, en la que se habían reído entre el vapor y el deseo, en la que le temblaban las rodillas sin saber si era por el agua o por él.

Miró alrededor con el corazón acelerado. No sabía qué esperaba encontrar exactamente. Y entonces lo vio. En la puerta, justo frente a ella. Grabado a mano. Con cuidado: «Te quiero con el alma, Alegra».

No era solo lo que decía. Era que alguien había querido dejarlo ahí, para que no se borrara. Alegra se quedó inmóvil. El agua aún no corría. Se le hizo un nudo en el estómago, de esos que no aprietan, pero te llenan de emoción hasta el borde. Sonrió sola. Apoyó los dedos sobre las palabras, muy despacio. Como si tocarlas la conectara con él. Y cerró los ojos. No lloró. Pero le brillaron los ojos. Porque en ese instante, entre el olor a jabón, el eco hueco de la ducha y el frío del metal, supo algo con certeza: Jaime la quería de verdad.

104

El verano se estaba acabando. Se notaba en el aire, en cómo caía la luz por las tardes, en las sudaderas que empezaban a salir del armario cuando caía el sol. Y aunque nadie lo decía en voz alta, todos lo sabían: quedaban apenas dos semanas antes de recoger, hacer maletas y volver a la rutina, a la ciudad, a los horarios.

Pero no querían pensarlo todavía. Aquel agosto les había sabido a risa. A piel salada. A primeras veces y a otras que, aunque no lo fueran, se habían sentido como nuevas.

Incluso Airas, que había llegado con la mochila a medio hacer y la idea de quedarse unos días, terminó quedándose el verano entero. Se lo ganó rápido. A las chicas, a los chicos, al sol.

Las mañanas eran siempre iguales, pero distintas: bajar a la playa con los ojos medio cerrados, estirarse como gatos sobre las toallas, turnarse para poner la música, quejarse del calor y luego tirarse al agua gritando. Se bañaban, hacían el muerto, jugaban a aguantar la respiración. A veces solo flotaban, en silencio, como si el mar supiera todo lo que no decían.

Luego venían las cartas. Las partidas eternas con reglas inventadas, risas imparables y trampas descaradas que todos fingían no ver. Los piques sanos, las apuestas tontas —el que pierda trae los helados—, los «venga, otra ronda más». Los besos a escondidas. O no tan escondidos. Las miradas largas. Las bromas internas. Las canciones que ya eran de todos. Y el cariño. Porque sí, entre todos se querían mucho.

Aunque a veces doliera. Aunque hubiera silencios. Aunque algunos tuvieran el corazón un poco dividido. Porque el verano les había dado eso: un lugar. Un recuerdo vivo. Un tiempo que no se repetiría, al menos no igual. Y por eso lo exprimían. Como cuando sabes que solo queda un trago del batido, pero te da pena que se acabe.

Y ahí estaban. Todos juntos. En la arena, bajo la sombra de los árboles. Con restos de sal en la piel, las chanclas llenas de arena, y esa risa fácil que solo tienen los que se sienten en casa. dos semanas más. Solo dos. Y luego… ya se vería.

EPÍLOGO

ALEGRA Y JAIME

La caravana de Jaime estaba en silencio. Solo se oía el leve zumbido de los grillos, el viento meciendo las ramas y el vaivén de las olas a lo lejos. Alegra estaba tumbada en la cama con él, enredada en sus brazos, como si no existiera un mundo más allá de esa noche.

— No quiero que se acabe — susurró ella, acariciándole el pecho.

Jaime bajó la mirada, le apartó un mechón de pelo con ternura.

— No se va a acabar. — No lo nuestro. — Esto… esto puede seguir.

Alegra lo miró con los ojos húmedos, sin estar triste, pero sí con esa emoción que mezcla nostalgia y amor. Se besaron lento, como si quisieran memorizarse con la boca. Luego se abrazaron, se acariciaron despacio. Fue distinto esa vez. Más tierno, más consciente. Como si cada gesto fuera una promesa.

Hicieron el amor sin prisa. Con cuidado. Con todo.

Después, entre las sábanas y la penumbra, se prometieron lo que sabían que sería difícil: seguir siendo novios, verse cuando pudieran, no desaparecer.

— No sé cómo lo vamos a hacer, pero quiero intentarlo contigo — dijo él.

— Yo también, Jaime. — Y si no podemos vernos, escribámonos. — Llámame cuando me eches de menos.

— Te voy a llamar todos los días.

Ella sonrió y se abrazaron fuerte. Fue su última noche de verano. Pero también el primer intento de un amor más allá del camping.

RITA Y RUBIO

La luz de la caravana era cálida, tenue. Rita había encendido unas lucecitas en forma de lunares que colgaban de la estantería. Rubio estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, y ella se le había subido encima, en plan cariñoso, abrazándolo por el cuello.

— Te vas mañana — dijo ella, como si aún no fuera real.

— No me pongas triste — respondió él, besándole el cuello. — Quiero recordarte así, sonriendo.

Ella bajó la mirada y después lo besó. Se dejaron llevar. Se acariciaron. No llegaron a hacerlo, pero estuvieron muy cerca. Como

otras veces, el deseo estaba ahí, claro, pero esa noche les pesaba más el amor.

— ¿Tú crees que lo nuestro puede seguir? — preguntó Rita.

Rubio le acarició la cara.

— Yo quiero que sí. — No quiero perderte.

— Entonces no me pierdas — susurró ella, apoyando la frente en la suya.

Se quedaron dormidos abrazados. Ninguno lloró. Pero los dos sabían que estaban sintiendo algo más grande de lo que pensaban.

ELENA Y AIRAS

Elena y Airas no estaban en la caravana. Se habían ido a dar un paseo hasta la zona del mirador. Se sentaron en el banco de piedra, bajo el cielo estrellado.

Ella se abrazó las piernas, él la observó un rato en silencio.

—¿Tú qué vas a hacer cuando volvamos a la ciudad? —preguntó él.

—No lo sé. Me va a costar acostumbrarme a que no estés.

—¿Y si sigo estando? —dijo él, con esa sonrisa suya medio seria, medio retadora.

Elena lo miró. No se rió. Solo lo besó, despacio, como si eso fuera una forma de decir sí.

Pasaron un buen rato juntos. No hubo prisas ni fuegos artificiales. Solo cercanía. Manos entrelazadas. Besos suaves. Silencios cómodos.

Y al final, él le dijo:

—Me gustas más de lo que pensaba que me podía gustar alguien en tan poco tiempo.

Ella bajó la vista pero sus mejillas hablaban por ella.

—Me gustaría seguir conociéndote —dijo, casi en un susurro.
—Entonces empecemos por ahí.

No hicieron promesas. Pero dejaron abiertas todas las puertas.

Se fueron marchando poco a poco. Un coche por aquí. Una caravana por allá. Besos de despedida, abrazos largos, promesas de llamadas. El camping empezaba a quedarse en silencio.

Aitana se quedó mirando la parcela, todo tapado para sobrevivir al invierno. Donde días atrás habían comido, jugado, cantado, llorado. Se cruzó una mirada con Fabiola y ambas sonrieron, tímidas, como sabiendo que eso, lo que habían vivido, era más que un verano.

Alegra sacó una última foto con su Polaroid: las cinco chicas, despeinadas, en chándal, con las mochilas a los pies, riendo como si el mundo aún fuera de ellas.

Rubio le revolvió el pelo y le dio un beso en la frente. Airas le pasó un brazo por los hombros a Elena y le dijo: «Nos vemos pronto, ¿no?» Ella no contestó, solo lo besó. Porque sabía que lo importante no era prometer. Era desear que ocurriera.

Jaime le dio un beso a Alegra y le dijo que la quería. Alegra, con los ojos brillantes, subió al coche de su padre con el corazón lleno. No sabía qué iba a pasar en el próximo invierno. Pero sí sabía que por primera vez no tenía miedo de lo que venía.

Jaime no era bueno con los finales. Nunca lo había sido. Miró alrededor. Rubio estaba metiendo cosas en el maletero con su música puesta a todo volumen. Airas, despeinado, hablaba con Elena mientras ella se reía a carcajadas. Todo parecía fácil para ellos. Jaime no sabía si lo era para él.

Había tenido miedo. Desde el principio. Miedo a no recuperar a Alegra. Miedo a que Diego le ganara en silencio. Miedo a volver a tocarla y no sentir lo mismo… Pero lo sintió. Cada beso, cada noche juntos, cada vez que se le dormía en el pecho… todo le hablaba de verdad. Esa clase de verdad que no necesita palabras.

Y, sin embargo, había una parte de él que sabía que el mundo real estaba esperándolos al final del camino. La ciudad. Las clases. La distancia. El pasado. Diego.

Se subió a las escaleras de la caravana y sacó el móvil. Tenía una nota de Alegra guardada entre la carcasa y el móvil. La había leído al menos una decena de veces. Cada palabra suya tenía una voz en su cabeza: «Gracias por haberme esperado. Por no haberme soltado. Por seguir mirándome como si nunca me hubiera ido.»

Jaime sabía que no era perfecto. Que a veces era intenso. Que otras, inseguro. Pero si algo había aprendido ese verano era que Alegra valía todas las versiones de sí mismo que aún estaba por descubrir. Y que no pensaba volver a perderla.

Tal vez las cosas cambiarían. Tal vez la rutina haría difícil lo que ahora parecía sencillo. Pero esa noche, mientras los coches se encendían y la gente se despedía con lágrimas y carcajadas, Jaime la abrazó fuerte. Por última vez en aquel verano. Pero no por última vez.

Le envió un mensaje a Alegra antes de meterse en el coche con su padre: «Voy a hacer que funcione. Como sea, pero lo haré.» Porque si algo tenía Jaime, era eso que no se aprende en los libros: la certeza de que lo que ama, lo ama con el alma.

El verano se había acabado, y Alegra sentía que una parte de ella también se iba con él. No podía evitar pensar en todo lo que había vivido. Era como si en solo dos meses hubiera vivido muchas vidas. Algunas dulces, otras dolorosas, pero todas suyas.

Pensó en Diego. Su Diego. El que siempre estaba, el que la calmaba, el que conocía cada uno de sus silencios. Aquel amor fue real, y aunque ahora ya no fueran novios, aún lo llevaba dentro. Le había enseñado lo que era sentirse querida de verdad. Había sido su amigo antes, durante y después. Le dolía saber que lo había perdido un poco pero también sabía que él había hecho algo inmenso por ella: dejarla libre para que pudiera vivir.

Y entonces llegó Jaime.

Volver a él fue como reencontrarse con una parte de sí misma que creía olvidada. Pero también fue distinto. Ambos habían cambiado.

Se habían hecho daño en el pasado pero esta vez maduraron juntos. Se escucharon más. Se cuidaron mejor. Y cuando se tocaron por primera vez, no fue solo piel. Fue alma. Fue eso que te pasa cuando entiendes que el amor no siempre es perfecto pero que puede construirse con verdad.

Pensó en Rita y Rubio, y cómo fue hermoso verlos crecer como pareja, entre bromas, juegos y una ternura que no siempre mostraban pero que se palpaba cuando se miraban de verdad. En Elena y Airas, inesperados pero intensos. Tan distintos y, sin embargo, tan bien encajados.

Y en sus amigas: Rita, Elena, Aitana, Fabiola. Cada una con sus historias, sus miedos, sus descubrimientos. Estar juntas les dio fuerza. Rieron, lloraron, se abrazaron hasta doler. Y eso… eso era para siempre.

Ahora tocaba volver. Al instituto. A la rutina. A los mensajes y a las videollamadas. ¿Duraría con Jaime? ¿Podrían con todo lo que la distancia exigía? No lo sabía. Pero quería intentarlo. Porque lo que sentía era real.

Recibió un mensaje de Jaime: «Voy a hacer que funcione. Como sea, pero lo haré.»

Alegra miró por la ventanilla y pensó: «Voy a hacer que funcione. Como sea, pero lo haré.»

Ella le creyó y pensó: «Este verano no lo voy a olvidar nunca. No por lo que pasó. Sino por lo que despertó en mí.»

Table of Contents

Inicio
Capítulo 1